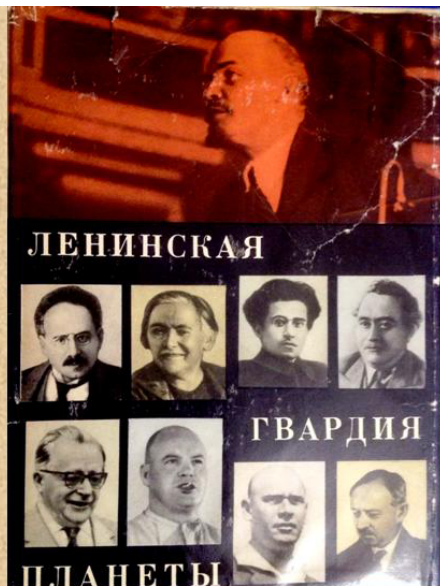


Varios autores

Lidia Fomenko, Liubov Zhak, Rafail Jiguerov,
Atolon Davidson, Boris Kastiukovski,
Nilolai Velengurin, Gueorgi Mironov,
Liev Davydov, Armas Áikiä, Arseni Rutko,
Elizaveta Drabkina, Evgueni Riabchikov,
Alexandr Golemba, Alexandr Isbaj,
Karl Nepomniaschi, Calina Serebriakova



LA GUARDIA LENINISTA DEL PLANETA

Y CONTEMPORANEOS
DE LENIN

1969

EDITORIAL. PROGRESO. MOSCU

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

LA GUARDIA LENINISTA DEL PLANETA

Y CONTEMPORANEOS DE LENIN

Marcel Cachin - Jorge Dimitrov - William Gallacher - Antonio Gramsci
Elizabeth Gurley - Flynn - David Ivon Jones - Sen Katayama - Béla Kun -
Otto Kuusinen - Federico Platten - John Reed - Ernesto Thaelmann -
Palmito Togliatti - Maurice Thorez - Clara Zetkin

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.
<http://www.abertzalekomunista.net>

Editorial • Progreso • Moscú

Selección de L. Davydov
Traducido del ruso por Venancio Uribes

ЛЕНИНСКАЯ ГВАРДИЯ ПЛАНЕТЫ
На испанском языке

A LOS LECTORES

Vladímir Ilich Lenin, genial pensador y científico, fundador del Partido Comunista de la Unión Soviética y del primer Estado Socialista del mundo, fue también un organizador infatigable y el jefe del movimiento comunista y obrero internacional.

Desde los albores de su actividad política, Lenin aspiró a la unión de todas las fuerzas revolucionarias de Rusia y del mundo entero. Procuró continuar la gran causa de sus sabios precursores Carlos Marx y Federico Engels, organizadores e inspiradores de la I Internacional.

Lenin enseñó siempre a los comunistas de todos los partidos fraternos a seguir la consigna combativa del Manifiesto de Marx y Engels: "¡Proletarios de todos os países, uníos!" Abogó por la máxima ampliación de os vínculos entre los obreros de todos los continentes e hizo cuanto pudo por consolidar el internacionalismo proletario.

Las narraciones de este libro reflejan la influencia de las ideas de Lenin en el desarrollo de la historia universal, Muestran cómo estas ideas prendieron y prenden en las masas, se hacen victoriosas, llegan a predominar y coadyuvan a {a práctica revolucionaria, a la lucha de todos los pueblos por la paz y el socialismo. Cada una de las narraciones constituye una obra de argumento acabado y parece como si prosiguiera o completara las otras: pone en conocimiento de los lectores algún pormenor, rasgo característico o detalle curioso y aporta una enjundiosa contribución al retrato colectivo que los escritores hacen de Lenin. Lenin figura en todas las narraciones, si bien ninguna de ellas le está dedicada especialmente. Así ha sido concebida esta compilación.

La lectura de estas páginas pondrá en conocimiento de usted los difíciles caminos, a veces abruptos e intrincados, que llevaron a uno u otro revolucionario a Lenin, las circunstancias en que se entrevistaron, pormenores de sus conversaciones, correspondencia y discusiones, y cómo todo ello se reflejó en la vida posterior de quienes siguieron tras de Lenin y se hicieron vehículos de sus ideas en sus países y en el ámbito internacional.

Nuestro único deseo es adelantarnos a los posibles reproches de que el libro es incompleto y de que en él faltan muchos nombres de amigos, colaboradores y fieles seguidores extranjeros de Lenin. Estamos seguros de que ninguna vida esplendorosa de revolucionario leninista de cualquier país o continente podrá quedar olvidada, pues es digna de memoria eterna. Es de lamentar que el volumen del libro, fijado de antemano, nos haya

A los lectores

obligado a limitar el número de narraciones. Se necesitarán muchos tomos más para cumplir por completo esta importantísima y honrosa misión literaria.

Por todo el mundo
se extiende el andar
de las ideas,
los dichos
y hechos de Ilich.
V. Mayakovski

Lidia Fomenko

“SOY UN RACIMO DE SU CEPA...”

9



PAUL VAILLANT-COUTURIER y los tipógrafos del periódico 'L'Humanité' en 1936

“Lenin fue y sigue siendo la personificación de la acción ininterrumpida y, al mismo tiempo, un marxista de pies a cabeza. El trato con él producía la impresión del torbellino que irrumpe en una habitación viciada; refrescaba el cerebro recargado de prejuicios y doctrinas formalistas”.

Estas palabras son del escritor comunista y uno de los fundadores del Partido Comunista Francés Paul Vaillant-Couturier. Vio a Lenin en el III Congreso de la Internacional Comunista en 1921. Pero había oído hablar de él mucho antes.

“A esta verdad se llega desde lejos”, escribió Vaillant-Couturier de su evolución hacia el comunismo, la única verdad genuina del siglo. “Desde lejos” significaba para él desde otra clase, del medio de la intelectualidad burguesa. Por eso Vaillant-Couturier hizo especial hincapié en el rasgo del gran dirigente que dejó honda huella en él:

“Lenin era un intelectual que sabía pensar como un obrero. Un orador que hablaba sin frases huecas ni rimbombantes. Un hombre que había estremecido a todo el mundo y en cuya conciencia se reelaboraba todo cuanto constituía la vida y el aire que respiraba este mundo. Un hombre que conservó hasta el fin de su vida consciente la asombrosa capacidad de sentir y pensar como un coolí chino, como un mozo de cuerda negro. Comprendía a un anamita o hindú oprimido tan bien como a un metalúrgico petrogradense, como a un tejedor parisino o como a un minero de Nueva Virginia. Lenin era para nosotros el prototipo del futuro.

Así me pareció Lenin desde los primeros días que lo vi”.

Paul Vaillant-Couturier cruzó una vida llena de búsquedas, luchas y realizaciones en su camino hacia el encuentro con Lenin.

I

— Raymond, viejo amigo, ¿hace mucho que estás en las trincheras?

— ¡Oh, Paul, querido Paul! ¿De dónde vienes?

Estas exclamaciones se oyeron lejos, en medio del silencio. Los soldados estaban muertos de cansancio. La marcha por la fangosa estepa había durado más de dos días con sus noches. Cuando llegaron a la aldehuela, se durmieron con profundo sueño. Allí no había combates; dijérase que todo se había paralizado, como congelado. Sólo de tiempo en tiempo los centinelas daban señales de vida.

Y los poetas también. No podían dormir, pues alguna vez tenían que verse a solas con sus imágenes.

Paul Vaillant-Couturier, recién ascendido a oficial, jefe de un tanque ligero, excitado por los sucesos del día y torturado por las dudas e inquietud, se paseaba entre los arbustos fuera ya de la aldea. Para él no había nada más importante que aquellos minutos de plena soledad, cuando se podía entregar a sus pensamientos. Las estrofas salían solas.

Paul tenía por naturaleza un carácter alegre y jovial. Su voz sonora se oía lejos y la conocían sus compañeros de sección. En los campamentos cantaba arias y romanzas; en las marchas canturreaba siempre cancioncillas, y se decía que incluso las componía él mismo.

11

Pero, desde hacía algún tiempo, Paul andaba algo pensativo. Eso se lo habían enseñado el frente, la maldita sarracina de la guerra y las penas y sufrimientos de los soldados, que no sabían por qué peleaban. En los momentos de soledad le acudían preguntas deprimentes. En un momento de ésos Paul vio a un soldado de pie en lo alto de un cerro. A la luz de la luna podíanse distinguir los contornos de un perfil típico:

frente despejada y abombada, nariz como el pico de un monstruoso pájaro y barbilla redondeada. No cabía duda. ¡Era Lefebvre!

Tenían casi la misma edad. Paul le llevaba un año. Se conocieron en el Liceo Janson de París. Ellos dos y otros dos alumnos del Liceo, el pintor Jean d’Espouy y el poeta Guy de la Batut, formaron la peña “Entre nosotros”, una sociedad de jóvenes intelectuales amantes de la poesía, del arte y de las ciencias clásicas. Luego se fueron viendo más de tarde en tarde y terminaron por dejarse de ver.

Y de pronto, aquel encuentro en el frente.

— ¡Anda, si eres oficial! —articuló Raymond Lefebvre con cierto desagrado en la voz.

— ¿Qué importancia puede tener? —interrumpió Paul—. ¡Estás a mi lado, y esto ha sido una suerte diabólica!

Paul llevó a su amigo hacia un ancho almiar.

— Aquí se está muy bien, ¿verdad? —interrogó precipitadamente Paul, acomodándose en el oloroso y blando heno.

Raymond limitose a sonreír irónico y miró en silencio, absorto, con grandes ojos orientales, a su amigo. Sí, claro, a Vaillant debía gustarle mucho el paraje. Sus compañeros siempre se maravillaban de cuánto le gustaba la naturaleza. Y de cómo armonizaban en él sus profundos conocimientos de la poesía clásica, de la historia de la pintura, de la arquitectura, de la música y del teatro con su pasión por lo primogenio de la aldea, por los bosques y los campos, sobre todo por las montañas. Seguramente sería porque, si bien Paul había nacido en París, pasó la infancia en los Pirineos, junto a la misma frontera con España. El temperamento de montañés convivía en Paul con un aspecto de rusticidad: era un joven bajo y fornido, de ancha cara y ojos grises, risueños, de bondad.

Lefebvre recordó que, ya en el Liceo, Paul era aficionado a la caza, a la pesca y a los viajes; le gustaba la vida con delirio y, no obstante, podía deambular pensativo horas y horas por una ribera parisina riel Sena.

12

Al contemplar las estimadas facciones de Paul, descubrir en ellas rasgos de hambre y captar en su voz notas combativas, que antes no le había oído, Raymond escuchaba atento las ardientes confesiones de su amigo:

— Los cadáveres que he visto me traen a mal traer. ¡Cuántas muertes sin sentido!...

Allá en sus adentros, Raymond pensaba lo mismo.

— A menudo, tendido boca abajo a cubierto de mi corcel de hierro, iraró armatoste en nuestro frente!, me paro a pensar y pensar...

— Yo también —corroboró Lefebvre—. Dos años en las trincheras

son más que suficientes para reflexionar.

— Dos años de atroz cansancio —dijo Paul, estrechando en un arrebato la mano de su amigo—. Y yo quiero la paz, ¿me oyes, viejo? Una paz simple. De lo más habitual y dulce, la que, en general, quieren todos: de amores, desaires y de conciliaciones amorosas, de bromas y discusiones con los amigos. Necesito ver cuadros, escuchar música...

— Y escribir, ¿eh? ¡Escribir sin falta! —se sumó Raymond, hipnotizado—. Cuando me arrastro hacia un herido bajo una granizada de balas (no son momentos de vendarlo; se contenta uno con poderlo retirar de allí), no dejo de pensar: ¿quién será? ¿Un campesino de Normandía o un cazador de los Pirineos? ¿Por qué ha de sufrir? Pues quiere, lo mismo que tú y lo mismo que yo, simples alegrías humanas.

— Necesito, además —prosiguió Paul—, el bullicio de la muchedumbre. Le dirigiría palabras de fuego para enardecerla. Antes pensaba: ¡abajo todas las guerras! Ahora admito un solo tipo de lucha: la lucha contra quienes provocan estas matanzas.

—¡Buena idea! —exclamó Raymond—. Antes yo también negaba todas las guerras. Los teóricos denominan eso pacifismo. Sí, amiguito, la guerra enseña.

— La guerra, si quieres conocer mi fórmula, es una forma de lucha entre las clases. Estoy convencido de ello. Y aún me he convencido más ahora, cuando he conocido un nombre —Paul hizo una pausa y pronunció raudamente, pero con claridad—: ¡Liebknecht!

—¡Oh, Liebknecht!

Y los dos soldados franceses hablaron del alemán con un respeto que, de haberlo oído los jefes, hubiera motivado una porrada de represiones. ¿Y dónde hablaban de ello? En la primera línea, cuando en cualquier momento el mando podía lanzarlos al ataque contra los alemanes.

13

— ¡Ah, Paul! ¡Por poco me olvido! Tengo algo para ti. Mañana te voy a leer una cosa... —Raymond no pudo terminar la frase: el estridente toque a generala los hizo ponerse en pie. Se dieron un rápido abrazo y se prometieron buscarse después del ataque.

En la plana mayor, donde Paul se presentó, obedeciendo la señal, se puso a pensar en que parecían vivir en su cuerpo dos personas: una obedecía las órdenes y respondía con exactitud al jefe; la otra vivía una vida nueva, la vida del socialista, y se atenía a las ideas internacionalistas del partido.

“Que no se me olvide entregar a Raymond el *Oeuvre*. Que se entere de que no habían descubierto ellos solos a Liebknecht. El nombre de Henri Barbusse está cobrando celebridad. Barbusse

es el autor de *El fuego*, una novela que se publica en *Oeuvre*. ¿Qué me quería leer Lefebvre? De seguro que alguna poesía. ¿Será posible que entre la suciedad en que viven los soldados escriba poesías?”

Después del ataque, los amigos se volvieron a ver. Vaillant no se podía tener de risa. Pues lo que Raymond quería leerle era un fragmento de *El fuego*.

— Si pudiéramos dar con este Barbusse —dijo Paul—. ¿Qué graduación tendrá?

— Dicen que es soldado, y, al parecer, nada joven ya.

— Tanto mejor. Para emprender algo, me refiero a algo que valga la pena, hace falta prestigio. Henri Barbusse o Rolland...

— O Anatole France —apuntó Lefebvre.

— Sí, por supuesto, y el viejo France.

— A ti, Paul, te será más fácil ver a Rolland. Recordaron un examen de Paul, al ingresar en la Sorbona. El examinador le preguntó qué sabía de la novela francesa del siglo XVII. “Para responder había que hablar de la *Artaméne* de mademoiselle de Scudery”. “¿Conoce usted la *Artaméne*?” “La he leído, monsieur. Un ejemplar que encontré por casualidad a un librero de viejo en la ribera”. “Me lleva usted esa ventaja”, le dijo el catedrático. Era Romain Rolland.

14

— No se acordará de mí. Pero no está de más intentarlo. Ante todo, hay que ver al autor de *El fuego*. Es un compañero de fatigas, un combatiente.

Couturier y Lefebvre no visitaron a Barbusse, en su domicilio de París, hasta un año después. Los acompañó el obrero socialista Georges Bruyère. Al salir de aquella hospitalaria casa de la calle de Belle Apparence, tenían la sensación de haber conocido a un mozo de su edad.

¿Para qué necesitaban el apoyo de Barbusse? Couturier y Lefebvre habían tenido la idea de unir a todos los soldados que peleaban en el frente y estaban contra la guerra imperialista. Así nació la Asociación Republicana de ex combatientes.

II

“¡Canallas! ¡Han asesinado a Carlos Liebknecht!”

Por todas partes aparecen sus manos sangrientas. ¡Por todas partes! ¡Malditos sean!” Vaillant-Couturier caminaba por la habitación. Estaba pensando el discurso que pronunciaría al día siguiente en una reunión

de obreros socialistas. Lo terminaría con los versos del ciclo *XIII danzas macabras*:

*Esta tarde, para acabar la gavota,
La muerte arrojará en la negra fosa
El cuerpo de Carlos junto al de Rosa.*

La poesía al servicio de los revolucionarios no es un mal pertrecho.

Paul leyó la carta que había recibido de Raymond. Después de una grave herida, Lefebvre había sido dado por inútil total. En la carta expresaba su disposición a participar en grandes empresas revolucionarias.

“Ya no habrá que esperar mucho, amigo”. Paul se sentó a la mesa y se puso a contestar la carta. Sus palabras no eran de invitación, sino de exhortación: ven, ven cuanto antes, viejo amigo. ¿Es que no te das cuenta de que ha sonado la hora de actuar? Ahora, cuando Rusia está envuelta en las llamas de la revolución, cuando Lenin, ¿lo conoces?, ha dicho al fin la verdad sobre la guerra. Te repetiré estas magnas palabras: “La guerra imperialista debe convertirse en guerra civil”. ¿Qué quiere decir eso para nosotros? Pues nada más que nosotros estamos también en el frente de esta guerra. Y tenemos que defender los intereses del socialismo, los intereses de la clase obrera.

15

Todos los escritores franceses hacen frente común, son combatientes contra la guerra imperialista. Romain Rolland, Anatole France, Henri Barbusse, Paul Vaillant-Couturier, Jean Richard Bloch, Raymond Lefebvre, León Moussinac... Tan distintos y tanta unidad de pensamiento. Esta unidad sólo nace para un fin magno. ¿Acaso puede no compartirse la línea de *Clarté*? ¿Es que sólo son clartistas los franceses? Al llamamiento de Barbusse han respondido Alberto Einstein, Upton Sinclair, Máximo Gorki, Thomas Hardy, Georg Brandes, Blasco Ibáñez, Stefan Zweig y Franz Masereel. ¿Qué los ha unido? La defensa de la revolución rusa contra sus enemigos. Paul ha escrito ya en *Clarté*: “Los intereses del pueblo francés son opuestos a los intereses del Gobierno francés”. Y en *L’Humanité*: “La guerra contra Rusia, la última esperanza del capitalismo europeo, es tan impopular en las buhardillas de las ciudades como en la reseca tierra de los campesinos”.

Paul comprendía que la experiencia de la revolución rusa se tenía que estudiar. Y se juró dedicar la vida a la teoría cien veces confirmada por la vida, por la historia. Sentía el hilo que ataba todas sus aficiones: primero Jaurès, luego Liebknecht y, por último, Lenin. Eran sus maestros. Tres escalones de la ascensión a la verdad comunista del

siglo.

...Lefebvre volvió del hospital en pleno apogeo de los acontecimientos. París bullía, preso del descontento de los de abajo y de la disposición a la defensa de los de arriba. La situación era peliaguda, el odio al Gobierno había llegado al máximo. Por todas partes se celebraban mítines y reuniones, manifestaciones y huelgas. Lefebvre encontró a Paul Vaillant-Couturier preparando enérgicamente una manifestación para el Primero de Mayo y se incorporó al trabajo con la inmensa energía propia de él.

La gran columna de manifestantes era casi exclusivamente de ex combatientes del frente. La encabezaban dos amigos, los veteranos Vaillant-Couturier y Raymond Lefebvre. Iban detrás de los abanderados y cantaban con todos *La Marsellesa* y *La Internacional*. La manifestación pasó por el mismo centro del París burgués, del París acomodado.

16

Junto al puente de la Concordia, los soldados le cerraban el paso. Se oyó una breve y estridente voz de mando. Se dejó de cantar, pero el paso de la columna no menguó. El ruido de los miles de pisadas en el pavimento parecía, en medio del silencio, el tronar de una tormenta que se aproximaba.

Paul y Raymond, lo mismo que muchos de sus compañeros, llevaban aún el uniforme militar. Se enfrentaban soldados contra soldados. En los ojos de los soldados de la guardia se adivinaba la alarma.

Un capitán presumidillo gritó nervioso:

— ¡Dispérsense, señores! ¡Dispérsense o mande abrir fuego!

La columna se detuvo, obedeciendo a una señal de Vaillant-Couturier. Este avanzó dos pasos y dijo con voz inesperadamente dulce y cordial:

— ¡Camaradas! ¡Hermanos! ¿Es que no veis que somos hermanos vuestros? ¿No veis que estamos desarmados? ¿Qué queremos? ¡Queremos la paz, no necesitamos la guerra! ¡Estamos de ella hasta aquí! —y se pasó la mano por debajo de la barbilla.

Paul hizo una profunda aspiración y, ante los ojos del pasmado capitán, se acercó a las filas de los soldados.

— ¿Contra quién vas a disparar tú? —volvióse a un joven y apuesto soldado de la guardia, que tenía el fusil presto a disparar—. ¿Contra mí, que me han estado disparando cuatro años en las trincheras? ¿Contra mi amigo poeta, que ha estado sacando a heridos del campo de batalla bajo granizadas de balas? ¿O contra este joven que ha encanecido en el frente? ¿O contra aquél de la prótesis en vez de brazo

derecho?

—Paul señalaba con rápidos y nerviosos movimientos a uno o a otro.

El oficial se recobró y gritó:

— ¡Rompan fuego!... —y miró en derredor. No se oyó un tiro.

En eso dijérase que algo rompía la columna: los manifestantes se salieron de sus filas y se introdujeron entre los soldados, los abrazaron y se los llevaron con ellos, avanzando por delante del odioso palacio de los Borbones.

Enardecidos y cansados, los dos amigos volvieron a casa de Paul. Allí los esperaban emisarios de otros distritos de la ciudad. En las manifestaciones de la primavera de 1919 participó todo el París trabajador.

17

— No podemos estar tranquilos ni un instante

—dijo Paul a sus amigos—. Nuestros compatriotas están derramando sangre rusa. Esto es una confabulación. Tenemos que poner en juego todas las fuerzas para impedir el bloqueo de la Rusia Soviética.

Hicieron un plan de agitación: Hablar de la nueva Rusia en todos los barrios obreros de París y predicar con el ejemplo de los héroes franceses. Todos los socialistas de izquierda parisinos estaban del lado de la comunista Jeanne Labourbe, fusilada en Odesa por los guardias blancos, del lado de los marinos sublevados en los barcos franceses, del lado de los marinos confraternizados con los bolcheviques en los puertos del mar Negro.

La vida estaba repleta de acontecimientos políticos. Pero los dos amigos proseguían su labor literaria. Ni podían ni querían separar esta labor de la política.

Paul y Lefebvre concibieron un libro en común, estando aún en las trincheras, pues no podían tener callado lo que les quemaba el alma. Así apareció *La guerra de los soldados*, novela muy parecida a *El fuego*. El prólogo lo escribió Henri Barbusse.

“Leed este libro. Leedlo y medita lo leído... para luego reconstruir el destino de la humanidad en la dirección precisa.

Los libros veraces son también libros de justicia”.

Antes de aparecer este libro, cada uno de los autores había publicado otros. Paul, libros de poesías y la novela *De vacaciones*. Lefebvre, *El sacrificio de Abraam* y *La esponja con vinagre*. Pero el que escribieron entre los dos, lo apreciaban mucho ambos. Pasaba de lector a lector, de soldado a soldado, cumpliendo con su deber, declarando la guerra a la guerra.

Los libros, los artículos, los discursos e intervenciones en las reuniones de masas obreras hicieron famoso a Couturier. Llegó a ser un dirigente de los mismos “proletarios de las batallas” en cuyo nombre escribía en la prensa y hablaba desde las tribunas. No es de extrañar que lo eligieran diputado al Parlamento por uno de los distritos de París. Desde este momento, el activo Marcel Cachin, el diputado permanente de los socialistas, tuvo el firme apoyo del enérgico Couturier. Y una voz más. ¡Pero qué voz! Vaillant ponía en sus discursos ante el Parlamento toda su pasión de combatiente.

18

Aun con todo, Couturier estimaba que su labor principal era la del comité preparatorio de adhesión a la III Internacional. La noticia de la fundación de la “Internacional de los Soviets”, como la llamaba Vaillant, era como un bálsamo para los dirigentes del partido. Marcel Cachin, Vaillant-Couturier, Raymond Lefebvre, Georges Lévy, el probado dirigente del movimiento sindical Gastón Monmousseau y muchos activistas más del ala izquierda del partido abogaban por la adhesión. Eso no agradaba a los viejos líderes de los socialistas, adeptos de la II Internacional. Estos líderes llamaban a la “prudencia”, intimidaban con la “dictadura de Moscú” y sembraban las dudas entre las filas de los socialistas y de los activistas sindicales. Mas no pudieron impedir el nuevo movimiento. La historia estaba a favor de la III Internacional, de la Internacional Comunista, y la historia no puede ser detenida.

En Noyelles, Couturier obtuvo una victoria. A la reunión de los socialistas acudieron los mineros, obreros de pura cepa. Las palabras de Couturier cayeron sobre terreno bien abonado. Sesenta y seis mineros votaron por la adhesión a la Internacional Comunista, y sólo cinco en contra. Al movimiento socialista se iba incorporando la generación joven.

Cachin y Couturier esperaban mucho del XVIII Congreso del Partido Socialista, convocado para diciembre de 1920.

— Francia necesita un Partido Comunista. ¡Únicamente los comunistas son capaces de afrontar empresas históricas, como en Rusia! —afirmaba Couturier.

Su vehemencia era contagiosa. Defendía los intereses de la revolución. Sus camaradas remarcaban el sentido de su apellido: *vaillant*, que significa *vigilante*. Algunos creían que se trataba de un sobrenombre muy atinado. Y él explicaba: sencillamente, el apellido materno es Vaillant, y el paterno, Couturier.

— Y si se tratara de un sobrenombre, no renunciaría a él —reíase Paul—. ¡Estar alerta! ¡En una palabra, *vaillant!*

Mientras Paul preparaba, por encargo del comité, el manifiesto del futuro Partido Comunista, su amigo se disponía a ir a Rusia. Raymond Lefebvre estaba incluido en la delegación de socialistas para asistir al II Congreso de la Internacional Comunista. El camino que le esperaba era largo y tortuoso. Ni Alemania ni Polonia concedían a los delegados los visados de tránsito. Tenían que ir por los Países Escandinavos. Paul dijo a Raymond, al despedirlo:

19

— ¡Buen viaje, viejo amigo! ¡Qué bien si pudieras hablar con Lenin! ¡Voy a esperar con impaciencia!

— y, tras una pausa, agregó—: ¡Te voy a echar mucho de menos, Raymond!

Lefebvre abrazó a su amigo.

— No tendrás tiempo de echarme de menos. En agosto a más tardar estaremos sentados en tu cuarto, lleno de “orden” vaillantista.

Paul sintió una emoción incomprensible durante la despedida. Como si previera alguna desgracia.

Vaillant recibía cartas de Lefebvre. Eran más bien breves esquelas. Lo principal, lo de mayor importancia, Raymond lo dejaba para cuando se viesen. Le contaba de sus viajes, entretenidos y “deslumbrantes”, a Jarkov, Odesa y Petrogrado. Le describía lo peculiar de cada ciudad, las entrevistas con la gente, y advertía en todas partes los brotes de la nueva vida del pueblo libre. Aunque los rusos aún vivían mal, aunque aún no se había acabado la guerra civil, Lefebvre leía en los ojos y en los corazones de los obreros rusos lo que terminó de hacerlo comunista. “De Ucrania volvió ya nuestro, hecho un comunista”, contaba el capitán Jacques Sadoul.

En una carta, Raymond habló un poco de Lenin. Expresó la opinión de Lenin acerca de los centristas y los conciliadores, cuyo papel traidor denunció Lenin con ira en las sesiones del congreso. “Estas gentes ya no valen nada como revolucionarios —dijo Lenin a Lefebvre—, pero pueden valer algo como burgueses”. La correspondencia de Lefebvre, que contenía esas palabras, fue publicada en la revista *Clarté* el 4 de diciembre de 1920. Pero el autor había fallecido ya.

En noviembre Couturier se enteró de la trágica muerte de Raymond. Retornaban ya a su patria desde Murmansk, por el mar de Barents. Eran tres; Raymond Lefebvre, Lepetit (François Bertho) y Marcel Vergeat. Tres comunistas franceses. Los acompañaba un camarada ruso, Alexandr Shubin. El barquichuelo pesquero no resistió los embates del nórdico mar desencadenado. Se fueron a pique los cuatro.

20

Para Couturier y Barbusse el libro de Lefebvre *Revolución o muerte*

era el testamento político de su amigo. El partido perdió un activo combatiente. Pero el libro que él escribió ha sido durante mucho tiempo un arma combativa de los comunistas.

III

Diciembre de 1920.

La vetusta ciudad de Tours, centro del departamento de Indre y Loira, ciudad de pescadores y viticultores, herreros y alfareros, portuarios y metalúrgicos, se convierte en símbolo de la nueva era. En esta apacible y provincial ciudad de Tours se ha convocado precisamente el congreso de los socialistas franceses. Muchos delegados llegan de los grandes centros industriales y de los puertos internacionales. Al pasar con sus compañeros por delante de los monumentos a Descartes y Rabelais, naturales de Tours, Vaillant dice:

— El tieso y aristocrático Descartes está en su sitio en este Saint-Germain de Tours. Pero Rabelais... Muchachos, ¿no os parece —dice, volviéndose de cara a sus jóvenes compañeros— que el viejo Fran ^ois hasta se ha inclinado hacia el puerto?

...En el picadero, que los socialistas locales acondicionaron rápidamente para las sesiones, colgaron varias guirnaldas de flores bajo el techo, un retrato de Jaurès en la pared y un cartel con palabras de fuego: “¡Proletarios de todos los países, uníos!” Esa era toda la ornamentación.

A los delegados no les preocupaba que la sala fuera incómoda. Eran mineros, obreros portuarios, campesinos y soldados, y habían celebrado reuniones en locales aún peores.

Paul miró en derredor. Vio muchas caras conocidas: durante sus viajes había contraído muchas y buenas amistades.

Claro que se daba cuenta de los escollos, de que los doscientos ochenta y cinco delegados no votarían todos por el nuevo partido. Pero Paul tenía gran confianza en los obreros. Pues el partido tenía que ser obrero en el fondo. Lo alentaba también Cachin. Al escrutar su rostro con huellas apenas perceptibles de cansancio, Paul a duras penas reconocía en él a Marcel. Desde que había cambiado. Hasta parecía haber rejuvenecido.

21

Lo mismo que todos los presentes, Paul esperaba con impaciencia el discurso de Cachin.

Mas Paul advirtió también cómo se reunían los adversarios en un grupo aparte. Sí, lo que menos parecería aquel congreso sería una pacífica reunión de correligionarios. Con una decena de politicastros

burgueses habría suficiente para sembrar la confusión. Y allí estaban, todos juntos: Sembat, Paul Faure, León Blum y Pressemane.

Estaba allí también Frossard, el jefe oficial del partido. Se iba apartando más cada vez de su ala izquierda. Sí, ya empezaba. Frossard tomó la palabra. El discurso era suave, lleno de bellas imágenes, pero de doble sentido en el fondo, un discurso-alusión, un discurso-reticencia, como pronunciado en un casuístico proceso jurídico. Mas, ¡claro!, la hiel la dejó para el final. La miel de la abogacía dio paso a notas atronadoras e invectivas injuriosas contra la Rusia Soviética. Y cómo no, a una defensa desenfadada de León Blum.

Aún no se habían acallado las palabras de Frossard, cuando en la sala estalló de pronto una ovación. Había entrado Clara Zetkin. Los politicastos se replegaron y callaron. A la tribuna subió la Política, la alta Política de los comunistas.

— ¡Eso sí que ha sido una sorpresa! —decía Paul a sus amigos en el pasillo—. ¡Es una mujer intrépida, una Erinia vengadora del pueblo revolucionario! Ha cruzado todos los cordones y prohibiciones.

Paul vio la reacción que provocaron las palabras de Clara: “¡Hay que elegir!” Fue una gran ayuda para los comunistas franceses. Creyérase que se habían sumido ellos mismos en la atmósfera de la III Internacional, tanto fue lo que Cachin y la vieja revolucionaria alemana hablaron de ella.

El congreso se pronunció con las tres cuartas partes de los votos en favor de la adhesión a la III Internacional.

Couturier leyó el manifiesto que él había escrito y que determinaba el programa del Partido Comunista:

“Con nosotros está la Francia asalariada, la Francia sublevada contra el régimen capitalista, contra el régimen de guerra y ruina, contra el régimen de rapiña, de explotación y de servidumbre, con nosotros está toda la Francia militante... La obra que se impone a nuestro partido es enorme, pero no nos asusta. El viejo mundo se hunde ante el espíritu de los tiempos nuevos... ¡Que, dentro de la Internacional, surgida a la sombra de la primera gran revolución social, nuestro partido sea digno de su pasado, digno de Babeuf, digno de los participantes en la revolución de junio de 1848, digno de la Comuna de París, digno de Jaurès, digno del futuro glorioso que se nos abre!”

22

“La noche terminó en Tours”, escribió Jean Freville. Terminó para los hombres sencillos de h rancia, que vieron la luz del mañana.

...Regresaban a París en tren. Paul, elegido al comité dirigente del partido, escribía una lista de los delegados capaces de propagar los acuerdos del congreso entre las masas.

De pronto, en su ancha y joven cara se esbozó una sonrisa de picardía.

— Camaradas, pero si hoy... ¡es Año Nuevo!
¿Cómo lo vamos a celebrar?

— Pues así —lo apoyó Luden Ferry, un maestro de Marsella, y sacó de su maletín una rama de abeto.

En el compartimiento se pusieron todos a hablar y reír, colocaron la rama de abeto en una palmatoria y colgaron en ella papeles de bombones y paquetes vacíos de cigarrillos. Sacaron una botella, luego otra... Siguieron aclamaciones y vivas. Paul entonó con los camaradas una canción de Año Nuevo, y luego *La Marsellesa*.

Al ver cómo se entregaba a la alegría esta jovial persona, el marsellés Lucien Ferry lo bautizó para sus adentros Colas Breugnon.

— Camarada Paul, ¿es usted de Clamcy? —le interrogó con picardía.

— No. ¿Por qué? —y, al comprender la alusión, Vaillant soltó la carcajada.

Sin duda le agradaba el contraamaestre de Clamcy, descrito por Rolland. No tenía nada en contra. Que fuese Colas Breugnon.

IV

Al cabo de menos de un año, Couturier fue a Moscú.

Moscú lo recibió con un calor insoportable. Hasta a Paul, de sangre meridional, el calor le parecía casi tropical. Se decía que aquel calor era raro en Moscú y, en general, en Rusia. En la sala del Gran Teatro predominaban los vestidos blancos. Con el calor que hacía, nadie se ponía chaqueta, y los tonos claros ponían el humor de fiesta.

23

Hacía tiempo que Paul no conocía aquella sensación de fiesta. Estaba sentado en la presidencia, por la quinta fila, volviendo a menudo la cabeza a derecha e izquierda, temeroso de no ver la entrada de Lenin. Pero Lenin no asistió a la apertura del congreso.

Terminó la parte oficial. En el escenario entró el famoso bajo Fiódor Shaliapin. Cantó *Los sirgadores del Volga*.

Couturier no entendía la letra, pero escuchaba el timbre de la potente voz, parecida a un raro instrumento. Le explicaron que se trataba de una vieja canción de sirgadores, de una canción del Volga.

—¿De cargadores del Volga? —quiso precisar Vaillant.

El traductor se sonrió:

— Los sirgadores son algo distinto de los cargadores. Pero tienen mucho de común —apresurose a agregar.

Couturier estaba encantado de la velada, del presentimiento de la entrevista con Lenin y de una sensación nueva y alegre de que allí todo eso no estaba prohibido y de que nadie podía impedir la libre reunión de los trabajadores de distintos países.

La siguiente reunión del congreso se celebró en el Kremlin. El camino allá, lo mismo que al Gran Teatro, era corto. El Hotel Nacional, donde se hospedaba Vaillant, está enfrente del Kremlin; los delegados franceses salían del hotel mucho antes de que empezaran las reuniones y paseaban por el bulevar que se prolongó a lo largo de la muralla roja, por las alamedas del jardín que llega hasta el río. El río lleva también el nombre de Moscú, río Moscova.

El congreso seguía sus labores, y Lenin no aparecía. Asistió a la octava sesión. Distráido, charlando con un delegado checo, Vaillant perdió el momento de la entrada de Lenin en la sala. Le hizo ponerse en pie la ola de aplausos y exclamaciones de ¡burra!, ¡viva! y ¡salud! El escenario lo cruzó rápidamente, alzando la mano en ademán apaciguador, un hombre de baja estatura que se sentó con modestia en la silla extrema, tras la mesa de la presidencia. Vaillant quedó con el corazón en vilo.

24

A la mañana siguiente Lenin entró en pleno apogeo de la sesión y prestó tanta atención al orador, temía tanto no retener lo que oía que, sin perder tiempo en recorrer la larga mesa de la presidencia, se sentó en los escalones, al pie de la tribuna, y empezó a hacer un boceto. El mismo día Vaillant vio los bocetos del retrato de Lenin que hizo un dibujante búlgaro: Lenin inclinado sobre el cuaderno de notas en incómoda postura al pie de la tribuna. La figura, inspirada; se denota el trabajo intenso del pensamiento. Paul hizo también un boceto parecido. Por lo visto, aquel día todos los dibujantes habían “captado” a Lenin en una misma postura, pues los había pasmado a todos.

Llegó el día del discurso de Lenin. Se ganó las simpatías desde la primera frase. Habló de los socialreformistas y de los centristas italianos. Mas, ¿acaso se refería eso únicamente al movimiento italiano? Paul temía perder palabra y, por su parte, inclinándose hacia su compañero, susurró:

— Pues claro que eso también nos atañe a nosotros...

Eso se refiere también a nuestro Frossard. ¡Es verdad! ¡Todo es verdad! Lucharemos contra los escisionistas y seremos “hábiles e inteligentes”, hablando con palabras de ellos. ¡Así quita Lenin la aureola a los palabreros!

El discurso de Lenin, pronunciado con arte de polemista ducho y político convencido, promovió una tempestad en el alma de Vaillant.

“Por supuesto, pensó, ante todo hay que romper con el reformismo. Nosotros también concertamos a veces compromisos. Pero, al concertarlos, no se puede olvidar el reforzamiento del partido ni la pureza de sus filas”.

Recordó la batalla del año anterior, sobre todo los pormenores, en torno a las 21 condiciones de ingreso en la Internacional Comunista. Habían sido publicadas en francés en *L’Humanité* el 8 de octubre.

Sí, los comunistas triunfaron en Tours. Pero en algunas partes, la gente de dos caras, que descomponían el partido, seguían engañando a los obreros. Y aún no habían perdido su influencia ni Frossard ni Blum.

25

Couturier seguía observando a Lenin con ojos de pintor y estudiándolo con mirada de científico y sicólogo. Sintió deseos de hacer otro boceto de Lenin de perfil: ¡estaba tan cerca!

Le causaba gran impresión la viveza de Lenin.

— No se puede estar quieto —susurró al oído de Monmousseau.

Este miró severo a Vaillant: allí las bromas no venían a cuento. A Paul, en cambio, le parecía que precisamente todo lo humano, lo sencillo y lo cordial venía muy a cuento en presencia de Lenin. Comprendía toda la importancia de aquel momento histórico. Y aun así, no pudo menos de notar en Lenin aquella sencillez, aquel humanismo y aquella energía indomable y dinámica. Lenin se parecía en algo a los franceses. No había vivido en vano varios años en la calle de Marie Rose. Esta calle de París influyó en Lenin, y Lenin influyó en ella. La calle hizo a Lenin un poco francés, y Lenin hizo histórica la calle. Cuando Paul se lo dijo a Monmousseau, éste se echó a reír:

— ¡Piensas como un pintor y un poeta! Te inventas las cosas, fantaseas. Me apuesto cualquier cosa que los ingleses, los suizos y los alemanes piensan lo mismo.

— Por seguro; y aun con todo, es algo nuestro también —concluyó Couturier con ardor casi juvenil.

Más tarde Couturier escribió del encuentro con Lenin:

“Fue en 1921. El año siguiente al ingreso del partido francés en la Internacional Comunista. Llegamos, a través de las ruinas de Europa, al país del proletariado constructor del socialismo.

“Hamburgo, Croyden y Petrogrado tenían aún miles de heridas abiertas. Ya entonces nos conmovió hasta la última fibra del alma el encuentro con estas legiones de personas, las primeras en organizar la nueva vida, con estos soldados de la destrucción y el renacimiento, de la guerra y la edificación...”

“No ocultaré que algunos de nosotros, yo incluido, llevados por nuestro odio a los derechistas, decíamos y hacíamos

tonterías.

“Recuerdo que durante una reunión de la sección francesa me acerqué a Lenin...”

“Me vio en seguida como al trasluz y me puso en mi sitio con mano amorosa. Jamás había visto a una persona igual. Después, en encuentros casuales, hablé con él de muchas cosas: de los campesinos, de la Revolución francesa y de la Comuna de París”. Los errores sectarios de los comunistas franceses, los de Couturier también, fueron corregidos. A ello contribuyó, lo mismo que a otras muchas cosas, la ayuda de Lenin.

26

En París, Vaillant estuvo mucho tiempo bajo la impresión de su viaje a Rusia.

— De allí vuelve uno renovado. Las corrientes eléctricas de este país nuevo te estremecen. Yo no conocía a Rusia antes, ¿a qué se deberá que haya llegado a comprenderla con tanta facilidad? —Paul hizo esta pregunta a Barbusse, a quien vio nada más regresar de Rusia—. Aún no han terminado de rechazar a los intervencionistas (¡entre los que hay también franceses!). ¿Me pregunta qué he visto de nuevo? ¡Al hombre! Al hombre nuevo. Me entraban ganas de decir a cada uno: ¡“tu-va-ris”!

Pronunciaba la palabra camarada en ruso, pero a su manera. Tras una pausa, agregó:

— Y Lenin es el tipo más perfecto de este hombre nuevo. ¿Recuerda usted, Henri, lo que escribió: “salvad la verdad humana, salvando la verdad rusa”? Entonces yo lo creí a usted con toda el alma. ¿Y acaso comprendía yo cómo era esta verdad rusa?

— Creí que usted y Lefebvre la comprendían

— Barbusse miraba a los ojos de Paul. Le tenía una gran simpatía por su ardor, su honradez y su talento.

— Sólo ahora, escuchando a Lenin, lo he comprendido de verdad. He comprendido también muchas cosas de nosotros mismos. Y en verdad, no es tan fácil convertir en un partido auténticamente revolucionario, comunista, un partido como el nuestro. Nuestro partido, Lenin tiene razón, sólo se ha teñido ligeramente de rojo.

Pero yo tengo fe —seguía Vaillant—. Lo pondremos al rojo vivo. A Frossard y Sembat los sustituirán otros que traerán al partido su talento y su alma pura.

¿No es así, Barbusse? —y, al decirlo, puso en su amigo una mirada cuyo sentido no costaba trabajo descifrar.

Posteriormente Maurice Thorez escribió que durante los días

negros para el partido, cuando sus jefes, sin excluir a Marcel Cachin, el diputado “inviolable” al Parlamento, fueron encarcelados, Barbusse ingresó en él. ¿No habría en aquel paso una parte de labor de 27 Vaillant-Couturier, que tenía fundadas esperanzas en su compañero de armas?

27

...Paul Vaillant-Couturier vivió hasta 1937. De la personalidad brillante y extraordinaria de su amigo escribió Jean Richard Bloch:

“Para conocerlo, había que ir con él de caza”, dijo uno. Y otro apuntó: “El verdadero Vaillant es el orador en los mítines, el tribuno”. “¿Y habéis visto a Vaillant en su despacho de director del periódico, mientras escribe un artículo y responde simultáneamente a diez llamadas telefónicas, siempre bondadoso, paciente y cordial?”, interrogó otro. “No lo han conocido bien más que quienes han tenido ocasión de vivir con él en una tienda de campaña y pescar con él”, afirmó otro más. “No tiene razón usted, el secreto de Vaillant consiste en que ha sido poeta, un poeta encantador, ingenioso y sencillo”. “¿No le habéis oído cantar romanzas y arias de óperas?”

“El verdadero Vaillant se manifestó durante la guerra...”

“No lo olvidéis como dibujante...”

“Tenía una gran visión estatal de parlamentario. .

Todas estas facetas de Couturier, hombre de talento muy variado, dan, por supuesto, una idea de él.

Pero la definición más completa de él sería la siguiente: Paul Vaillant-Couturier fue un *comunista, un leninista*.

Liubov Zhak

UN ESCOCES COMBATIVO

29



WILLIAM GALLACHER visitando a los obreros y obreras de 1a fábrica de automóviles Lijachov de Moscú. 1960

WILLIAM GALLACHER se tendió a placer en una cama de campaña que no se sabe quién habría puesto en una habitación del Smolny¹. Se despezó dulcemente y pensó: ¡al fin se puede reposar! Tenía muchas ganas, de dormir, aunque fuera un poco, una o dos horas. Se adormiló, y en su duermevela volvió a ver lo que le había pasado poco antes. Cómo había hecho el viaje sin pasaporte desde Glasgow hasta Newcastle, y desde allí hasta Bergen de polizón. Con la ayuda de

¹ *Smolny*; edificio de Leningrado, donde tuvo su sede desde agosto de 1917 el Soviet de Retrogrado y el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de diputados, obreros y soldados. Durante las jornadas de la Gran Revolución Socialista de Octubre en el Smolny estaba la dirección de la sublevación. (*N. de la Edit.*)

unos camaradas pasó a otro barco, que lo llevó a Vardó. En una barca de pescadores llegó al puerto ruso septentrional de Múrmansk. Pero todo eso ya lo había pasado; en estos momentos lo que quería era dormir, dormir mientras le arreglaban los documentos de delegado...

30

A Gallacher no le dejaron dormir. En la habitación entró un camarada ruso y le entregó un librito de papel malo y gris impreso en inglés. “N. Lenin. *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*”, leyó en la portada.

William se puso en pie de un salto. Sacudió, lleno de alegría, la mano del que le había traído el libro y, acomodándose en una butaca, empezó a leerlo.

Cuanto más avanzaba Gallacher en la lectura del libro de Lenin tanto mayor era su desasosiego. Parecía como si estuviera escrito para refutar la idea que él tenía de la táctica de los comunistas en Gran Bretaña, idea de cuyo acierto él estaba absolutamente seguro. Y no él solo. Pues quienes lo habían enviado al congreso pensaban igual, y a él lo llamaban iel “líder de mayor experiencia”!

Gallacher leyó las páginas siguientes, y su inquietud fue en aumento. Empezó a removerse en la butaca y reaccionar en voz alta a algunas tesis de Lenin. De pronto saltó como si le hubieran pinchado. ¿Qué era aquello? El capítulo se llamaba: *El comunismo “de izquierda” en Inglaterra*. Allí se trataba directamente de él. Lenin citaba un extenso fragmento de un artículo que Gallacher había escrito en el invierno en forma de carta al periódico semanal *Dreadnought de los obreros*. Lo citaba para mostrar que las ideas de Gallacher eran erróneas, “izquierdistas”, y rebatirlas.

Atento a cada línea, Gallacher leyó:

“El autor de la carta está imbuido del más noble odio proletario a los “polínicos de clase” de la burguesía (odio comprensible y entrañable, por otra parte, no sólo a los proletarios, sino a todos los trabajadores, a todas las “pequeñas gentes”, para emplear la expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, el “principio de toda la sabiduría”, la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus éxitos. Pero el autor no tiene en cuenta, por lo visto, que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo, que no se obtienen gratis, y que si el proletariado quiere vencer a la burguesía, debe formar *sus* “políticos de clase” proletarios, y de talla tal del que no sean inferiores a los políticos burgueses.

31

“El autor ha comprendido de manera admirable que no es el

Parlamento, sino sólo los Soviets obreros los que pueden constituir el instrumentó necesario del proletariado para conseguir sus objetivos. Y, naturalmente, quien hasta ahora no haya comprendido esto es el peor de los reaccionarios, aunque sea el hombre más ilustrado, el político más experto, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea ni piensa siquiera que sea necesario plantear; la de si se puede conducir a los Soviets a la victoria sobre el Parlamento sin hacer que los políticos “soviéticos” *entren* en este último, sin descomponer el parlamentarismo *desde dentro*, sin preparar en el interior del Parlamento el éxito de los Soviets en el cumplimiento de su tarea de acabar con el Parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente justa, al decir que el Partido Comunista Inglés debe actuar sobre bases *científicas*”.

Bill (así llamaban a Gallacher sus compañeros de lucha y amigos) caminó por la habitación a largos pasos, de extremo a extremo. Seguía sujetando el libro en la mano. “¿Cómo es eso? —reflexionaba—. No es posible que me equivoque. ¡Pero si estoy contra las conciliaciones con los oportunistas, que son unos traidores a la clase obrera! No quiero ninguna tribuna común con los líderes burgueses. Estoy por una verdadera táctica revolucionaria del proletariado”. Y acto continuo, le golpeaba con insistencia otro pensamiento: “¡Pero Lenin! El había conducido a la victoria a la clase obrera de Rusia. Su nombre está en los labios de los revolucionarios auténticos de todo el mundo. Y piensa de otra manera. ¿Sería posible que no conociera bastante la situación reinante en Inglaterra?”

Al pensar así, Gallacher se dejaba una salida. Volvía a leer y releer el capítulo de los “izquierdistas” de Inglaterra y se convencía más aún de que Lenin partía en sus deducciones de un conocimiento exacto de lo que ocurría en Inglaterra. Sonaba de manera particularmente rotunda para él la frase: “Los comunistas ingleses deben unirse, a juicio mío, sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles, y algunos debilísimos) en un solo Partido Comunista sobre la base de los principios de la III Internacional y de la participación *obligatoria* en el Parlamento”.

Bill no podía tranquilizarse. Tenía el alma alborotada. Lo que más le preocupaba era la palabra “obligatoria”, que Lenin había subrayado en el libro. Finalmente llegó a la conclusión de que debía ir cuanto antes a Moscú, ver a Lenin y procurar convencerlo de lo contrario.

estaba lleno. No se podía respirar. El asfixiante calor, debido a que, como suele decirse, no había dónde poner una paja y a que el sol de julio abrasaba, le oprimía y no le dejaba concentrarse. Bill se abrió paso a duras penas hacia la plataforma y se quedó junto a la puerta abierta. “¿Quién tiene razón? ¿Él y sus camaradas ingleses o Lenin?” Este pensamiento perseguía al “líder más experto” de los proletarios escoceses. William buscó tenazmente hechos con los que argumentar una y otra vez sus criterios.

**Petrogrado: cuna de la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917. Desde enero de 1924 se llama Leningrado. (N. de la Edit.)*

Por la mente de Bill, en febril funcionamiento, pasaban, como en una película, cuadros de batallas contra los oportunistas y los políticos burgueses. Había participado en ellas y vencido muchas veces. “¿Acaso estas batallas y su desenlace no demuestran que estoy en lo cierto? ¿Será posible que eso no sea así?”, volvía a preguntar, revolviendo por enésima vez en la memoria todo lo que, según le parecía, podía ayudarle en las próximas explicaciones con Lenin, explicaciones ineludibles que Bill deseaba y a las cuales aspiraba. Y no podía obrar de otra manera, pues era un hombre inquieto, fogoso en la polémica y firme en sus concepciones.

Bill tenía el rostro encendido, con negras ojeras. Pero no advertía ni el caliente viento, ni el hollín de la locomotora, ni las gotas de sudor que le perlaban la frente y las sienas. Estaba junto a la puerta abierta del vagón; pero si alguien le hubiera interrogado por el camino de Petrogrado a Moscú, no hubiera sabido responder, pues miraba sin ver las aldeas que pasaban, ni las estaciones, ni los bosques, ni los ríos, ni los trenes que se cruzaban. Se había sumido en sus pensamientos y no pensaba más que en la próxima conversación con Lenin.

33

“Ante todo —decía Gallacher— la batalla de los 33 obreros de Glasgow, de cómo los han traicionado en distintas ocasiones los parlamentarios laboristas y los dirigentes de las tradeuniones. Nos ha convencido la propia vida: los líderes verdaderamente obreros no necesitan para nada la tribuna parlamentaria. Tan pronto como un líder obrero entra en el Parlamento, se pervierte inexorablemente. Sí, sí, se pervierte. Las propias circunstancias lo hacen traidor. ¿No será que Lenin, a pesar de todo, posee una noción insuficiente de las particularidades del movimiento obrero inglés? Le explicaré que el movimiento de los *stewards* fabriles que me han enviado al congreso surgió y se ha robustecido sobre la base del descontento de los obreros de la política de los líderes tradeunionistas. Este es un movimiento verdaderamente obrero. Bajo su bandera han vencido varias veces, y en

choques muy violentos, los proletarios de Glasgow. Y sus dirigentes han actuado en contra de las indicaciones de los “jefes” laboristas, en contra de los funcionarios tradeunionistas”.

William se iba representando un cuadro tras otro. Glasgow, El centro obrero de su Escocia natal. Ciudad de minas de carbón y hierro, de fábricas y talleres, ciudad surcada por el río Clyde, en cuyas orillas se prolongan astilleros a lo largo de kilómetros y kilómetros y en cuyos muelles se cargan y descargan sin cesar barcos arribados de distintos países y continentes. Muchos proceden de los Estados Unidos de Norteamérica.

Los escolares de cualquier país, al estudiar la Geografía, conocen lo que da fama a Glasgow: su industria. su intenso comercio, su antigua universidad, fundada en 1450, que esta ciudad envía al Parlamento a siete diputados. Conocen muchas cosas más. por ejemplo, el antiguo Ayuntamiento, la galería de pinturas, que guarda una hermosa colección de obras de escuela holandesa, y numerosas esculturas y monumentos de grandes hombres de Escocia e Inglaterra, como Wellington, la reina Victoria, Walter Scott, Roberto Burns. Sin embargo, no es probable que cuenten a los escolares que los obreros de Glasgow hace mucho que pasan indiferentes por delante de la estatua de la reina Victoria. En cambio, el monumento a Roberto Burns, el poeta popular de Escocia, lo han erigido ellos mismos, lo han costado con sus propios chelines, que se los han quitado de su mísero salario. Y lo que los escolares desconocen totalmente es que los obreros de esta ciudad viven en horrendos tugurios, y que el agua que hasta hace poco bebían era del Clyde, sucio de los desechos de las fábricas. Sí, desconocen el envés de la vida del multitudinario y bullicioso Glasgow. Pero él, William, que ha trabajado desde la infancia en sus fábricas, conoce bien este envés, igual que lo conoce cada obrero que, como suele decirse, lo ha probado todo en su pelleja.

34

La vida empeoró particularmente para los obreros desde que empezó la guerra mundial. Entonces fue ya insoportable.

William recordaba las huelgas que se propagaron a casi todas las grandes empresas de Glasgow. Fue en febrero de 1915. Los huelguistas eligieron un comité de huelga, y a él su presidente. William y su amigo John Maclean, brillante orador y favorito de los obreros escoceses, actuaban juntos. Pronunciaban discursos en el *subway*, o metropolitano, hablaban a los obreros en las calles de la ciudad y alentaban la fe que ellos tenían en la victoria.

A los proletarios de Glasgow les era difícil sostenerse. Los huelguistas no recibían ni un penique de subsidio. Las tradeuniones no

les ayudaban, pues las habían asustado las proporciones de la indignación popular. Se asustaron también los laboristas. Y Bill y John se alegraban de ver el desconcierto de los patronos. ¡La huelga era tremenda! Y había sido declarada durante la guerra, cuando era precioso cada minuto de trabajo de las fábricas, talleres y astilleros. Los huelguistas se mantuvieron dos semanas. ¡Y vencieron! Vencieron a pesar de los laboristas y de los “bonzos” tradeunionistas.

Hoy, cinco años después de esta huelga, recordando lo pasado, William volvía a emocionarse e indignarse con los que traicionaron los intereses de los obreros. Y volvía a alegrarse de la victoria alcanzada. “Los proletarios de Glasgow animaron a todos los obreros ingleses a emprender enérgicas acciones de masas”, pensó, y contó mentalmente a Lenin el motín de marzo de las amas de casa, y las nuevas luchas de los proletarios de Glasgow en diciembre del mismo año de 1915.

35

Toda Inglaterra estaba agitada, Los periódicos dieron la noticia de que las mujeres de los obreros de Glasgow, en respuesta a la tentativa de los propietarios de casas a subir los alquileres, se reunían en asambleas y se negaban a pagar si los alzaban. ¿Y qué pasó el día del juicio sobre la primera que se negó a pagar el alquiler? Era difícil hasta que se imaginara la escena quien no la había presenciado. Las mujeres salieron a la calle y se pusieron en camino hacia el centro. Se detuvo el tráfico y se interrumpió el trabajo en las fábricas. La policía se desconcertó. No podía hacer nada. Las mujeres amotinadas hicieron correr a los guardianes del orden. Las autoridades de la ciudad se acobardaron también. Sabían que el movimiento de las mujeres lo dirigían William Gallacher y John Maclean. William no presenció la conversación telefónica de un representante de las autoridades locales con Londres. Fue así:

A un extremo del cable estaba Lloyd George, en Londres. Al otro, uno de los “dueños” de Glasgow.

— Amenazan con arrasar la ciudad. ¿Qué hacemos? —oyó Lloyd George una voz amedrentada.

Lloyd George comprendió que las cosas habían ido lejos. Había fundamento para estar preocupado de verdad. No eran momentos para buscar culpables. No cabía duda, en Glasgow tanto los propietarios de las casas como las autoridades locales se habían extralimitado. Había que buscar una salida. Aunque fuera a costa de concesiones. Era la única posibilidad de mantener de alguna manera el prestigio del Gobierno entre los obreros. Lloyd George dijo al micrófono con tono que no admitía objeciones:

— Detenga inmediatamente los procesos contra los malos

pagadores.

Cesaron las demandas judiciales. Pero eso aún no era más que la mitad de la victoria. Los obreros de Glasgow y sus dirigentes John y Bill celebraron la victoria completa cuando el Gobierno presentó un proyecto de ley, poniendo tope a los alquileres.

“La victoria en la lucha contra los propietarios de casas —se dijo William, como haciendo el resumen— la volvimos a conseguir sin la ayuda de los laboristas ni de los dirigentes de las tradeuniones. El único camino de los líderes ingleses, que también se consideraban bolcheviques, es la lucha, y sólo la lucha, contra el capitalismo, contra el Gobierno y contra los laboristas”.

36

A Gallacher le parecía que toda su experiencia de dirigente político le confirmaba plenamente lo acertado de las ideas que se proponía expresar a Lenin. Al menos, la entrevista con Lloyd George, que él no podía recordar sin repugnancia.

“La conversación de Lloyd George conmigo es la mejor demostración de que el Gobierno intenta sobornar a los líderes obreros. ¿Será posible que no sepa demostrárselo a Lenin?”

En diciembre de 1915, cuando en Glasgow se levantó una nueva oleada de disturbios obreros, el Gobierno se alarmó tanto que salieron para esta ciudad Lloyd George y Henderson, el líder de los laboristas.

Lloyd George tenía la intención de quebrantar a los *stewards* fabriles tras de pronunciarles un discurso. Confiaba en su experiencia política. Pero le salió mal. Cuando reclamó el cese de los disturbios, la palabra la tomó el obrero metalúrgico Gallacher. Demostró con tanta lógica y argumentos la razón de los obreros y lo natural de sus reivindicaciones que el ministro notó que aquel muchacho no podía tumbarlo con las simples manos. Decidió atacarle de flanco y dio a su secretario la orden:

— Invite a William Gallacher a que me visite.

A Bill no le extrañó mucho la invitación del ministro. Y a pesar de todo, no se podía figurar lo que pasaría.

William esperó en el umbral de la puerta de una habitación grande.

— Pase, pase —invitolo afable el anfitrión, que se puso en pie para recibir al líder de los obreros; lo saludó, lo tomó del brazo, le hizo sentarse en el sofá y le pasó un brazo por encima de los hombros. Bill pensó con curiosidad, riéndose para sus adentros y cantando victoria: “Se ve obligado a tenernos en cuenta. Nos odia, pero se sonrío. Veremos por dónde nos sale luego”.

— Lo he escuchado en la reunión de los *stewards* fabriles —dijo el ministro—. ¡Ah! Es usted un verdadero dirigente obrero. Magnífico,

muchacho. Sí, sí. Magnífico. Estoy sinceramente admirado y persuadido de que usted se merece mucho. Se le puede abrir un amplio camino de actividad política. Pero hay que elegirlo bien. Como suele decirse, cada uno tiene que atrapar su estrella.

37

Lloyd George miraba con el rabillo del ojo a su invitado. Y éste, cargado de paciencia, aguardaba. Su semblante no expresaba nada. El silencio y la tranquilidad de William engañaron al ministro, quien dijo ya menos cauto:

— Pues bien, le propongo que me apoye en las conversaciones con los obreros. En interés de ambas partes. El litigio acabará pacíficamente y puede estar seguro de que no se arrepentirá de haber aceptado mi propuesta.

Gallacher escuchó a Lloyd George hasta el fin. No había necesidad de seguir conteniéndose. Sus ojos fulminaban odio. Tenía la respiración entrecortada. Apretó los puños.

— Señor ministro, eso jamás ocurrirá. ¡Jamás!

— William articuló cada palabra, por lo que su negativa sonó más rotunda aún.

Lloyd George se encogió. En el rotundo “no” de Gallacher veía la respuesta de todos los obreros de Glasgow. De pronto, la sangre se le subió a las mejillas. Tampoco se contenía ya. No quería contenerse. Estaban cara a cara dos enemigos de clase. Pero retrocedió el ministro. No pudo ver más a este firme e indoblegable representante de los proletarios. Perdió los estribos y salió impetuoso de la habitación, gritando: “¡Usted es una persona imposible!” William quedó en pie, apuesto y robusto, mirando adelante con osadía. Le repugnaba el ministro, que había intentado sobornar con promesas de brillante carrera a un 'Hd.gr obrero.

“Pero la verdad es que su esperanza no era casual —pensó Gallacher—. ¿Acaso no traicionaron los intereses del proletariado MacDonald, Henderson y otros como ellos? Los que, deliberaban en el Parlamento se olvidaban de los obreros que los habían hecho diputados. Pues sí. Al invitarme, Lloyd George esperaba que yo fuera como Henderson. ¡Se lo había creído él eso! Pero, por desgracia, con sus dádivas Lloyd George y otros como él han seducido a más de un líder obrero. ¿Cómo oponerse a ello? Renunciando a la actividad parlamentaria, no codeándose con los enemigos de) proletariado”.

38

William suspiró, aliviado. Le parecía que estaba preparado para la discusión con Lenin. “¿Discutir? Pero si yo no he venido a Rusia para eso. Tengo que contar a toda costa a Lenin cómo piensan los obreros

escoceses, cómo han acogido la noticia de la Revolución de Octubre, qué trabajo tan grande están haciendo para defenderla contra los ataques que le dirigen”. Gallacher iba trazando el plan de la conversación con Lenin. Allá, en lo hondo del alma, abrigaba la esperanza de que tal vez lograra hablarle de sí mismo. Sentía grandes deseos de que Lenin supiese cómo el obrero inglés había llegado a comprender lo principal: que el único camino acertado era el que había seguido el proletariado ruso, dirigido por los bolcheviques.

...De joven, Bill había sido laborista, un trabajador activo de las tradeuniones. Sólo al empezar la guerra mundial comprendió que el Partido Laborista no defendía los intereses de los trabajadores. Se adhirió al movimiento de los *stewards* fabriles. Durante la guerra mundial éstos fueron la única fuerza real en la lucha contra los patronos. Pero los *stewards* fabriles encabezaban, principalmente, la lucha económica del proletariado. El régimen estatal seguía inmutable. John Maclean, el amigo más íntimo de Bill, era marxista. Él fue quien le abrió los ojos ante muchas cosas. John ayudó a Bill a comprender que la situación de los obreros en la sociedad no podía cambiar de manera radical hasta que el poder pasara a sus manos. Y que eso se lograría con la lucha revolucionaria.

Y en Rusia se había llegado a hacer lo que hasta poco antes no parecía sino un sueño bonito. El primer sentimiento que tuvo Bill fue: “¡Qué felicidad! ¡Los obreros han triunfado en Rusia, por lo tanto, pueden triunfar en nuestro país también! ¡Hay que hacer todo lo posible para apoyar a nuestros hermanos rusos!”

Los comités de *stewards* fabriles sacaron a los obreros de Glasgow a la calle. En torno, caras alegres, emocionadas.

— ¡Camaradas —se oyó a gran distancia la voz de William Gallacher—, no os podéis figurar qué obra tan grande! Por primera vez en la historia mundial los obreros son los dueños del Estado, han quitado el poder a los capitalistas y los terratenientes, y eso, creedme, es para siempre. ¡Volquemos todas las fuerzas en defensa de la revolución rusa!

El mar humano estaba revuelto. Bill oía salir de todas partes voces de: “¡Bien dicho!”, “¡Viva la revolución proletaria!”, “¡Viva Lenin!”

Transcurrieron los meses. El telégrafo traía más y más noticias de la Rusia Soviética. La prensa burguesa difamaba a los bolcheviques y calumniaba a Lenin. Los laboristas de derecha coreaban a la burguesía. Y el movimiento de simpatía por la joven república proletaria se ampliaba. En este movimiento participaba activamente William Gallacher.

El Primero de Mayo solía celebrarse con tranquilidad en Inglaterra. Y se celebraba el primer domingo de mayo. Los obreros y sus familias salían de la ciudad, hacían excursiones, paseaban y cantaban. Todo dentro del mayor decoro y no preocupaba ni a las autoridades municipales ni a la policía. En 1918, en la ciudad escocesa de Glasgow ocurrió de otra manera.

Bill y otros dirigentes del movimiento de los *stewards* fabriles se empeñaron en que el Primero de Mayo de aquel año se celebrara el mismo día de la semana en que cayera (aunque era miércoles). La fiesta se convirtió en una huelga política. Las fábricas y talleres no trabajaron, El transporte se detuvo. Diríase que las nutridas columnas de obreros no tendrían fin. Los manifestantes llevaban pancartas con consignas: “¡Viva la paz, abajo la guerra!”, “¡Viva la Rusia obrera!”

Bill y sus amigos caminaban en primera fila. Sentían una sensación de triunfo. Los obreros de Glasgow habían salido a las calles de la ciudad, adueñándose de todas sus avenidas y plazas. Tal vez eso no fuera más que el comienzo y no estuviera ya lejos el día en que el proletariado inglés fuese por el camino de los hermanos rusos. Así pensaban Bill y los numerosos obreros de vanguardia que festejaban el Primero de Mayo de 1918.

Pasaron varios meses. Los obreros del distrito de Clyde fueron a la plaza de George, donde estaba el Ayuntamiento. En lo alto del edificio se enarboló la bandera roja. Los manifestantes la contemplaban como hechizados. Se lanzaron vivas. De pronto, en el pedestal de una de las estatuas se vio a un hombre. Llevaba la cabeza descubierta y se estiró cuan alto era. Lo conocieron en seguida. Era Bill. “¡Silencio!”, corrióse la voz.

William Gallacher habló de las horrendas calamidades que trae la guerra, necesaria únicamente para la burguesía. Llamó a luchar contra la guerra, a defender la semana laboral de cuarenta horas y seguir el ejemplo de los obreros rusos.

40

De improviso, llegó la policía. Bill no acabó el discurso. Saltando en un instante del pedestal, se abalanzó contra el constable superior que dirigía el ataque a los huelguistas. Lo atraparon y lo metieron, sangrando la cabeza, en el patio del Ayuntamiento. Allí estaban ya, maltrechos, varios dirigentes de la huelga. Se los llevaron a todos a la cárcel.

Los huelguistas decidieron actuar. Pararon dos camiones cargados de cajones de botellas de limonada. Los cajones se convirtieron instantáneamente en barricadas. Y las botellas volaron a las cabezas de los policías montados. Alguien gritó: “¡Romped las verjas!” No habría

transcurrido aún media hora, y los manifestantes, armados con barras de hierro, contraatacaron a la policía.

En la parte norte de la ciudad estaba el cuartel Maryhill Barracks. El mando tomó medidas urgentes. Las puertas del cuartel se cerraron con llave para evitar que los soldados salieran a la calle y se adhirieran a los obreros.

Al atardecer, en Glasgow se hizo un silencio siniestro. Y en el Whitehall, centro gubernamental de Londres, y en el centro de prensa de la Fleet Street, se corrían con insistencia rumores de que en Glasgow había empezado la revolución. Al día siguiente entraron en la ciudad unidades militares. En los edificios del Gobierno se emplazaron ametralladoras.

Los huelguistas se mantuvieron con valentía. Pero, a! haber quedado sin dirigentes, se vieron obligados a terminar, en fin de cuentas, la huelga. Los sucesos de enero de 1919 enseñaron mucho a Bill y a sus amigos. Comprendieron que, para vencer, no bastaba con el entusiasmo revolucionario de las masas, que se necesitaba una táctica de lucha y una política firme. Que el proletariado sólo puede vencer bajo la dirección de un partido comunista, que en Inglaterra aún no existía.

“Pero existirá, existirá muy pronto”, pensaba Bill.

El congreso se inauguró en Retrogrado, pero siguió sus labores en Moscú. Precisamente en Moscú, el día en que se presentó al congreso, William Gallacher conoció a Lenin. Y todo ocurrió de otra manera a como él esperaba.

41

Bill estaba con varios delegados en una pequeña sala alargada del Kremlin. En esta sala, los delegados se preparaban para hablar y acudían a ella para tomar un vaso de té.

Entró con rápido paso un hombre de baja estatura, fornido, y tendió una mano para tomar un vaso. Un delegado susurró a Gallacher:

— Es el camarada Lenin.

Bill se desconcertó. Sin esperarlo él mismo, dio un paso hacia donde se había detenido Lenin y articuló:

—¡Hola!

Lenin alzó perplejo la vista hacia el desconocido que lo saludaba. El delegado que había dicho a Gallacher que aquél era Lenin, al ver que éste ya no sabía qué hacer, se dirigió a Lenin:

—¡Camarada Lenin! Permítame que le presente a un delegado inglés. William Gallacher, de Glasgow.

En los ojos de Lenin brilló una sonrisa. Con la sonrisa también en los labios, tendió la mano a William y, escrutándolo, le dijo afable:

— Nos alegramos mucho, camarada Gallacher, de verlo en nuestro congreso. Bienvenido a nuestro país.

William aún no se había recobrado. Quién sabe por qué le parecería que la entrevista con Lenin se debía haber celebrado en otras circunstancias y, en general, de otra manera. Se disgustaba de su desconcierto y apenas encontró palabras para responder al saludo de Lenin.

— Yo también me alegro mucho. Me siento feliz de haber venido.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, se asustó: “¿Será posible que con ellas termine mi presentación a Lenin? ¿Es que no le voy a decir nada más que estas palabras casi rituales?” Bill notó que se le escapaban las ideas. Como si no hubiera venido pensando todo el viaje de Petrogrado a Moscú de qué y cómo hablar con Lenin. Y Lenin notaba que su nuevo conocido se sentía violento. Lo tomó del brazo y empezó a preguntarle por la situación en Inglaterra. Y llevó la conversación de manera que Bill se calmó casi instantáneamente y empezó a responder con pormenores y vehemencia a las preguntas de Lenin.

Luego habló Lenin, quien le dibujó con brillantes pinceladas y expresiones exactas la situación de la joven República Soviética. Los delegados que los rodeaban captaban cada palabra del jefe de la revolución rusa. De pronto Lenin se volvió hacia los ingleses y dijo, riéndose contagiosamente y poniendo en la voz un tono de triunfo:

42

— Los apologistas burgueses de su país -nos daban tres meses. Seguramente estarán muy descontentos de nosotros.

Lenin levantó la cabeza, se metió las manos en los bolsillos y, mirando a los delegados ingleses, parecía decir con toda su postura: “Allí los Lloyd George y los Churchill esperaban que no nos sostuviéramos. Y estamos vivitos, cobrando fuerzas. Sí, sí, cobrando fuerzas. A despecho de todas las dificultades. Y venceremos”.

William escuchaba atento cada palabra de Lenin. Lo examinaba.

De pronto, a William le pareció que lo elevaba una ola. Le entraron deseos de aproximarse a Lenin y decirle: “Camarada Lenin. Usted es el centro de las miradas de todo el mundo. La burguesía lo mira con odio. Los obreros explotados y los pueblos coloniales oprimidos, con amor y esperanza”. Pero se contuvo a tiempo; “No, eso no hace falta decirlo, no debe decirse. Y no debe decirse precisamente a Lenin. Ante todo, porque él no piensa en sí mismo ni en el papel que desempeña en los acontecimientos. Todo su inmenso genio se sume en los pensamientos sobre la lucha revolucionaria, en cómo emancipar a la humanidad del hambre y los sufrimientos”.

A William le costaba trabajo dominar los sentimientos que lo

embargaban. Y Lenin, al mirarlo, claro que no adivinaba lo que pasaba en el alma de este delegado inglés, que no sabría decir por qué le agradaba.

Las sesiones plenarias y las labores de las comisiones del congreso proseguían en una atmósfera de choques tempestuosos. Cual ducho piloto, Lenin sujetaba con destreza el timón de esta gran nave, la guiaba entre los escollos, enderezando la ruta hacia el muelle más seguro, hacia la victoria de las ideas verdaderamente revolucionarias y la única táctica posible en las complicadas condiciones de formación de los nuevos partidos comunistas. Y aunque Lenin tenía muchos adeptos, la victoria en la lucha entre las distintas desviaciones del II Congreso de la Komintern² no se le daba con facilidad.

43

Se discutía no sólo de si debían los comunistas participar en la labor de los parlamentos burgueses en las condiciones históricas dadas. Muchos delegados extranjeros discrepaban de Lenin respecto a la actitud con los sindicatos reformistas. Y algunos ingleses, entre los que se contaba Gallacher, en modo alguno comprendían cómo se podía combinar la actitud rotundamente negativa de los comunistas ante el Partido Laborista (tal y como existía en el país de ellos) con la pertenencia a sus filas.

Lenin estaba muy cansado. Se le notaba en la cara. Pero, dado el acaloramiento de la discusión procuraba perder las menos sesiones posibles de la mañana y de la tarde.

Los días de las labores del congreso fueron jornadas de duras pruebas y gratas emociones para William Gallacher. Al escuchar los discursos de Lenin y observar todo lo que se producía en el congreso, sentía que le ocurría algo extraordinario, experimentaba una sensación desconocida. Lo cautivaba la fuerza de la lógica de Lenin, su ingenio, su temperamento de combatiente, su excepcional atención con los camaradas. “Qué; felicidad estar al lado de este hombre, trabajar con él”, pensó. Pero, al mismo tiempo, William no quería ni podía aceptar que las opiniones que él había concebido y gestado fueran erróneas. ¿Sería posible que los comunistas ingleses no debieran seguir el camino que a él y a sus camaradas les había parecido el único acertado?

Como quiera que fuese, William aprovechaba todas las oportunidades de exponer sus opiniones desde la tribuna del congreso,

² *Komintern* (Internacional Comunista): organización revolucionaria internacional del proletariado que existió de 1919 a 1943 y constituyó una agrupación de los partidos comunistas de distintos países. (*N. de la Edit.*)

y las defendió con pasión.

— Lamento hacer constar que la III Internacional va a emprender el camino del oportunismo. Pues, en vez de buscar las vías y medios de excitar en las masas el espíritu de la indignación, aquí se piensa en tomar parte en las elecciones parlamentarias. Es ingenuo suponer que los elementos inseguros, al entrar en el Parlamento, vayan a luchar por la III Internacional y la revolución —éste es un fragmento del discurso que Gallacher pronunció en el congreso en la mañana del 2 de agosto de 1920. Y habló de un diputado que se hacía pasar por bolchevique en las reuniones de la campaña electoral. Pero, tan pronto como fue al Parlamento, no quedó ni sombra de su pseudobolchevismo.

44

En ese pasaje de su discurso, William miró a Lenin, sentado en la presidencia. Lenin, apoyada la cara en una mano, escuchaba atento, y miraba con ojos de pillo al orador. Dijérase que lo invitaban a seguir: “Venga, venga, di lo que quieras, camarada, suelta todo lo que tengas dentro”.

Y William lo soltó:

— Debemos concentrar nuestra energía en la lucha revolucionaria, en llevar las ideas de esta lucha a las masas. A la III Internacional se le da ahora la alternativa: ir por el camino de la sumisión o por el camino de la lucha.

William pronunció la última frase mientras se bajaba ya de la tribuna. Al sentarse al lado del delegado norteamericano John Reed, alzó la vista con recelo. Tenía muchas ganas de saber qué pasaba en la presidencia, qué impresión había causado su discurso a Lenin. Y éste, inclinada la cabeza, algo ladeada, sobre el papel, escribía. Gallacher vio que, al terminar de escribir, Lenin dobló cuidadosamente la nota y la hizo pasar de mano en mano. ¡Cuál no sería su asombro cuando se la entregaron a él! En pocas frases, subrayadas algunas palabras, Lenin le explicaba el fondo de su error. Y lo explicaba de tal manera, que le entraron las primeras dudas.

En las siguientes sesiones William volvió a hablar. No le resultaba fácil. En la sala, unos apoyaban su punto de vista, y otros estaban en contra. Le lanzaban réplicas, y él reaccionaba con rapidez, a menudo de mal talante. Las réplicas tampoco eran de lo más cariñosas, eran más bien malévolas y mordaces. No lo interrumpían sólo quienes compartían el punto de vista de Lenin. Le replicaban también algunos delegados ingleses. William los conocía y adivinaba con su olfato de revolucionario que se denominaban comunistas por confusión. En esos casos recibió también notas de Lenin, pero ya de simpatía.

Lenin observaba atentamente a Gallacher. Cada vez le agradaba más

el combativo escocés. Se notaba en él algo seguro, sincero, extremo. Este nado hombre emanaba el espíritu revolucionario de los obreros de su Glasgow natal.

45

En lo más acalorado de la discusión de la comisión política, alguien dijo a William:

— ¿Ha leído usted, querido camarada, el libro de Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*?

Y William respondió, enardecido:

— Sí, lo he leído, pero no soy ningún niño. Podrán tratarme como a un niño y zaherirme a mis espaldas. Pero ahora estoy presente, y le voy a demostrar que no soy un novato.

Lenin se echó a reír. Miraba a William entre divertido e indagador y escuchaba sus palabras como si no quisiera perder ni una.

Aún no había recobrado William el aliento después de haber hablado, y ya tenía en las manos otra nota de Lenin: “Cuando escribí mi libro, aún no lo conocía a usted...”

William lo entendió bien. Sin ceder un ápice en la Crítica de principio de los juicios erróneos de Gallacher, en esta nota, lo mismo que en las otras, Lenin le expresó su simpatía y su confianza.

Una tarde bochornosa, como las que suele hacer en agosto en Moscú, al hotel en que estaban hospedados los delegados al congreso llegó un automóvil. Se apeó el chófer de Lenin, apellidado Guil. Subió la escalera y tocó a la puerta de una habitación. La puerta se abrió. En el umbral estaba William Gallacher. El chófer le entregó una nota de Lenin, en la que lo invitaba a visitarlo a su casa.

“El líder de más experiencia” de los obreros de Glasgow estaba de mal humor. Aquel día habían asestado el último golpe a sus posiciones. Sabía que ya no tenía objeto seguir defendiéndose. Además, no le quedaban argumentos. Lenin no sólo había dado al traste con ellos. En el discurso de aquel día había terminado de hacer lo que empezara días antes. William comprendió que no tenía razón.

Al explicar a los delegados por qué el Partido Comunista de Inglaterra, que acababa de anunciar su fundación, debía entrar en el Partido Obrero y aprovechar así las posibilidades de ligarse con las masas más amplias, de darles a conocer su política, Lenin, según le pareció a Gallacher, se dirigía todo el tiempo a él.

46

A William le sonaban en los oídos las palabras con que Lenin acabó el discurso:

— Una organización proletaria tan buena como la de los *Shop*

Stewards aún no entra en el partido político. Si os organizáis en el aspecto político, veréis que nuestra táctica se basa en el desarrollo político bien comprendido de los últimos decenios y que un partido verdaderamente revolucionario no se puede fundar más que cuando absorbe a los mejores elementos de la clase revolucionaria y utiliza cada posibilidad para luchar contra los dirigentes reaccionarios allí donde se manifiestan.

Si el Partido Comunista Inglés empieza por actuar con espíritu revolucionario en el Partido Obrero, y si los señores Henderson se ven obligados a expulsar este partido de sus filas, eso será una gran victoria del movimiento comunista y revolucionario en Inglaterra.

Poco antes de que Guil llegara, William estaba pensando en que debía ver a Lenin y decirle: “Estaba equivocado al querer convencer a los delegados de que no apoyaran el proyecto de resolución en que se exige el ingreso del Partido Comunista de Inglaterra, en el Partido Obrero”. Y de pronto Lenin había enviado a buscarlo.

El camino del hotel a la casa de Lenin en el Kremlin fue tan corto que a William no le dio tiempo de pensar lo que iba a decir. Lenin lo recibió como a un viejo conocido, le estrechó fuertemente la mano, le hizo tomar asiento y se puso a hablar como si continuaran una conversación hacía mucho comenzada.

— Pues bien, cuando esta delegada inglesa —Lenin mencionó el apellido— me confesó con amargura que no podía tener confianza en ninguno de los líderes del Partido Socialista Británico, yo le dije que podía tenerla en usted.

William sintió que ante Lenin no había que explayarse en arrepentimientos. Lo había comprendido todo él mismo y depositaba plena confianza en él, William. Pero él tenía que hacerse acreedor de esa confianza, tenía que convencer a sus compañeros, que aún pensaban de otra manera, de que la razón asistía a Lenin.

47

— Y ahora vamos a ponernos de acuerdo —Lenin se puso en pie, se apartó de la mesa, se acercó a Gallacher y, tapándose un ojo con la mano, como si se lo protegiera de la luz de la bombilla eléctrica, examinó de frente con el otro a su interlocutor y prosiguió:

— Usted dice que todos los que van a parar al Parlamento inglés se pervierten. Camarada Gallacher, si los obreros lo envían a usted al Parlamento para que los represente, ¿también se pervertirá?

William no esperaba tal pregunta. Hasta retrocedió un paso y articuló con dificultad:

— Usted da golpes prohibidos.

Pero Lenin siguió su ofensiva. Y William comprendió que Lenin

quería oír la respuesta suya, de su boca.

— La cuestión es muy importante —insistió Lenin—. Y desearía oír su respuesta.

William guardó silencio un momento. Luego pronunció con calma, pero persuadido:

— No. Estoy persuadido de que la burguesía jamás logrará pervertirme.

Las palabras de Gallacher sonaron en el silencio vespertino del apartamento de Lenin en el Kremlin como un juramento.

Lenin miraba a William y sonreía. Le pasó un brazo por encima de los hombros y le confió:

— Camarada Gallacher, logre que lo elijan al Parlamento inglés y enseñe a los obreros cómo puede utilizarlo un revolucionario.

Caminando por la habitación, Lenin aducía un argumento tras otro a favor del ingreso del Partido Comunista Inglés en el Partido Laborista y protestó enérgicamente contra la intención de algunos camaradas escoceses de separarse y fundar un partido comunista de Escocia aparte. Ahora ya no lo decía todo esto para convencer a William Gallacher. Lenin veía que ya era un adicto suyo. Lo que hacía era trazar a este adicto un programa de acción para su país.

— Tendrá que trabajar en el partido que se acaba de fundar en Inglaterra —dijo Lenin a William, al despedirse—. Vaya al partido. Luche por la línea política de la Internacional Comunista, y entonces la Internacional Comunista pondrá todo su prestigio en apoyo de usted.

Aquella noche de agosto William tarde⁴⁾ mucho en dormirse. Se sentía dichoso: había encontrado el camino certero, y en ello le había ayudado Lenin.

48

El II Congreso se clausuró. Los delegados volvían a sus países. En Moscú se demoraron muy pocos. Entre ellos, John Rced y William Gallacher. Debían representar a los obreros norteamericanos e ingleses en el I Congreso de los Pueblos de Oriente, que se convocaba en Bakú.

En vísperas de partir Gallacher, volvió a presentarse en su habitación el chófer Guil. Venía otra vez a recogerlo por encargo de Lenin.

—¿Cuándo se va a Inglaterra? —le interrogó Lenin, tras de saludarlo con afabilidad.

— Aún no tan pronto. Voy a Bakú al Congreso de los Pueblos de Oriente.

Lenin protestó enérgico:

—¡No, no! Debe marcharse a Inglaterra. Allí tendrá muchas cosas

que hacer. Los obreros están fundando consejos de acción para frustrar las tentativas de Churchill de empezar la guerra contra la Rusia Soviética. Usted puede prestar una gran ayuda. Debe volver a Inglaterra. Al Congreso de Bakú puede ir otro delegado cualquiera, pero nadie podrá hacer en Inglaterra lo que tiene que hacer usted.

William titubeó un instante. ¡Tenía tantos deseos de visitar el Oriente, de ver con sus ojos cómo se despertaban y emprendían la lucha pueblos enteros, sometidos por la Europa burguesa! Pero sabía que Lenin no le hubiera pedido que regresara en seguida a Inglaterra si no lo considerara necesario en extremo. Por eso William accedió en el acto.

— ¿Cuándo puede salir? —le interrogó Lenin.

En los preparativos no tenía que perder mucho tiempo, pues llevaba todo el equipaje encima, mejor dicho, puesto.

Tras de pronunciar el lacónico “En marcha”, William tendió la mano a Lenin.

El gran jefe del proletariado mundial y uno de los líderes revolucionarios más combativos de la clase obrera inglesa permanecieron un momento inmóviles, estrechándose la mano. William Gallacher recordó esta despedida hasta el fin de sus días.

49

... Willian llegó a la estación media hora antes de la salida del tren. Mientras se paseaba por el andén, vio que en el ténder de la locomotora cargaban leña de viejos maderos con clavos, recién aserrados, y restos de tablillas.

Los obreros hacían su trabajo alegres, gastándose bromas. William pensó: “Para llevar un tren de Moscú a Retrogrado hay que quemar varias casitas de madera”. Pero tanto los que las habían hecho leña como Gallacher comprendían que las dificultades de la joven República Soviética eran temporales. Los hombres que habían derrocado el zar en Rusia y arrojado el poder del Gobierno Provisional burgués y que luchaban heroicamente contra todo el mundo burgués no podían menos de vencer. William estaba seguro de que saldrían victoriosos. Pero hacía falta que en esa heroica lucha les ayudaran los proletarios de otros países. Y recordó que unos días antes los delegados ingleses conversaron con un grupo de soldados rojos, y su jefe dijo:

— Cuando regresen a su país, transmitan al pueblo inglés que deseamos la paz. Díganle que pasamos hambre, pero que nos sentimos dichosos de haber hecho la revolución y nadie nos arrebatará las conquistas revolucionarias.

— Nadie os las arrebatará —se dijo William a media voz al ocupar su sitio en el vagón.

A lo largo de todo el camino de Moscú a Glasgow a William le pareció que el tren iba demasiado despacio y que el barco navegaba como una tortuga. Tenía mucho miedo de llegar tarde. Necesitaba llegar a casa antes de que se inaugurase la conferencia convocada para fundar el Partido Comunista de Escocia. Llegó a tiempo, la víspera de la primera sesión.

Cuando le dieron la palabra, contó todo lo que había pasado en Moscú, habló de Lenin y de los acuerdos del congreso internacional de los comunistas. No le fue fácil hablar, pues refutaba lo que hacía tan poco él mismo defendiera. Pero sus camaradas sabían que él jamás decía lo que no pensaba, que nunca hablaba en contra de sus convicciones. Que era fiel a la clase obrera. Que estaba siempre en sus primeras filas. Y si él reconocía que la existencia de un partido comunista escocés independiente era nociva, cada uno de ellos tendría que recapacitar en su propia posición.

50

— No queremos fraccionar nuestras fuerzas —decía William—, sino unir las por toda Inglaterra.

En la Conferencia de Glasgow Gallacher abogó por el triunfo del punto de vista de Lenin y venció. Acto continuo fue a otras ciudades de Inglaterra. Uno de sus discursos desempeñó un papel decisivo en la vida de Harry Pollit, dirigente algo más joven de los obreros ingleses.

William refirió con tanto colorido cómo Lenin destruyó todos los argumentos de los adversarios de la adhesión al Partido Laborista, que Harry Pollit, quien había luchado activamente contra la adhesión hasta entonces, titubeó. En fin de cuentas, él también comprendió que la adhesión al Partido Obrero era una política acertada.

William salía muy contento de todas las reuniones en las que se tomaba una resolución que confirmaba los acuerdos del II Congreso de la Internacional Comunista... La circunscripción electoral de West Five envió en 1935 a la Cámara de los Comunes a un diputado comunista. Era William Gallacher.

William recordaba bien el encargo de Lenin: "Logre que lo elijan al Parlamento y enseñe a los obreros cómo puede utilizarlo un revolucionario".

Gallacher defendió durante quince años desde la tribuna del Parlamento los intereses de los obreros ingleses, protestó contra el conciliábulo de Munich, peleó como un león por la apertura del segundo frente en Europa durante la segunda guerra mundial y luchó por la paz una vez terminada ésta.

"Nuestro Bill", decían de él con orgullo los obreros ingleses. "Nuestro Bill", pueden decir también con pleno derecho los soviéticos.

Fue siempre un fiel amigo nuestro. Seguía el camino leninista.

En un apacible paraje de las cercanías de Moscú se instaló un acogedor sanatorio. En el verano de 1960 vino a él William Gallacher. Era ya muy viejo, pero los ojos aún le brillaban con destellos juveniles, a menudo bizarros.

— Tengo 28 años más 50. ¡Qué más tan molesto! —decía en broma.

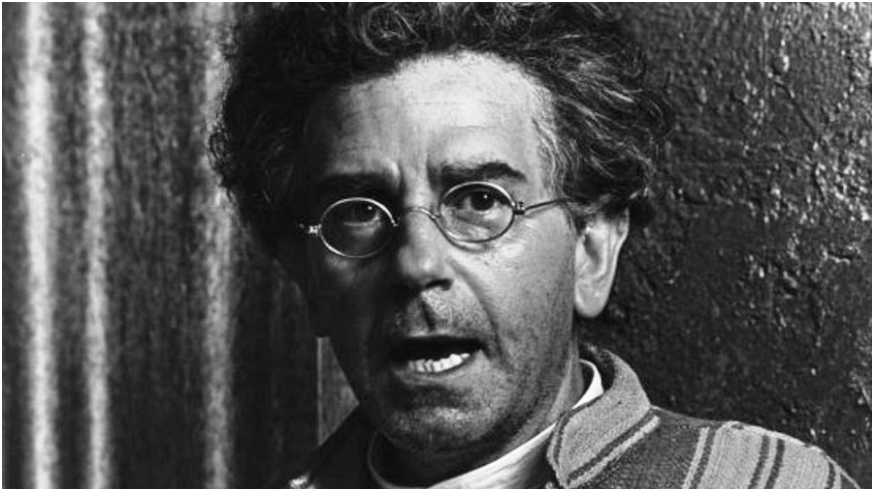
Y aunque el viejo William estaba ya gravemente enfermo, no buscaba el reposo. Le interesaba la vida agitada.

51

— Saben —le agradaba contar—, en este viaje a la URSS he decidido ver detalladamente Moscú, y, claro, visitar los lugares en que hace tiempo no he estado. He ido a la fábrica Lijachov. ¿Se acuerdan? Antes se llamaba AMO. En 1920 trabajé en un sábado comunista en esta fábrica. Está desconocida. Recuerdo que trabajamos en un taller en el que no funcionaban más que cinco o seis máquinas. Las demás estaban estropeadas. ¿Y ahora? Es toda una ciudad de la industria del automóvil. ¡O las colinas Vorobiovi! Allí fuimos los delegados del II Congreso de la Internacional Comunista para festejar en ambiente de camaradas la terminación de sus labores. En esas colinas había casas pequeñas de madera. Y a partir de allí empezaban los poblados de tipo aldeano, sin trazado de calles. He ido ahora a esos parajes y no los he conocido. El majestuoso edificio de la Universidad, rodeado de vegetación. ¿Y las manzanas de casas de vivienda? Allí ha surgido una ciudad nueva. ¿Y acaso es sólo en las colinas Vorobiovi, hoy de Lenin? Al Moscú viejo lo rodea otra ciudad nueva. Está desconocido. Es mucho más bonito. Y todo está hecho polla mano de los soviéticos. A Moscú lo transforman los hijos y los nietos de quienes nos dijeron en 1920 que vencerían, aunque pasaban hambre. Los soviéticos han hecho un milagro. Qué lástima que Lenin no haya visto todo esto.

Rafáil Jiguérov

NO SE LLORA A LOS COMBATIENTES



ANTONIO GRAMSCI

I

Es el buzón de la puerta de un departamento de Moscú. Desde él comienza lo extraordinario de este relato. La mayor parte de las cartas llegan a él desde Italia. Escriben obreros de Turín y Milán, campesinos de Cerdeña y Sicilia, estudiantes y profesores, todos los que estiman el nombre de Antonio Gramsci. A veces, por correo o con portador, llegan paquetes con regalos. Dos hermanas, dos mujeres ya de edad, guardan con esmero estos tributos de respeto y amor del pueblo a la persona que tanto hizo para Italia, para el movimiento obrero internacional.

¡Antonio Gramsci! En esta casa todo gira en torno a su nombre, en todo está el recuerdo de quien jamás vivió en ella. Este departamento de Moscú parece un museo. La mascarilla mortuoria de Gramsci, la copia de su mano, en escayola, un retrato de Antonio joven, sonriente, azules los ojos... Un armario con un carrito pequeño, exacta copia en miniatura de un carro de verdad con ruedas de madera, de los que usan

los campesinos de Cerdeña, y al lado un cortapapeles pulido. Los dos objetos están tras el cristal del armario, uno al lado del otro, y los separa un período enorme. El carro lo hizo Gramsci en Moscú, en Serébriani Bor, y se lo regaló a la simpática joven Yulia Shujt, que luego fue su esposa, compañera entrañable y madre de sus dos hijos. En las cartas a ella, iluminadas con el esplendor de su gran corazón varonil, Gramsci escribía con letras latinas la tierna palabra rusa “liubímaya” (amada).

54

El cortapapeles de madera es también un regalo, y también a su mujer. Gramsci lo hizo en la celda de la cárcel.

Hay otros dos objetos más: dos ejemplares de *La Divina Comedia* de Dante. Entre uno y otro han mediado muchos años de cárcel. Un ejemplar se lo regaló Gramsci a su “querida Yulia” en los luminosos días de 1922. El otro... lleva escrito: “Gramsci, Antonio”, unos garabatos ilegibles del jefe de la cárcel de Tur i di Bari y el sello de la prisión. Este ejemplar se recibió después de la muerte de Gramsci.

En el apartamento hay muchos libros en distintos idiomas. Entre ellos, obras de Lenin publicadas en distintos períodos. Los libros de Lenin presiden la vida de los moradores de esta casa. Y cuentan a su manera el glorioso camino recorrido por el joven italiano que llegó a ser un eminente pensador revolucionario.

Abramos un libro al azar. Es del año 1915. Trae el artículo de Lenin *Los marxistas revolucionarios en la Conferencia Socialista Internacional del 5 al 8 de septiembre de 1915*, publicado por primera vez en el periódico *Sotsial-Demokrat*. En este artículo Lenin sacó las deducciones de la lucha ideológica mantenida en la Conferencia Internacional de Zimmerwald³. “...marchamos hacia batallas revolucionarias...”

Dos años después se cumplió la previsión de Lenin: en Rusia, empezó la batalla revolucionaria. Gramsci estudió en las obras de Lenin, incluidas en estos 55 tomos, la experiencia de la revolución proletaria y llamó a los obreros italianos a seguir “el camino ruso”.

55

Gramsci escribió de Lenin, soñó con entrevistarse con este “hombre capaz, merced a su extraordinaria inteligencia, de llevarse tras de sí a todas las fuerzas sociales del mundo”. La vida había probado palmariamente que el Partido Socialista de Italia no podía encabezar el

³ *Conferencias de Zimmerwald y Kienthal*: conferencias socialistas internacionales que se celebraron en las ciudades suizas de Zimmerwald (1916) y Kienthal (1915). Estas conferencias contribuyeron a la unión de los elementos izquierdistas de la socialdemocracia europeo-occidental sobre la base ideológica del marxismo-leninismo. (*N. de la Edit.*)

movimiento revolucionario. Gramsci elaboró el programa de renovación del partido. La sección de Turín lo apoyó. Lenin señaló satisfecho que las propuestas de la sección de Turín correspondían plenamente a los principios de la III Internacional. Así se conocieron. De momento, por referencias.

El partido marxista-leninista italiano, partido de nuevo tipo, nació en un parto doloroso. Tenía que vencer el oportunismo, el sectarismo, el dogmatismo y la grave enfermedad infantil del “izquierdismo”... El famoso libro de Lenin fue un guía permanente para Gramsci.

La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo apareció en junio de 1920. A fines del mismo año Lenin expuso su opinión acerca de la cuestión italiana. Sometió a dura crítica a los reformistas en el artículo *Acerca de la lucha dentro del Partido Socialista Italiano*; había que depurar de gente débil y vacilante el partido. Lenin advertía sin ambages, directa y abiertamente, a los trabajadores italianos que lo más difícil aún no había llegado.

Gramsci condujo el joven Partido Comunista de Italia a través de un período de enconadas luchas de clase, a través de lo más difícil.

En la pared, un retrato de Gramsci, cuando era joven, y su mascarilla mortuoria.

— ¡Las cosas que le hicieron! —dice, quedo, la mujer.

— ¡Las cosas que le hicieron! ¡Y las que no le pudieron hacer!

Desde el retrato, Gramsci mira atento, con una sonrisa de bondad apenas perceptible que suaviza sus firmes facciones, dijérase hechas a cincel. Así ha quedado en la memoria de sus amigos, camaradas, compañeros de lucha y discípulos. Concedamos la primera palabra a uno de ellos.

56

II

— ¡Sí, así lo conocimos! Era fuerte y bondadoso, enérgico y sabio. Nosotros somos los obreros activos de Turín. Y no sólo los socialistas nos sentíamos atraídos hacia él, sentíanse también atraídos los anarquistas, los republicanos, los católicos, todos los obreros. Yo, claro, era socialista. Me llaman Bernolfo, Giacomo Bernolfo. Conocí a Antonio nada más terminar la guerra, maldita sea. Yo era sargento de artillería de montaña. Luego volví a Turín. Antonio me apreciaba. “Giacomo. tú no tienes más que dos defectos —me decía—: te gustan las poesías malas, y, lo que es peor, las recitas en voz alta”.

Pues bien, durante cierto tiempo Antonio y yo éramos inseparables. Él llegaba incluso a enojarse: “Déjame en paz, Giacomo, hazme ese favor...” ¿Y cómo podía dejarlo en paz, si mi deber de partido era proteger a Gramsci? “Que no caiga un pelo de la cabeza a Antonio”, me

decía el camarada Togliatti.

La tarea no era fácil. Los fascistas habían intentado ya asesinar a Gramsci y, miedo da decirlo, poco faltó para que lo consiguieran. Decidimos tomar medidas. El propio Antonio no pensaba en sí mismo, su preocupación era la revista *Ordine nuovo*. Para que los fascistas no asaltaran la redacción, teníamos listas las armas e incluso un rollo de alambre espinoso. Comprenden, había un pasillo largo y muy estrecho; habíamos clavado escarpas en las paredes; mientras los fascistas intentaran forzar la puerta, tendríamos preparada la alambrada en un instante. Todo lo habíamos pensado bien. Pero Antonio no estaba satisfecho. “¿Y si la redacción estuviese minada?” —decía.

“¿Quieres que minemos el local?” —le interrogué.

“Te has vuelto loco, Bernolfo. En derredor vive gente. Pero si los fascistas se creyesen que la redacción está minada...”

Comprendí su plan. Hicimos correr el rumor. Esperamos. Vi que cerca de la casa había una camioneta. Cargaban muebles. Comprenden, había un inquilino, del que hacía tiempo sospechábamos que era un espía. Le dije: “Se va de nuestra casa, señor. Qué lástima”. Él se limitó a bufar como un gato.

Dicho con pocas palabras, hasta el 28 de octubre de 1922 los fascistas no se atrevieron a asaltar la redacción de *Ordine nuovo*.

57

Pero quiero hablar de otoño de 1920, cuando se extendió por toda Italia la gran ofensiva obrera. Empezó, naturalmente, en nuestro Turín. Los obreros organizaron los consejos fabriles y tomaron el poder en sus manos. ¡El poder en las fábricas y talleres! Empezó en Turín y se extendió a toda Italia.

Los fabricantes pidieron auxilio al Gobierno.

Gramsci exigió no detenerse a mitad de camino y seguir el ejemplo de los rusos. Lo apoyaron todos los miembros del grupo *Ordine nuovo*. Primero se publicó un periódico semanal con ese título, y luego se organizó un grupo con ese nombre. Eran todos jóvenes. El mayor de ellos, Gramsci, tenía 29 años: Togliatti, 27; Montagnana, 23; Platone, 21, y Amoretti, 19. “Jovenzuelos”, llamábanlos con ironía los “ancianos” del Partido Socialista. ¿Acaso es malo ser joven? Antonio eligió magníficamente a sus “jovenzuelos”. Sabía calar en el acto en el alma del hombre y comprender de golpe lo que valía.

Quiero añadir que podía pelear tenazmente con una persona y guardarle respeto. Por ejemplo, con Jacinto Serrati. Antonio tenía de él la opinión de que era el representante más honrado y noble de la vieja generación de socialistas, y decía: “Serrati aún vendrá con nosotros, tengo fe en él”.

Corrían tiempos agitados en Italia. Los obreros de vanguardia iban con el grupo *Ordine nuovo*. ¿Y los dirigentes del Partido Socialista? ¿Y la Confederación General del Trabajo? Pues ahí estaba el quid de la cuestión. El capital había hecho pequeñas concesiones. Los reformistas dieron la orden de devolver las fábricas. Los obreros estaban indignados. ¡Cuánto les costaba entregar lo que habían conquistado! ¿Pero qué otro remedio les quedaba? “No le hace, Giacomo —me consolaba Gramsci—, no es el último combate. Que canten victoria por ahora. En mi Cerdeña se dice: todos los lobos terminan por encontrarse en la peletería”.

¿Qué ocurrió después? A los seis meses se organizó el Partido Comunista. Diré la fecha exacta: el 21 de enero de 1921, en Livorno. Por la mañana, del teatro Goldoni, donde estaba celebrándose el congreso del Partido Socialista, salieron doscientos delegados, tal vez algunos más, y se encaminaron, cantando *La Internacional*, a otro teatro de Livorno, al de San Marcos. Allí los delegados que abandonaron el congreso reformista y que representaban, ni más ni menos, a cincuenta y ocho mil hombres, fundaron el Partido Comunista. El camarada Lenin calificó este acontecimiento de gran victoria del movimiento comunista internacional.

58

III

El 25 de octubre de 1922 llamaron a Gramsci por la mañana para decirle:

— Lenin le ruega que venga a visitarlo a las seis en punto de la tarde.

Gramsci hacía tiempo que esperaba esta conversación. En realidad, durante los meses de su estancia en Moscú y en el sanatorio de las afueras de la ciudad, cuando enfermó, se estuvo preparando para la entrevista con Lenin. Sin embargo, se pasó el día trabajando intensamente. Tenía que reflexionar y calar en muchas cosas. Iban llegando ya los delegados al IV Congreso de la Internacional Comunista. Los camaradas de Italia ya estaban en Moscú. Traían noticias de lo más alarmantes. El fascismo se insolentaba. En casi todas las ciudades cometía desmanes y violencias. En Milán había sido celebrada una conferencia de los fascistas, en la que se eligió un “mando supremo” de tres personas.

Entretanto, Amadeo Bordiga, el presidente del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia, negaba rotundamente que el fascismo representase un peligro. Se reía de “los temores de la juventud”. ¡Si hubieran sido sólo “temores”!

Claro que no se trataba de la personalidad de Mussolini en sí, pues la gran burguesía necesitaba condotieros, crueles mercenarios que no conocieran ni el honor ni la vergüenza. Y Mussolini les vino como anillo al dedo.

...Las seis menos cinco. Gramsci entró en la sala de recibimiento. Saludó a la secretaria de guardia, una mujer pequeña de pelo y ojos negros.

— Por disposición de los médicos, hoy Lenin tiene día de descanso —dijo la mujer en francés, buscando cuidadosamente las palabras—. Estos días de descanso ise parecen tanto a los cotidianos! Hoy Vladímir Ilich ha insistido en tener tres entrevistas. Procure que no se prolongue mucho la suya, camarada Gramsci. ¿Está bien?

59

Claro, cómo no. Mas, ¿cómo hacerlo? Gramsci sacó del bolsillo una hoja de papel con las preguntas formuladas y empezó a repasarlas de prisa.

— Vladímir Ilich le ruega que pase.

Entró en el despacho. Lenin se puso en pie para recibirlo.

— Buenas tardes, camarada Gramsci —articuló

Lenin en italiano—. Nos conocemos por referencias desde hace mucho, ¿verdad?

Gramsci quería contarle muchas cosas, y decirle cómo él había entrado en su vida. Pero se limitó a responder: “Es verdad”.

— Conozco mal el italiano —prosiguió Lenin—. ¿Podemos conversar en francés? ¿Sí? Por más que he llamado a un traductor.

Por el ventanillo abierto entró un fresco vienteccillo otoñal. Gramsci se estremeció. Lenin lo notó.

— Perdone, camarada, ahora mismo lo cierro.

— No se moleste, ya me he acostumbrado.

— Mejor será que lo cerremos. Pues usted es del Sur, ¿no?... Si no me equivoco, nació en Cerdeña, ¿no? —interrogó Lenin, cerrando el ventanillo y volviendo a la mesa de escritorio. Gramsci asintió con la cabeza.

— Tome asiento, tenga la bondad —dijo Lenin, acercando una silla al invitado—. He leído sus trabajos sobre la llamada cuestión meridional. Usted opina que el problema agrario en Italia es concreto en el plano histórico y ha adquirido formas peculiares, típicas del país. Le ruego que me explique esa idea.

La petición de Lenin pilló desprevenido a Gramsci. Pero el problema del Sur agrario italiano, donde vivían millones de pobres analfabetos e ignorantes, hacía tiempo que le quemaba el corazón. Siendo un niño aún oyó en su isla natal un refrán: “Amigo cavador, eres pobre por ser

sardo”. Luego vio con sus propios ojos que los “amigos cavadores” formaban la mayoría desposeída de todo el Sur...

Conforme iba hablando, Gramsci notaba que perdía la turbación y se expresaba con más desenvoltura, las palabras, gestadas durante largas reflexiones, le salían con fluidez. Habló de la lucha del partido por que el protagonista de la cuestión meridional fuera el obrero revolucionario de Turín y Milán. Eso había dado ya sus frutos: un viejo pastor de Cerdeña le había dicho: “Si te conviertes en hierba, hasta las cabras le comerán”. Los pobres están hartos de ser hierba.

Lenin se echó a reír, y dijo:

— Ese viejo es mucho más listo que los reformistas italianos. Y más sagaz. “Si te conviertes en hierba, hasta las cabras te comerán”. ¡Muy bien dicho!

Dejando de sonreír al punto, interrogó:

— ¿Y qué piensan de los fascistas el obrero de Turín y el pastor de Cerdeña? ¿Qué piensa usted mismo?

Gramsci habló a Lenin de su honda preocupación. Había salido una fuerza nueva a la liza política: una fuerza ruda, cruel y sin principios. Cada día era mayor el terrorismo, sobre todo en los pueblos. Los fascistas apaleaban a los “rojos” con porras, disparaban contra ellos con revólver y violaban a mujeres y niñas delante de sus maridos y padres. A la violencia sólo se podía responder con la violencia. Y el viejo líder de los socialistas italianos, Felipe Turati, escribió a los obreros de Andria, en la Apulia, que le habían pedido consejo: “Sed perfectos, sed santos, sed resignados”.

Lenin se inclinó hacia Gramsci. La expresión de picardía de su semblante dio paso a otra de inquietud. Apretó los labios con ira.

Gramsci tenía que mencionar ahora a Bordiga. No quiso hablar de él y dijo que los acontecimientos podrían hacerle cambiar de posición, y de eso hablaría él mismo en el congreso. Lenin meneó la cabeza. Su voz sonó con brusquedad:

— Bordiga no aprende de las masas, vive bajo el encanto de sus propios esquemas abstractos. En realidad, hasta teme a las masas. Hablé con él ya en el II Congreso de la Internacional Comunista. No ha cambiado. Pero aguardaremos la apertura del IV Congreso.

Oyose el quedo zumbido del teléfono, y encima de la mesa se encendió una pequeña lamparita. Lenin hizo un gesto de disgusto, pero levantó de prisa el auricular y escuchó atento, respondiendo de vez en vez con breves frases en ruso. Sin entender una palabra, Gramsci notó que había sucedido algo agradable y se alegró por Lenin. Este esbozó una sonrisa, y los ojos le irradiaron, diáfanos. Depositó el auricular en

la palanca del teléfono y permaneció callado un momento. Miró a su interlocutor y —al menos así le pareció a Gramsci— no lo vio a él, sino otra cosa, grande e importante.

61

— Me acaban de comunicar que Vladivostok ha sido liberado — dijo—. Los restos de los intervencionistas han sido puestos en fuga. El Extremo Oriente es soviético. La guerra civil ha terminado. El Poder soviético lleva cinco años de existencia, ¡y en esos cinco años los obreros y los campesinos no han soltado de las manos el fusil!

Lenin asió con fuerza el borde de la mesa, Puso en tensión todo el cuerpo, vigoroso y fornido.

Entró la secretaria de ojos negros y colocó un papel delante de Lenin. El la miró y le dio las gracias.

La secretaria salió. Lenin señaló el papel que le había traído y se sonrió.

— Vamos comerciando poco a poco. Ya hemos ganado más de veinte millones de rublos oro. Los invertiremos en el acto en la industria pesada. Veinte millones. ¿Son muchos o pocos? ¿Sabe usted cuánto ha gastado Inglaterra sola en la intervención contra nosotros? Más de cien millones de libras esterlinas, es decir, más de mil millones de rublos oro. Y toda la Entente, según fuentes oficiales, cerca de tres mil millones. ¿Qué le parece? Si pudiéramos contar con una parte de esos miles de millones... —Lenin se echó a reír e hizo un aspaviento con la mano—. Nos hemos desviado algo... No, no, no mire el reloj. Tenemos todo el tiempo que necesitamos... Volvamos, pues, a la cuestión del fascismo. Tiene usted completa razón: el fascismo es un enemigo cruel y sin principios, que aplica una táctica peculiar suya. En Italia todo lleva al enfrentamiento de dos fuerzas principales: los fascistas y los comunistas. El Partido Comunista debe elaborar su táctica inmediatamente, hoy mismo. Ahora es muy importante, archiimportante, la unidad de la clase obrera, la unidad de cuantos aman el futuro de la nación. Hace unos días me dijeron que dentro del Partido Socialista Italiano ha habido una escisión. La mayoría ha empezado a comprender que hay que luchar juntos. ¿Qué opina usted, camarada Gramsci, de la unificación de los partidos Comunista y Socialista de Italia?... Le advierto que si vuelve a mirar el reloj, vamos a reñir. La unificación es una tarea delicadísima, pues entran en juego una desconfianza natural, el amor propio y muchas cosas más. Hay que meditar en todas las posibles complicaciones...

62

Cuando Gramsci salió del despacho, miró, a pesar de todo, el reloj. Eran las ocho menos cinco. Veía un futuro inquietante y sobrecogedor;

pero él se sentía tranquilo y fuerte.

Los diez días que faltaban para la apertura del congreso fueron de intenso trabajo. A fines de octubre se recibió la noticia de los acontecimientos que estaban ocurriendo en Italia: los fascistas habían hecho la “marcha a Roma”, y el rey había nombrado a Mussolini primer ministro.

Comenzadas ya las labores del congreso, llegaron a Moscú los delegados italianos, que tardaban, Clara Zetkin, canosa y enérgica como una joven, se puso en pie: .

— Camaradas, puedo daros una noticia agradable. Acaba de llegar el camarada Gennari, que ha sido perseguido y herido por los fascistas... Saludamos al valiente proletariado italiano, perseguido y lacerado, que se prepara, ante la faz del terrorismo blanco, a unificar sus fuerzas revolucionarias para dar nuevas batallas al capitalismo y vencer...

Los delegados saludaron en pie a sus camaradas italianos. Siguieron arduas jornadas de lucha contra el sectarismo y el dogmatismo de Bordiga, de negociaciones con los socialistas y de conclusión de un acuerdo de unificación inmediata de los partidos Comunista y Socialista de Italia.

En la sesión de clausura Gramsci fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Reanudáronse las negociaciones con los socialistas. Lenin seguía atento la marcha de estas conversaciones. Escribió (en francés) a Constantino Lazzari, uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano, pidiéndole que influyera en Serrati, el líder del ala escindida de los socialistas, si empezaba a obstaculizar, aun sin quererlo, la unificación.

El 12 de diciembre, por la noche, Lenin fue a su despacho, encargó enviar la carta, una vez pasada en limpio, a Lazzari y rogó que se asegurase bien su entrega. “Que la lleve una persona de confianza” — dijo Lenin al secretario de guardia.

Fue el último día y la última noche que Lenin trabajó en el Kremlin. El 13 de diciembre la enfermedad asestó a Lenin otro golpe rudísimo. Lenin no pudo ayudar personalmente más a los comunistas italianos. Las complicaciones que él previera no se pudieron superar. Pero Serrati y su fracción de “tercerinternacionalistas” ingresaron en 1924 en el Partido Comunista de Italia, en el que trabajó hasta el último día de su vida.

Giuseppe Amoretti llamó, nervioso, a la puerta.

— Adelante.

Gramsci estaba sentado a la mesa, inclinado sobre el papel, y escribía. Tras el montón de papel del manuscrito no asomaba más que su densa y crespa cabellera. Con una repentina sensación de ternura, Amoretti recordó que, según contaban los familiares, a Antonio lo habían llamado en la infancia “Sansoneddu”, o sea, pequeño Sansón. La infancia había pasado hacía ya mucho, “Sansoneddu” había crecido, pero los amigos seguían llamándolo, como antes, Sansón. Por más que no delante de él. A Antonio no le agradaban los arrebatos de entusiasmo ni las manifestaciones exageradas de cariño y fidelidad.

— Siéntate, amigo —le dijo Gramsci—. Ahora mismo termino de escribir este pensamiento...

Amoretti perdió los estribos:

— Tú terminarás tu pensamiento, y ellos, ¿te crees que van a esperar sonrientes? Hay que correr, huir, meterse en la clandestinidad. Luego será tarde. ¡Antonio, te lo suplico!

Gramsci dejó el manuscrito y levantó la cabeza. Sus diáfanos ojos azules estaban tranquilos.

— ¿Huir? No.

— Eso es una locura, Antonio. ¡Mira a esos guapos!

Gramsci miró por la ventana. La apacible calle de Margania, tan poco transitada como la de un pueblo, estaba aquel día como nunca. Por la acera pascaban unos sujetos de anchos hombros con camisa negra. Delante de la puerta de La casa había unos carabineros.

Gramsci se calló. Amoretti no exageraba. El peligro aumentaba por momentos. La inviolabilidad personal de diputado era una ficción que Mussolini no tendría en cuenta. Lo mismo que no la había tenido con el diputado socialista Giacomo Matteotti, quien denunció las falsificaciones y violencias cometidas por los fascistas. Matteotti desapareció, y luego se halló su cadáver mutilado.

64

Un año después Gramsci subió a la tribuna en que había estado, dijérase ayer. Matteotti, y llamó sin rodeos a Mussolini y sus secuaces enemigos de la nación.

Mussolini no le quitaba de encima la furiosa mirada de sus pequeños ojos de jabalí. La foto del “dictador fascista escuchando” recorrió todos los periódicos italianos. Pero en ningún sitio se escribió lo que pensaba en aquellos momentos.

Mañana Gramsci tiene que subir de nuevo a la tribuna del Parlamento y pronunciar un discurso contra el proyecto de las leyes fascistas de excepción.

¿Le dejarían hablar? No era probable. Y aun así, no debía huir; no debía mientras quedase la menor oportunidad de utilizar la tribuna del Parlamento.

—¿Qué? —le conminó Amoretti, esperanzado—.

¿Qué has decidido?

— Seguir escribiendo el discurso.

Gramsci tomó de la mesa unos paquetes preparados:

— Este envíalo al centro extranjero. Y éste, a Palmito. No, es arriesgado entregar los dos paquetes a una misma persona. Bueno, bueno, no te pongas triste y di que envíen a un enlace. Hasta la vista, Giuseppe.

El enlace tardaba en acudir. ¿Y qué pasaba en la calle?... Lo mismo. Quizás hubiera más “guapos”, como se expresara Amoretti. ¿A cuántos estábamos? Era el 8 de noviembre. Fiesta en Moscú. Banderas rojas, música y canciones. Yulia de seguro que estará en casa, dando el pecho a Giuliano, que ha cumplido tres meses. Gramsci aún no ha visto a su segundo hijo. Delio, con sus dos años, es ya todo un hombre, independiente, se entretiene él solo con sus juguetes. Pobrecita Yulia, ¡qué difícil le es con los dos hijos, inquieta siempre por la suerte de su marido! ¡Sé fuerte, me oyes, sé fuerte! ¡Si pudiera expresarte con palabras cuán inmenso es mi amor y cuán inquebrantable mi fe!

Llamaron a la puerta. Entró un obrero joven vestido con mono y con la tradicional maleta de fontanero en la mano. En la maleta llevaba escrito: “Gas”. Gramsci sonrió:

— Buena idea habéis tenido, muchachos. Toma esto.

65

Y entrega el otro paquete. Desde la ventana observó al joven obrero pasar despreocupado por delante de la gente armada y volver la esquina, moviendo la maletita al compás de los pasos.

La operación estaba hecha. Gramsci podía sentarse a seguir su trabajo.

A las diez y media se oyeron en la escalera los rudos pasos de los carabineros.

V

— Señor, ¿quiere saber usted cómo procesaron a Antonio Gramsci? Pues ahora mismo se lo cuento. Pero antes daré lectura a esta carta del propio Antonio.

“Cárcel de Milán, 19 de febrero de 1927.

...Teníamos que ponernos en marcha; los carabineros que nos custodiaban nos habían puesto ya las esposas. A mí me las pusieron según un método nuevo, muy desagradable: el hueso de la muñeca quedaba fuera del aro y golpeaba contra el acero, haciéndome daño. Entró el jefe del convoy, un brigada de enorme estatura: al pasar lista, se detuvo ante mi nombre y me interrogó si era pariente “del famoso diputado Gramsci”. Le respondí que ese Gramsci era yo. Me miró con evidente compasión, musitando algo ininteligible. Luego oí en todas las paradas, cuando conversaba con los que rodeaban el furgón carcelario, que hablaba de mí, llamándome siempre “el famoso diputado”.

Pues sí... Antonio Gramsci fue efectivamente un diputado famoso... ¿En qué terminó aquello? No lo sé. Gramsci escribe que, por orden del brigada, le aflojaron las esposas...

Vi a Antonio Gramsci más tarde, cuando lo trasladaban de Milán a Roma. Imagínese usted, señor, la estación de Milán. Dos filas de policías, y en medio una cadena de hombres aherrojados uno a otro. Se acercan al vagón carcelario. El tren se pone en marcha. En las celdas hace un frío terrible. Y de pronto se oye la voz de Gramsci decir: “Señores, el comité encargado de preparar una fiesta en nuestro honor en Roma celebra esta noche un gran concurso de narraciones divertidas”.

66

“¡Magnífica idea!... ¡Empieza tú, Antonio! ...” —gritaron desde distintas partes del vagón.

Gramsci empezó su narración. Era muy graciosa. Luego contaron otros. Así fue pasando el tiempo, unas dos horas, quizás más. La gente se fue cansando de escuchar. Gramsci lo comprendió.

“Ahora, ¡un concurso de canciones populares!”

No lo puedo olvidar, señor. Un vagón carcelario que corre por la vía y canta... ¿Comprende? Noche cerrada. Y canciones.

Luego el proceso. Veía la causa de Gramsci un tribunal especial. A Antonio Gramsci y sus camaradas los metieron en una jaula. El juicio era contra catorce personas, tres o cuatro de las cuales no estaban presentes. Pero el fiscal dijo: “Al ver la causa de cada acusado, la figura de Antonio Gramsci se destaca en seguida. Él es quien dirige el partido de los comunistas en 1926. Él es el alma de todo el movimiento, él quien señala el camino al partido. Durante la ocupación de las fábricas, él encabezaba a los obreros. Él es el verdadero dirigente de este partido”. Y, sabe usted, señor, aun metido en la jaula, enfermo y extenuado, Gramsci siguió luchando. ¡Y cómo luchó! La hiena, digo, el fiscal Izgro se salía de quicio. “Tenemos que impedir que ese cerebro funcione durante veinte años!” —gritó. Todos saben lo que le

respondió Gramsci: “Vosotros llevaréis a Italia a la catástrofe, y nosotros, los comunistas, la salvaremos”, dijo y se calló. Los jueces también se callaron. Luego leyeron la sentencia: veinte años, cuatro meses y cinco días de prisión rigurosa.

VI

Por la tupida reja de gruesos barrotes penetraba parca y macilenta luz. En invierno oscurece temprano, y Gramsci escribe mientras hay luz. Escatima cada hora. Siente que está extenuado, que las fuerzas lo abandonan. Pero las líneas corren a despecho de todo, dejando estampados en el papel los pensamientos concebidos durante las largas noches de insomnio. Encima de la mesa hay un pequeño montoncito de libros. En cada librito, el cuño y la firma del jefe de la cárcel. El mismo sello llevarán las páginas de su manuscrito. Los carceleros no deben sospechar que estos escritos tienen un fin político. No hay que decir las cosas hasta el fin, ya lo comprenderán los destinatarios. La clave no es complicada y ayuda bien: por marxismo Antonio escribe “la filosofía de la práctica”; por partido, “el moderno soberano”, y por Lenin, “Ilich” o “Vilichi”...

67

Ilich, Lenin. A él debe su aparición este trabajo, pues él nos hizo pensar de manera distinta de como pensábamos antes, nos hizo entender de otra manera el avance de la historia.

Pensar como Lenin significa desarrollar su doctrina. ¿De qué manera la clase obrera puede llegar a dirigir la sociedad y el Estado en las circunstancias de la actual Europa, en las condiciones concretas de Italia?

Los renglones corren, apretándose los unos a los otros. La clase obrera es la única clase capaz de llegar a ser una “clase nacional”, es decir, la clase que exprese los intereses de toda la sociedad. Mas no puede llegar al poder espontáneamente, sin dirección. El pensamiento humano no se hace independiente por sí mismo. La “mente colectiva” de la clase es el partido. Con buena organización y firme disciplina. Mas, ¿qué es la disciplina del Partido? Por supuesto, no es el cumplimiento, pasivo y dócil de las órdenes. La disciplina no aplasta la personalidad, no privaba, ésta de la libertad...

...Se oyen unos golpes en la pared. Es el preso de la celda contigua, un árabe condenado a cadena perpetua, un infeliz, víctima de un error judicial, que se preocupa por la salud de Gramsci. Despacito, para no despertar a Antonio, que se ha adormilado, el comunista Trombetti, a

quien se ha permitido permanecer en la celda de Gramsci, gravemente enfermo, da tres golpecitos de respuesta. Así lo tienen convenido. El árabe no golpea más.

Se ha borrado la expresión de dolor del semblante de Gramsci. No, aún no le ha llegado el fin. Pese a todo, Gramsci se levanta de la cama y prosigue su titánico trabajo. ¿Cómo llamar de otra manera lo que Gramsci escribió en la cárcel? Treinta y dos cuadernos, dos mil ochocientas cuarenta y ocho páginas llenas de letras menudas, es la preciosa herencia que dejó al partido, a la cultura italiana, al movimiento obrero internacional, su aportación de valor extraordinario a la historia de nuestro tiempo.

68

Recordemos una vez más que Gramsci investigó las cuestiones más importantes de la filosofía marxista-leninista: la hegemonía de la clase obrera y su alianza con los campesinos, el papel de los intelectuales los vínculos entre la base y la superestructura. La intelectualidad no es un simple instrumento o parte de la sociedad puesta al servicio de una de las clases. La intelectualidad entra en el bloque histórico, es el factor que determina la unidad de la base y la superestructura. Gramsci piensa mucho en el partido, y el menor abandono de las normas leninistas de la vida del partido lo inquietan y provocan su acerba crítica. En el centro de las reflexiones filosóficas de Gramsci está el hombre, su mundo interno, su psicología, su “sentido común”. Gramsci incluía en este concepto el cúmulo de ideas y razonamientos propios a cada persona. El “sentido común” contiene los gérmenes del pensamiento filosófico. Hay que desterrar el prejuicio de que la filosofía es una labor intelectual, inherente sólo a los especialistas profesionales. No se puede limitar uno a la “filosofía de los filósofos”.

Presiden todos los escritos de Gramsci la idea de la libertad, el respeto al individuo, una severa valoración del presente y el sueño en el futuro. Y la búsqueda de ideas reales para alcanzarlo.

...La fortuna le asesta el último golpe. Un derrame cerebral y parálisis de la parte izquierda del cuerpo. El cerebro aún sigue funcionando; el enfermo está en pleno conocimiento...

Los amigos fieles salvan y conservan el manuscrito.

VII

Un día de marzo de 1948 avanzó hacia la cárcel de Turi una extraña procesión. Caminaba en cabeza un funcionario enviado urgentemente de Bari, capital de la provincia, para recibir a los invitados. Tras él,

guardando la distancia de medio paso, caminaba el alcalde de la ciudad de Turi.

El alcalde miraba adelante, preocupado. Lo inquietaba el largo muro de piedra, junto al que pasarían. En este muro alguien había escrito con pintura roja, allá por los años veinte, “Lenin”. Durante el fascismo habían raspado la inscripción, pero volvía a aparecer obstinadamente una y otra vez, y aun sin pintura podíase leer la palabra “Lenin”, entallada en la piedra a fuerza de raspar. El alcalde esperaba alarmado ver el muro gris... A lo mejor no estaba la inscripción... Pero la inscripción había aparecido.

69

El alcalde, un funcionario bajito de anodino aspecto, acompañaba a los hijos de Antonio Gramsci durante la visita de éstos a la cárcel. Los jóvenes Delio y Giuliano habían venido a Turi desde el lejano Moscú. Terminaban ya su viaje por Italia. Todo había comenzado por la concesión póstuma del premio Viareggio, el máximo premio literario de Italia, a Antonio Gramsci en 1947. Para recibir el premio se había invitado a Italia a los hijos de Gramsci, que participaron en la ceremonia de la entrega del mismo y lo pasaron al fondo del Partido Comunista. Los hijos de Gramsci recorrieron numerosas ciudades y pueblos como invitados entrañables del partido.

En los concurridos mítines atronaban los saludos, y la gente acudía de muy lejos para ver a los hijos de “nuestro Gramsci” y, si tenían suerte y lograban acercarse, estrecharles la mano.

Admirados del amor de todo el pueblo a la memoria de su padre y aturcidos por lo que habían visto y oído en pocos meses, los dos jóvenes caminaban hacia las puertas de la cárcel. Momentos después entrarían en la celda en que su padre pasó largos años.

La procesión se detuvo. Ante las pesadas puertas, forradas de hierro, aguardaba el personal de la administración de la cárcel con su jefe a la cabeza. El mismo jefe con quien Antonio Gramsci llevó una lucha constante por el derecho a trabajar y tener correspondencia, por el derecho a disfrutar de asistencia médica. Estaba allí también el médico de la cárcel, el mismo sujeto que profanó el sublime título de médico al negar la asistencia a Gramsci, enfermo de gravedad.

Al lado de la puerta de la cárcel hay una lápida de granito. En ella está esculpida la inscripción:

"En esta cárcel vivió recluso Antonio Gramsci, maestro, liberador y mártir que vaticinó la muerte a los locos verdugos, la salvación a la Patria perdida y la victoria al pueblo trabajador".

70

Esta lápida fue colocada el 27 de abril de 1945, el día del octavo

aniversario de la muerte de Gramsci.

Los invitados llegaron por los sonoros pasillos de la cárcel a la puerta de la celda que cerró muchos años la salida a Gramsci.

Al lado, otra lápida: “En esta celda estuvo, restringido en la libertad (i?), Antonio Gramsci”.

La celda está vacía. El mobiliario, bien conocido por las cartas de Gramsci, No ha cambiado nada. Ni el jefe de la cárcel ni el médico, que sonríe complaciente. Y el vecino de celda de Antonio Gramsci, aquel árabe condenado a cadena perpetua, sigue cumpliendo su interminable condena.

— ¿Se puede entrar en la celda de ese hombre?

El jefe hace un mohín de disgusto, pero da el permiso, Chirría el cerrojo... El anciano se arrincona, convulso. Ha perdido el juicio.

Recorremos de nuevo los sonoros pasillos hacia la salida. ¡Qué bien se respira fuera de la cárcel! En la plaza ya se ha reunido gente: un nutrido grupo de obreros portuarios y pescadores de Barí (¿cómo se las habrán arreglado para venir tan de prisa?). La plaza está de bote en bote. La gente viene de todas partes, unos a pie, otros en bicicleta y otros en moto. Viene para honrar la memoria del hombre que vivió, luchó y aceptó los sufrimientos en aras del futuro.

Como en el comienzo de este relato, tenemos delante otra vez. el retrato de Gramsci. Está muy ampliado y se ve bien desde las filas más distantes de la inmensa sala riel Palacio de los Congresos de Roma. La sala está repleta. En las jornadas de enero de 1966, cuando las fuerzas revolucionarias del mundo conmemoran el 45 aniversario del Partido Comunista Italiano y el 75 aniversario del nacimiento de Antonio Gramsci, los comunistas italianos celebran su XI Congreso. Están sentados los delegados del Turín proletario, de la ciudad donde empezaron su lucha Gramsci y Togliatti. Están sentados también los emisarios de Livorno, ciudad portuaria, donde en enero de 1921 nació el Partido Comunista. Los delegados de Génova, de la “roja” provincia de Siena, donde el 55 por ciento de la población vota por los comunistas.

71

Esperan los acuerdos del congreso más de millón y medio de comunistas italianos, ocho millones de trabajadores que siguen al Partido Comunista, millones de las fuerzas democráticas del pueblo italiano...

Apolón Davidson

UN DELEGADO DEL TRANSVAAL

73



DAVID IVON JONES

En el verano de 1960 se celebró en Moscú el XXV Congreso Internacional de Orientalistas. Entre los centenares que, en el ambiente de las discusiones científicas, estaban en su elemento natural, se destacó una persona entrada ya en años y vestida con modestia. De él no se podía decir que se sentía como el pez en el agua. Al presentarse a alguien, decía: “Soy de Sudáfrica”, si bien llevaba ya siete años fuera de su país, pues los racistas lo habían expulsado. Y no por el color de la piel, pues era completamente igual que el de la piel de los ministros de la República Sudafricana, sino porque no estimaba la pertenencia a una raza o a una nación la medida principal en las relaciones entre los hombres.

Esta persona llegó a ser autor de investigaciones bastante importantes merced, digámoslo así, a la mala intención del antedicho Gobierno sudafricano, que no le permitió dedicarse a sus habituales

ocupaciones en el sindicato, del que fue líder durante veinte años.

74

Hoy tampoco se ve a menudo en Moscú a ciudadanos de la RSA, si bien durante 'os últimos tiempos ha aumentado considerablemente el número de evadidos de este país. Después de haberse fundado en Moscú la Universidad Patricio Lumumba, en sus aulas pueden verse emigrados políticos de África del Sur. En los años 50 era una rarísima casualidad ver a alguien de este país.

Entonces yo me dedicaba a la historia de los zulúes, uno de los pueblos más numerosos del África austral, a sus guerras y sublevaciones en el siglo XIX. Cuando encontré en el congreso a un sudafricano, comencé a hacerle preguntas acerca de los zulúes. La respuesta me desilusionó en el acto: no era historiador, y si le interesaba la historia, era exclusivamente la contemporánea. Para la anterior no le quedaban ni tiempo ni fuerzas.

Pero, al día siguiente, el delegado de la RSA me llamó inesperadamente y, sonriendo, me dijo:

— ¿Conoce usted la famosa octavilla “zulú”? ¿La que escribió David Ivon Jones?

Al mirarme, comprendió que yo no sabía siquiera de quién se trataba.

— Claro, no es la época que usted estudia, pero es muy interesante...

Me contó lo siguiente: A comienzos de 1919, en la pequeña ciudad de Pietermaritzburgo, centro de la provincia de Natal, una pequeña hoja de color gris promovió gran revuelo. La mayoría de los habitantes de la provincia eran zulúes. Ellos mismos repartían la hoja por las calles. Tal vez por eso empezaran a llamarla octavilla “zulú”. Por más que el texto estaba impreso tanto en zulú como en las otras tres lenguas de los habitantes negros y blancos de África del Sur. Llevaba por título *Los bolcheviques avanzan*.

¡Una octavilla con ese título un año escaso después de los sucesos de octubre en Rusia! ¿Y dónde había aparecido? A muchos miles de kilómetros del País de los Soviets, en el rincón de África más alejado de Rusia, donde, creyérase, apenas llegarían rumores de lo que ocurría en Rusia.

Se notaba que el sudafricano se complacía de poder contar cosas extraordinarias de su patria.

— Los autores de la octavilla, David I. Jones y Lorry H. Green, fueron procesados en el mismo año de 1919. El archivo judicial seguro que es el único sitio donde se conserva el original de este interesante documento. Y sabe, ¡tal vez ahora se haya presentado por primera vez

la oportunidad de volver a ver esta octavilla!

75

Resultó que, a los cuarenta años de haber aparecido, las autoridades la necesitaron de nuevo para un proceso político. En esta ocasión, para el mayor proceso político en la historia del país, proceso con el que las autoridades de la RSA esperaban librarse de un golpe de los líderes de todas las organizaciones democráticas.

De este proceso se ha escrito mucho. Ha sido considerado como la variante sudafricana de la provocación hitleriana del incendio del Reichstag.

Para el verano de 1960 el proceso aún no había terminado, aunque ya venía durando cuatro años seguidos. Una noche de diciembre de 1956 miles de policías y soldados fueron puestos en pie al loque de alarma. Los aviones de guerra se sacaron precipitadamente de los hangares. Por las calles pasaban raudos, rechinando con las ruedas en las curvas, los automóviles de la policía para llevar a los detenidos. La policía allanaba las moradas en las ciudades y aldeas más distintas del país. En una noche detuvo a más de ciento cincuenta personas, acusadas de “alta traición”, de conato de derrocamiento del Gobierno por la fuerza y establecimiento en África del Sur de un régimen... “de democracia popular”. Se les aplicó la “ley de aplastamiento del comunismo”, la más rigurosa del país.

El juicio se celebró en la plaza militar cerrada de Johannesburgo. Montaron una jaula enorme —las rejas y tela metálica las trajeron del parque zoológico local— y metieron en ella a los procesados. Se hizo todo lo posible por cargar la atmósfera, provocar una sicosis general e inculcar a la población que los detenidos eran unos terribles delincuentes de lesa patria y debían recibir el castigo merecido: la horca o el fusilamiento.

Empezar la vista de la “causa” fue mucho más fácil que llevarla hasta el fin deseado. Saltaba a la vista de todo el mundo la falta del cuerpo del delito. La propia amplitud de la operación punitiva atrajo la atención del público muy lejos de África del Sur,

76

En todos los continentes se fundaron comités de defensa de los procesados. En el propio Johannesburgo, junto a la cárcel y la plaza militar, había manifestantes con consignas del tenor: “Apoyamos a nuestros líderes”.

El Gobierno se vio precisado a reforzar la acusación con algo de más peso. Así, en la Audiencia se colocaron unos “suplementos” al acta de acusación: diez mil documentos confiscados a los demócratas sudafricanos por la policía a lo largo de muchos años.

La policía había reunido rarísimos documentos, a veces ejemplares únicos, salvados por casualidad. En sus archivos, lo mismo que en las cajas fuertes de la policía secreta de otros países, se guarda lo que los propios autores hacía tiempo habían roto en espera de la detención o les habían quitado durante los registros.

Uno de los primeros documentos expuestos fue la octavilla *Los bolcheviques avanzan*. Cuarenta años después la necesitó el Gobierno para demostrar cuán hondas eran las raíces “del complot comunista”.

Mi amigo sudafricano me prometió escribirle a su hijo, que vivía en Johannesburgo, éste fotografiaría la octavilla y la enviaría a Moscú, claro que no directamente, sino a través de Londres, para no comprometerse por mantener correspondencia con “soviéticos”. Meses después cumplió su promesa.

He aquí el texto de la octavilla:

“LOS BOLCHEVIQUES AVANZAN
¡OBREROS BLANCOS Y NEGROS DE AFRICA DEL SUR!

“¡Un fantasma recorre Europa: el fantasma del bolchevismo!

“¿Qué es el bolchevismo, tan temido por las clases gobernantes?

“¡Por qué las clases gobernantes envían tropas británicas a Rusia a combatir contra los bolcheviques?

“¿Es que aún no han matado bastante? ¿O tal vez el afán de justicia los obliga a enviar a Tommy Atkins a que pase frío entre las nieves de Arcángel en el preciso momento en que sueña con la comodidad de su hogar?

“El zar exterminó en el Sur de Rusia a medio millón de nómadas. Pero entonces ellos no movieron ni un dedo para enviar tropas contra él.

“¿Por qué se han asustado tanto ahora? ¿Por qué les hace palidecer hasta la sombra del bolchevismo, como si hubieran visto un espectro? ¿Por qué? ¡Nosotros os lo diremos!

“La Gran Guerra de las Naciones ha terminado, y ha empezado abiertamente la Guerra de Clase contra el Trabajo.

“¡El bolchevismo significa el poder de la clase obrera! Y donde gobiernan los obreros, los capitalistas no pueden conservar ya su Sistema de Expoliación.

“¡Trabajadores! No creáis a la prensa capitalista, que difama a los bolcheviques. Los calumnia porque los capitalistas han perdido las bolsas repletas de dinero que prestaron al zar para que reprimiera al pueblo ruso.

“Los calumnia porque los capitalistas han perdido las ricas minas y fábricas, en las que hoy trabajan los obreros rusos para ellos mismos: porque los terratenientes han perdido las tierras, que hoy trabajan en mancomún cuarenta millones de campesinos en la República Soviética.

“Los calumnia porque los capitalistas temen que vosotros sigáis su ejemplo. Temen que los obreros de África del Sur también conquisten la libertad y la independencia. El bolchevismo los ha puesto furiosos porque ven la perspectiva de perder sus ganancias.

“EL BOLCHEVISMO SIGNIFICA QUE LO PRIMERO ES EL TRABAJO

“Los obreros de Rusia y Alemania han creado los Soviets, los Soviets de los trabajadores, del proletariado. Eso significa el fin del sistema basado en la ganancia privada, el fin de la explotación capitalista del trabajo asalariado en aras de la ganancia.

78

“¿Por qué los obreros de Rusia y Alemania han de verter su sangre?

“Porque la clase capitalista de todos los países prefiere despedazar al pueblo con los proyectiles de sus cañones antes que dejarle gobernar. Y los obreros son el pueblo.

“¡Recordad el apaleamiento de los obreros en Johannesburgo en 1913 y en febrero de este año en Bloemfontein!

“¡Abajo el militarismo británico! Es un instrumento para aplastar a los obreros.

“¡¡¡Abajo la intervención de los aliados contra Rusia!!!

“¡¡¡Abajo la clase de los capitalistas en todos los países!!!

“El bolchevismo da esperanza a los obreros. La comunidad libre del trabajo es hoy en Rusia un hecho real.

“El bolchevismo significa la victoria de los que se ganan el dinero con su trabajo. Pronto se extenderá a Gran Bretaña, Francia, Norteamérica, a todo el mundo.

“ESTAD PREPARADOS PARA LA REPUBLICA UNIVERSAL DEL TRABAJO

“Para prepararos, tenéis que uniros en los talleres y fábricas. Uniros en una hermandad de obreros, independientemente del color de vuestra piel.

“No olvidéis que la injusticia hecha contra uno, sea negro o blanco, es una injusticia contra todos.

“El obrero blanco no puede ser libre mientras esté oprimido el obrero negro.

“Antes de que el Trabajo pueda emanciparse a sí mismo, el obrero negro debe unirse con el obrero blanco en una organización laboral, sea cual fuere su oficio, el color de su piel o su creencia religiosa.

“El bolchevismo es la solidaridad de los trabajadores. ¡Obreros de todo el mundo, uníos! ¡No tenéis nada que perder, sino las cadenas! ¡Y ganaréis todo un mundo!

“Si queréis conocer la verdad del bolchevismo, leed *La Internacional*, órgano de la Liga Socialista Internacional (AB)

"Casilla de correos 4179,

"Johannesburgo, 79

"5 chelines al año, excluidos los gastos de corteo".

79

¡En 1918 y 1919 pocos países europeos conocieron octavillas como ésta!

La Liga Socialista Internacional segregose del Partido Laborista Sudafricano. Entraron en ella los adversarios de la guerra imperialista mundial. El 22 de septiembre de 1915, en una reunión general de esta organización, recién fundada, se aprobó su primer documento programático, provisional. En este documento se definían así los fines de la Liga: “Propagar los principios del socialismo internacionalista y del antimilitarismo; apoyar y robustecer las organizaciones internacionales de la clase obrera”.

En aquel mismo mes de septiembre salió el primer número del semanario *The International*, con cuatro planas llenas de artículos y noticias del movimiento obrero mundial y de la lucha en África del Sur.

El periódico lo dirigía David Ivon Jones, antes secretario del Partido Laborista Sudafricano y, desde el momento de la fundación de la Liga, secretario de ésta. Le ayudó mucho L. H. Green, destacado activista de la Liga en la provincia de Natal.

En el número del 25 de abril de 1919 se publicó el texto íntegro de la octavilla *Los bolcheviques avanzan*. Al lado se insertaba un retrato grande de Lenin.

La octavilla no se publicó cual documento aparte, sino entre la información acerca del proceso judicial contra Jones y Green. E incluso

las noticias del proceso no se daban en nombre de ningún corresponsal del periódico, sino remitiéndose al *Times of Natal* y a otros periódicos de Pietermaritzburgo.

Por lo visto, la redacción temía que clausurasen *The International*.

Las informaciones de la Audiencia nos convencen de que las octavillas empezaron a propagarse ya en 1918. Pero entonces Ivon Jones no insertó su contenido en el periódico, si bien muchos artículos de fondo suyos, más atenuados, se difundían inmediatamente en forma de proclamas.

Por las informaciones del juicio se ve que la octavilla apareció en cuatro lenguas. Primero en inglés, luego en zulú, luego en sesuto (lengua del pueblo de los basutos, que constituyen la mayoría de la población del Estado Libre de Orange, ex república bóer y, después de 1910, provincia de la Unión Sudafricana) y por último en africánder, la lengua de los bóers.

80

¿Cómo transcurrió el juicio contra Jones y Green?

El fiscal Fannin declaró que “el libelo se repartió a todas las capas de la población”, y eso dio lugar a “desórdenes en Durban” (la mayor ciudad de la provincia de Natal), y provocó en Pietermaritzburgo una “riña entre ex soldados y agentes de los acusados”.

Entre los documentos aludidos por Fannin figuraban cartas de Jones que la policía le había encontrado o que la censura de El Cabo le había abierto. El capitán Slater, jefe de la policía de la ciudad, fue llamado al tribunal y dio los siguientes testimonios:

— En Maritzburgo se han presentado varios bolcheviques declarados... El párrafo peor de la octavilla es el que llama a la unión de todos los obreros, sea cual fuere su raza y el color de su piel... El llamamiento a “los negros y los blancos” motivará desórdenes en Maritzburgo, donde la barrera del color de la piel ha sido siempre muy patente... La revolución en que participe la población indígena no podrá ser pacífica. Irá acompañada de bolchevismo...

Indicio de la alarma que el llamamiento a la unidad de negros y blancos había promovido entre las autoridades fue el que figurasen especialmente en el juicio “expertos en problemas de los indígenas”. Se aclaró con el mayor detalle la actitud de unos u otros africanos que hubieran leído la octavilla, y sobre esa base se intentó sacar la conclusión de cómo reaccionarían a la propaganda bolchevique.

Uno de los expertos, J. Marwick, jefe del departamento indígena del Ayuntamiento de Durban, declaró:

— He leído a puertas cerradas la octavilla a varios cafres e indígenas sin instrucción, que conozco ya veinticinco años. El efecto que produce

en la mentalidad indígena puede dar lugar a una agitación...

Marwick agregó que no era la primera vez que veía octavillas de ese estilo, que había leído el periódico *The International*, pero...

— La octavilla zulú es la más peligrosa, pues está escrita de manera más comprensible.

El coronel Foxon, que era el censor que adoptó la resolución de incoar el proceso a Jones y Green, afirmó:

— La octavilla instiga al pueblo a tomar las minas, a quitárselas a los accionistas. Y si hacen eso con las minas, luego harán lo mismo con las plantaciones de caña de azúcar y, en general, con todas las ramas de la industria. Jones y Green llaman a la insurrección, a la revolución. Un Gobierno de la clase obrera, sea negra o blanca, sería lo peor que nos pudiera ocurrir. El bolchevismo es la revolución, es decir, el bandidaje...

81

Se hizo comparecer al tribunal a varios africanos. Uno de ellos, J. Gumede, secretario de la Sección de Natal del Congreso Nacional Africano, primera gran organización política de los africanos de los países al sur del Sahara, entre numerosos votos de fidelidad, atreviose, sin embargo, a decir al tribunal que los africanos comprendían y veían con simpatía el pasaje de la octavilla en que se hablaba de la entrega de la tierra a los campesinos por los Soviets. Y sobre todo, el salario igual por trabajo igual.

— Esas propuestas atraen a los indígenas.

El sacerdote africano Peter Umganga, al comprender, por lo visto, lo que el tribunal se proponía, declaró:

— Los bolcheviques son los que no quieren a ningún rey y exterminan a sus adversarios.

Otros dijeron poco más o menos lo mismo.

La sentencia del juez Paul fue muy significativa. En ella se hacía una tentativa de condenar la propia idea del bolchevismo y demostrar que no podía arraigar en el suelo sudafricano. El nombre de Lenin no se le iba de los labios al juez, quien dijo así:

— El hombre que predique el bolchevismo entre los indígenas es un asesino de los pueblos blancos, y yo no vacilaría en pegarle un tiro.

O lo siguiente:

— Las gentes que propagan esta doctrina son un azote para África del Sur y deben ser expulsados del país.

Ivon Jones y Green defendieron enérgicamente, ante el tribunal, sus ideas. Utilizaron el juicio y el alboroto periodístico en torno a él para hacer propaganda del bolchevismo. Una propaganda argumentada, detallada.

Ivon Jones obligó al tribunal a escuchar las tesis fundamentales del

Manifiesto Comunista. Explicó el verdadero sentido de la Revolución, de Octubre, por qué en Rusia se derramaba sangre y quién tenía la culpa de ello.

82

— Insistimos en afirmar que las ideas bolcheviques son las ideas socialistas y que no tienen nada que ver con los crímenes que aquí le han imputado. Declaramos que se trata de un credo político, de una causa de opinión pública. Y estamos en nuestro derecho de discutir con los periódicos que combaten con tanta agresividad el bolchevismo.

Jones y Green hicieron singular hincapié en los derechos de los africanos y en la necesidad del internacionalismo, de la unión de los obreros blancos y negros.

— Los obreros indígenas tienen el derecho indiscutible de pronunciarse por la realización de sus anhelos, de lograr que el país oiga hablar de ellos y conozca sus problemas. Rechazamos el infundio de que existe lo que se ha dado en llamar “modo de pensar indígena” completamente especial y misterioso, comprensible sólo para los expertos, de algo así como un sagrario, en el que sólo pueden entrar los sacerdotes del departamento indígena.

He aquí la declaración de Ivon Jones ante el tribunal:

— No me hago la ilusión de que conozco las costumbres tribales de los indígenas... Pero he estudiado especialmente las condiciones de vida en los centros industriales... Y los indígenas que están ligados con la industria no son una clase anárquica. Son una parte muy prometedora de la población.

Como es natural, los acusados fueron reconocidos culpables y sentenciados con todo rigor.

Pero el caso de la octavilla *Los bolcheviques avanzan* no fue sino un episodio más de la vida de Ivon Jones. El destino de la persona que pudo editar el periódico *The Internacional*, escribir y difundir proclamas y mantenerse con tanta valentía delante de los tribunales es digno de atención.

Destacado dirigente de la Liga, uno de sus tres líderes permanentes (con Sidney Persival Banting y William Andrews, llamado “camarada Bill” en África del Sur), Ivon Jones era de una modestia excepcional.

De su vida no se escribe en el periódico más que en los casos en que hablaba en algún mitin. O cuando la tuberculosis lo dejaba en un estado en que se veía obligado a marcharse de Johannesburgo y apartarse temporalmente de la dirección del periódico.

83

Jones no nació en África del Sur. Era oriundo de las islas Británicas, de Gales. Enfermó pronto de tuberculosis y procuró, a lo largo de su

vida, vencer la dolencia. Primero se marchó a Nueva Zelanda, y luego, en 1906, al Transvaal, cuyo clima se estimaba muy sano para los tuberculosos.

África del Sur fue la segunda patria de Jones, que no tardó en verse en medio del torbellino de los acontecimientos, que lo absorbieron totalmente. Jones empezó a llevar una vida muy activa, nada propicia para curarse.

El país acababa de salir de la guerra anglo—bóer, guerra que a principios de siglo atrajo la atención de todo el mundo, hasta en países muy alejados de África del Sur. Tras de derrotar a los bóers, las autoridades inglesas empezaron a amalgamar a comienzos del siglo XX con sus viejas colonias de El Cabo, Natal y las ex repúblicas bóers de Transvaal y Orange un dominio nuevo: la Unión Sudafricana. Se iba restableciendo la economía, arruinada por la guerra de casi tres años. En la extracción de diamantes y oro el país volvió a ocupar el primer puesto del mundo, Fue aumentando rápidamente el número de obreros, tanto negros como blancos. Las barreras raciales dividían acusadamente al proletariado, lo mismo que a todo el país.

El movimiento socialdemócrata entre los obreros blancos había comenzado desde los primeros años que siguieron a la guerra anglo—bóer, pero los socialdemócratas no pensaban siquiera defender los derechos de los obreros africanos. En 1907 los mineros blancos tiraron huevos podridos al veterano del movimiento obrero inglés Keir Hardie sólo porque intentó defender a los obreros indígenas.

Así estaba el movimiento obrero sudafricano cuando llegó Ivon Jones. Y en aquel país recorrió Ivon Jones el camino del laborismo al bolchevismo, primero en el ala izquierda del Partido Laborista, y luego en la Liga Socialista Internacional. Camino difícil y prolongado. La propia Liga no era, ni mucho menos, lo mismo que cinco años después, cuando decidió ingresar en la Internacional Comunista. Su heterogénea composición: anarquistas, sindicalistas y fabianos, fue cambiando poco a poco. El marxismo iba ganando más y más adeptos.

84

En la evolución de la Liga desempeñaron inmenso papel los acontecimientos revolucionarios de Rusia, que refería a los sudafricanos el periódico de Ivon Jones. Y no se limitaba a referirlos, sino que procuraba explicarlos.

En marzo de 1917, al informar a los lectores acerca de la Revolución de Febrero en Rusia, Ivon Jones emitió en el artículo de fondo un juicio de los acontecimientos asombrosamente acertado para un observador tan alejado.

“Es una revolución burguesa. Pero ha estallado ya en la época de la

decadencia del capitalismo. No puede ser una simple repetición de las revoluciones anteriores...” Ahora las dos clases irán cada una por su camino: una, “a seguir la gran guerra”, “a establecer la paz y el orden” en su país; la otra, a desplegar la guerra de clase y luchar por “la república socialista en todos los países”. El título del artículo es muy significativo: “Ciento setenta millones de nuevos luchadores”.

Un mes después, Jones hizo hincapié en las páginas de *The International*: “La Liga Socialista Internacional deberá hacer exactamente lo mismo... que están haciendo hoy los obreros rusos”. En mayo recordó: “Los obreros rusos defienden a Marx”. En julio publicó un llamamiento en apoyo del proletariado ruso. En el número del 31 de agosto va un artículo de fondo suyo, titulado *Lenin triunfa*.

“Desde todos los puntos de vista, los acontecimientos demuestran la justedad de los principios proclamados por Lenin. Cada semana nos trae nuevos testimonios de que está en lo cierto...”

A partir de ese momento, el nombre de Lenin no desaparece de las páginas de *The International*. Cada vez se publican con más frecuencia informaciones y relaciones de artículos y discursos de Lenin, y luego inserta los textos íntegros. *A quién odia Lenin, Qué dice Lenin...* son los titulares con que sale.

Merced a los esfuerzos de Jones y de sus amigos, en África del Sur no tardaron en publicarse folletos de Lenin. Y en *The International* se abre una sección que comunica, de número en número, donde se pueden adquirir obras de Lenin y otros libros de marxismo.

85

Claro que no era empresa fácil, en las condiciones sudafricanas, enterarse de la verdad de los acontecimientos en Rusia y conseguir los discursos recientes y no falsificados de Lenin. La Liga envió especialmente a Londres a Bill Andrews con la misión de entrevistarse con el compañero de lucha de Lenin M. Litvínov y pedirle que le contara con la mayor prolijidad posible lo que ocurría en la Rusia Soviética. Andrews cumplió el encargo, se entrevistó con Litvínov, pero éste tuvo que marcharse poco después de Inglaterra, y la Liga volvió a quedarse sin fuente permanente de información de Rusia.

Tenían que revolver montañas de periódicos y revistas occidentales para, confrontando las noticias, ir apartando la calumnia de la verdad. De la mayoría de estas publicaciones, en *The International* no se escribía sino con ironía y entre comillas: “Nuestra veraz prensa”...

El director y los colaboradores de *The International* no se limitaban a apartar hábilmente la mentira de la verdad. Se mofaban, además, con inteligencia y mordacidad de la campaña de calumnias y deshacían los prejuicios que los enemigos rabiosos de la Rusia Soviética infundían a

los lectores.

En la prensa burguesa se empezó a llamar bolcheviques a los miembros de la Liga, e incluso en el propio *The International* aparecieron las palabras: “nosotros, los bolcheviques sudafricanos”. Cuando comenzó la guerra civil en Rusia, en el periódico de Ivon Jones se hizo pública la declaración: “¿Acaso podría encontrarse entre nosotros a alguien que no deseara estar en Rusia, al lado de los bolcheviques, si se nos presentara la oportunidad?”

La Liga era una organización de blancos, de hombres de origen europeo. Eso era natural. En un principio no podía ser de otra manera. El movimiento de los obreros blancos estaba relativamente desarrollado, y los africanos aún no tenían ni siquiera sindicatos propios.

Pero Jones y los mejores hombres de la Liga pensaban ya en la necesidad de crear un frente único de todos los trabajadores. Eso era una conquista enorme para un país, en el que había tantos obreros blancos emponzoñados por los prejuicios raciales.

86

A iniciativa de la Liga, a fines de la guerra mundial se fundó la primera organización de obreros africanos, denominada “Obreros Industriales de África”. En la primera huelga de importancia que se declaró en Johannesburgo, con los huelguistas fueron detenidos tres miembros de la Liga.

El 24 de julio de 1920 los delegados al II Congreso de la Internacional Comunista recibieron con aplausos el telegrama, leído en voz alta, de Johannesburgo.

“Al secretario de la III Internacional. Moscú. Queridos camaradas: En el congreso ordinario de la Liga Socialista Internacional de África del Sur, que se ha celebrado en Johannesburgo el 4 de enero de 1920, se ha adoptado el acuerdo unánime de adherirnos a la III Internacional... Adjuntamos nuestro programa y nuestros Estatutos que, creemos, os convencerán de que nuestra política coincide plenamente con la de los partidos comunistas de Europa y de todo el mundo. Si se nos piden explicaciones más completas, las daremos de buen grado. ¡Estamos por la revolución socialista!”

La Liga eligió a Jones delegado al III Congreso de la Internacional Comunista. Partió de Transvaal a fines del año veinte y llegó a Moscú en mayo del veintiuno.

Entonces, la Liga Socialista Internacional se unió con varios grupos más y fundó el Partido Comunista de África del Sur, primer partido comunista en el continente negro. Desde agosto de 1921 el periódico *The International* se convirtió en el órgano central del partido y publicó

su manifiesto.

Ivon Jones se quedó en el País Soviético como representante de los comunistas sudafricanos y pasó en él los últimos tres años de su vida. Participó activamente en las labores de la Internacional Comunista hasta mediados de 1923, cuando su dolencia quebrantó sus fuerzas tanto que hubo de abandonar Moscú para ponerse a tratamiento.

En las sesiones del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Jones se entrevistaba con Lenin y los otros líderes del movimiento comunista mundial de aquellos años. En las actas de esas sesiones se encuentra constantemente su nombre al lado de los de Kuusinen, Kollontái, Pieck, Béla Kun, Varga, Bill Haywood, Clara Zetkin, Lunacharski, Kolarov...

87

Los artículos de Jones se publicaban en las revistas *La Internacional Comunista* y *La Internacional Sindical Roja*.

En los albores de los años veinte, una oleada de huelgas y sublevaciones se extendió por las zonas mineras del Transvaal. Se alzaron a la lucha decenas de miles de mineros. Lenin dijo que los habitantes de África del Sur “habían recordado su empeño de ser *hombres* y no esclavos”. Por los artículos de Jones, la Rusia Soviética se enteraba de los pormenores de la lucha y de! fondo concreto de los choques.

Mas, pese a toda la importancia que tenían, los artículos de Jones acerca de África del Sur no reflejaban más que un aspecto de su actividad como publicista. Consideraba un deber suyo contar al mundo lo que había visto en Rusia, Ucrania y en las otras tierras soviéticas que había tenido ocasión de visitar.

Y había visto mucho: había estado en los talleres de reparación de locomotoras de Jarkov, en las minas del Donets y en muchos sitios más, conversando con decenas de obreros.

Es típico el artículo de Jones *En la “carbonera de toda Rusia”*. Se publicó en la revista *La Internacional Sindical Roja* en enero de 1922. Jones analizó en él cuanto había visto y oído y mostró cómo se recibía en el Donbáss la nueva política económica que había proclamado Lenin. El artículo acaba por las palabras: “Quien quiera volver a recibir el bautismo de fe revolucionaria, que visite la cuenca del Donets”.

Jones aprendió el ruso en unos meses. En Moscú, por las mañanas se reunía en torno suyo un grupo de comunistas de los países de habla anglosajona para escuchar las noticias de *Pravda*. Uno de sus escuchas permanentes era el conocido revolucionario norteamericano Bill Haywood.

En el verano de 1923 Jones, muy debilitado ya por la enfermedad,

se entrevistó por última vez con Bill Andrews, su amigo más íntimo. Andrews había sido elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en el IV Congreso de ésta, y vino a Moscú en el verano del. antedicho año de 1923.

88

Sobreponiéndose al dolor, Jones enseñó a Andrews la capital. Posteriormente Andrews contó cómo habían paseado los dos junto a la muralla del Kremlin, hablando de Lenin y John Reed y contemplando la catedral de Basilio el Bienaventurado. Jones le enseñó también los lugares con los que se había familiarizado en los dos años que llevaba en Rusia y le presentó a sus nuevos amigos.

En la Reunión Plenaria ampliada de la Internacional Comunista, celebrada en junio de 1923, Jones fue elegido a una comisión que analizaría la situación existente en el Partido Comunista Danés. El 12 de junio Jones y Andrews apoyaron, con los otros delegados, la elección de Lenin como presidente de honor de la Internacional Comunista.

La salud de Jones iba de mal en peor. Lo trasladaron a un hospital de las afueras de la capital, y luego a Yalta. Andrews lo acompañó y se quedó cierto tiempo con él en Crimea, consciente de que no volvería a ver a su amigo.

Cuando a Andrews le llegó la hora de embarcar para Odesa, a fin de ir a Kíev, Moscú y Petrogrado y seguir, a través de Inglaterra, el viaje a Sudáfrica, donde lo aguardaban inaplazables asuntos, abrazó a Jones y le dijo:

— Nos volveremos a ver en Moscú. Ivon le respondió:

— No, Bill. Qué se gana con engañarnos...

En abril de 1924 Jones envió la última carta a Andrews. Seguía fiel a sí mismo. La mayor parte de la epístola eran pensamientos acerca de las perspectivas de la causa a la que había entregado todas las fuerzas.

En junio de 1924 *Pravda* publicó la siguiente necrología:

"En Yalta ha fallecido David Ivon Jones, ex miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista por parte de África del Sur. El camarada Jones fue una de las pocas revelaciones del moderno movimiento anglosajón, uno de los primeros que se adhirió resueltamente a la III Internacional desde su fundación.

"El camarada Jones, obrero de origen, nació en Inglaterra, en una pequeña aldea de Gales. Cuando tenía 13 años se incorporó ya a la lucha de las clases, probó varios oficios, se fue a Nueva Zelanda, desde donde, en 1906, pasó a África del Sur. Aquí, en las minas de Johannesburgo participó activamente en la lucha de la clase obrera contra sus opresores. Poco después de ingresar en el Partido Obrero se dio a conocer en toda Sudáfrica,

consagrándose al trabajo en los sindicatos, que luchaban a la sazón contra la dominación británica impuesta después de la guerra sudafricana de 1902.

“En 1914 el camarada Jones fue elegido secretario general del Partido Obrero y, cuando estalló la guerra mundial, se pronunció enérgicamente contra ella, explicando a los obreros su esencia imperialista.

“En 1915, después de la escisión del Partido Obrero, el camarada Jones fundó con el camarada Andrews la *Liga Socialista Internacional* y su órgano central *The International*, del que Jones fue director.

“Cuando en 1917 se convocó en Estocolmo la Conferencia para fundar la nueva Internacional, la Liga Socialista sudafricana respondió al llamamiento de Estocolmo, lo que se debió principalmente a la influencia de Jones.

“En 1919 se fundó la Internacional Comunista. El camarada Jones se adhirió sin titubear a ella, y a insistencia de él adhirió también los obreros sudafricanos. En mayo de 1921 el camarada Jones vino a la Federación Rusa como delegado al III Congreso de la Internacional Comunista, y desde entonces se quedó en nuestro país, entregándose por entero al estudio de las cuestiones internacionales y de la aplicación de la táctica de la Internacional Comunista.

“Ha escrito muchos trabajos, sobre todo acerca de cuestiones que el PC de Rusia tiene planteadas y que son de gran importancia para los comunistas de todos los países.

“No escatimó fuerzas hasta el último día, sirviendo fielmente a la causa a la que entregó toda la vida.

“Los restos del camarada Jones llegarán hoy, a las 11 de la mañana, a la estación de Kursk. La salida del féretro del Club de la Internacional Comunista será a las -1,30 de la tarde. El camarada Jones será inhumado en el cementerio del monasterio Novodévichi. Han sido invitados a asistir los miembros del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, los delegados al V Congreso Mundial de la Internacional Comunista y los miembros de las organizaciones del partido y de los sindicatos”.

90

Y el 1 de julio, los delegados al V Congreso de la Internacional Comunista aplaudieron las palabras del veterano del movimiento obrero inglés Tomas Mann, que dedicó su discurso a los problemas sudafricanos:

— He estado en África del Sur tres veces y sé lo que digo. Respeto

la memoria del camarada Jones, que fue uno de los primeros blancos que procuró comprender a los negros y tratarlos como a camaradas.

El nombre de Jones figura en el Programa del Partido Comunista Sudafricano, aprobado en 1962, y en otros documentos del mismo.

A fines de 1965, con motivo del cincuentenario de la fundación de la Liga Socialista Internacional, la revista *The African Communist*, que publica dicho partido, escribió (en el artículo *Los primeros marxistas de África del Sur*):

“Al lanzar una mirada retrospectiva a los cincuenta años de la organización marxista revolucionaria de África del Sur, vemos que Jones, Banting, Andrews y sus camaradas erigieron el edificio sobre una base sólida. El partido que ellos, fundaron ha podido afrontar ya y sabrá sortear en el futuro cualquier tempestad para avanzar entre las primeras filas de los que luchan por el derrocamiento del colonialismo y la creación de una África del Sur libre y socialista”.

Bill Andrews, que fue el presidente del Partido Comunista hasta fines de los años cuarenta, decía que Jones había sido el mejor revolucionario de África del Sur.

En el libro más interesante y único, quizás por ahora, de historia del Partido Comunista de África del Sur se dice, al mencionar el nombre de Jones:

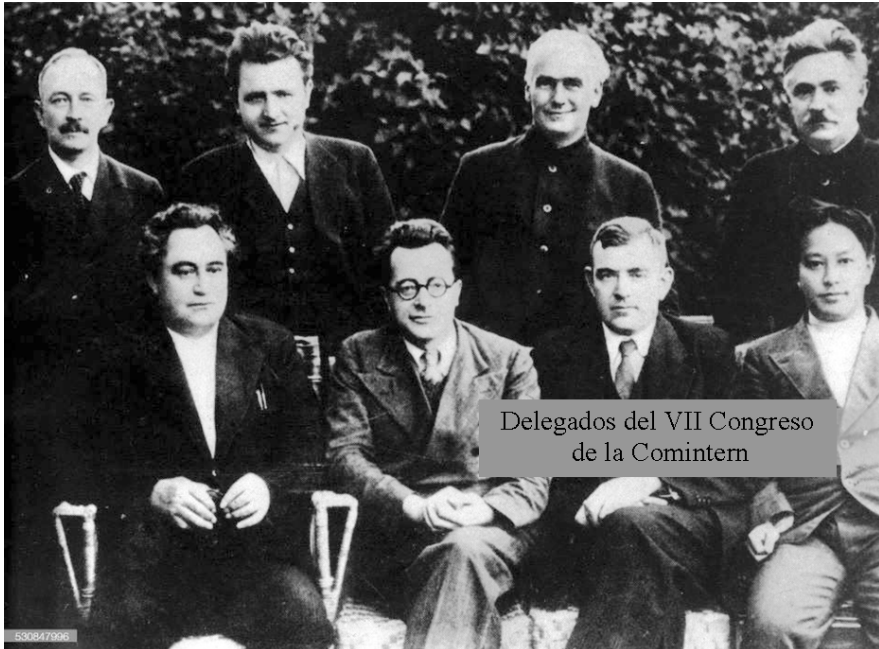
“No hay juicio bastante encomiástico para valorar sus méritos... Su papel en la historia de la clase obrera sudafricana está aún por justipreciar y perpetuar”.

Los adeptos de Jones en África del Sur siguen estando, por ahora, privados de la posibilidad de hacerlo. Tal es la suerte del país, en el que la gente lucha y perece a sabiendas de que quienes quedan en pie no pueden erigirles monumentos ni hablar de ellos a plena voz, por el momento, a las generaciones que los remplazan.

Borís Kosiukovski

SOBRE TERRENO DURO COMO EL GRANITO

93



GEORGY DIMITROV

De izquierda a derecha en la primera fila: Georgy Dimitrov (Bulgaria); Palmiro Jolletti (Italia); Wilhelm Florin (Alemania); Chen-Shao-Tso (China). Detrás: Otto Kuusinen (Finlandia); Clement Gottwald (Checoslovaquia); Wilhelm Prek (Alemania); Dmitry Manuelsky (diiputado personal de Stalin).

Le hicieron que interrumpiera el trabajo: alguien aporreaba con insistencia la puerta que daba al patio; los de casa no llamaban así.

— ¡Abre de una vez!

Dimitrov reconoció la voz de un tipógrafo.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Una cosa muy importante, Jorge! —exclamó el muchacho contento, enseñando los dientes al sonreír.

— ¡Pero dílo ya! —exclamó impaciente Dimitrov.

- Diado te llama a la imprenta.
- ¿Y eso es todo? Bien sabe que estoy ocupado.
- Es que ha venido un enviado de Lenin.
- ¿De Lenin? ¿En serio?

Dimitrov corrió por la habitación, recogió los papeles y los libros que tenía encima de la mesa, lo guardó todo en los cajones y salió a la calle como una exhalación.

94

Aún no le cabía en la cabeza: ¡Un enviado de Lenin! ¿Cómo habría podido llegar a Bulgaria, herméticamente cerrada para Rusia? Dimitrov procuró imaginarse el camino que habría recorrido. Mentalmente, sobre todo, durante aquellos días tensos que siguieron a la sublevación, los revolucionarios búlgaros recorrían ese camino hacia Rusia, hacia Lenin... ¡Oh, cuán atrayente era! Mas, ¿cómo cruzar los territorios de los legionarios polacos, de los anarquistas de Majnó y de las bandas de Petliura? ¿Cómo atravesar la muralla de las tropas de ocupación alemanas?

¡Cuántas veces se había calentado los cascos Diado, pensando en este problema!

Al pensar en Diado, Dimitrov no pudo menos de sonreír. Hacía mucho que ninguno de los camaradas llamaba a Blagoev de otra manera.

Por lo tanto, no sólo Diado, Vasil Kolarov y él, Jorge, pensaban cómo cambiar impresiones con Rusia acerca de la proclamación de la República de Radomir. También preocupaba hondamente a Lenin la suerte de la revolución búlgara.

¿Quién sería aquel enviado de Rusia? ¡Cuánto valor había que tener para llegar hasta Bulgaria! Pero no lo había enviado cualquiera, sino Lenin. El nombre de Lenin hacía ya tiempo que era entrañable para los revolucionarios búlgaros. Ya en 1896 la revista socialista *Den* mencionó entre los detenidos, en el artículo acerca de la huelga de diciembre de 1895 en Petersburgo, al “abogado Uliánov”.

Jorge es un revolucionario joven al lado de Diado, pero el nombre de Lenin hace mucho que lo conoce. Leyó algunos capítulos del libro *¿Qué hacer?* en el otoño de 1902. Precisamente cuando ingresó en el partido. Algo más tarde, en la revista *Rabotnichesko delo* había leído algunos artículos del folleto de Lenin *A los pobres del campo*. Sabe también que Lenin se interesa por la marcha de las cosas de los revolucionarios de la pequeña Bulgaria. En el Congreso de Stuttgart de la II Internacional y en Copenhague Lenin conversó con singular cariño y atención con los delegados búlgaros. Uno de ellos, Kolarov, compartió sus impresiones con Dimitrov:

— Sabes, Jorge, me parece que Lenin nos destaca a nosotros como a hermanos de lucha.

Sumido en sus pensamientos, Jorge camina por las calles de Sofía, dominado por los sentimientos que lo han invadido. Es el cuarto día que está en libertad. Había estado encarcelado por “instigar a los soldados a insubordinarse e indisciplinarse”.

95

Había ocurrido como sigue: Dimitrov iba en un compartimiento de un vagón de primera clase con un bizarro general. Abrió la portezuela del compartimiento un soldado aterido de frío. El general le gritó:

— ¿Es que no ves dónde te metes? ¡Largo de aquí! Dimitrov, poniéndose pálido, dijo:

— Vergüenza debiera darle. Es un soldado herido, un defensor de la patria.

— Usted no se meta en camisa de once varas.

¿Quién es usted, voto al diablo, para impedirme que ponga orden?

— El diputado de la Asamblea Nacional Dimitrov. Y no le tolero que se mofe de una persona. Siéntese

— invitó Jorge al soldado herido. Este titubeó un instante, pero debió cruzarle por la imaginación alguna idea desesperada y... se sentó. Se sentó a despecho de la prohibición del general.

Meses después la fiscalía del tribunal militar logró que el presidente de la Asamblea Nacional retirase a Dimitrov la inviolabilidad personal de diputado. Y lo condenaron a tres años de reclusión en la cárcel central de Sofía. No era la primera vez. En noviembre de 1918 acababa de salir de la misma cárcel, después de pasarse año y medio encerrado. Pero en esta ocasión lo habían hecho todo de manera muy tosca: tres años de aislamiento riguroso. ¿Y por qué causa?

Empezaron los mítines obreros de masas, exigiendo la libertad de Dimitrov. En vez de tres años, lo tuvieron en la cárcel tres meses y medio.

Pues bien, Dimitrov caminaba por las calles invernales de Sofía hacia la redacción de *Rabotnicheski vestnik*. Allí estaban ya los camaradas del partido Stela Blagoeva, Vasil Kolarov, Christo Kabachkiev y Todor Lukanov. Blagoev presentó a Jorge:

— Aquí te presento a un compatriota nuestro, Sotir Cherkézov. Ha participado en la revolución rusa...

El aviador Cherkézov vivía en Petersburgo en la casa de un viejo bolchevique, obrero de la fábrica Putílov, llamado Semión Sujorúkov. Había estado con él en la estación, cuando Lenin regresó a Rusia en abril de 1917. Siguiendo el consejo de este obrero de la Putílov, ingresó en la Guardia Roja. El primer día del nuevo poder Cherkézov estaba en

el Smolny. Dybenko habló de él a Sergó Ordzhonikidze.

96

— Eso está muy bien, que usted, un búlgaro, haya tomado parte en la defensa de la capital revolucionaria. Le presentaré sin falta a Lenin. Se pondrá muy contento.

La entrevista con Lenin determinó la suerte de Cherkézov. Este contó a Lenin su vida y le dijo que había terminado una escuela de aviación.

—¿Es usted aviador? ¡Madre mía, pero si eso es magnífico! Usted puede ser utilísimo a nuestra joven Guardia Roja en las cuestiones de aviación.

Lenin tomó el auricular y llamó a Antónov-Ovséenko, uno de los jefes de las jóvenes fuerzas armadas soviéticas.

— Hay que designar al camarada Cherkézov para el servicio en el Estado Mayor.

Luego tuvo muchas ocasiones de ver a Lenin y escuchar sus discursos. Y cada vez que lo veía, Lenin no se olvidaba de preguntarle por Bulgaria y por Demetrio Blagoev.

En 1918, cuando el Consejo de Comisarios del Pueblo se trasladó a Moscú, Cherkézov trabajaba en la sección de propaganda, iba a los frentes y distribuía folletos... De pronto se recibió la noticia de la sedición de la tropa en Bulgaria, de que se había proclamado la República de Radomir. Alexandra Kollontái llamó a Sotir a su despacho.

— Lenin tiene un gran interés por la marcha de la revolución en Bulgaria y por la suerte de la joven república de Radomir. ¿No querría usted ir a Bulgaria y enterarse directamente de todo?

Sotir emprendió el largo y peligroso camino del Sur, con una carta de Lenin...

—¿Cómo está Lenin de salud? ¿Qué dice de nuestra Bulgaria? ¿Cómo viven los obreros en Rusia?

...La charla en la redacción duró unas tres horas. Allí mismo decidieron no demorar la respuesta. Sotir tenía que salir aquella noche para Varna. Jorge Dimitrov y Todor Lukanov prepararían dos cartas: una, al Comité Central del partido de los bolcheviques, al camarada Lenin, y la otra, a Varna, a

D. Kondov, para que ayudara a Sotir a llegar por mar a la Rusia Soviética. Stela Blagoeva reunió los últimos veinticinco números de *Piabotnicheski vestnik*. El periódico tal vez fuese lo que mejor ayudara a Lenin a explicarse los sucesos de Bulgaria.

97

La revolución en Rusia había estremecido a Bulgaria, abierto los

ojos e inspirado al pueblo a la lucha. En el centro de los acontecimientos estaban los socialdemócratas, los tesniakes, el partido de Demetrio Blagoev.

Por aquellos días, cuando triunfó la Gran Revolución Socialista de Octubre, Jorge Dimitrov era el director de *Rabotnicheski vestnik*. Y firmó con orgullo el número en que se decía: “Saludamos calurosamente al abnegado proletariado ruso, portador de la paz, de la libertad y de la fraternidad de los pueblos. .

Cada decreto de la joven República Soviética repercutía con vehemencia en los corazones de los revolucionarios búlgaros. Jorge Dimitrov ocupaba entonces un lugar preeminente en la minoría de diputados tesniakes.

— Exigimos —declaró— que la Asamblea Nacional apruebe la propuesta del Gobierno soviético de paz general sin anexiones ni contribuciones sobre la base del derecho de los pueblos a su autodeterminación.

Los diputados burgueses y sus secuaces rechazaron la propuesta.

— Está bien —dijo Dimitrov—, nos veremos obligados a decir al pueblo la verdad.

Y, a despecho de la prohibición del Gobierno, los tesniakes convocaron un mitin ante la Casa del Pueblo de Sofía, al que acudieron más de diez mil personas. Habló Jorge Dimitrov. La resolución, aprobada por unanimidad, versaba: “...Los obreros búlgaros consideran que la causa del proletariado ruso es su propia causa y están dispuestos a hacer todos los esfuerzos para que triunfe por completo...” El proletariado de Sofía corroboró que era firme partidario del “derrocamiento de los regímenes monárquico-burgueses en los países balcánicos, de la paz socialista y de la instauración de la república democrática”.

Aquel mismo día el jefe de la Dirección policíaco-militar se quejó al jefe supremo de que los tesniakes se proponían ayudar a los revolucionarios rusos y movilizaban fuerzas para ello. Poco más tarde informó con alarma a sus jefes inmediatos: “Los motines de Plovdiv y el descontento general por la guerra prueban que el pueblo está excitado. Es muy posible que los mítines siguientes de los socialistas tesniakes se conviertan en rebelión”.

98

...Fue un día amargo. La policía, al disolver el mitin convocado en Sofía, mató a tres obreros. El entierro se convirtió en una manifestación espontánea. En la primera fila iba Dimitrov. La policía cerró el paso a los manifestantes. Jorge dirigió a los obreros a la lucha cuerpo a cuerpo.

— ¿Es que no hubieran podido hacerlo sin ti? No debes arriesgarte

—reprochó Diado a Jorge—. Hay que armar ideológicamente al pueblo. No estaría mal traducir al búlgaro las obras de Lenin.

Jorge emprendió ese trabajo con entusiasmo; En 1919 se publicó en Sofía el folleto *Lenin a los obreros de Europa y América*.

“Lenin —escribió Dimitrov en el prólogo— se ha inmortalizado en la historia del movimiento obrero emancipador por la gigantesca obra de la revolución socialista rusa, por la aplicación en la práctica de los principios del *Manifiesto Comunista* y por la fundación del Estado proletario soviético. Su nombre es símbolo de la revolución obrera internacional...

Por eso, precisamente, cuanto Lenin ha escrito o hablado adquiere enorme importancia para el proletariado en lucha de todos los países”.

Ese punto de vista triunfó en el XXII Congreso del partido de los socialistas tesniakes de Bulgaria. El congreso decidió adherirse a la III internacional. Empezó a vivir el Partido Comunista Búlgaro (de los socialistas tesniakes).

Para Dimitrov y sus amigos estaba claro que el partido aún no hacía todo lo que podía para vencer a la reacción. Hacían falta vínculos personales con los partidos comunistas hermanos, y ante todo con Lenin.

En junio de 1920 los delegados búlgaros Jorge Dimitrov, Basilio Kolarov y otros dirigentes de los tesniakes fueron a Moscú, al II Congreso de la Internacional Comunista.

Cruzaron en secreto, por la noche, el mar Negro en barcas, procurando que no los descubrieran los barcos de patrulla ingleses y franceses.

Dimitrov y Kolarov iban en una barca. Sopló un gregal a bocanadas. La barca danzaba en las crestas de las olas, tan pronto ladeándose como hundiendo la proa. Por si fuera poco, empezó a llover a cántaros. Todos se calaron hasta los huesos.

99

Cansados, Jorge y Basilio estaban acurrucados debajo de una lona y conversaban. ¿De qué podrían hablar?

Jorge profesaba gran respeto a Kolarov, instruido y educado, que se distinguía entre los marxistas búlgaros más inteligentes y sagaces. Dimitrov había llegado a adquirir los conocimientos que tenía a fuerza de leer, como autodidacta porfiado. Pero allá en lo hondo del alma consideraba siempre que sabía poco, que aún tenía que recorrer un buen trecho por el camino del saber.

En los albores de su labor revolucionaria, Jorge leyó la novela de

Chernyshevski *¿Qué hacer?*.⁴ Ningún libro lo había cautivado tanto ni le había producido tanta impresión como aquél.

Hay muchos libros muy distintos, los lee uno, siente una emoción momentánea, y luego los olvida. Pero aquel libro le había revuelto el alma. Las pocas noches que pasó leyéndolo en el sotanillo de sus padres a la luz humeante de un quinqué, se le quedaron grabadas para siempre en la memoria y le dejaron huella para toda la vida. No volvió a leer más el libro, y recordaba todo lo que se decía en él. Diríase que Jorge había caminado todo el tiempo al lado de los personajes de Chernyshevski, como si hubieran sido seres vivos e íntimos, y él quería parecerse a ellos con toda el alma. Vivir uno al lado de otro, trabajar para la felicidad del género humano, encontrar en el trabajo la verdadera vocación, luchar con toda la pasión de que uno es capaz, sin reservas, por emancipar al hombre del trabajo agobiador e ingrato para los tiranos, llevar la luz y la instrucción a la humanidad...

Es posible que se tratara de candorosos sueños juveniles, pero entonces se juró a sí mismo seguir siempre y en todo el ejemplo de los personajes de Chernyshevski. Se juró templar su voluntad. Ya sabía cómo tenía que vivir. Nada que no fuese necesario. No temer pruebas "algunas. Alzarse en defensa de los agraviados y humillados, y aun cuando peligrara su vida. No perdonar los errores, propios ni ajenos. Fustigar implacablemente los vicios. Vivir sólo en aras de la felicidad de la gente, y para la gente, procurando con todas las fuerzas conquistar para la gente el hermoso destino que se merece. Aunque se le oponga todo el mundo de las fuerzas autoritarias, poderosas y pérfidas, aceptará el desafío. No temblará, irá hasta el fin. No temerá lanzarles a la cara todo su odio, todo su desdén, todo su sarcasmo.

100

Cortó su conversación el grito del barquero. Los había alcanzado un guardacostas rumano. Y en seguida los acusaron de espionaje, de "agentes bolcheviques" que querían hacer un sabotaje.

Pero la opinión pública mundial se enteró de la suerte que corrían los revolucionarios búlgaros. En su defensa se alzaron no sólo los revolucionarios búlgaros y rumanos, sino el Gobierno de la Rusia Soviética. El Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, Chicherin, dirigió una nota a Rumania, exigiendo la libertad de Dimitrov y Kolarov.

⁴ *Chernyshevski, Nikolái Gavrilovich* (1825-1889): gran demócrata revolucionario, sabio, escritor y crítico literario ruso, uno de los insignes precursores de la socialdemocracia rusa. Fue el inspirador ideológico y el dirigente del movimiento democrático revolucionario de los años 60 del siglo XIX en Rusia. (*N. de la Edit.*)

La nota sentó como una ducha de agua fría a la Dirección General de Seguridad rumana. Los comunistas búlgaros fueron puestos en la frontera de su país.

Pero, desgraciadamente, ni Dimitrov ni Kolarov pudieron asistir ya al II Congreso de la Internacional Comunista.

El comienzo del año 1921 dejó honda huella en la memoria de Jorge Dimitrov, pues fue cuando visitó a Lenin en su despacho del Kremlin. Por entonces aún no estaban extendidos los retratos de Lenin, y las dos o tres fotos de él que Dimitrov había visto en el extranjero se parecían poco a la persona que tenía delante, sentada en una butaca de cuero. Encima de la mesa había resmas de papel, bien arregladas, y algunos libros; a un lado, al alcance de la mano de Lenin, una estantería giratoria; y a la izquierda, cubriendo la estufa holandesa y colgado de la empuñadura de latón de la portezuela de la chimenea, colgaba un mapa. Dimitrov no podía creerse que era Lenin quien tenía delante hasta que él se le aproximó para saludarlo y lo vio de cerca.

101

— Ustedes, los búlgaros llevan todos barba?

— Qué cosas tiene, Vladímir Ilich, no todos...

— No lo niegue, no lo niegue, Blagoev lleva barba, y usted también... ¿Cómo está Blagoev? —interrogó, dejando en seguida de bromear.

— Le traigo muchos recuerdos de él. Hace tiempo que no lo he visto. Primero he ido a Italia, al congreso de los socialistas, y luego a Austria.

— Eso está muy bien —dijo Lenin con viveza, llevando a Dimitrov hacia la butaca—, cuente, cuente.

Dimitrov tenía muy recientes en la memoria las impresiones de Italia y Austria. Su expansiva manera de hablar y mover las manos y el acento de su pronunciación agradaban, por lo visto, a Lenin, que le hacía muchas preguntas, por las que se veía claro que ya estaba informado de muchas cosas y ahora precisaba alguna que otra.

Poco a poco fueron pasando a temas de Bulgaria". Dimitrov jamás trató a otra persona, ni antes ni después de esta entrevista, que supiera escuchar como Lenin. Poco después lo abandonaron la cohibición, el azoramiento y aun la timidez que habían precedido a la entrevista. Si una persona escucha con tanto interés, si su rostro expresa tanta concentración y si él está en ese momento pendiente únicamente de lo que tú le dices, te miras ya con otros ojos. No hay nombre más popular en el mundo que el de Lenin. En Italia y en Austria, donde Dimitrov acababa de estar, el nombre de Lenin iba rodeado de tantas leyendas

que parecía que todas las esperanzas de la humanidad estaban puestas en esta persona que se había atrevido a fundar un Estado obrero. Se dice pronto: ¡un Estado obrero! Y allí estaba el primer jefe en la historia de ese Estado obrero. Mostraba tanto interés por la marcha de la revolución en la pequeña Bulgaria, como si del acierto de los búlgaros en la solución de sus problemas dependiera ahora todo. Dimitrov no pudo menos de recordar las palabras de Kolarov acerca de Lenin y de su interés constante por Bulgaria.

Dígame, ¿usted fue elegido diputado al Parlamento? —le interrogó Lenin de pronto.

— Sí, cuando la guerra empezó, yo era diputado por los tesniakes.

— ¡Hola! —exclamó Lenin—, Entonces eso fue hace seis años. ¿Es usted obrero?

— Sí, cajista de imprenta.

—¡Ah! —volvió a exclamar Lenin—. ¡Pero si usted es el primer obrero diputado al Parlamento no sólo en Bulgaria, sino en toda Europa sudoriental! No conozco otro caso en que un político obrero llegara al Parlamento en esos años.

— Pero eso no les impidió meterme en la cárcel

—dijo Dimitrov, sonriendo.

— Ahí tiene usted la inviolabilidad parlamentaria.

— Cuando les trae cuenta, no hacen caso de ella. Dimitrov habló de los primeros años, cuando se iba formando la clase obrera en Bulgaria y de las complicadas relaciones existentes en el partido socialista, de los “tesniakes” y los “shirokes”...

— En realidad, en eso no hay nada nuevo —interrumpido con viveza Lenin—, eso es como los bolcheviques y los mencheviques en nuestro partido⁵.

— Exactamente —exclamó Dimitrov—, pero tenemos nuestras particularidades.

Dimitrov, persona de fogoso temperamento meridional, siguió desplegando ante Lenin el cuadro de la formación y maduración de la clase obrera en la Bulgaria campesina y del cambio de la correlación de fuerzas en el país. Creyérase que Dimitrov había empezado de súbito a pensar en voz alta y a exteriorizar sus esperanzas y dudas íntimas allí, en el despacho de Lenin.

⁵ En el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, se produjo una escisión entre los partidarios consecuentes del marxismo-leninismo y los de la tendencia oportunista, seguidores de Márto. Los adeptos de Lenin obtuvieron mayoría de votos y empezaron a llamarse bolcheviques (mayoritarios), y los oportunistas, que quedaron en minoría, mencheviques (minoritarios). (*N. de la Edit.*)

Por lo visto, a Lenin le agradaba la enorme fuerza explosiva que pugnaba por salir de aquel búlgaro. Volvió a ponerse en pie y, metiéndose los pulgares en las sisas del chaleco, caminó por el despacho con su ágil paso. Luego se detuvo y miró atentamente a su interlocutor, como si quisiera obtener respuesta a una pregunta muy importante. Al notarlo, Dimitrov se calló.

103

— ¿Han establecido ustedes la alianza entre los obreros y los campesinos? —interrogó Lenin de pronto, abordando la cuestión principal para los tesniakes.

— No, aún no lo hemos conseguido en el aspecto 103 orgánico.

Dimitrov comprendía que Lenin conocía de antemano la respuesta...

— ¡Lo ve usted, aún no lo han conseguido! —repitió Lenin—. Pues hay que llevar a cabo, en la práctica, una sólida alianza de la clase obrera y los campesinos. No olviden que ustedes son, ante todo, un país campesina. Se tienen que ganar a la masa campesina de pequeños propietarios para oponerla en el momento decisivo a la reacción...

Lenin se acercó a la mesa, pero no se sentó y, apoyando los dedos en el tapiz verde, siguió diciendo que hacía más falta que nunca luchar incansablemente por reforzar las organizaciones del partido y preparar a los cuadros.

— Únicamente los revolucionarios profesionales probadas en la lucha, fieles al partido, valientes en las refriegas y templados en el terreno ideológico les permitirán mirar adelante con seguridad... No olviden tampoco la influencia del partido en el ejército. No se crean que la clase obrera se organizará por sí sola, pues también hay que esforzarse en ello, tener paciencia y habilidad —dijo Lenin y, sonriendo, concluyó—: Nuestra experiencia nos ha costado cara; pero para eso somos comunistas, para repartirnos lo más caro.

Sin darse cuenta, pasaron dos horas. Luego Dimitrov recordó muchas veces las proféticas palabras de Lenin: Para los comunistas de Bulgaria se ha creado una situación francamente mala.

En la vida de Jorge Dimitrov hubo muchas jornadas y acontecimientos que hubieran podido constituir etapas en cualquier biografía. De simple tipógrafo, llegó a ser uno de los dirigentes de su pueblo, miembro del CC del Partido Comunista Búlgaro. Dirigió muchas huelgas y desplegó propaganda entre los soldados durante los tenebrosos años de la guerra mundial.

Eso sólo era ya suficiente para que pronunciaran con respeto su

nombre cuantos amaban la libertad y la felicidad de los seres humanos. Pero, en nuestros días, cuando el mundo ha conocido toda la infamia y la atroz crueldad del fascismo, hay que hablar con singular fuerza de los primeros que alzaron el puño de la ira popular contra la peste parda. Uno de ellos fue Jorge Dimitrov.

104

Cuando, el 9 de junio de 1923, el reaccionario furibundo Alejandro Tsankov dio el golpe fascista en Bulgaria, el pueblo se levantó espontáneamente contra los nuevos gobernantes. Había que encabezar en el acto la lucha contra ellos. El Comité Central de los comunistas búlgaros cometió el error de declarar que el partido no participaría “en la lucha entre los dos bloques de la burguesía”. Sólo a principios de agosto llamó a crear el frente popular único. Y al mes siguiente el partido tomó el rumbo a la insurrección armada.

La insurrección adquirió las mayores proporciones en las regiones de Vratsa y Vidin. Dimitrov y Kolarov parecían estar en todas partes: el pueblo los esperaba, los escuchaba e iba al combate dirigido por ellos.

Las fuerzas eran desiguales. La primera insurrección del pueblo búlgaro contra el fascismo fue aplastada con inaudita crueldad por las tropas de Tsankov. Pero la fe del pueblo en el triunfo de los ideales de septiembre de 1923 no murió.

Jorge Dimitrov empezó la vida de emigrado político. Moscú, Viena, Berlín... Los fascistas búlgaros lo condenaron dos veces a muerte. Pero nada pudo quebrantar la voluntad de este bolchevique leninista.

El 27 de febrero de 1933 recorrió todo el mundo la noticia del incendio del Reichstag. Al incendio acudió inmediatamente Adolfo Hitler.

— Es el dedo de Dios —gritó como un desesperado—. Ahora meteremos la mano a los comunistas.

Estaba claro que los fascistas habían provocado el incendio para destruir el Partido Comunista.

Jorge Dimitrov llegó clandestinamente a Berlín el 28 de febrero. Lo detuvieron en el restaurante “Bayernhof”. El interrogatorio previo demostró ya que los fascistas querían inculpar a Dimitrov y sus camaradas el incendio del Reichstag.

Durante la instrucción de la causa, antes del proceso, a Dimitrov lo esposaron, le pusieron grillos a los pies y lo ataron con cadena corta a la pared. Este tormento duró tres semanas, quinientas horas. Pero Dimitrov no tembló en la mazmorra fascista. Luego lo tuvieron ahorrado más de cuatro meses, itres mil horas! Los hierros no le hicieron claudicar. Hizo frente al enemigo más perverso de la

humanidad.

105

Los comunistas de todo el mundo estaban preocupados por él. Durante los noventa y tres días que duró el juicio fascista, tanto los amigos como los enemigos abrían los periódicos con el pensamiento puesto en aquel valeroso gigante y buscaban noticias de su lucha sin igual. La palestra de esa lucha fue todo el mundo.

La anciana madre de Dimitrov, una aldeana que había criado a toda una familia de revolucionarios, no pudo quedarse tranquila en casa. Bajita y delgada, con unos ojos que le brillaban con la bondad del amor, viejecita que había perdido ya a tres hijos —Kostadin, Nikola y Todor—, no podía estar lejos de su cuarto hijo, amenazado de muerte. En su pueblo, Samakov, sito en las montañas, se enteró de lo que le pasaba en el extranjero a su Jorge. Y quiso personarse en Berlín.

— Creedme —decía—, me saldré con la mía. Aunque soy de pueblo, aunque tengo setenta y dos años, soy testaruda. En Sofía fui con una amiga a la Embajada alemana con una solicitud para que nos dejaran ir a Alemania, al juicio. En las mismas puertas nos detuvo la policía búlgara. Y nos llevó a las dos viejas, asidas del cuello, por las calles. Por lo visto, querían congraciarse con los alemanes o temían que pegáramos fuego a la Embajada con nuestras solicitudes. Nos metieron en la cárcel. Menos mal que la población de Sofía protestó y no toleró que agraviasen a dos ancianas. Sólo por eso nos pusieron en libertad a las dos.

El Comité Central del Partido Comunista Búlgaro apoyó el deseo de la madre de Dimitrov. Tras muchos sinsabores, la madre y la hermana de Dimitrov consiguieron el visado para Francia.

En París, en el enorme salón “Wagram”, donde se reunieron miles de franceses indignados por la provocación fascista, la madre de Dimitrov, vestida de negro y con amarga sonrisa, subió a la tribuna y dijo:

— ¡Queridos franceses! Me alegro mucho de ver a tantos obreros reunidos aquí. En Bulgaria esto hace ya mucho que está prohibido. Me alegro también porque os habéis reunido aquí para defender no sólo a mi hijo, sino a la verdad ultrajada. Soy una mujer vieja, pero daré todo lo que pueda por la victoria de nuestra causa, de nuestra verdad. Mi hijo, Jorge Dimitrov, no puede ser un incendiario, no puede ser un delincuente, porque el pueblo, al que viene sirviendo durante toda su vida, y yo le hemos enseñado a hacer sólo bien...

106

Al otro día, la madre y la hermana de Dimitrov salieron, acompañadas por el intérprete búlgaro Bayan Danovski, de la estación

de París a Alemania. Unos amigos les facilitaron los pasaportes y dinero. Madre e hija llevaban a Alemania, donde sufría y luchaba Jorge, el cariño y la fidelidad de los comunistas búlgaros y de muchos franceses.

Eso, claro es, Dimitrov no lo sabía. Y escribió a su madre y a su hermana, desde la cárcel, a Bulgaria: “Queridas madre y hermana: lie estado siempre orgulloso de nuestra madre, de su noble carácter, de su firmeza y abnegado amor, y ahora me enorgullezco más aún... Por supuesto que yo, “lo mismo que el apóstol Pablo”, como escribe la mamá, llevaré mi cruz con el valor, la paciencia y el estoicismo necesarios. ¡No me falle la salud, que lo demás irá bien!”

Antes del juicio Dimitrov sufrió un horrible golpe: murió de repente su amada esposa, Liuba Ivoshevich, con la que había vivido, compartiendo las alegrías y las penas de la lucha revolucionaria, veinticinco años. Y ese rudo golpe lo recibió cuando debía tener los nervios de hierro y más fuerza que nunca.

¡Qué provechosa le fue su autoeducación espartana! Caminaba por la estrecha celda y recitaba los versos de Goethe:

*Poco perder es la riqueza perder,
Mucho perder es el honor perder,
¡Perderlo todo! es el valor perder.*

Los carceleros creían que se había vuelto loco. Dimitrov recitaba en alemán, pero ellos no conocían los versos de su genial compatriota. Sí, creían que Dimitrov se había vuelto loco. Pero jamás había estado tan en sus cabales ni tenido voluntad tan inquebrantable. Recordaba cada palabra de Lenin acerca de cuál debía ser el comportamiento del revolucionario ante los tribunales. Evocaba a Lenin vivo, los rasgos de su carácter, su voz, su mirada fugaz y astuta, sus ademanes, su manera de andar. “Vale más declarar en seguida, *antes* de la instrucción judicial, a las primeras preguntas del presidente, que soy socialdemócrata, y en mi discurso ya explicaré qué significa eso”, aconsejaba Lenin, y Dimitrov seguía el consejo a pies juntillas.

107

— Soy un revolucionario proletario, soy miembro del CC del Partido Comunista Búlgaro y del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista —dijo a los jueces—. Soy un dirigente comunista, y como tal estoy dispuesto a asumir cualquier responsabilidad por todos los acuerdos, documentos y acciones del Partido Comunista Búlgaro y de la Internacional Comunista. Mas, por eso precisamente, debo declarar que no soy ningún aventurero terrorista ni amotinador. Soy un vehemente partidario de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado... Soy un adepto exaltado de la Unión Soviética y del

comunismo.

Dimitrov lanzó a la cara de los jueces las palabras de Marx:

— Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista...

Dimitrov obraba a lo leninista. Recordó las palabras de Lenin: “Recurrir a los servicios de un abogado significa participar en la instrucción judicial, ¿Por qué no participar en ella para dejar por embusteros a los testigos y hacer, propaganda contra el juicio? Claro, hay que tener mucho cuidado de no adoptar un tono de justificación inoportuna, ¡de eso ni hablar!... Y si las pruebas no son convincentes, si los testigos policiales se embrollan y mienten, no vale la pena perder la ocasión de hacer propaganda por desenmascarar que el proceso está montado sobre falsedades...”

Dimitrov tenía siempre a Lenin presente. Lo llevaba en el corazón. Y como leninista que era, se alzó ante el tribunal como acusador.

Dimitrov demostró que Goering mentía. Y éste gritó, enrojeciendo, en un arrebato de impotente rabia:

— Estoy seguro de que sólo entre los seguidores de su criminal concepción hay que buscar a los incendiarias.

— ¿Sabe el señor ministro presidente —dijo Dimitrov con calma y dignidad— que el partido que se basa en esa “concepción criminal” gobierna victoriosamente en la sexta parte del mundo, en la Unión Soviética?

— Por desgracia —masculló Goering.

— ¿Sabe el ministro presidente que Alemania tiene relaciones diplomáticas con ese Estado, que, con sus encargos, la Unión Soviética da trabajo y pan a centenares de miles de obreros alemanes?

108

El ministro se agitaba, se exasperaba, gritaba. Pero ya estaba vencido.

— Yo no he comparecido aquí para oír reproches de usted, para que me interrogue como un juez. Usted es un truhán que debería estar hace ya tiempo en la horca.

Los jueces comprendían que había ocurrido un escándalo sin precedente. El ministro estallaba, soltando denuetos como un carretero. Hay que salvar la situación: pues al día siguiente escribirían de ello todos los periódicos del mundo.

— ¡Ve usted cómo ha agotado la paciencia del testigo con su propaganda comunista y le ha hecho estallar de esta manera!

Y Dimitrov lanzó el último puyazo. Declaró pausado, poniendo mucho sentido en sus palabras:

— Yo estoy muy satisfecho de las respuestas del ministro.

Goebbels quiso salvar la situación. Dimitrov le interrogó tranquilo:

— ¿Es verdad que grupos de nacional-socialistas e individuos sueltos de ese partido han asesinado a obreros?...

Goebbels elude la respuesta directa. Afirma que Hitler toma cartas en el asunto y castigará a cuantos han cometido excesos de ese tipo.

— ¿Acaso el propio Führer no ha saludado a los asesinos y se ha solidarizado con ellos?

Todos entienden la pregunta: hace muy poco que Hitler ha enviado un telegrama de saludo a dos fascistas, condenados por el Gobierno de von Papen por haber asesinado a un obrero. Pero Dimitrov no se detuvo ahí. Siguió denunciando al fascismo.

— Goering ha afirmado ante el tribunal que el comunismo significa asesinato. Se sabe que en Alemania, después de la guerra se cometieron varios asesinatos políticos. Se asesinó a los dirigentes de la clase obrera Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Se asesinó también a los dirigentes políticos burgueses Rathenau y Erzberger. Que diga el testigo, ¿quién cometió esos asesinatos políticos en Alemania?

109

— ¿No deseará Dimitrov remontarse a toda la historia, desde Adán y Eva?

Pero Dimitrov no le dio sosiego:

— Me satisface la respuesta. Pues eludir tan a menudo la respuesta directa es la respuesta más elocuente.

Goebbels salió de la sala con el rabo entre piernas. Triunfó Dimitrov. Triunfaron los leninistas. El tribunal fascista retrocedió. Y Dimitrov siguió atacando. Era ya el fiscal, el acusador:

— En el siglo XVII Galileo Galilei compareció ante el severo tribunal de la Inquisición, que debía condenarlo a muerte por hereje. Y exclamó hondamente convencido y con energía: *Eppur su muove* (Y sin embargo se mueve). Este postulado científico fue luego patrimonio de toda la humanidad... Nosotros, los comunistas, podemos decir hoy con no menos firmeza que el viejo Galileo: “¡Y sin embargo se mueve!” La rueda de la historia gira, avanzando hacia la Europa soviética, hacia la Unión Universal de Repúblicas Soviéticas.

Mushanov, el primer ministro de Bulgaria, recibió un telegrama, que decía:

“Como quiera que mi propósito es volver a la patria y dedicarme a la política, reitero mi declaración pública ante el tribunal alemán de que, cuando acabe el proceso acerca del incendio del Reichstag, volveré a Bulgaria para luchar por la anulación de la sentencia que me fue dictada con motivo de la insurrección de Septiembre de 1923. Por eso

Borís Kostiukovski. *Sobre terreno duro como el granito.* (Dimitrov)

pedido libertad de camino, seguridad personal y publicidad del proceso.

Ruego se me comunique la decisión del Gobierno.

Jorge Dimitrov

Cárcel de Leipzig”

Mushanov no permitió) a Dimitrov que volviera a su patria. Lo recibió, como a un hijo, la Unión Soviética.

Transcurrieron casi doce años. Mucho cambió en esos años. Los soviéticos rompieron el espinazo al fascismo alemán. Bulgaria quedó libre.

Jorge Dimitrov pisó emocionado, latiéndole violentamente el corazón, la tierra búlgara en la víspera del aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El pueblo acogió con entusiasmo a su héroe y dirigente. Y lo siguió sin titubear.

Nicolái Velengurin

KATAYAMA NOS EXHORTA...

111



Fotografía de Tom Mann, Bill Haywood y el sen **KATAYAMA**, tomada en el Kremlin

En espera de que suene el timbre de un momento a otro, Sen Katayama no puede ocultar este día su emoción. La víspera le ha telefonado John Reed para decirle que no se mueva de casa, pues tiene que darle una noticia importante. ¿Cuál? Ya se la dirá cuando acuda... Pero debe saber que unos días antes ha arribado en el barco *Helig Olaf* una persona de parte de Lenin.

La noticia es, por cierto, muy importante. Katayama se ha esforzado por terminar aún en la víspera un trabajo urgente. Se ha pasado toda la tarde y casi toda la noche, casi hasta el amanecer, componiendo, corrigiendo las pruebas y compaginando el número de este día del periódico, entrañable creación suya, a la que viene entregando ya durante más de dos años todos sus ratos de ocio y cada céntimo que gana. Por algo le ha puesto el título de *Heimin*, o sea, "Gente humilde".

Lo conocen ya en San Francisco, Oakland, Berkeley, Los Angeles y Boston y se habla de él en todas las ciudades y granjas donde viven y trabajan obreros japoneses.

112

Ha compuesto la mitad del periódico en japonés, y la otra mitad, como siempre, en inglés. Eso es ya una norma suya, insertar en el periódico japonés varios sueltos y artículos en inglés. Que los obreros de otras nacionalidades lean también cómo viven y qué piensan los proletarios del País del Sol Saliente.

La imprenta es angosta y está sucia. Las bombillas eléctricas dan una luz macilenta y hay que aguzar la vista al máximo. Por si fuera poco, las cajas están atiborradas de tipos mal colocados, y Sen tiene que tirar de vez en vez alguna letra.

Por el derecho de componer él mismo el pequeño periódico de cuatro páginas, Sen tiene que trabajar para Watanabe, el dueño de la imprenta; ésa fue la condición del contrato que concertaron dos años antes, y el dueño vela por su cumplimiento.

Katayama compone hasta que se hace de día sueltos sobre los motines del arroz, ecos de los cuales llegan desde miles y miles de kilómetros hasta Nueva York, soliviantando a los obreros de Norteamérica. Luego se pone a arreglar un artículo sobre la Rusia Soviética, en defensa de la patria de los proletarios contra los intervencionistas norteamericanos, que han desembarcado en Arcángel y Vladivostok. Reduce otras noticias para que este artículo quepa íntegro. No recuerda haber visto noticias de Rusia en ningún periódico, desde el *New York Times*, de gran tirada, hasta el último semanario de mala muerte de Portland. Procuran, en general, no escribir del joven Estado soviético; y si algo se imprime, son patrañas tan absurdas que parecen obra del propio demonio. Incluso el órgano central del Partido Socialista de Norteamérica ha llamado recientemente anarquista a Lenin. Los obreros norteamericanos tienen que conocer la verdad de la revolución rusa.

Tras de pasar la noche sin dormir, los ojos le lagrimean y duelen; pero Katayama sigue en pie delante del chibalete. Comprende mejor que otros la importancia que tiene, por estos días de emoción e inquietud, editar un número nuevo de *Heimin*.

113

El periódico ha quedado compaginado poco antes de que entre el turno matutino. En el chibalete emiten su plumizo brillo mate las cuatro pesadas planas. No queda más que estereotiparlas y luego imprimir el periódico. Pero eso se hará ya en otras imprentas.

...Katayama espera a John Reed; escucha atento los ruidos que se

oyen al otro lado de la puerta de su apartamento. Y, como siempre, no lo oye llegar. John Reed entra sin llamar al timbre ni a la puerta. Irrumpe de improviso, bullicioso.

— ¡O'key, viejo! —lo saluda afable, flaco y grises los ojos, alzando la mano. Ha regresado hace poco por segunda vez de Rusia y está muy animado y contento. Katayama le lleva casi el doble de años, pues John tiene treinta y dos, pero sus relaciones son cordiales, de camaradas. Máxime, siendo los dos tan enérgicos en todo, pese a lo distintos que son sus caracteres.

— Tenemos media hora a nuestra disposición; diré al chófer que espere junto al portal —profirió Reed—. Pero antes mira esto.

Saca de un bolsillo de la americana un folleto doblado. Es su respuesta a la compilación de infundios publicada por Hearst, titulada *Documentos* de Seassen. Seassen ha estado en Rusia y ha reunido una serie de infundios y chismes acerca de que en Rusia el poder lo han tomado unos agentes alemanes a sueldo. Y por eso, para salvar a su “aliada” Rusia de la prepotencia alemana, hace dos meses que las tropas norteamericanas han desembarcado en Arcángel y Vladivostok. El Departamento de Estado ha recurrido a ese insidioso librejo para encubrir su desfachatada intervención.

Katayama hojea el folleto de Reed, deteniéndose de vez en vez un instante, y los ojos le brillan con fulgor juvenil. John comprende que el golpe a Seassen da en el blanco.

— Después de este folleto los calumniadores lo van a pasar, mal —dice Katayama—. Será una pena que luego, querido John, los reyes de la prensa te incluyan en la “lista negra”.

— ¡Me incluirán, claro!

— ¿Cómo abrirse camino, a pesar de todo, a la prensa de gran tirada? ¡Pues sus lectores son millones de norteamericanos del pueblo!

114

Katayama recuerda que, cuando vivía en el Japón, allí tampoco daban mucho acceso a los revolucionarios a la prensa de gran tirada. ¿Pero acaso es posible cerrar el camino de la verdad al pueblo?

— Recuerdo que hacíamos viajes a los centros obreros, vendíamos nuestros periódicos y libros y dábamos mítines.

— Buena idea —responde John Reed—. Haremos un viaje por los Estados. Y nos llevaremos también a Albert Williams...

Una hora después están ya en el otro extremo de la ciudad. Entran en una casa, tras de mirar a los lados, y llaman a una puerta. Abre un tipógrafo conocido del periódico *New World*. Dentro del apartamento los está esperando un hombre bajo y fornido, de bigotes y perilla negros, parecido al escritor ruso Kuprín.

— Piotr Travin —se presenta. Y habla de su extraordinaria travesía. Después de once años de emigración, cuando ya estaba a punto de llegar a Rusia, ha vuelto de nuevo a los EE.ÚU. ¿Para qué? ¿Cuál ha sido el motivo?

— Ahora les enseñaré por qué he cruzado dos veces el océano.

Saca un estuche de hojalata blanca, soldado y envuelto en amianto, lo abre y extrae unas finas hojas rumorosas de papel de fumar, las desenrolla encima de la mesa y las alisa con esmero. Katayama las toma con cuidado. Lee el título: *Carta a los obreros norteamericanos*. Y al pie, una firma extendida: “N. Lenin”.

— Temía que en el barco me encontraran la carta. La escondía como podía. Pero en el puerto de Nueva York los aduaneros me han detenido, a pesar de todo, y han querido enviarme de nuevo a Europa. Me ha sacado del apuro el viejo pase del muelle, que lo conservé por casualidad... Y éste es el número del periódico soviético *Izveslia* que publica la nota que en Norteamérica no se ha dado a conocer.

— Eres un tío —exclama, entusiasmado, John Reed—, como dicen los rusos, un *imolodets!*

— La carta de Lenin nos llega muy a tiempo —tercia Katayama—. La publicaremos en nuestro semanario *Revolutionary Age*.

115

— Los camaradas me han prometido publicar¹¹⁵ la también en el periódico *New World* —replica Travin.

— Se puede insertar, además, en la revista *The class struggle* —agrega John—. Eso corre de mi cuenta.

— La prensa izquierdista la publicará —asiente Katayama—, pero sus tiradas son pequeñas. ¡Y hay que hacer hablar de ella a toda América! Como dice Lenin, nos queda por utilizar las contradicciones entre los mismos capitalistas. Escuchad lo que escribe Lenin en su carta: “Las fieras rapaces del imperialismo anglo-francés y norteamericano nos “acusar” de tener un “acuerdo” con el imperialismo alemán... Fingen no comprender la diferencia que existe entre un acuerdo de los “socialistas” con la burguesía (la propia y la extranjera) *contra los obreros*, contra los trabajadores, y un acuerdo *para la defensa* de los obreros triunfantes sobre su burguesía, un acuerdo con la burguesía de un color *contra la burguesía* de otro color nacional, a fin de que el proletariado aproveche las contradicciones entre los diferentes grupos de la burguesía”.

Cuando termina de leer estas líneas, Katayama dice:

—¿Acaso en Norteamérica no tenemos partidos burgueses que rivalicen? Pues el elefante republicano emprenderá muy pronto la ofensiva preelectoral contra el asno democrático...

—¡Eureka! —exclama Reed—. Publicaremos la nota. Conozco al senador republicano Johnson, Hablará en el congreso y dará lectura a la nota y a la Constitución de la nueva Rusia. Será un rudo golpe contra Wilson.

Días después Katayama oye en la calle de Broadway las voces de los vendedores de periódicos:

—¡Número extraordinario del *New York Times!* La nota de los Soviets. ¡El senador Johnson desenmascara al Presidente! Los rusos exigen la retirada de las tropas norteamericanas.

En un mitin celebrado en la mayor sala de Nueva York, la del “Madison Square Garden”, Katayama y otros exigen que se reconozca el Gobierno soviético. Asisten obreros de distintas nacionalidades, y todos están de acuerdo con él. ¡Que vivan los Soviets! ¡Fuera las manos de Rusia! Unos quinientos bravucones, sobornados por el Gobierno, irrumpen en el edificio para hacer fracasar el mitin. Pero los obreros los rechazan.

116

Katayama, Reed y Williams se van de viaje por los Estados nororientales de Norteamérica. Visitan Boston, Filadelfia y muchas ciudades más. En todas se repite lo mismo. Llega desde las orillas del océano Pacífico la noticia del mitin de Seattle. Los habitantes de esta ciudad han enviado una resolución, exigiendo el cese de la intervención en los asuntos de la República Soviética, a tres direcciones a un tiempo: al Presidente, al congreso y a Lenin. Al congreso llega una petición parecida de 76.000 habitantes del Estado de Illinois.

En pocos meses se logra descorrer el velo con el que se quería ocultar al pueblo norteamericano la verdad de la Rusia Soviética. Poco después Lenin recalcaría en la *Carta a los obreros de Europa y América* los grandísimos avances hechos en el movimiento obrero mundial. Señalaría, sobre todo, el papel desempeñado por los revolucionarios.

Otra vez Nueva York, la calle de Broadway, manzana 66. Una casa altísima. Por allá, cerca del tejado, está la diminuta habitación 628. En esta habitación faltó poco para que la policía que se mete en todas partes detuviese ocho meses antes a Sen Katayama...

Asustado por la amplitud del movimiento en apoyo de la revolución rusa, el Gobierno de Wilson ha comenzado el nuevo año de 1920 con una oleada de represiones y encarcelado a varios miles de comunistas. Katayama no se ha enterado del comienzo de las detenciones en masa, pues ha estado ocupado, preparando el viaje de un amigo a Europa. Este amigo va al país de Lenin.

Al volver de la imprenta a casa, Sen no deja de pensar si les resultará bien el viaje. Sólo por milagro se pueden sortear todos los cordones y obstáculos. Pero si el partido lo enviara a él, Katayama, recorrería contento por el mismo camino, con tal de entrevistarse con Lenin.

117

Por ahora tiene que seguir en Nueva York. En los Estados Unidos se han fundado dos partidos comunistas a la vez, y hay que unirlos. Katayama también cree que su experiencia y sus vínculos con los obreros harán un buen servicio a la concebida unificación. Con tanto mayor motivo, que entre los dos partidos no hay discrepancias de principio y la desunión les molesta por igual.

Katayama no se da cuenta de cómo ha llegado a su casa. Apenas abre la puerta, su hijita Yasu, asustada, le advierte:

— Unos hombres no dejan de preguntar por teléfono dónde estás y cuándo volverás.

Katayama se esconde varios días en casa de unos amigos. Al convencerse de que la policía le tiene preparada una emboscada en su apartamento, abandona Nueva York.

Se pasa todo el invierno en Atlantic-City, en casa de un camarada. Los burgueses, que se recrean en esta playa de moda, no sospechan que a su lado hay un peligroso revolucionario escribiendo un libro tremebundo, titulado *Hacia la sociedad sin explotadores*. Katayama escribe artículos y remite cartas al lejano Japón. Y lee libros con avidez. Le llegan por paquetes, en abundancia.

Katayama pide a Unosuke Taguchi, con quien ha fundado el grupo comunista japonés, que consiga las obras de Lenin recibidas en Norteamérica.

— Desde agosto empezará a publicarse en la revista *The Communist* un libro nuevo de Lenin —le dice Unosuke Taguchi—, *El Estado y la revolución*. ¡Habría que traducirlo al japonés! ¿Y quién, mejor que tú, puede hacerlo?

— En ese caso, me voy a Nueva York —decide Katayama y abandona el litoral.

En el Norte logra salir de nuevo de la clandestinidad y luchar abiertamente. En la escuela socialista “Land School” encuentra un volumen suelto de *El Estado y la revolución* en inglés.

...Mientras Yasu, radiante de alegría, prepara algo en la cocina, Sen no puede interrumpir la lectura. Ha leído muchos libros en su larga vida. Recuerda la fuerte impresión que le produjo en la juventud la obra de Confucio *Ch'un Ch'iu*. De joven también se enfrascaba en las *Narraciones instructivas del arte de gobernar un país*, de Fumio Yano. Pero ahora, al leer a Lenin, Sen experimenta una sensación que nunca

ha tenido. Todo lo que ha sido el objeto de su vida y de su lucha durante largos años se le presenta como iluminado por un brillante foco de luz.

118

Ahora, en el apartamento de la calle de Broadway tardan mucho en apagarse las luces por la noche. Sen tiene prisa. En el papel van colocándose en estrecha hilera los jeroglíficos, y las páginas escritas van engrosando el montón a su lado. Vuelve a leer los capítulos traducidos; y luego, los domingos, va a la reunión de comunistas japoneses y da a conocer el libro de Lenin a sus camaradas.

¡Cuántas charlas emocionantes, íntimas, a menudo acaloradas y apasionadas, suscitan estas lecturas!

— He vivido muchos años y sé que la vida de los obreros no mejorará hasta que tomen el poder en sus manos —dice Sen Katayama—, pero sin un partido "templado de comunistas no podrán tomarlo. Eso es lo que enseña Lenin. Vosotros sabéis que en Bridgeman no se han terminado de unir "nuestros partidos. Tenemos que lograr juntos la unidad. Pronto iré al III Congreso de la Internacional Comunista nuestro delegado Unosuke Taguchi. Que cuente allí que el grupo japonés de comunistas está por la unificación.

Sen Katayama se entrevista con los dirigentes del Partido Comunista de Norteamérica. Tranquilo y sosegado como nunca, escucha con paciencia las objeciones y procura convencer a los camaradas. Su lógica es irrefutable. Llega por fin el ansiado día de mayo de 1921 en que los comunistas estadounidenses se reúnen en su congreso de unificación. Entre los elegidos al primer Comité Central figura Sen Katayama.

De Nueva York, Sen Katayama va a México. Va como representante del secretariado americano de la Internacional Comunista. Ayuda a fundar el partido comunista. Luego hace lo mismo en el Canadá. Es llamado a Moscú para preparar y celebrar el I Congreso de los partidos comunistas y revolucionarios del Extremo Oriente.

...Desde la cubierta del trasatlántico, Katayama contempla el lento alejarse de la tierra y el constante menguar de los inmensos edificios de la ciudad-pulpo. Lo mismo abandonó siete años antes, con profunda fe en el futuro, su Japón natal. Aquel fue un período difícil. Katayama no ha olvidado hasta hoy las crueles represiones del Gobierno japonés contra los revolucionarios. Le parecen una pesadilla los interminables meses pasados en la cárcel.

119

Suponiendo que Katayama había claudicado, la policía enviaba a gente a convencerlo de que abjurara del socialismo y adoptara la religión sintoísta: entonces se lo perdonarían todo. En vano se

esforzaron estos infelices embaucados, que creían sinceramente ayudarle con sus consejos. El los escuchaba y les respondía con suavidad y firmeza: “¡No!” Entonces las autoridades decidieron castigar' a! insumiso. Katayama hubo de abandonar la patria. Luego de aconsejarse con sus compañeros, eligió Norteamérica, para dirigir desde allí el movimiento socialista del Japón.

Tóshihiko Sakai lo acompañó al puerto un caluroso día de agosto. Katayama permaneció un rato, por última vez en su tierra natal, y subió al barco. La gente "que había acudido a despedir a sus conocidos tiraba a la cubierta rollos de serpentina. Las policromas cintas de papel que unían el barco con la orilla, surcaban el aire con la policromía del arco iris. Una serpentina cayó a los pies de Katayama. Este la levantó y vio el otro extremo en las manos de unos obreros que habían venido a despedir a su dirigente.

— ¡Hasta la vista, Katayama!

— ¡Hasta la vista, camaradas! —respondió él, contento—. ¡Hasta la vista, Japón!

Luego Katayama recordó muchas veces esta despedida, el puerto inundado de sol y el cariño de los obreros japoneses. Llevaba todo eso en el corazón, venciendo a duras penas el lacerante dolor de la despedida.

Una tras otra, evocaba escenas de la lucha por la felicidad de su patria... Los febriles preparativos de los medios dirigentes del Japón para la guerra contra Rusia, lodo ello, como es natural, a cuenta de los obreros y los campesinos. La espada de Damocles de la guerra pendía sobre el océano Pacífico. Sen Katayama y cinco camaradas emprendieron un prolongado viaje propagandístico, Recorrieron todo el Japón, desde Kyushu hasta Hokkaido, llamando al pueblo a que se sublevara contra la sangrienta matanza. Por dondequiera que fuesen, lograban crear grupos de la Asociación Socialista.

120

En octubre de 1903 Katayama organizó un gran mitin antibélico en Kanda (distrito de Tokio), donde se reunieron los obreros del arsenal de Koishikawa y de los astilleros de Akabane.

Una banda de militaristas intentó frustrar el mitin. Hicieron bajar de la tribuna a los cinco oradores primeros. Pero Katayama logró, a pesar de todo, hablar, y tras él subieron a la tribuna y hablaron varios obreros más. Los bravucones que se habían propuesto frustrar el mitin fueron repelidos. Los obreros pudieron más. La propaganda antibélica fue extendiéndose, abarcando a las masas obreras.

¡Y la lucha por el sufragio universal! Katayama tiene que recordar también de ella. Lo mismo que de las luchas de los obreros contra el

paro. Y de las reivindicaciones de la legislación fabril...

Sobre Katayama y sus adictos se lanzaron sañudas represiones. Llegaron días negros para el movimiento obrero del Japón. La mayoría de los socialdemócratas de tendencia derechista, como Yamakawa, abandonó el frente de las clases.

Y Katayama supo agrupar en torno suyo, pese a todo, a hombres firmes, y la lucha por los derechos de los obreros y por la libertad prosiguió tenazmente.

...Mientras el barco se iba alejando lentamente de la costa patria, Katayama fue recordando muchas cosas. Y claro, la afortunada huelga de los tranviarios de Tokio.

Fue en vísperas del nuevo año de 1912. Katayama colaboraba a la sazón en la revista *El Economista de Oriente*, en cuyas páginas aparecieron dos artículos suyos llamando apasionadamente a los tranviarios a la huelga. Paralelamente se organizaron mítines de obreros y se imprimieron octavillas. En la noche vieja no circuló ningún tranvía por las calles de la capital. La huelga duró varios días. Los seis mil obreros del depósito de tranvías de la ciudad se declararon como un solo hombre en huelga, exigiendo aumento de salario. La administración tuvo que ceder. Pero, al final de la huelga, los cincuenta huelguistas que más se destacaron fueron detenidos. Entre ellos estaba Sen Katayama, el iniciador. Hubo de pagar con un año de prisión. En cambio, la victoria llenó de júbilo a todos los obreros, incluido Katayama.

121

¡El Japón! Tan próximo a sú corazón y cada vez más lejos de él. Pero Katayama ha jurado no olvidar jamás la patria y hacer cuanto esté en su mano para darle la felicidad, adondequiera que lo lleve su destino de revolucionario profesional.

Con toda su actividad posterior ha demostrado la fidelidad a su juramento.

Los años de vida de Katayama en los Estados Unidos han estado llenos de lucha incesante por la causa de la clase obrera del Japón y de América. De esa lucha que, tras de hacerlo comunista, lo llevaba a la lejana Rusia, a Lenin...

En 1921 Moscú recibe a Katayama con una ligera nevada. Los esponjosos copos de nieve caen lentamente al suelo. Y él ha nacido en un país, en el que la nieve cae rara vez y no en todas partes. Complacido por el contacto del invierno, Katayama camina ágilmente por las calles de Moscú. Llega a la Plaza Roja, que conoce por los relatos de John Reed. Ve al fin, la muralla del Kremlin y la lápida que busca. Tras ella están los restos de su estimado John, prematuramente muerto a causa

de una enfermedad.

Katayama espera una entrevista con Lenin. Pero no sabe cuándo se celebrará. Y lo ve mucho antes de lo que espera.

El IX Congreso de los Soviets se celebra en la sala del Gran Teatro, a media luz, pues se economiza energía eléctrica. Katayama nota, a pesar de todo, que los delegados miran a alguien entre bastidores. Acaba de pronunciar unas palabras de saludo y está sentándose ya a la mesa de la presidencia. De pronto se oye una ovación. Todos los delegados avanzan el cuerpo, como si quisieran salir al encuentro del que camina por el escenario. Es Lenin, que avanza rápido hacia la presidencia.

Katayama ha conocido a muchos dirigentes de los partidos socialdemócratas. Ha conocido a muchos oradores brillantes, al apasionado e impetuoso Jaurès, al amable y elegante Plejánov, al tranquilo Bebel, seguro de sus fuerzas y poseedor de una lógica irrefutable.

122

Al contemplar a Lenin, Katayama comprende que ninguno de ellos puede compararse con él. Y no porque Lenin tenga un atractivo infinito como persona y como orador. Katayama nota por muchos indicios que Lenin ha logrado que casi todos los presentes en la sala piensen y sientan lo mismo. Los delegados parecen estar inspirados e iluminados por la luz que parte de Lenin. Katayama no ha visto en ninguna parte, ni en Nueva York, ni en París, ni en Berlín, ni en Colonia, caras como éstas. No ha visto a nadie con abrigos pueblerinos raídos, ni capotes militares remendados, hambrientos, pero llenos de entusiasmo.

Durante el descanso le dicen:

— Lenin quiere verlo...

Ligeramente pálido, después de haber pronunciado un discurso de tres horas, Lenin sonrío. Estrecha efusivamente con las dos manos la de Katayama.

— ¡Hola, querido camarada Katayama! — articula Lenin en inglés.

— Hola — responde Sen Katayama, asombrado de lo bien que Lenin ha pronunciado su apellido, sin separar ninguna sílaba. Son muy pocos en Europa, sólo sus amigos íntimos, los que pronuncian bien su apellido.

Lenin empieza a interrogar en seguida a Katayama si se ha instalado bien en Moscú, con quién ha tenido tiempo de entrevistarse y si va bien la preparación del congreso de los partidos comunistas y revolucionarios del Extremo Oriente, con cuyo motivo ha llegado Katayama a la capital soviética.

— Me alegro mucho de verlo en Moscú — dice Lenin, volviendo a

estrechar la mano de Katayama'—. Espero que la próxima conferencia transcurrirá bien y será un gran apoyo moral para la Rusia Soviética....

Un mes después, a principios de la primavera de 1922, atruenan las voces de los delegados de este primer congreso de Oriente en el mundo. Son 148. En nombre de las organizaciones revolucionarias de nueve países asiáticos, declaran que los proletarios y los oprimidos de este continente están dispuestos a luchar hasta el fin contra los enemigos de la República Soviética.

Sen Katayama es uno de los organizadores del congreso. Hace el informe sobre la situación política en el Japón. Propone unir a los trabajadores de Oriente para combatir al imperialismo, que atenta contra tierras de otros. La propuesta es aprobada por unanimidad...

123

Lenin pregunta a menudo cómo transcurre el congreso y pide que le lleven las actas de los informes y de los discursos de los delegados. Se propone participar en las labores de esta amplia asamblea de los pueblos de Asia. Pero la enfermedad se le agrava y se siente de pronto peor. Aun con todo, quiere saber sin falta qué ocurre en el congreso y entrevistarse con los delegados. Desobedeciendo los consejos de los médicos, invita a un numeroso grupo de delegados a que lo visiten.

En la sala de recepción del Consejo de Comisarios del Pueblo, el secretario dice a Katayama:

— Tenga en cuenta, por favor, que el Buró Político acaba de obligar a Lenin a que se tome unas vacaciones. Está muy cansado y, por lo visto, se irá al campo...

Excepto Katayama, ninguno de los delegados ha visto aún a Lenin, pero todos lo reconocen en el acto.

— Tomen asiento, camaradas —dice Lenin. Se acerca rápidamente a los delegados y los saluda a todos. Tan pronto como se presenta, interroga a cada uno de qué país es y cómo ha llegado a Moscú. Luego se sienta en un sillón de mimbre.

Se entabla una charla sincera y amistosa. Lenin habla en inglés y hace muchas preguntas a los delegados.

Los delegados tratan problemas que debe resolver el joven Poder soviético en Rusia.

La charla se va prolongando demasiado. Katayama recuerda el ruego del secretario y mira a menudo el reloj. Y Lenin dijérase que no se percata de ello. Vuelve a hablar de los problemas que se están debatiendo en el congreso.

— Estoy completamente convencido de la necesidad y de la importancia de la unión de los obreros revolucionarios de los países del Extremo Oriente —resume Lenin, y recuerda a los delegados—: El

deber de los comunistas consiste en reforzar esta unidad...

124

Dirigiéndose a Sen Katayama, que está sentado cerca de él, Lenin le dice, como si se tratara de un viejo amigo:

— Usted ha hecho bien en defender el frente único de los países del Extremo Oriente. ¡Eso es muy importante y necesario!

Katayama está sentado a la sombra que proyecta una palmera que hay en el despacho. Por eso nadie ve cómo cambia y se estremece de alegría el semblante del venerable revolucionario que, por lo general, sabe dominarse. Katayama comprende que Lenin ha leído el artículo que él escribió en México en 1921 con el título de *El Japón y la futura revolución social*, publicado en el número 18 de la revista *La Internacional Comunista*, y lo aprueba.

La despedida es tan afectuosa como el encuentro. Lenin se pone en pie, se acerca a los camaradas y estrecha la mano a cada uno. Katayama es el último. Este le interroga: ¿He oído que abandona Moscú y va al campo a descansar?

Lenin queda un instante pensativo, frunce un tanto la frente y da a entender que no tiene deseos de irse. Pero asiente con energía:

— Sí.

— ¡Le deseo que descanse tranquilamente y se reponga!

— Procuraré hacerlo —articula Lenin con una sonrisa de extraordinaria bondad—. Tengo que trabajar, todos tenemos que trabajar.

Poco después Katayama va a Berlín con una delegación de la Internacional Comunista. Desde allí recorre _el largo camino de Siberia. Y dondequiera que hable, defiende ardientemente los intereses de los proletarios de todo el mundo.

Ni el propio Katayama recuerda ya cuántos discursos calurosos ha pronunciado durante estos fríos días y noches de invierno. Al hablar a los soldados japoneses y escrutar sus caras severas y extenuadas, Sen Katayama los exhorta a volver las armas contra sus señores. Su apasionada octavilla, escrita en Chitá, *A todos los soldados japoneses, enviados a Siberia*, se reparte por todo el Extremo Oriente. Llama a los soldados a dejar las armas, a unirse, a retornar a la patria y luchar allí por la mejora de su situación... Esa es la tarea más importante para todos los soldados y obreros del Japón. Y si los generales fieles cancerberos de los capitalistas, les ponen obstáculos, hay que desarmarlos y obrar exactamente lo mismo que los obreros y campesinos de Rusia obraron en 1917.

125

Las octavillas de Sen Katayama son a menudo algo así como un

salvoconducto especial para muchos soldados japoneses que se pasan al lado de las tropas revolucionarias de la República Soviética.

En la sala de San Andrés, del Kremlin, los delegados al IV Congreso de la Internacional Comunista, que han regresado recientemente de Retrogrado, esperan a Lenin. Hace ya muchos años que su nombre llena de pánico a la burguesía y de esperanza a los proletarios de todo el mundo.

Desde que Sen Katayama ha llegado a Rusia y empezado a trabajar en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Lenin ha entrado en su vida como la persona más íntima y estimada. Katayama llega a conocer bien a Lenin y a estimarlo por su sencillez y su modestia, por la solicitud y la atención con los compañeros de lucha, por su energía en el trabajo, su adhesión a los principios y su abnegada fidelidad a los ideales de la emancipación de los oprimidos. Y cuánto ha enriquecido a Katayama el trato con Lenin, el conocimiento del estilo leninista de trabajo, sí, eso precisamente, el estilo leninista de trabajo de los bolcheviques. Katayama se entera con orgullo y vehemente reconocimiento de que Lenin ha prestado también gran atención a su actividad.

...Lenin entra en la sala repleta, se encamina hacia la presidencia y, al pasar por delante de Sen, le tiende la mano. Katayama nota que el apretón de manos es débil. Después de la operación que le han hecho, Lenin está más pálido que de costumbre. Katayama piensa alarmado que la salud de Lenin ha empeorado. Y eso que no han transcurrido más que nueve meses desde que se han conocido.

Los ojos de Lenin siguen atentos y observan atentos a su interlocutor; los rasgos de su cara conservaban la elasticidad. La voz suena con la misma pasión de antes.

Cuando termina de hablar, Lenin se sienta en la presidencia y se pone a escuchar a los otros oradores.

126

Los ojos de Lenin emiten destellos amistosos. Pero en el fondo, Katayama capta de pronto un rescoldo tristeza, como si quisiera despedirse de él para siempre,

Katayama aún no sabe que ve a Lenin por última vez. Que muy pronto se lo llevarán a Gorki y que desde allí llegará la noticia que hará estremecerse y acongojará el corazón. Luego seguirán días y noches de inquietud. Filas de gente desfilaran por las calles Heladas de Moscú, por delante de hogueras, en medio de un gélido silencio, Y llegará el momento en que "los veteranos del movimiento obrero mundial, los miembros del Presídium y del Comité Ejecutivo de la Internacional

Comunista Clara Zetkin, Foster, Terracini y él, Katayama, subirán a la tarima erigida en la Plaza Roja y guardarán diez minutos de silencio doloroso ante el féretro del jefe, montando la guariría de honor. El crepúsculo invernal envolverá la plaza. Chisporroteando lentamente, arderán unas hogueras gigantescas, iluminando con sus reflejos la faz de Lenin sobre la almohada roja.

En estos instantes Katayama no siente ni el frío ni la helada sobrecogedora. Los proletarios del mundo se despiden de su jefe. A partir este momento, tanto él, Kayayama, como todos los comunistas del planeta tienen que luchar con más energía y abnegación por la causa que Leinn ha comenzado...

Katayama escribe proclamas y artículos iracundos, llamando a todos los seres honrados a alzarse a la lucha contra la peste parda.

En agosto de 1932, Sen Katayama y Clara Zetkin parten de Moscú al extranjero para dar abiertamente la batalla al fascismo en el centro de Europa. Desdeñando las amenazas fascistas, Clara Zetkin, como la diputado de mayor edad, da apertura en Berlín a la primera sesión del Reichstag recién elegido. Y en Amsterdam Sen Katayama inaugura el Congreso Internacional contra la Guerra. En el mismo Amsterdam, donde veintiocho años antes estrechó públicamente la mano a Plejánov en señal de solidaridad entre los obreros rusos y japoneses, que a la sazón estaban en guerra. Y pronuncia un iracundo discurso, que Clara Zetkin traduce al alemán y Rosa Luxemburgo al francés. En ese discurso Katayama jura luchar hasta el fin de sus días contra los imperialistas.

127

Los participantes del Congreso contra la Guerra 127 escuchan con honda atención el llamamiento del canoso, valiente y severo luchador. Katayama cumple con su juramento prestado hace tanto tiempo: dedicar toda la vida a la causa de los obreros. Puede y tiene derecho a proclamarlo con orgullo y la conciencia limpia a los cuatro vientos.

En respuesta, los delegados al congreso alzan los puños en señal de que están dispuestos a llevar la lucha contra el fascismo hasta el fin.

Gueorgui Mirónov

LA RECOMPENSA DE TODA LA VIDA

129



MARCEL CACHIN,

Un mapa, regalo de los camaradas soviéticos, ocupa la mitad de la pared del pequeño y modesto despacho del director de *L'Humanité*. A menudo, dejando a un lado las galeradas o la colección de periódicos, Marcel Cachin se pone lentamente en pie, apoyando una mano en la mesa, se acerca a la pared y contempla largo rato el mapa. Apartándose algo (debido a la presbicia senil), lee con lentitud y dificultad en ruso los nombres de las ciudades, pero se siente atraído a leerlos y releerlos.

— Estocolmo, el ferrocarril hasta el poblado de pescadores de Haparanda —susurra—. ¿Dónde están la estación fronteriza y el riachuelo helado que cruzamos en abril de 1917 a pie? La vez pasada

los encontré. Tras ellos empieza el país de la revolución. En el edificio de la estación, lo recuerdo bien, pendía, llegando casi hasta el suelo, una enorme bandera roja. Luego, pasadas unas horas, llegaron a Retrogrado, bulliciosa capital de Rusia. Ahora la ciudad lleva el gran nombre de Lenin. Hela ahí, la ciudad del Neva...

130

Cachin detiene el dedo en el noroeste del inmenso país. El viejo Cachin evoca recuerdos, no puede ahuyentarlos, se sienta, en su sillón y se tapa los ojos con la mano. Han transcurrido cuarenta años desde entonces, y la memoria le guarda cuidadosamente las imágenes queridas del pasado.

A comienzos de marzo de 1917 una noticia asombrosa recorrió todo el mundo: en Petrogrado había estallado una sublevación, la capital estaba en manos del pueblo, y Nicolás II hubo de abdicar. El poder quedó en manos del Gobierno Provisional burgués, pero en el ejército se manifestó en seguida el descontento con su política, se crearon los Soviets de los diputados de los soldados y menudearon las confraternizaciones con los soldados alemanes y las negativas a ir al ataque. Se decía que eran los bolcheviques quienes inducían a los soldados rusos a portarse así. Los bolcheviques abogaban enérgicamente por la paz.

El Parlamento francés se alarmó. Si Rusia se salía de la guerra, difícilmente se podría hacer morder el polvo a los boches tal como lo habían planeado los estrategas de la Entente⁶. Entonces fue cuando se tuvo la idea de poner en claro qué ocurría en Rusia. ¿No desbarataría Rusia los planes de sus aliados? ¿No se podría convencer a los rusos de que pelesen hasta la victoria? ¿No habría que ayudar al Gobierno Provisional, que se proponía seguir la guerra con mayor energía?

En el Parlamento nadie dudaba de que esa misión debían cumplirla los diputados socialistas. Se consideraba que los más indicados eran Marcel Cachin (pues en 1914 había votado por la participación de Francia en la guerra), Marius Moutet y Ernest Lafont. El Parlamento inglés se apresuró también a destacar a tres representantes socialistas suyos.

131

⁶ *Entente*: bloque de Estados imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) que se formó definitivamente en 1907; estaba dirigido contra los imperialistas de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Durante la guerra imperialista mundial de 1914 a 1918 se adhirieron a la Entente los EE.UU., el Japón y otros países. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los principales participantes de este bloque —Inglaterra, Francia, los EE.UU. y el Japón— fueron los inspiradores y participantes en la intervención militar contra el País Soviético. (*N. de la Edit.*)

La delegación llegó al fin a Petrogrado. 131

Cachin recuerda la tensión y confusión que reinaban en la ciudad. Mítines, reuniones y manifestaciones. Desde la mañana desfilaban ya por las calles columnas en impecable formación, marcando el paso, y desordenadas multitudes con consignas casuales, a veces con estandartes religiosos e iconos en vez de banderas.

Asombraron entonces a la delegación el que las tiendas de la capital estuvieran vacías y las largas colas para el pan, el azúcar y la carne...

Los franceses no podían permanecer tranquilos en las lujosas, pero insoportablemente frías habitaciones del hotel. Se pasaban todo el tiempo libre en la calle. Lo que Cachin veía, al deambular por las avenidas de Petrogrado, le asombraba y llenaba de confusión. Una cosa estaba clara: se trataba del choque de dos mundos, de un inmenso drama que se desarrollaba en el escenario de la historia universal. Entonces aún no comprendía muchas cosas, pues desconocía el idioma y desconfiaba de las explicaciones del traductor. Se llevó una gran alegría cuando se enteró de que a principios de abril llegó a Petrogrado Lenin, a quien los bolcheviques tenían por jefe. Cachin lo había visto en los congresos de la II Internacional. La última vez había sido en Stuttgart⁷, hacía diez años. Había oído sus discursos, claros, explícitos y muy concretos. Había leído sus artículos, siempre cautivantes por su asombrosa amplitud y profundidad de pensamiento.

“Esta es la persona que puede contar lo que ocurre aquí. Tengo que verlo”, decidió Cachin.

Los representantes del Gobierno Provisional que recibían a los invitados de Occidente lo disuadían diplomáticamente, alegando la falta de comunicación, circunstancias objetivas y los viajes repentinos de Lenin.

Una tarde Cachin fue al Palacio de Kshesínskaya, donde le habían dicho que estaba el Estado Mayor de los bolcheviques. Sobre el fondo de la neblina lilácea crepuscular destacábase en la otra orilla del Neva el Palacio de Invierno, que había sido hasta hacía poco la residencia de los zares; alzábase hacia las nubes la afilada aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo y se apelotonaban las oscuras siluetas de los edificios detrás de la mezquita.

132

El Estado Mayor de la revolución tenía todas las ventanas

⁷ El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart (VII Congreso de la 11 Internacional) se celebró en agosto de 1907. Lenin desplegó en él una inmensa labor para unir las fuerzas de izquierda de la socialdemocracia internacional y combatió enérgicamente a los oportunistas y a los revisionistas. (*N. de la Edit.*)

iluminadas, cual nave que navega en medio de la noche. Por delante de las ventanas cruzaban sombras, y el edificio bullía como una colmena. Acudían a él columnas de soldados, marinos y personas con ropa de trabajo. La gente se detenía al pie de un balcón, y poco después la calle quedaba interceptada. Cachin vio que, a pesar del viento que silbaba por encima de la ciudad, la puerta del balcón se abrió de par en par. Un joven con chaquetilla de cuero, gafas y corta barba empezó a hablar. No era Lenin. Cachin se encaminó al portal, pero un amargo pensamiento repentino le hizo detener los pasos: “¿No se negará Lenin a hablar conmigo? ¿No recordará la famosa votación en el Parlamento, cuando yo voté en pro de los créditos de guerra? Por algo escribió *Pravda* con ira que mis compañeros y yo pertenecemos al número de los defensores más celosos de nuestro Gobierno, que lanza implacable al fuego de la guerra a los soldados franceses y ahora nos ha enviado a nosotros a Rusia en busca de carne de cañón”.

Cachin hasta se alegró cuando el marino que estaba de guardia en la puerta le explicó en un francés bastante correcto que el camarada Lenin no estaba en aquel momento.

Al tornar al hotel a pie, Marcel recordó las palabras de uno de los últimos artículos de Lenin, que lo habían turbado, de que era necesario preparar la revolución socialista, que los Soviets tomaran el poder, y crear una nueva internacional, la Internacional Comunista. “Sin duda que Lenin me habría dicho: Mírelo todo bien, monsieur Cachin (por seguro que no me llamaría “camarada”), mírelo todo y procure contar en Francia la verdad de lo que ocurre aquí. Si no obramos con la verdad, nuestros caminos divergirán”.

Recibieron a los parlamentarios socialistas franceses e ingleses Kerenski y Miliukov, los cabecillas del Gobierno Provisional burgués. Encubrían su desconcierto e inseguridad en el mañana con torrentes de promesas, que el “pueblo revolucionario de Rusia estaba dispuesto a llevar la guerra hasta el fin victorioso”, y que el Gobierno Provisional y el ejército “eran fieles a sus compromisos de alianza”. Pero a la mañana siguiente salió en los periódicos que el pueblo no quería combatir más, que los Soviets de diputados de los soldados iban cobrando más y más fuerza.

133

A fines de abril llevaron a Moscú a la delegación de socialistas.

En Moscú, lo mismo que en Petrogrado, bullía las pasiones políticas.

Lo que más asombró a Cachin fue la fiesta del trabajo, el Primero de Mayo. Permaneció varias horas en el balcón del Soviet de Moscú, y por delante no hacían sino desfilar centenares de miles de soldados y

obreros. Cada consigna de sus pancartas reflejaba el ansia de paz, el odio al imperialismo y a la burguesía mundial.

Cachin jamás olvidaría los esfuerzos que le costó a la delegación conseguir que les dejaran ir al ejército de operaciones. En Minsk les presentaron al jefe del Frente Oeste. El general les soltó una retahíla de términos militares, de nombres de aldeas y ciudades polacas, bielorrusas y lituanas borradas de la faz de la tierra por la guerra o existentes aún por milagro, pero tenía pintada en los ojos la misma confusión que habían visto en los de los “gobernantes provisionales” de Petrogrado. x

Los delegados estaban delante del jefe del frente, escuchaban atentos, anotaban en sus blocs, hacían preguntas y observaciones. Cuando, fuera del Estado Mayor, se oyó ruido de voces, los flecos de oro de las charreteras del general se pusieron de punta, la cabeza de su excelencia se hundió entre los hombros, y los delegados perdieron de golpe el interés por las divagaciones del general y se abalanzaron hacia las ventanas. En la plaza bramaba y se agitaba un tormentoso mar gris de soldados. Por lo visto, había llegado a las trincheras la noticia de la visita de la delegación extranjera.

— Le pido perdón, mi general —dijo secamente Cachin, dejando a un lado la cortesía diplomática de salón—, pero quisiera conocer el motivo de la indignación de sus soldados.

134

El jefe del frente apartó de un golpe la silla, se volvió con todo el cuerpo hacia la ventana y exclamó con voz entrecortada por la ira:

— Tenga la bondad de contemplar a los llamados defensores de la libertad. No tienen la menor noción del deber militar ni del honor. Forman un rebaño ignorante de mujiks...

El aspecto de los soldados que llenaban la plaza asombró a Cachin: Los capotes rotos, remendados y chamuscados; los gorros de piel habían perdido la forma; las botas estaban tan gastadas que no había ya manera de sacarles lustre; las caras extenuadas, sin afeitarse. Aquella aglomeración de soldados tenía muy poco parecido con un ejército regular. Y aun con todo, Cachin no pudo compadecerse del bien cuidado y alimentado general, pues la razón asistía a los soldados de capotes grises.

Cachin volvió desengañado por completo de los viajes a los frentes. Se enfadaba consigo mismo por su reciente ceguera y falta de carácter, se daba cuenta de que lo iba dominando más cada vez una sensación de entusiasmo y admiración por quienes tomaban los destinos del mundo en sus callosas manos.

Cachin volvió de Rusia convertido en un enemigo inconciliable de

la guerra imperialista. Más aún hicieron falta numerosos esfuerzos y tiempo para que acabaran definitivamente sus viejos descarríos y se pusiera decididamente al lado de Lenin.

Cuando llegó a París, fue directamente de la estación al congreso del Partido Socialista, sin telefonar ni acercarse a su casa. Bajo de estatura, cargado de espaldas, lacios los bigotes, aún bajo la impresión de lo que vio en Rusia, estaba Cachin delante de sus colegas y amigos. ¡Sí, tenía mucho que contar! Habló sinceramente ante los dirigentes de los socialistas, ante todos aquellos Longuet, Sambat, Renaudel y compañía; no había que llamar al pueblo a la guerra, sino contra la guerra, había que llamarlo a la lucha contra los imperialistas, por la victoria de la revolución socialista. Había que convocar un congreso de los socialistas de todos los países, apoyar a los rusos y a sus magníficos Soviets en la lucha por el pan, la paz y la libertad. Eso era lo que reclamaba Cachin.

Después de esas palabras, en la sala se armó un revuelo inimaginable. Aplausos, silbidos y gritos:

135

— ¡Bravo, Marcel!

— ¡Abajo la guerra! ¡Pero entonces dentro de una semana los boches estarán en París!

— ¡Al cuerno la política de unión nacional!

— ¡Viva la Rusia revolucionaria!

“¡Para qué hablar del congreso de los socialistas! —sonriese Marcel de sus recuerdos—. La efervescencia se extendió a toda Francia: siguiendo el ejemplo del cuerpo expedicionario ruso, en las tropas se fueron creando Soviets, los soldados se negaban a pelear, y los obreros se declaraban en huelga”.

La astuta política de la colaboración entre las clases ya no podía engañar más ni siquiera a los simplones.

Los gobernantes de los países imperialistas, incluidos los de Francia, empezaron, con la connivencia de los líderes socialistas, la intervención contra el primer Estado proletario del mundo. Lenin indicó en una carta especial a los socialistas franceses la necesidad de la lucha enérgica contra todos los que habían traicionado los intereses de la clase obrera y habían olvidado su deber internacionalista.

Cachin está delante de! mapa y recuerda cuán rápido fue el correr de los sucesos. Está ya al lado de los que ocupan las posiciones leninistas. “En el Parlamento hemos atacado a Glemenceau, criticando los actos de su Gobierno y le hemos obligado a declarar que no enviarán a un solo francés armado a Rusia. Entretanto se han sublevado los marinos que Clemenceau envió a Odesa y nuestros soldados en

Besarabia. La intervención ha fracasado vergonzosamente. Y a Longuet, que nos ha estado llamando a resucitar la II Internacional, le hemos respondido con la creación del Comité de Preparación para la adhesión a la III Internacional, a la Internacional Comunista. A mí y a Frossard nos han enviado a ver a Lenin". Pues bien, en el verano de 1920 Marcel Cachin emprendió otro viaje a Rusia, a Moscú.

Un automóvil viejo, saltando por el empedrado de las calles, lleva a los delegados por Moscú. Cachin mira atento a los lados. Los chirriantes tranvías van de bote en bote. Se ven pocos coches de punto, y éstos van tirados por exhaustos rocines. Los cristales de los escaparates están rotos. Hay colas para el pan. En las paredes de las casas se ven impactos de balas y metralla. Cartelera teatrales y mapas del frente de Polonia por doquier.

136

Después de París, con sus elegantes mujeres, sus innumerables restaurantes y cafés, sus desvergonzados y ahítos soldados norteamericanos y anuncios luminosos sobre el negro ciclo, Moscú, severo y riguroso, produce en Cachin una impresión extraordinaria. Ve y siente por todas partes el desafío al mundo de donde ha venido. A Moscú le da vida la revolución, que barre decididamente de su camino todo cuanto impide su lucha.

Aquella misma tarde Cachin y Frossard están invitados al Gran Teatro, a la sesión solemne del Soviet, de Moscú. Los camaradas rusos critican a los socialistas franceses por su indecisión en la lucha contra los derechistas y los renegados. Conceden la palabra a Cachin. En eso, sucede algo inesperado: Todos los presentes en la sala se ponen en pie, y la ovación dura unos minutos. Cachin se turba, pese a ser un orador experimentado. Tarda en dominar su emoción. Comprende que no saludan a la Francia que ha organizado la intervención, ha hecho pasar hambre a los rusos con el bloqueo y ha ayudado al aventurero Pilsudski con una división selecta mandada por Weygand. Aplauden a la otra Francia, a la Francia que combatió en las barricadas de la Comuna de París y ahora se declara abnegadamente en huelga en defensa de la revolución rusa, a la Francia que se niega a cargar armas para los polacos y está creando un partido comunista fiel al proletariado.

Cachin dice, como si rindiera cuentas ante toda Rusia: desde que empezó la revolución, el grupo parlamentario se ha pronunciado trece veces en su defensa; pese a las protestas de la mayoría de la Cámara, los diputados socialistas han llamado a los soldados y a los marinos franceses, enviados contra los rusos, a que no obedezcan e incluso a que se subleven.

Dos días después, en la sesión del Comité Ejecutivo de la

internacional Comunista, consagrada a la situación existente en el Partido Socialista Francés, Cachin tiene una entrevista con Lenin.

— ¡Los he estado esperando, camaradas! —dijo Lenin, estrechando la mano a Cachin y a Frossard—. Sé que los obreros franceses simpatizan calurosamente con la lucha de los Soviets contra la guerra que nos impone la burguesía extranjera, incluida la francesa.

137

Lenin se expresaba perfectamente en la lengua de sus interlocutores. Estuvo fijándose cierto tiempo en los dos, y luego, por lo visto, tras de hacer ciertas deducciones para sí mismo, empezó a hablar casi exclusivamente a Cachin. No es que no quisiera notar la presencia de Frossard, persona de cortesía fría y un tanto muerta y de cautelosas respuestas calculadas de antemano; simplemente tendió unos hilos vivos de mutua comprensión y simpatía, con su inherente habilidad para comprender el alma de su interlocutor, entre él y Cachin. Durante la prolongada conversación, Lenin se puso en pie varias veces, apartándose de la mesa y caminando por la habitación con ágil paso, se inclinaba hacia Cachin, mirándolo de frente, y volvía a apartarse, como si quisiera comprobar desde distintas distancias el resultado de su influencia en su interlocutor.

Bajo y fornido, con aseado traje negro, si bien nada nuevo, Lenin pareció a Cachin una persona asombrosamente armónica, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, a quien comprendía bien y con quien tenía gran intimidad. No paraba un instante; su pensamiento estaba en constante movimiento y sujeto a inesperados cambios, penetrando profundamente en la psicología de su interlocutor, sabiendo atraer a su lado con la lógica de los hechos, la exactitud del análisis y la sencillez y el encanto de su humanismo. Sus ojos castaños, muy vivos, tenían una infinidad de expresiones: desde la atenta e inquisitiva o rigurosamente interrogante hasta la amistosa y muy juvenil, traviesa como la de un chiquillo. Y el habitual “sí, sí” o el “hum, hum” de Lenin tenía miles de matices: no había interlocutor más atento y solícito que él.

Lenin empezó a hablar en seguida de lo principal: en Francia hay que forjar, ante todo, un partido comunista monolítico, cohesionado, de clase.

— Usted dice que les falta gente. Eso no es verdad —Lenin hizo un enérgico ademán denegatorio—, A nosotros también nos falta. Pero avanzamos, y la gente surge. Hay que tener una fe ilimitada en las posibilidades inagotables de la clase obrera. No achaque a las masas las imperfecciones, las insuficiencias o la cobardía de los líderes oportunistas que retroceden ante la lucha.

— ¿Con quién quiere la unidad, camarada Cachin? —en la voz de Lenin sonaron notas de indignación, su mirada era penetrante—. ¿Con los que han traicionado tantas veces los intereses del movimiento obrero y, sin duda, harán lo mismo en el futuro, los traicionarán más de una vez? No se trata sólo de expulsar a esa gente del partido. Hay que modificar de raíz su trabajo. A eso ayudará la prensa...

— En *L'Huma*, que me gusta mucho, leo siempre con agrado las hojas que usted firma para una huelga o para algún asunto del partido. Pero...

Cachin oyó una crítica ruda y franca. Lenin habló de tres clases de escritos contradictorios, que a veces se excluían mutuamente, y que se podían leer en un mismo número de *L'Humanité*.

— Hombre, ¿cómo explicar el extraño hecho siguiente? —Lenin se enjugó, enojado, la frente—. En su periódico existe un sistema proporcional para los artículos de orientación: ocho artículos a la semana para los centristas, cuatro para los izquierdistas y dos o tres para los derechistas, para Renaudel y sus adeptos. ¿Cómo quiere usted, después de eso, que los obreros se enteren de la verdad por su periódico? Guárdelo de los oportunistas, no les dejen que se acerquen a *L'Humanité*.

Lenin calló un instante y, al ver la tristeza del director de *L'Humanité*, articuló, animándolo:

— Bueno, bueno, no se amilane, camarada Cachin. Tras de usted va el proletariado francés, que es digno de admiración por su historia y por su lucha. Ustedes, los franceses, deben comprender bien nuestra táctica, que también ha sido preparada por las revoluciones de su pueblo. No tema las dificultades de la lucha que se avecina contra los renegados y los oportunistas. A nosotros tampoco nos es fácil, pero luchamos y venceremos —y agregó con palabras de peso, con firmeza, en tono amistoso—: La posibilidad de adherirse a la Internacional Comunista está excluida únicamente para los que la excluyen ellos mismos. *N'est ce pas* (no es así), camarada Cachin?...

El II Congreso de la Internacional Comunista se inauguraba al cabo de un mes. Los delegados franceses hicieron un viaje por el país con otros delegados. Antes de partir, les comunicaron el deseo que les expresaba Lenin: “Que los compañeros del Oeste vean la Rusia Soviética tal y como es, con su pobreza, su desbarajuste y el enorme entusiasmo que vive, a pesar de las dificultades, en nuestros obreros y campesinos”.

Hacía un calor insoportable, agobiador. El tren avanzaba lentamente

hacia Nizhni Nóvgorod. Ardían algunos bosques, y el humo cubría el horizonte. Cachin estaba de buen humor y animado, pese a las dificultades. Iba a ver con sus propios ojos el país y al pueblo de este país. ¡Al Pueblo de la revolución!

En Sórmovo e Ivánovo-Voznesensk Cachin saludó en nutridos mítines obreros al proletariado combatiente de Rusia. En Sarátov la delegación visitó una colonia infantil. La república se preocupaba como podía de los huérfanos que habían perdido a sus padres en la guerra civil. En Kazan y Tambov hubo enternecedores encuentros con los marineros del transporte fluvial y con los ferroviarios. Se enseñó a los delegados las primeras comunas campesinas y los primeros sovjoses. El pueblo había emprendido en serio la reorganización de su vida.

Se grabó especialmente en la memoria de Cachin la escena del envío de voluntarios al frente de Polonia. Fue en el puerto de Samara. Se embarcaban komsomoles, algunos de edad muy juvenil. Muchos iban calzados con baxeas. Las últimas en pasar por el muelle fueron unas jóvenes enfermeras. Cachin permaneció en pie, descubierto, contemplando atentamente los rostros juveniles. No dudaba de que estaba viendo a valerosos voluntarios de la revolución proletaria. Así mismo se figuraba él a los jóvenes hijos del segundo año de la república, a los hijos de Valmy y de *La Marsellesa*.

El tren aún rodaba por una hondonada pantanosa, y en el horizonte se destacaron ya, iluminados por el sol saliente, los majestuosos e inimitables edificios de Retrogrado. Cachin contempló largo rato los suburbios fabriles: no se veía salir humo de las chimeneas, no había combustible ni energía eléctrica.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista acordó: inaugurar el II Congreso en la ciudad que había anunciado al mundo el comienzo de una nueva era. En las estaciones del ferrocarril de Moscú a Leningrado eran recibidos con entusiasmo los emisarios del proletariado de 37 países. En el andén de la estación de Nicolás, en Petrogrado, unos desconocidos rodearon al conmovido Cachin, le dijeron de prisa algo agradable, le estrecharon la mano y lo abrazaron. En la plaza que hay delante de la estación se oían miles de voces y se veían innumerables consignas inscritas en tela roja. Los delegados formaron en columna que avanzó lentamente entre el gentío que llenaba las calles y las avenidas.

La mañana era fresca. Desde la puerta del Smolny salieron corriendo niños con ramos de flores. Con el corazón en vilo, Cachin tomó en brazos y besó a un delgado chiquillo que le tendía un ramillete.

En la misma sala de mármol blanco del Smolny, donde Lenin proclamó los decretos de la tierra y de la paz en nombre del primer Gobierno proletario, estaban puestas las mesas para los delegados. Y allí, casi por primera vez a lo largo de aquellas semanas que Cachin estuvo en la Rusia Soviética, vio en las mesas pan blanco. Dos o tres finas rebanadas en cada plato. El inapreciable pan blanco, mucho más apreciado aún, pues el país llevaba ya varios años pesando por gramos y decigramos las raciones de pan negro.

La espaciosa sala de Sesiones de la Duma, en el Palacio de la Táurida, estaba llena. En los antiguos escaños de los diputados estaban sentados 200 delegados al congreso, y los restantes sitios, los de los coros, los pasillos e incluso detrás de la tribuna, estaban ocupados por los invitados, obreros de Petrogrado, Moscú y toda la Rusia Soviética.

Lenin pasó a la presidencia y se sentó a la mesa. Tras de mirar a los últimos escaños del anfiteatro, se puso en pie de súbito y subió rápidamente los escalones. Advertido por sus vecinos, fue a su encuentro un hombre de edad avanzada con gafas ahumadas que le ocultaban los ojos ciegos: era Shelgunov, viejo compañero de lucha de Lenin de la “Unión de lucha”⁸. Se abrazaron. Lenin tornó a su sitio. El presidente le concedió la palabra, y la oratoria de Lenin cautivó al auditorio. Cachin se sintió contagiado por la pasión latente del orador, por su profundo convencimiento en la victoria de la revolución proletaria mundial.

141

Las siguientes sesiones del congreso prosiguieron ya en Moscú. Las vacilaciones de la mayoría de los socialistas franceses y su espíritu de conciliación con los oportunistas de derecha de su propio partido fueron sometidos a dura crítica.

— Tenéis razón cuando exigís que renunciemos a las ideas reformistas y oportunistas, cuando exigís de nosotros acciones revolucionarias. Demostraremos con los hechos, y no sólo de palabra, que estamos dispuestos por completo a entablar combate a muerte contra el capitalismo actual. ¡Estamos de acuerdo, con eso! —declaró Cachin—. Cuando se celebre el congreso de nuestro partido, nos pronunciaremos por la adhesión a la III Internacional.

La visita de Cachin a la República Soviética fue para él una buena escuela de comunismo. El haber conocido personalmente a Lenin, los

⁸ La “Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera” fue una organización fundada por Lenin en 1895 y que agrupaba los círculos marxistas obreros de Petersburgo; fue el primer intento de organización de partido obrero marxista revolucionario en Rusia, apoyado en el movimiento obrero. (*N. de la Edit.*)

viajes por el país, la participación en las labores del Congreso de la Internacional Comunista y el trato con los constructores de la nueva sociedad hicieron del socialista francés un comunista leninista firme y consecuente, un amigo fie! de! País de los Soviets.

En el álbum de las impresiones de los delegados al II Congreso de la Internacional Comunista acerca de Lenin, Maree! Cachin escribió: “Teórico y hombre de acción a un tiempo, Lenin es hoy la figura más eminente del movimiento obrero mundial”.

Cachin aprendió en la Rusia Soviética a distinguir el auténtico espíritu revolucionario de la adaptación oportunista a la revolución, vio en ella ejemplos de auténtica solidaridad proletaria y conoció el valor del pan negro de la revolución, obtenido con sangre y sudor.

¡El pan negro de la revolución! Le escaseaba a los obreros en los talleres, a los soldados en los frentes y a los huérfanos en las provincias devastadas por la guerra. Pero cuando estalló la revolución en Alemania, los trabajadores de la Rusia Soviética, llevados por el sentimiento de la solidaridad proletaria, enviaron dos trenes de harina a los obreros alemanes. La revolución rusa compartía la última rebanada de pan, y no excedentes, en aras de la hermandad universal de los trabajadores.

142

Después del congreso, Lenin tuvo la última entrevista con Cachin. Al preguntarle qué impresiones había sacado de Rusia, Lenin se sonreía, pues se alegraba de los éxitos del nuevo Estado y se enorgullecía del coraje y la laboriosidad del pueblo libre. Lenin le pidió que transmitiera a los portuarios de Dunquerque la gratitud de los trabajadores soviéticos por haber frustrado la carga de material de guerra para Pilsudski. El Ejército Rojo seguía avanzando, pero si en Polonia no había una insurrección del pueblo, habría que concertar la paz con los polacos, terminar de derrotar las tropas blancas de Wrángel y luego dedicarse al restablecimiento del país para reconstruirlo y hacerlo invencible. Lenin deseó a los trabajadores franceses que fundaran cuanto antes su partido comunista.

En Tours se reunió el XVIII Congreso Nacional de los socialistas franceses. Se debatía la adhesión a la Internacional Comunista.

El viento del océano trajo una fría llovizna, que recibió a los delegados que concurrían de todos los confines de Francia. Cachin, cansado de haber pasado la noche a media vela en el tren, pero, como siempre, animado y comedido en su alegría, salió del hotel rodeado de amigos leninistas, como se denominaban a sí mismos los partidarios de la adhesión.

El pequeño picadero, alquilado por la organización local del partido, fue arreglado rápidamente como sala de sesiones y colocaron en él dos carteles. En uno, que estaba más alto, habían escrito: “La emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores”, Y en el otro: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”

Los delegados se sentaron por grupos; el más numeroso estaba a la izquierda; eran los partidarios de la adhesión: Cachin, Frossard, Paul Vaillant-Couturier, Charles Rappoport y Daniel Renou. El centro lo ocuparon los “reorganizadores” encabezados por Jean Longuet. A las mesas de la derecha se sentaron los adversarios declarados de la III Internacional: Marcel Sembat, León Blume y Pierre Renaudel.

Cuando hubo regresado de Moscú, Cachin viajó por el país, sin darse un momento de reposo, hasta la misma inauguración del congreso, haciendo en las ciudades y pueblos propaganda en pro de la adhesión. Solía suceder que interviniese en varias reuniones en un mismo día ante los obreros, los campesinos y los artesanos para hablarles de Lenin y de la República Soviética.

143

El discurso de Cachin rebatió, con la profundidad del análisis de los acontecimientos, la pasional fe en la justedad de las ideas de Lenin y la convicción en el magno alcance de la revolución rusa para toda la humanidad, los argumentos de los adversarios.

Cachin pronunció con entusiasmo juvenil, extendiendo la mano al público, pendiente de sus palabras y absorto, en la fría sala:

— La república rusa ha sido establecida sólida y definitivamente y os llama a luchar junto a ella al lado de la nueva Internacional que ha fundado... En esta época de barbarie, los rusos son los únicos vehículos de la bondad y del humanismo... Y si mañana o pasado mañana alguien quiere envolver a Rusia en un conflicto sangriento, yo os pregunto si diremos a la burguesía; “¡Podéis estar seguros de que volveremos a defender a la República de los Soviets!”

El auditorio respondió al orador con un poderoso “sí”, una ovación y exclamaciones aprobatorias. Cachin vio las caras entusiasmadas de sus amigos: el joven escritor Vaillant-Couturier se ha puesto en pie y aplaude con frenesí; el barbudo y grueso Rappoport asiente alegre y aclama con aprobación; Levy, Renou y Blanc gritan “bravo, bravo”.

—¡No, no! —tercia una estridente vocecilla de la derecha.

Cachin se vuelve con todo el cuerpo en aquella dirección:

—¡Somos nosotros quienes os decimos que no, que jamás estaremos con vosotros! Nosotros nos adherimos todos a la revolución rusa, que hoy se alza como la fortaleza principal contra el capitalismo.

—¡Todos, todos nos adherimos! —responde a una con potente voz

el congreso.

Ya de noche, en la quinta y última sesión del congreso, el presidente anunció los resultados de la votación: la inmensa mayoría de los votos estaba por la resolución de Marcel Cachin de adherirse a la III Internacional.

—¡Viva Jaurès! ¡Viva Lenin! —se oyeron las aclamaciones de los partidarios de Cachin. Puestos en pie, entonaron la canción de la *Revolución*.

144

Eso fue a las 10 de la noche del: 29 de diciembre de 1920. El Partido Comunista Francés anunció su nacimiento.

Los comunistas franceses, asidos de la mano, salieron a las calles oscuras del pequeño Tours, cantando a media voz.

De pronto Cachin se estremeció y se detuvo.

— Amigos, nuestra *Humanité*... ¡Hay que salvar nuestro periódico e impedir que caiga en manos de ellos!

Todos lo comprendieron en el acto.

— A telégrafos —exclamó Vaillant-Couturier—, ¡a telégrafos sin pérdida de tiempo!

Cachin llenó un impreso con presurosa y diminuta letra. Contemplaron en silencio al sombrío telegrafista llevar soñoliento al cuarto contiguo el papel y escucharon el mesurado golpeteo del manipulador. El telegrama recorrió la nocturna Francia de Sur a Norte, a París.

Un día después, Margarita Cachin y Landrieu, el administrador de *L'Humanité*, se presentaron a Camélinat, el tesorero del partido. Le pidieron perdón por la visita tan temprana y le explicaron la causa. Gran número de acciones del periódico estaba en manos de Renaudel y compañía, pero el paquete de control lo tenía el camarada Camélinat. Su deber de afiliado al partido y de hombre, así como de director de la Casa de la Moneda durante la Comuna era entregar sus acciones a disposición de la mayoría del congreso de Tours. Entonces *L'Humanité* sería el periódico del recién fundado Partido Comunista Francés; de lo contrario podía caer en manos de los escisionistas...

La enorme cabeza de león del viejo Camélinat se alzó y observó atentamente a los visitantes. Landrieu era muy honrado e infinitamente fiel al periódico. Camélinat recordaba a Margarita desde que, siendo una joven señorita, apellidada Vienn, vino de Norteamérica a un congreso socialista, conoció allí al enérgico socialista francés Cachin, tan joven como ella, y se hizo su fiel esposa, camarada y compañera de lucha.

— Amigos míos —respondió Camélinat—, si el partido se ha

pronunciado... ¡Podéis contar conmigo!

Ya en la escalera, encontraron a Renaudel, que subía los peldaños resoplando con dificultad y mascullando algo. Se apartó, dejándoles pasar, musitó un saludo ininteligible y se quedó de pronto una pieza.

¡Comprendió que le habían ganado la partida! Corrió escaleras arriba y se detuvo. Tampoco hubiera ganado nada con haber ido antes a ver a Camélinat. El viejo, de todos modos, no les hubiera entregado el paquete de acciones a ellos, sino a los comunistas. Renaudel oyó sonar abajo, en la calle, las sonoras carcajadas triunfales, aún juveniles, como el claro tintineo de una campanilla de plata, de Margarita Cachin...

145

Esta mañana de otoño el director de *L'Humanité* se presenta puntualmente, sin tardar un minuto, en su despacho. Pero, rompiendo la costumbre, no se acerca al mapa, se sienta a la mesa y permanece largo rato pensativo, cruzado de brazos.

En la solapa de su americana brilla una condecoración nuevecita. Sobre fondo rojo resalta un bajo relieve de oro de inimitable y típico perfil: una cara enérgica y voluntariosa, despejada frente, perilla.

Cachin no podía imaginarse que la noticia más alegre de su 88 cumpleaños le llegaría del lejano Moscú. Por los largos años de labor encaminada a reforzar la amistad de los pueblos de Francia y la URSS, el Gobierno soviético lo ha condecorado con la Orden de Lenin.

— Es la recompensa por toda mi vida —dice Cachin, emocionado, a Maurice Thorez, cuando éste lo felicita.

Efectivamente, esa orden es la recompensa por toda su vida. Cuanto hizo después de las inolvidables entrevistas que tuvo con Lenin: la controversia en el congreso de Tours por la Fundación del Partido Comunista, la organización de la campana de protesta contra la ocupación del Ruhr, la defensa de la URSS contra las campañas de calumnias y maquinaciones de los imperialistas y los renegados, la lucha por el Frente Popular, la dirección de *L'Humanité* clandestina durante la ocupación Alemana, la protesta “contra las ignominiosas guerras de Argelia y el Vietnam tenían siempre para Cachin la perspectiva de emancipar a la humanidad.

Y Maree! Cachin va hasta el fin de sus días hacia ese gran fin.

Liev Davydov

UN EXCELENTE Y LEAL REVOLUCIONARIO

147



BÉLA KUN

¿A quién se refieren las palabras del título?

¿A quién y por quién se da opinión tan encomiástica?

Empecemos las explicaciones desde lejos. En el verano de 1921 llega a Moscú, desde Alemania, para asistir al congreso ordinario de la Internacional Comunista, la infatigable y valiente Clara Zetkin. Sabe ella que se reñirán duras batallas, que habrá apasionados debates de principios sobre cuestiones de teoría y práctica de los partidos comunistas. Hay que emitir un juicio y sacar las deducciones de la reciente insurrección de marzo, como ha dado en llamarse la acción armada de los obreros de Alemania Central. Insurrección que, al no estar bien preparada ni contar con el apoyo del proletariado de las otras zonas industriales, es aplastada rápidamente.

Clara, apasionada, estima con razón que la “prematura insurrección de marzo” ha sido un error, una consecuencia de la izquierdista “teoría de la ofensiva”.

148

Expresa su disconformidad con los que han llevado a la derrota y

los critica duramente.

¿Y cuál es la opinión de Lenin? ¿Qué piensa él de la infausta insurrección?

Como la delegada alemana sabe lo ocupadísimo que suele estar Lenin, no se atreve a pedir una entrevista con él, suponiendo que lo verá y hablará con él en el congreso.

Pero es el propio Lenin quien visita a Zetkin unos días antes del comienzo de las sesiones. Y le pide que le cuente detalladamente la situación reinante en Alemania, sobre todo dentro del Partido Comunista. Le hace muchas preguntas y toma breves notas.

“No oculté mi inquietud —confiesa sinceramente Clara Zetkin en sus memorias— por el peligro que amenazaba, a mi parecer, al Partido Comunista de Alemania y a la Internacional Comunista en el caso de que el congreso mundial de ésta adoptase la “teoría de la ofensiva”. Lenin se echa a reír con su risa de bondad.

“¿Desde cuándo se ha metido usted a profeta de mal agüero? —interroga—. Puede estar tranquila, que los “teóricos de la ofensiva” no van a tener muchos motivos de júbilo en el congreso. Aún estamos aquí.

¿Se cree usted que, al haber hecho la revolución, no hemos aprendido nada? Lo que queremos es que también saquen enseñanzas ustedes. Y en general, ¿puede llamarse teoría a eso? Eso es una ilusión, romanticismo, puro romanticismo. Por eso dicha teoría ha sido inventada en el país de los “pensadores y poetas” con la contribución de mi estimado Béla, oriundo también de una nación poética y que se siente obligado a “estar siempre a la izquierda de los izquierdistas... Por el momento debemos hacer más caso a Marx que a... Béla, aunque Béla sea un excelente y leal revolucionario”.

Al fin hemos llegado a las respuestas con las que empezamos el relato.

En una frase Lenin habla dos veces y con singular cariño de una persona a quien menciona sólo por el nombre, pues, evidentemente, lo considera un compañero de lucha. Y como amigo atento, pero severo, no le perdona los errores e ironiza con tino a propósito de su propensión “a estar siempre a la izquierda de los izquierdistas”. Y a pesar de eso, no olvida agregar al nombre el elogioso calificativo de “mi estimado Béla”, o la objeción, de mucho meollo: “aunque Béla sea un excelente y leal revolucionario”.

Por supuesto, Clara sabe de sobra a quién se refiere Lenin. Dos meses antes ha recibido en Berlín una carta de Lenin, en la que se menciona a Béla, que ha ido a Alemania como miembro del Presídium

del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En esta carta se condena enérgicamente la táctica “demasiado izquierdista” del representante del Comité Ejecutivo, que ha aconsejado sublevarse inmediatamente “para ayudar a los rusos”.

“A mi juicio, en tales casos —escribió Lenin a Clara Zetkin—, no debéis ceder, sino protestar...”

¡No ceder a Béla! ¡Protestar contra la táctica de Béla!

Zetkin comparte sin duda alguna la opinión de Lenin. Y comprende muy bien por qué, al no perdonar nunca los errores de Béla, sigue estimándolo y tratándolo con cariño.

He aquí un testimonio más de ello que parece continuar las memorias de Clara Zetkin.

Al delegado búlgaro Basilio Kolarov le preocupan los mismos sucesos y las mismas personas. Ha llegado con Clara Zetkin a Moscú y espera con impaciencia el comienzo del congreso. Pero la apertura se aplaza.

Se está celebrando una reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En realidad, es ya un verdadero congreso, en el que se esclarecen y concuerdan previamente distintos puntos de vista.

Kolarov saca la impresión de que la posición de los “izquierdistas” es bastante sólida, que la apoyan muchos delegados. Y su adversario más peligroso, Lenin, está demasiado ocupado con los asuntos de Gobierno y sumido totalmente en la aplicación de la nueva política económica. No cree que participe en las discusiones que surjan en la Internacional Comunista.

Así piensa, intranquilo, Kolarov, durante los debates en la reunión plenaria ampliada. Lenin sigue sin presentarse. Toma la palabra Béla Kun, considerado el partidario más ferviente de la “teoría de la ofensiva”. De pronto se presenta Lenin, se sienta a la mesa de la presidencia, junto al propio orador y, volviendo hacia él la cabeza, comienza a lanzar réplicas, nada más oír las primeras palabras:

150

— Bien, bien... ¡Enérgica ofensiva!... ¡Combates de vanguardia!...

“Todos los asistentes perciben —escribe Kolarov— que la aparición de Lenin y sus mordaces observaciones hacen bajar el tono, demasiado seguro, del camarada Kun, que termina en seguida su discurso .

Luego cambia todo de raíz. Lenin pronuncia un discurso, respondiendo con claridad exhaustiva y fuerza de convicción a Béla Kun y los otros “izquierdistas. Las vacilaciones de muchos delegados desaparecen por completo. La “teoría de la ofensiva” está hecha trizas.

¿Y cómo se porta Béla Kun, reconocido “partidario más ferviente de esta teoría”? ¿Se subleva? ¿Se empecina en sus errores, contra viento y marea?

¡Pues no! Se suma a la mayoría y reconoce que Lenin tiene razón, ...El sino de la gente es distinto. Llano y recto, como el ferrocarril de Petersburgo a Moscú el de unos. Con abruptas y rebeldes ascensiones, como la senda de un alpinista que quiere llegar a una altura que nadie ha alcanzado, el de otros.

Por seguro que Béla Kun no conoce la quietud ni en sueños. Está siempre en lo más peliagudo de las batallas de clase, en las avanzadillas. Nadie podría hacerle refugiarse en la segura retaguardia; nadie "podría relegarlo siquiera a la “segunda línea”.

Posee la naturaleza de combatiente desde la infancia. En la aldehuela de Lele, en Transilvania, donde nació en los años 80 del siglo pasado, no se habían olvidado las tradiciones revolucionarias de los rebeldes húngaros György Dózsa, Francisco Rakoczy y Luís Kossuth.

Béla Kun escuchó las narraciones de los ancianos, que participaron en las sublevaciones campesinas, y soñó con parecerse al intrépido y legendario Luis Kossuth, que supo organizar incluso en el exilio una legión húngara que peleó hombro a hombro con los garibaldinos.

El padre de Béla fue secretario de un juzgado municipal, un funcionario de medianos ingresos e instrucción, algo así como un abogadillo rural que iba de pueblo en pueblo, sin permanecer mucho tiempo en ninguno, ventilando pleitos, escribiendo las demandas de los querellantes y entendiendo en sus litigios. El hijo no podía menos de enterarse de los hechos escandalosos de arbitrariedad e injusticia que imperaban en el país.

151

Vivo e impresionable, el muchacho conoció pronto la lucha de los campesinos y los obreros contra la opresión y la explotación. Cuando su padre se tuvo que quedar a vivir una temporada algo más larga en la pequeña ciudad de Zalihe, lo llevó a la “escuela particular” del estudiante de bachiller Endre Ady.

— El muchacho tiene su genio, de manera que le doy atribuciones... —y Kun padre hizo un ademán muy expresivo, mirando rigurosamente de soslayo a su hijo.

Endre Ady accedió a enseñar a Béla por el modesto pago de quince coronas al mes.

Muchos años después, lleno de gratitud a su maestro, Béla escribe en sus memorias:

— Mi padre se despidió, salió, y yo me quedé en casa de Endre, pintándome un porvenir bastante negro.

Mas, tan pronto como, mi padre cerró la puerta, a 'salir, Ady se echó a reír y me dijo:

— Yo también soy de los que tienen su genio. Así es que no temas, ¡haremos buenas migas!

Béla y Endre congeniaron y se hicieron efectivamente amigos. Béla conoció por primera vez, guiado por su maestro, la historia de Hungría, y no tal y como la contaba el morigerado libro de texto de la escuela, sino como se describía en los libros y aun en los manuscritos prohibidos, cuyas páginas llamaban a los pueblos húngaros a la libertad nacional.

— Endre Ady descubrió la gran capacidad de su alumno para la literatura y su amor por la poesía y las canciones populares. Eso lo aproximó muchísimo. Pues el estudiante de bachiller Ady llevaba ya en su mochila el bastón de mariscal de la poesía húngara. Sus libros de poesías, que empezaron a publicarse a fines del siglo pasado, fueron acogidos como el original manifiesto de un revolucionario.

Endre Ady amplió considerablemente el horizonte de Béla Kun. Le abrió los ojos ante la realidad de lo que pasaba en muchos países y le hizo ver dentro del suyo lo que otros no veían.

152

Béla se enteró de que, fuera de Hungría, en la Rusia zarista, bullía y ascendía el movimiento revolucionario. Y dentro de su país...

Ferenc Münnich, el primer biógrafo de Béla, afirma: “Siendo aún joven, Béla Kun llegó a conocer muchas verdades... Vivió en Transilvania, y allí veía todos los días la aspiración natural de los trabajadores alogenos a la independencia. Siempre que volvía a su aldea natal, le saltaba a la vista la dura situación de los campesinos sin tierra, de los obreros agrícolas”.

Llegó el día en el que los derroteros del maestro, particular de Béla y del alumno se bifurcaron. Endre Ady llegó a ser un poeta conocido y marchó a Francia para, empleando su propia metáfora, inclinarse ante el París de los comuneros, ante la “madre de la revolución”.

El alumno se hizo estudiante. Asistía a las conferencias de la Facultad de Derecho de la Universidad de Kolozsvár. No le atraía el extranjero, pero pensaba mucho en Endre. Desde la edad estudiantil quiso hacer ya que la madre patria no fuera una madrastra para el pueblo trabajador y se convirtiera en un foco de revolución. Por eso le es indiferente la brillante; carrera de abogado y la perspectiva de llegar a ocupar un puesto superior al de su padre, simple "secretario; de juzgado.

Sus compañeros de estudios envidian su capacidad. Los catedráticos estiman que Béla promete mucho y puede tener seguro el grado de

licenciado. El padre y la madre sueñan ya con ver el bufete de abogado de su hijo, y no en la provincial ciudad de Kolozsvár, sino en Budapest o en la propia Viena.

Y él, a despecho de las promesas de los catedráticos y de los planes de sus padres, abandona la universidad y entrega toda su alma, toda su inteligencia y todas sus energías, todas las dotes que la naturaleza le ha concedido con tanta generosidad, se entrega todo él, sin reservas, al Partido Socialdemócrata. Béla ingresó en él en 1902, a los dieciséis años.

Las ilusiones juveniles de muchos van pasando poco a poco con los años, se van disipando como la bruma al salir el sol. Béla no se apartó en toda la vida de la senda elegida. Su fidelidad ilimitada a la revolución, que Lenin advirtió sutilmente, era el rasgo fundamental de su carácter, de fuerte voluntad y entereza como el granito. Dirigió todo el cúmulo de sus fuerzas espirituales y físicas a un solo fin.

153

Béla fue conquistando poco a poco el respeto y la confianza de los obreros de la organización del partido de Kolozsvár. Lo eligieron secretario “de la caja de asistencia obrera”. Al mismo tiempo probó sus fuerzas como periodista y escribió únicamente de lo que, a su parecer, coadyuvaría al desarrollo del movimiento obrero.

Procuró con todas sus fuerzas, según el testimonio de sus amigos, conocer la teoría del socialismo. Le sobraban ahínco, tenacidad y paciencia. Y, a pesar de sus esfuerzos, tardó mucho en alcanzar este fin. ¿Por qué?

Los vehículos del marxismo y los interpretadores ortodoxos de la gran doctrina de Marx y Engels, fundadores del comunismo, eran a la sazón Kautsky* y los socialdemócratas austríacos, que ofrecían esta doctrina diluida y, a veces, deformada.

* *Carlos Kautsky* (1854-1938): uno de los líderes oportunistas de la socialdemocracia alemana. (*N. de la Edit.*)

En cambio, en la práctica Kun tuvo mucha más suerte. La vida no le fue parca en enseñanzas útiles. A los 23 años se vio encarcelado por su actividad revolucionaria. Cumplida la condena y puesto en libertad, fue de nuevo procesado “por instigar al derrocamiento del régimen existente”.

En Kolozsvár se declararon en huelga los albañiles. Exigían aumento de salario y condiciones soportables de trabajo. Los patronos no tenían la menor intención de ceder. ¡Que siguieran la huelga! Si no querían vivir a media ración, podían dejarlos sin medios algunos de subsistencia. Los patronos enviaron contratistas a Moravia en busca de esquiroles. Los esquiroles contratados fueron instalados en una casa

cercada de alta valla. Por si acaso, pusieron en la puerta guardia armada para evitar que tuvieran relación con los rebeldes locales.

Béla Kun esperó que se hiciera de noche, saltó la valla, entró en la casa de los contratados y los convenció de que no tirasen por los suelos la dignidad obrera, de que no traicionasen a sus hermanos de clase.

Es verdad que logró convencerlos; pero también lo es que ya no pudo salir de la casa sin ser visto. La policía lo detuvo.

154

Al día siguiente los moravos no fueron a las obras, sino al centro de la ciudad, al Ayuntamiento, engrosando las columnas de huelguistas, La imponente manifestación exigió la libertad inmediata de Kun. La policía intentó dispersar a los manifestantes. Hubo un choque cuerpo a cuerpo. Un policía disparó contra un obrero. El comité de huelga respondió a la provocación, llamando a la huelga general.

Las autoridades y los patronos se asustaron muchísimo. A Kun lo pusieron en libertad. Las reivindicaciones de los obreros de la construcción fueron satisfechas.

En la cárcel, Béla Kun escribió el artículo *Las bayonetas de los gendarmes, los sables de la policía y las fieras sanguinarias en la calle*, en el que desenmascaró la ferocidad de los gobernantes.

La primera guerra mundial fue una seria prueba de las convicciones políticas de Béla Kun. En 1913, antes aún de comenzada la guerra, como delegado de los socialdemócratas húngaros de la ciudad de Kolozsvár, ocupó una posición antiimperialista y denunció a la dirección oportunista del partido. Estaba decididamente en contra de la fratricida contienda en aras de intereses ajenos a los proletarios de todo el mundo.

¿A quién favorecía el recorte de las fronteras? ¡Sólo a los reyes de los cañones!

Los líderes de los socialdemócratas procuraron aislar de las masas al "insumiso" delegado y quisieron calumniarlo a él y a otros socialistas honrados. Pero los obreros de Kolozsvár habían reconocido ya a Béla Kun como dirigente suyo y tenían confianza en él.

No es difícil imaginar por qué las omnisapientes autoridades llamaron a filas al nocivo propagandista antes de que le tocara el turno a su quinta.

Béla Kun recibió varias heridas en combates; finalmente cayó prisionero de los rusos, en un cerco.

En 1916, en el campo de prisioneros de Tomsk, existía ya un grupo revolucionario húngaro. Se dedicaba a la propaganda contra la guerra y abogaba por el hundimiento del imperio de los Habsburgo, que era lo mismo que la Rusia zarista, una cárcel de pueblos. La labor de este

grupo cobró gran actividad cuando llegó allí el alférez Béla Kun. Más aún, él imprimió a la actividad del grupo una orientación marxista definida.

155

— Cun su llegada —recuerda Ferenc Münnich— fue mayor nuestro interés por los acontecimientos revolucionarios de Rusia. Entablamos relaciones con las organizaciones siberianas de los bolcheviques, y allí, en el campamento, leímos por primera vez algunas obras de Lenin.

¿Quién fue el que entabló prácticamente esas relaciones e introdujo en el campamento libros y folletos bolcheviques? ¿Quién atrajo a muchos prisioneros de guerra al Partido Comunista antes aún de que se produjera la Revolución de Octubre ?

Fue Nikolái Yákovlev, obrero de abolengo y revolucionario profesional, uno de los buenos amigos rusos de Béla Kun. Nikolái Yákovlev no escatimaba tiempo ni energías y se pasaba las noches en vela con Kun, estudiando los libros de Lenin y ayudándole a comprender el hondo sentido de cada renglón. Paralelamente, le fue enseñando la lengua de Lenin, a hablar, leer y escribir en ruso.

Nikolái Yákovlev, que había participado en la primera revolución rusa, transmitía a menudo a los magiares su experiencia de la clandestinidad y les explicó el sentido de los acontecimientos del año 1905.

— De ellos no sabía más que por las poesías de Endre Ady — confesó Kun al amigo siberiano—. Los súbditos del Reino Húngaro estaban cuidadosamente protegidos contra las malas influencias del exterior... Pero no se logró preservarlos.

Béla Kun tiene la primera entrevista con Lenin a fines de 1917. Los investigadores de la historia aún nos contarán cómo logra llegar del campamento de prisioneros de Tomsk, en la lejana Siberia, al bullicioso y ruidoso Retrogrado, qué mandato lleva y quién le ayuda a encontrar el Smolny, y dentro del Smolny, ver a Sverdlov, que era el presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, hablar con él, y luego Sverdlov lo presenta a Lenin.

Es poco lo que sabemos por ahora. En el despacho de Lenin está sentado y responde tranquilamente a sus preguntas un oficial húngaro enérgico, de robusta complexión. Pese a las cuatro heridas sufridas, a la humedad de las trincheras y a la parca ración del campamento — Lenin ya se ha enterado de todo esto por Sverdlov—, el húngaro tiene un aspecto bastante fuerte y animado. No se le ve sombra de abatimiento, sólo en las escasas arrugas de la bondadosa cara, unas gotas de sudor, debidas al cansancio. A la ancha y despejada frente le

caen indómitas guedejas rizosas. Los grandes ojos oscuros le brillan como a un gitano. Ni aun el corto y poblado bigote le hace representar más de los treinta años que tiene.

156

Béla va mal uniformado, lo mismo que todos los prisioneros capturados en combate. Una guerrera muy gastada y mal entallada. En vez de botas de montar, lleva botas y vendas de un color indeterminado, mejor dicho, descoloridas del sol y de tanto lavarlas.

Lenin observa atento a Béla y, para que se habitúe, no empieza en seguida la conversación, luego le interroga, cortés, en qué lengua se entenderán mejor.

— En ruso, Vladímir Ilich —tercia con su voz de bajo Sverdlov. Y, tras de lanzar por los quevedos una mirada a Kun, agrega—: Es un comunista nuestro de cuerpo y alma. Ha sido elegido para el comité provincial de Tomsk del partido. Escribe artículos para *El obrero de Siberia...*

— Me han enviado a hablar con usted, camarada Lenin, los prisioneros del campamento de Tomsk —le participa Béla, poniéndose en pie—. Queremos poner en su conocimiento que hemos empezado a organizar destacamentos de internacionalistas. Estamos dispuestos a defender la Rusia Soviética como a nuestra patria...

— Siéntese, tenga la bondad, camarada Kun —le dice Lenin—. Cuente con más detalle de qué destacamentos se trata, con qué fuerzas podríamos contar y si los prisioneros saben como es debido qué es el Poder soviético que van a defender con las armas...

Una vez empezada, la conversación dura varias horas. Sverdlov está muy contento; está Heno de júbilo por dentro porque tampoco esta vez le ha fallado la sagacidad, el saber distinguir a la gente y encontrar entre ella a quien más falta hace en ese momento.

En muchos sitios de Rusia hay centenares de campamentos, rodeados de alambradas. En ellos aún quedan varios millones de soldados y oficiales de los ejércitos extranjeros, capturados en los cuatro años de guerra imperialista en los distintos frentes. Son húngaros, alemanes, austríacos, checos y eslovacos. La victoria de la Revolución de Octubre les ha dado la libertad completa, les ha devuelto todos los derechos de ciudadanía. Las puertas están abiertas de par en par. Los centinelas se han retirado.

157

Mas en todos los campamentos se produce un deslindamiento de fuerzas. Hay mítines, se discute acaloradamente. El tema principal es qué actitud adoptar ante la revolución. Si pasarse al lado de la revolución o quedar indiferentes a los destinos de este país ajeno, que

todavía era enemigo ayer o, por último, hacer caso a la parte reaccionaria de la oficialidad y adherirse a los guardias blancos, a los contrarrevolucionarios.

El inmenso ejército de prisioneros de guerra podrá, al regresar a sus países, explicar y despertar simpatías por las ideas del bolchevismo, alzar a sus pueblos a la lucha por el poder de los obreros y los campesinos, También podrá dar crédito a las mentiras de sus generales y oficiales y convertirse en reserva de la contrarrevolución.

El conflicto que va madurando entre los prisioneros de guerra estalla y toma la forma de lucha abierta de clase. Al Smolny llegan noticias, unas alentadoras y agradables y otras sobrecogedoras, alarmantes. No se puede tolerar que los sucesos se desencadenen “sin rumbo”. Además, se reciben peticiones, instancias y solicitudes de los extranjeros que se consideran “movilizados e incorporados a filas” por la revolución rusa, dispuestos a defender con su pecho las conquistas de la revolución.

¿Quién se dedicará a ellos, quién organizará el movimiento de los internacionalistas? ¡Hay un montón de cosas impostergables que hacer! Toda demora va en provecho del enemigo.

Letón encarga a Sverdlov que prepare una disposición. En primer término, buscar un dirigente apto. Un comunista fiel, sin falta fiel. Sin falta también que sea uno de los propios prisioneros y que goce de respeto y prestigio entre ellos.

Pues bien, en esos momentos de agitación, cuando aún no ha recaído en nadie la elección definitiva y Sverdlov, lleno de dudas, baraja las candidaturas que conoce, se presenta Béla Kun en el Smolny.

... En el despacho de Lenin sigue la conversación. Lenin interroga muchas cosas al huésped. Recibe una agradable sorpresa al enterarse de que es periodista de profesión. Le aconseja que se ponga en relación con *Pravda* e incluso de qué escribir en primer orden.

158

Cuando pasan a hablar de las cuestiones personales, Béla confiesa que echa mucho de menos su patria. Lenin ve' el anillo de bodas en un dedo de Kun y le pregunta si está casado.

— ¡Sí! ¡Mire, si quiere! —y Béla saca del bolsillo interior de la guerrera una foto vieja, de toda la familia: Kun, soldado de primera, está sentado con su esposa y su hijita en un banco de madera junto a un frondoso roble. Al lado hay un columpio. Se adivina la casa, el humillo blanco de la chimenea, el ambiente acogedor...

Pero el uniforme militar del cabeza de familia desentona de esa escena doméstica. Probablemente, la foto ha sido hecha de prisa, cuando a Kun se le terminaba el permiso y debía volver al frente. No

se puede explicar de otra manera el triste mirar de los tres al objetivo de la máquina. Se esfuerzan por sonreír y no pueden.

—¿Son los alrededores de Budapest?

—No, es Kolozsvár...

—¡Ah, Cluj! —Lenin conoce el segundo nombre de esta ciudad de Transilvania, la ciudad natal de Béla—. Hace mucho que siento interés por su país

— dice Lenin, tras cierta pausa.

Resulta que Béla Kun ha estudiado a fondo las obras de Lenin. Sobre todo, aquellas en que se menciona a Hungría.

Hungría ocupa una situación intermedia en el camino del desarrollo capitalista. Lenin ve en ella mucho de común con las condiciones de Rusia. Al denunciar el carácter rapaz e imperialista de la política del zar ruso, habla reiteradas veces de la intervención de las tropas zaristas contra Hungría en 1849.

— ¿Se acuerda usted de un artículo suyo, publicado en *Iskra* a principios de siglo? Si mal no recuerdo, se titula *La guerra china*. En él fustiga mordaz y justamente el Gobierno zarista, que no sólo tiene a su pueblo en la esclavitud, sino que envía tropas a sofocar a otros pueblos que luchan por la libertad. Y como ejemplo —prosigue Béla, sin detenerse, procurando no perder el hilo de sus pensamientos... cita a mi Hungría...

159

Tras de exponer la esencia de un artículo, Kun pasa a otro, a otro más. Sabe también que Lenin habla de Hungría en *El orgullo nacional de los rusos*. Y en las notas de economía *El hierro en la hacienda campesina*, publicadas en 1913 en *Sévernaya Pravda* ("Pravda del Norte"). Aunque esos trabajos están firmados con las iniciales *N. N.*, no hay duda de que son de Lenin, es su estilo.

— Usted habla en ellos del parecido de nuestros países. Hungría "es el país más cercano a Rusia no sólo geográficamente, sino por el dominio omnímodo de los terratenientes reaccionarios, que conservan desde la época feudal enormes extensiones de tierra".

— Ha recordado la cita de memoria y con admirable exactitud —tercia Sverdlov—. Tiene una memoria envidiable, querido camarada.

—¿Cómo no recordar una cosa así? Tal vez en esas palabras de usted, Vladímir Ilich, esté precisamente el secreto para que nosotros, los húngaros —articula Béla, convencido—, si sabemos desentrañarlo, consigamos seguir el ejemplo de Rusia.

— Convenzan a la mayoría del pueblo, a la mayor parte de los obreros y los campesinos húngaros, de que la revolución es necesaria —dice Lenin—, y la liarán, dirigidos por el partido.

Procuraremos convencerla, ya venimos laborando en esta dirección... En el campamento de Tomsk tenemos organizados círculos políticos desde 1916. Hemos sabido traducir sus Tesis de Abril al húngaro. Y las hemos publicado en forma de octavilla y enviado a las trincheras, donde hay soldados húngaros —Béla calla modestamente que todo se ha hecho a iniciativa suya.

Saliendo ya del despacho con Sverdlov y Kun, Lenin les aconseja:

— Sería mejor que no le dieran largas al asunto y se sentaran mañana los dos a trazar el plan de trabajo con los internacionalistas. Y creo que podrían empezar por los húngaros.

Tras la primera entrevista, celebran muchas más. Lenin siempre recibe con agrado a Kun, y la amistad que se entabla entre ellos es mayor cada día. Lenin presta atención a Béla, lo orienta y educa. Además de Lenin, Béla cuenta en su enérgica y ferviente actividad con magníficos consejeros, amigos y compañeros de Lenin. Entre ellos, Sverdlov desempeña un papel singular en el destino de Kun.

160

No entraremos en detalles, pues no tendríamos bastante ni con un libro entero. Béla Kun aprende de Lenin los métodos bolcheviques de dirigir un país, el saber supeditar su vida a los intereses de la lucha por la transformación de la sociedad y el arte de organizar el movimiento obrero.

Todos los biógrafos de Béla Kun señalan unánimemente que las entrevistas que tiene con Lenin ejercen gran influencia en la formación de sus convicciones comunistas. Es un adepto fervoroso y un vehículo de las ideas leninistas.

Posteriormente Lenin dirá de él:

— El camarada Béla Kun es un camarada nuestro y un comunista que ha recorrido de cabo a rabo el camino práctico del bolchevismo en Rusia...

Un año de vida puede ser interminable y puede transcurrir con la fugacidad de un meteoro.

En ese primer año de la revolución rusa, Béla Kun no se da cuenta del correr del tiempo. Es colaborador permanente de la Sección Internacional de *Pravda* y edita dos periódicos en húngaro. Participa en su redacción y escribe artículos para casi cada número. Estos periódicos se reparten entre los prisioneros de guerra. Al retornar a Hungría, los compatriotas de Kun llevan al país, además de los periódicos, los folletos, de él también, *¿Qué quieren los comunistas?* y *¿Qué es la República Soviética?*

¿Cuándo le da tiempo a Béla de hacerlo todo? ¿De escribir tanto?

Y no se limita a escribir. Mejor dicho, escribe sólo de noche. El día

lo dedica a otras mil cosas. Por la mañana, temprano, puede vérselo ya en la calle Povarskaya, en el hotelito que antes pertenecía al príncipe Leuchtenberg. En él se ha instalado el centro dirigente del grupo húngaro de internacionalistas.

El mismo Kun dirige la formación de una legión internacional para ayudar al Ejército Rojo, que acaba de nacer.

Para enero de 1918 se convoca en Moscú una conferencia de delegados de los campamentos de prisioneros de guerra que se encuentran en el territorio de la región militar de Moscú. Dirige la conferencia Béla Kun.

161

Petrogrado está en peligro. Las unidades que manda Dybenko sostienen duros y sangrientos combates defensivos junto a Narva contra las tropas atacantes del Kaiser alemán. Béla Kun se mete con un destacamento de comunistas húngaros en lo más encarnizado del combate. El mismo ha reunido el destacamento y lo conduce al combate. Los internacionalistas prefieren morir a retroceder y contienen al enemigo.

El destacamento internacional de Tomsk, en el que han formado húngaros, alemanes, austríacos, checos y eslovacos se convierte en batallón. A éste se adhiere otro batallón, formado en Perm. Mantienen encarnizados combates en los Urales. Y cuando los combatientes, extenuados por los combates, detienen la ofensiva contra los bandidos blancos de Dútov, de improviso y en un momento muy necesario reciben refuerzos. Béla Kun llega al frente con una compañía fresca.

— Su llegada — cuenta Perene Münnich, que mandaba el batallón internacional— elevó la moral de los soldados rojos y reforzó la fe de éstos en la victoria.

Se está preparando el congreso de los prisioneros de guerra de toda Rusia. Es preciso tener una sólida minoría bolchevique en él. Béla Kim pide consejo a Sverdlov, y los dos vuelven a hablar con Lenin, después de lo cual Béla empieza a organizar el grupo de los comunistas húngaros, adjunto al CC del PC(b) de Rusia. Poco después este grupo proclama a plena voz su existencia. Los comunistas llaman a Kun su presidente.

Tras el grupo húngaro aparecen el alemán, el rumano, el yugoslavo, el checo, luego el francés y otros. Cuando todos ellos se agrupan en la Federación de grupos extranjeros, adjunta al CC del PC(b) de Rusia, Béla Kun es elegido presidente por unanimidad.

El 14 de marzo de 1918 se convoca una conferencia de representantes de prisioneros de guerra y socialistas emigrados de sentimientos revolucionarios. Asisten treinta delegados. Los húngaros

están representados por Béla Kun y Tibor Szamuely. La conferencia desempeña un papel histórico: en ella se discute en torno a la fundación de la III Internacional, la Internacional Comunista.

El mes siguiente se celebra el congreso de los prisioneros de guerra internacionalistas. Dura dos días y se reúnen más de cuatrocientos delegados, que representan a mil organizaciones de prisioneros de guerra de todas las regiones del país.

162

Después de los saludos de la clase obrera, y de los campesinos y de los cosacos revolucionarios de Rusia, el primero en subir a la tribuna para pronunciar un informe es Béla Kun.

— Regresad a vuestras casas... y encended el país del uno al otro confín, romped todas las barreras interpuestas en el camino de la emancipación de los oprimidos, como lo hizo Gyórdy Dózsa. Allí empezarán a decirnos que la patria está en peligro y os enviarán a los frentes francés e italiano o a algún sitio de los Balkanes... Volved las armas contra vuestros propios oficiales y generales, contra los palacios. Que cada uno de vosotros sea en su regimiento un maestro de la revolución. Contad a vuestros hermanos lo que ha ocurrido aquí, contadles que sólo la revolución puede salvarnos...

El congreso de los internacionalistas, según la opinión de *Pravda*, se convirtió en una verdadera fiesta. Los delegados desfilaron a banderas desplegadas, en columna impecable, hacia la Plaza Roja, a depositar coronas en las tumbas de los héroes de Octubre. Por el camino se sumaron a su columna numerosos moscovitas, y en la Plaza Roja se celebró un mitin. Los oradores hablaron de la necesidad de fundar la III Internacional, la Internacional Comunista.

Poco después, Béla Kun firmó con Lenin, Liebknecht y Rosa Luxemburgo el llamamiento del Comité Preparatorio del I Congreso de la Internacional Comunista.

Un año de vida de un bolchevique. No nos hemos atendido a una cronología estricta en la exposición de los hechos. Hubiera sido imposible, pues los hechos se entrelazan, se producen paralelamente o se entrecruzan. Y el año aún no ha caducado. La Revolución de Octubre aún no ha celebrado su primer aniversario, cuando en el verano de 1918 los eseristas⁹ se sublevan. En esta ocasión también, la ayuda de Béla

⁹ *Eseristas*: denominación formada por las iniciales *s. r.*, de los socialistas-revolucionarios, partido pequeñoburgués que surgió en Rusia entre 1901 y 1902.

Los eseristas no veían las diferencias de clase existentes entre el proletariado y los pequeños propietarios, rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución y la idea de la dictadura del proletariado.

Los eseristas aplicaban la táctica del terrorismo individual, que causaba enorme perjuicio

Kun y de 163 los internacionalistas húngaros en el aplastamiento de la sublevación es verdaderamente inapreciable. El batallón que él manda reconquista en un combate cuerpo a cuerpo contra los eseristas la Central de Correos, se apodera del Estado Mayor de los sublevados y asegura la defensa del Kremlin.

163

El mismo verano, los anarquistas emprenden en la capital una serie de actos contrarrevolucionarios, cometiendo desmanes en algunas calles. Entre los soldados que cercan a los bandidos están los internacionalistas húngaros que manda Béla Kun. Y no sólo dirige la operación, sino que, en pleno combate, sustituye a un tirador de ametralladora herido.

Hay una sublevación más, la de los checos contrarrevolucionarios. Esta vez se produce lejos de Moscú, en la provincia de Kazan. Pero Béla Kun participa también como puede en la provincia de Kazán. Desde las páginas de *Pravda* llama a todos los ex prisioneros de guerra a ayudar al Ejército Rojo en la lucha entablada. Y su llamamiento es escuchado.

Lenin muestra vivo interés por las acciones de los internacionalistas. Si alguno de ellos viene a Moscú y trae noticias importantes, Béla comunica inmediatamente con el Kremlin y lo lleva a qué se las cuente a Lenin con pelos y señales.

En el VIII Congreso del PC(b) de Rusia Lenin informa a los delegados:

— Debo llamar a que se fije la atención en el informe de la actividad de la federación de los grupos extranjeros... Al principio eran siete, ahora son nueve... aquí se ve la verdadera base de lo que hemos hecho para la III Internacional... A decenas de miembros de estos grupos se les han dado a conocer los planes fundamentales y las tareas políticas generales en el sentido de las tendencias rectoras. Centenares de miles de prisioneros de los ejércitos que los imperialistas formaron exclusivamente para sus propios fines, se han ido a Hungría, Alemania y Austria y han hecho que el bacilo del bolchevismo contagie totalmente a estos países. Y si en ellos predominan grupos o partidos solidarios con nosotros, eso es merced a la labor exteriormente

al movimiento revolucionario.

Después de la victoria de la Revolución de Octubre, los eseristas desplegaron una labor contrarrevolucionaria de zapa, participaron en complots hostiles al Poder de los Soviets y organizaron actos de terrorismo contra personalidades soviéticas.

Para conservar la influencia entre los campesinos, los eseristas de "izquierda" reconocieron de palabra el Poder soviético, mas, conforme se fue desplegando la lucha de las clases en el campo, emprendieron el camino de la lucha y fueron derrotados. (*N. de la Edit.*)

imperceptible, breve y resumida en el balance de organización, de los grupos extranjeros que han escrito en Rusia una de las páginas más importantes de la actividad del Partido Comunista de Rusia como una de las células del Partido Comunista Universal.

Lo dicho anteriormente y muchas cosas más, a las que se dedica Béla Kun, no le impiden aspirar, soñar y tender al fin que se ha propuesto para toda la vida: entregar a la patria, a su amada Hungría, todas las fuerzas, toda la experiencia reunida, todo lo que ha aprendido de Lenin.

A iniciativa de Béla se abren unos cursillos de propagandistas húngaros, y él mismo lee en ellos un ciclo de conferencias. También es importante su aportación al establecimiento de nexos ilegales con los revolucionarios que se encuentran en Hungría, así como a la preparación, en Moscú, del núcleo dirigente del futuro Partido Comunista de Hungría. Béla Kun tiene que volver a su patria en el momento oportuno para convocar una conferencia de bolcheviques y dar a conocer la existencia del nuevo partido.

¡Qué deseos tiene de volver a su patria! Lenin no lo detiene. Lo recibe en su despacho, le desea buen viaje y le expresa su firme seguridad en que la revolución proletaria no tardará en estallar en Hungría y, por lo visto, no se hará ya mucho de esperar.

— ¡Camaradas! ¡Lenin envía un saludo revolucionario al proletariado húngaro!

Estas son las primeras palabras que Béla Kun pronuncia en un mitin ante miles de obreros de Budapest.

He aquí cómo describe el ambiente del mitin el conocido escritor comunista Béla Illés:

“Kun no está detrás de la tribuna, sino algo adelantado. Es muy joven aún. De estatura media, ancho de hombros, carnosos los labios y grandes los ojos. ¿Son grises? ¿O castaños? Difícil es determinarlo”.

“Todos inclinan algo el cuerpo adelante, y no sólo los que están de pie, sino también los que han tenido la suerte de sentarse. Y no lo hacen para verlo mejor, sino, simplemente, para estar más cerca de él...”

“¡Camaradas! ¡Lenin envía un saludo revolucionario al proletariado húngaro!”

El alférez húngaro Béla Kun cayó prisionero de los rusos aproximadamente al mismo tiempo que el soldado del ejército zarista Vladímir Urásov cayó prisionero de los húngaros.

Cincuenta años después, habló con Vladímir Urásov, uraliano de

pura cepa que ha tenido la suerte, en virtud de las circunstancias, de colaborar en la lucha clandestina de los bolcheviques en Rusia y de participar en la preparación de la revolución de marzo de 1919 en Hungría.

En el relato de este viejo bolchevique resurgen cuadros del pasado. Recuerda con singular emoción a Béla Kun y los sucesos relacionados con el retorno de Kun a la patria.

Entre los prisioneros de guerra rusos en Hungría hay muchos bolcheviques-internacionalistas. Luchan al lado del proletariado húngaro por su emancipación. Los bolcheviques rusos enseñan a los húngaros las reglas de la conspiración y a imprimir, y les inculcan las ideas leninistas sobre la dictadura del proletariado y la organización del partido. Urásov, que ha conocido todos los “encantos” de las cárceles y los exilios zaristas, ha tenido que conocer también a los gendarmes húngaros.

Poco después de formarse el Gobierno democrático-burgués en Hungría, llega clandestinamente a ella, a través de Ucrania y Polonia, un numeroso grupo de ex prisioneros de guerra. Entre ellos va Béla Kun.

— Nosotros ya sabíamos —dice Vladímir Urásov— que allá, en nuestra tierra, Béla Kun y otros húngaros defendían hombro a hombro con los obreros y los campesinos rusos en los frentes de la guerra civil el primer Estado obrero y campesino del mundo.

Transcurrido cierto tiempo, un amigo de Urásov, Lajos Németi, viene donde él a comunicarle la sorprendente noticia de que se ha fundado el Partido Comunista de Hungría. Eso ha ocurrido el 20 de noviembre de 1918 en el apartamento de József Köllön en Buda, en la calle de Vorosnajor. Han sido elegidos a la dirección Béla Kun y otros camaradas que han recibido el temple leninista en Rusia.

166

A la primera alegría, sigue otra: ha salido el primer número del periódico de los comunistas *Vörös Ujság*.

Cada día es mayor el número de obreros y campesinos húngaros que se adhieren, convencidos, al Partido Comunista. Su popularidad crece por momentos. Contribuye a ello la intensa actividad de Béla Kun, que llega a ser bien conocido entre los obreros y los soldados.

Pero el grupo de activistas del partido aún es pequeño, son pocos los dirigentes con experiencia. Y los acontecimientos sobrevienen con tanta rapidez, que al joven partido no le da tiempo para consolidar orgánicamente sus éxitos. Gran parte de los obreros, que aceptan el programa de los comunistas, siguen oficialmente en las filas de la socialdemocracia.

A Kun le preocupa el problema de la estrategia y la táctica del partido. Hace tiempo que la Entente tiene el propósito de ocupar el país. Los ministros burgueses, incapaces de resolver la crisis que se avecina, sacan al proscenio a los líderes derechistas de los socialconciliadores. Estos últimos ansían el poder, pero comprenden que no podrán sujetar las carteras de ministro si no tienen prestigio entre las masas. Y las masas les vuelven la espalda, siguen a los comunistas.

Está claro que la reacción está dispuesta, llegado el momento de la desesperación, a todas las provocaciones y tal vez aplique la violencia. ¿Cómo deberá responder el Partido Comunista?

A Urásov lo llaman urgentemente al CC, a la casa número 15 de la calle de Visegrad. Béla Kun habla con él y le entrega una carta para Lenin, en la que le pide consejo de cómo actuar en la situación creada.

— La carta está en dos ejemplares. Iréis tú y Lajos Néneti. Os aprenderéis el texto de memoria. El que antes logre llegar será el que hable con Lenin...

A Moscú llega Urásov. Su camino ha sido largo y peligroso. Suena la emocionante hora de entrar en el despacho del presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Lenin saluda al emisario de los bolcheviques húngaros, le invita a tomar asiento y le interroga casi en el acto:

167

— Dígame, camarada Urásov, ¿esta oren nuestro Béla Kun?

— Sí, perfectamente... —Urásov no se puede ni imaginar que en las semanas que ha tardado en pasar por “el ojo de aguja” de los cordones, emboscadas y frentes abiertos entre Budapest y Moscú han ocurrido sucesos fatales que han cambiado bruscamente la situación.

Además, Lenin se preocupa por la salud de Kun, sencillamente, porque lo estima. Tampoco está enterado del mal que se le ha venido encima. Antes de llegar Urásov, Lenin ha recibido con portador una carta de Hungría, fechada el 5 de enero de 1919. En ella Béla comunica: “La situación para nosotros es muy buena. Nuestro partido crece por días... La agitación se extiende a todos los metalúrgicos, y la mayoría está abiertamente con nosotros... Entre los restantes obreros tenemos también gran éxito, incluida la provincia. Al prever la inevitabilidad de la subida de los líderes socialdemócratas derechistas al poder, Kun espera un reforzamiento de las represiones contra los comunistas. Pero asegura a renglón seguido a Lenin que “obra con firmeza, a lo marxista”.

“¿Obrará con la suficiente firmeza?” —duda Lenin, al no encontrar

en la carta ni una palabra acerca de los campesinos.

Mas no parece habermotivo para inquietarse por la vida de Béla. Urásov tampoco expresa ningún temor a ese respecto.

Por la noche, al tomar el té, a Lenin no se le olvida dar el “cordial y afectuoso saludo” de Béla Kun a Nadiezhda Konstantínovna, su mujer, y a su hermana María Ilínichna. Las mira a las dos con un atisbo de sonrisa en la mirada, pero dice en el acto, soñador:

— Me da en el corazón que no tardaremos en recibir un saludo archiimportante, de inmenso alcance, firmado por Béla. Lo enviará la República Soviética Húngara a su hermana mayor rusa...

Entretanto, la propia Hungría parece una locomotora que avanza a todo vapor hacia la revolución. Al querer frenar por todos los medios el curso de la historia y oponerse a él, el Gobierno de coalición (en el que entran los socialdemócratas) busca febrilmente una excusa para prohibir el Partido Comunista y dejar fuera de combate a sus dirigentes. Y la encuentra. Los destacamentos de policía, enviados a dispersar una manifestación de obreros, abren fuego “por equivocación” el uno contra el otro. Hay víctimas. El Gobierno echa las culpas a los comunistas.

168

En la madrugada del 21 de febrero son detenidos muchos dirigentes destacados del Partido Comunista. La policía irrumpe también en la casa de Béla Kun. Lo sacan de la cama, se lo llevan y, por el camino, casi lo matan a golpes.

Los sucesos siguientes confirman que se está preparando una variante húngara de asesinato del dirigente del partido obrero, siguiendo el ejemplo de los contrarrevolucionarios alemanes, que han asesinado a Carlos Liebknecht y a Rosa Luxemburgo.

Después de la redada, una pandilla de policías se presenta en la cárcel y exige que saquen a Béla Kun de la celda y lo lleven al patio. En el patio vuelven a darle de puñetazos, culatazos y puntapiés. Creyéndolo ya muerto, los policías dejan de torturarlo y se van.

— Me dejaron entrar a ver a mi marido —escribe en sus memorias Irina Kun— dos días después. Estaba en tal estado que aún era imposible trasladarlo a la enfermería de la cárcel. Vendado de pies a cabeza, yacía en el gabinete del médico. Entre la blanca masa de algodón y vendas asomaban únicamente los labios hinchados y ensangrentados y los ojos entornados y amoratados.

Béla procura sonreír a su esposa, pero no puede: siente demasiado dolor. E interroga, quedó sin mover casi los labios:

— ¿Qué ha sido de nuestro movimiento? Irina le responde:

— Lo han aplastado, los han detenido a todos. Descontento, dice en voz baja:

— ¡Ya veréis lo que pasa dentro de tres o cuatro semanas!

Pravda publica los pormenores. Béla Kun se ha portado con gran entereza. Varios líderes del Partido Social demócrata visitan la cárcel, a exigencia de los obreros indignados, y preguntan a Kun, todo vendado, que quién lo ha maltratado. Él responde:

— Eso no tiene importancia. ¡Han sido gentes engañadas!

He aquí la entereza de comunista. Béla se ha enterado de antemano de que quieren detenerlo. A insistencia suya el CC decide que Tibor Szamuely y algunos camaradas más pasen a la ilegalidad. Y él, como dirigente del Partido Comunista, se queda conscientemente en su puesto.

169

En la carta que escribe desde la cárcel a Bogár Ignác, uno de los dirigentes del sindicato de tipógrafos húngaros, Béla explica su actitud de la manera siguiente: “Existe... el mal inevitable, necesario, por llamarlo de alguna manera. El que ahora me hayan dado una paliza y el que semejantes casos sean posibles en el futuro es también, por llamarlo de alguna manera, un mal inevitable. ¡Ha sido malo para mí, mas para el movimiento obrero, dígame lo que se quiera, será útil a la larga! Que prueben también otros a adoptar semejante punto de vista objetivo ante la historia”.

Béla está convencido de que la represalia contra los comunistas desenmascarará ante la clase obrera a los gobernantes medrosos y ruines. Y no se equivoca. Estallan vigorosas manifestaciones de obreros, exigiendo la libertad de los dirigentes del Partido Comunista. Se pasan al lado de los comunistas empresas enteras. La fábrica de Csepel se hace comunista. Se reanuda la edición del periódico *Vörös Ujság*, órgano central del Partido Comunista de Hungría, pese a estar oficialmente suspendido por el Gobierno. Se declaran en huelga los tipógrafos. Y por si fuera poco, el coronel francés Vix, representante de la Entente, presenta una nota, en la que se dice que la Entente se dispone a ocupar las zonas clave del país. El hundimiento del Gobierno de coalición es inevitable. El presidente Karolyi dimite.

¿Quién ascenderá al poder?

Los socialdemócratas de izquierda acuden a la cárcel y piden a Béla Kun que diga en qué condiciones entrará el Partido Comunista en el Gobierno.

He aquí la moral del comunista. Es fácil formarse una idea de ella por la misma carta de Béla Kun a Bogár Ignác. “La cuestión de quién establecerá en Hungría la dictadura del proletariado... tiene para mí una importancia secundaria —escribe Kun—. Creo que eso no lo harán personalidades sueltas, sino las propias masas proletarias, y al frente

de ellas estará quien tenga convicción de sobra para ello... Desde aquí, desde la cárcel, puedo declarar tranquilamente que a mí me trae sin cuidado, cuando se distribuyan los puestos, figurar entre los primeros o no; me mueve el único deseo de estar en la lucha aquí, en Hungría, en las primeras filas de combate del proletariado, lo mismo que he estado en las primeras filas en Rusia”.

He aquí la firmeza de comunista. Según afirmación de Kun, “ésta se comprueba siempre en la práctica”.

170

La valentía férrea, la alta moral y la firmeza inquebrantable, además del “camino práctico de bolchevismo, recorrido de cabo a rabo en Rusia”, son los rasgos que permiten a Béla Kun y los otros comunistas recluidos asumir sin titubeos la responsabilidad por los destinos de la patria. Toman las riendas del poder en los momentos más difíciles, cuando los ministros burgueses huyen del barco que se va a pique. Al verse aislados, los líderes derechistas de los socialdemócratas no se arriesgan a subir solos al puente del capitán. Comprenden que no podrán sujetar el timón, que se les escapará de las manos. Por eso los representantes del ala izquierda y los centristas del Partido Socialdemócrata se apresuran a la cárcel a concertar con los comunistas un acuerdo de unidad de acción.

El 21 de marzo de 1919, sobre la base de la plataforma elaborada por Béla Kun, se unen los dos partidos. El Poder soviético triunfa pacíficamente en Hungría.

“¡A todos, a todos, a todos! ... —transmite la radio de Csepel el llamamiento de la República Húngara, firmado por el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros Béla Kun—. Todo el proletariado húngaro se ha unido bajo la bandera de su dictadura y de la revolución social pacífica y luchará contra el imperialismo al lado de la República Soviética de Rusia...”

En Moscú se está celebrando en esos momentos el VIII Congreso del PC(b) de Rusia. Se da lectura en el acto a los delegados el radiotelegrama, entregado a la presidencia. Todos se ponen en pie. Tardan mucho en aplacarse la ovación y las exclamaciones de alegría. Los delegados se felicitan mutuamente. Alguien propone enviar un saludo al Gobierno de la República Soviética Húngara, Por encargo del Congreso, lo escribe Lenin.

Lenin ha previsto la marcha de los acontecimientos. Y aun con todo, lo ha asombrado la noticia de Budapest. Llega hasta a dudar de sus exactitud. Y se apresura a la centralilla de conferencias telefónicas del Kremlin, rogando a los de guardia que llamen inmediatamente a Budapest y se ponga al aparato Béla Kun.

Es el 22 de marzo por la tarde. El Consejo de Comisarios del Pueblo de Hungría discute los primeros decretos. Kun no está por allí cerca, y al aparato se pone Ernő Pór, miembro del CC del Partido Comunista de Hungría.

Ernö confirma la noticia de la víspera: la República Soviética Húngara ofrece una alianza militar defensiva al Gobierno de la Rusia Soviética.

— Estamos dispuestos a empuñar las armas contra todos los enemigos del proletariado.

Moscú responde:

— Lenin al aparato. Cordiales saludos al Gobierno proletario de la República Soviética Húngara y sobre todo a Béla Kun. He transmitido vuestro saludo al Congreso del Partido Comunista de los bolcheviques de Rusia. El entusiasmo es enorme...

Lenin ha recibido ya la confirmación, pero aún le parece poco. Quiere hablar sin falta con el propio Béla. Enterarse de todos los pormenores. Y lo llama con un radiograma especial.

La Casa de los Soviets de Budapest no entra en comunicación con el Kremlin hasta las dos de la madrugada. El telegrafista de guardia está turbado. No sabe qué hacer. ¿Llamar a Lenin a su casa y despertarlo? Por si acaso, llama al despacho del presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

— Diga que voy ahora mismo.

Por lo tanto, Lenin no duerme. ¿Por qué? ¿Lo han entretenido los asuntos o espera la conversación con Kun?

Minutos después se oyen los rápidos pasos de Lenin por el sonoro pasillo. Lenin entra en la habitación de los aparatos. Deja en el diván el abrigo, que lleva echado por encima de los hombros.

— ¿Es Kun quien está al aparato? —interroga.

— Sí.

— ¡Demuéstrémelo!

— ¿Por teléfono? ¿Cómo?

— Dígame, camarada Kun, ¿de qué hablamos la última vez?

— Hablamos a menudo. ¿A qué se refiere usted concretamente, camarada Lenta?

— Dígame, ¿de qué hablamos la última vez?

— En verdad, no recuerdo.

— Piénselo, fue aquí, en el Kremlin, poco antes de partir usted.

— Sí, ya caigo... camarada Lenin... hablamos de la cuestión campesina...

— Exactamente... —Lenin está satisfecho. Por lo visto, estima que

no está de más recordar otra vez la cuestión campesina a Kun...

172

Empieza ya a esclarecer cuando Lenin, volviéndose a echar el abrigo por encima de los hombros, sale de la habitación de los aparatos. La conversación personal con Béla ha debido tranquilizarlo del todo.

¿Tranquilizarlo? ¡No! Lenin está con toda el alma, con todos sus pensamientos, al lado de los comunistas húngaros, al lado del pueblo húngaro triunfante. Le preocupa el destino de éste. Escribe una carta a Béla, poniéndolo en guardia y orientándolo hacia lo esencial: ¿qué garantías reales tiene usted de que el nuevo Gobierno húngaro va a ser comunista en realidad, y no sólo, simplemente... socialtraidor? ¿Tienen los comunistas la mayoría en él? ¿Cuándo se va a celebrar el Congreso de los Soviets? ¿En qué consiste el reconocimiento real de la dictadura del proletariado por los socialistas?

Lenin previene a Béla contra los posibles errores de imitar al pie de la letra la táctica rusa en todos los detalles... eso sería erróneo. Debe prevenirlo contra ese error.

La Comuna Húngara vive ciento treinta y tres días.

Y en todos ellos no hay uno en el que Lenin debilite la atención por ella. Uno de sus primeros discursos grabados en discos gramofónicos es el de las conversaciones por radio con Béla Kun. En su informe *Acerca del trabajo en el campo* tampoco se olvida de la República Húngara. Otra vez, al plantear a los diputados del Soviet de Moscú el problema de la situación exterior e interior de la República Soviética, vuelve a dedicar gran atención a la revolución en Hungría, Esta ha mostrado que cuando la nación está en peligro, la burguesía es incapaz de gobernar, y los obreros y los campesinos pueden tomar el poder sin recurrir a la insurrección armada.

173

Tras de recibir con gran retraso, a fines de abril, una carta de Béla sobre la difícil situación existente en el país. Lenin se apresura a animarlo. Sabe cómo infundir energías a los comunistas húngaros.

“.. Ayer las tropas ucranianas, tras de vencer a los rumanos, cruzaron el Dniéster...”

Lenin es partidario de mantener comunicación permanente entre Budapest y Moscú. Por radio. Y con aeroplanos. Se envía a emisarios con partes. Cada uno de ellos, al recorrer un peligroso camino, realiza una verdadera proeza.

Béla pide que le envíen especialistas. Lenin somete la cuestión al examen del CC, y parten para Hungría los hombres necesarios.

A Budapest regresa asimismo Urásov con encargos de Lenin.

— Cuando salí de Budapest —recuerda Urásov—, reinaba en él la

reacción, era blanco. En Moscú me enteré de la detención de quien me había enviado con un parte a Lenin. Cuando volví, Budapest ya era rojo. Todas las calles estaban engalanadas con banderas rojas. El Gobierno promulgaba decreto tras decreto: sobre la fundación del Ejército Rojo, sobre la nacionalización de la industria, el transporte, las minas, los bancos y las fincas rurales. Sobre la concesión del derecho electoral a las mujeres trabajadoras, sobre la mudanza de obreros a los barrios de los ricos...

A Béla Kun es casi imposible verlo en el Consejo de Comisarios del Pueblo o en el CC. Tan pronto está en un mitin que se celebra en Miskolc, en Kosice o ante los obreros de Csepel como ayuda a formar unidades militares, tan pronto organiza una revista de batallones fabriles como va a visitar los frentes. Y... escribe notas diplomáticas, decretos, artículos y procura entablar negociaciones de paz con la Entente...

Kun adopta la actitud de entablar negociaciones con la Entente, influido, sin duda, por Lenin. En una carta le confiesa: “Incluso si nos espera una paz parecida a la de Brest, la concertaremos con la misma conciencia que lo inspiró a usted a concertar la paz de Brest¹⁰, en contra de mi voluntad, en contra de la voluntad de los “comunistas de izquierda”. Luego no me dio vergüenza reconocer que en la cuestión de la paz de Brest, la política de Ud. fue acertada, y el punto de vista de los que afirmábamos lo contrario no era ni histórico ni marxista”.

174

Entre el barullo, en el loco calidoscopio de los acontecimientos, en pleno apogeo de las transformaciones revolucionarias, Béla Kun, comisario del pueblo de Negocios Extranjeros, y luego de la Guerra también, no se olvida de enviar a Lenin todos los decretos de la Comuna de Hungría. ¿Están bien? ¿Obramos como es debido? “No creo que entre nuestros actos o medidas que tengan importancia de principio haya una contra la que usted pueda objetar algo”, escribe a Lenin, convencido de que siguiendo el ejemplo de la revolución rusa, lo hace todo bien.

Mas no todo lo hace como es debido. Lenin no aprueba todos sus actos. Y aunque Béla Kun es el primero de los marxistas no rusos que aplica la experiencia del Gran Octubre, los principios, las tesis y las

¹⁰ *La paz de Brest* se firmó el 3 de marzo de 1918 en la ciudad de Brest-Litovsk entre la Rusia Soviética, por una parte, y Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía por la otra. Pese a que las condiciones de la paz de Brest eran duras, la Rusia Soviética las aceptó, pues necesitaba la paz para consolidar el Poder soviético y mantener la independencia del Estado soviético. (*N. de la Edit.*)

deducciones prácticas del leninismo *a*/movimiento obrero de su patria, el Partido Comunista de Hungría incurre en errores fatales. Posteriormente Béla los explica por la juventud del partido, por la falta de tradiciones revolucionarias y por el peso del viejo pasado socialdemócrata. Peso del que ni él mismo, según propia confesión, ha podido librarse del todo hasta ahora.

La epopeya de la vida y la muerte de la Comuna de Hungría no cabe en el marco de una narración. Sus enseñanzas rinden servicios al movimiento obrero. Y su heroica lucha sigue alumbrando hasta hoy cual faro inextinguible.

Pero la Comuna de Hungría es también parte del destino de Béla Kun. Su subida. ¡La dicha que la victoria da al abanderado!

El destino del abanderado. Estoy procurando desentrañarlo como si abriera una arqueta con secreto. Quiero penetrar en la lucha de su alma, comprender la formación de sus convicciones y el secreto del desarrollo de su carácter.

Me parece que Béla ha sentido siempre una atracción por estar al nivel de su sueño. ¡Eso es magnífico! Pero, desgraciadamente, a veces toma por realidad lo que no es más que un deseo. Y eso origina errores.

175

En un telegrama, enviado a Lenin en junio de 1919 desde Budapest, Béla declara: "...me considero con orgullo uno de sus discípulos más celosos, pero creo que en un punto voy más allá que usted..."

La incontenible aspiración a ir a toda costa más allá que Lenin, pese a que las circunstancias aún no han madurado para ello, a adelantarse a los acontecimientos, pese a que el riesgo insensato no está justificado es quizás, y en cierta medida, la explicación de los errores de Béla, de su "izquierdismo".

Se sabe que en 1918 Béla se opuso a la conclusión de la paz de Brest. Un año después, durante la Comuna de Hungría, propuso nacionalizar las tierras de los terratenientes y crear de golpe las comunas estatales, sin repartir las tierras a quienes habían hecho la revolución por recibirlas, a los obreros agrícolas y a los campesinos pobres. Y más tarde aún, en 1921, aboga por la errónea teoría de la "enérgica ofensiva", de los combates de vanguardia, para los que la clase obrera de Alemania no está preparada.

Lenin conoce bien los aspectos fuertes y débiles de Béla. Vuelven a verse, tras de varios años, en el Kremlin. Béla habla a Lenin de la "fraternal hospitalidad" de los líderes austríacos de los socialconciliadores. Los revolucionarios húngaros, internados en Austria después de la revolución de 1919, son recluidos primero en el tétrico castillo de Karlstein, custodiado día y noche por gendarmes a

caballo. Dos oficiales del destacamento de sicarios del conde de Salina intentan llevarse por la fuerza a Kun a Hungría. Lo más seguro es que no hubiera llegado, que lo asesinaran, como a Tibor Szamuely, en la frontera. Días después idean otra manera de asesinarlo: le envían al castillo comida envenenada. Sólo la oportuna intervención del médico lo salva de la muerte.

Poco después, los internados son trasladados del castillo a un campo de concentración, donde empiezan a reconstituir el Partido Comunista. En las condiciones de la cárcel, Béla se las arregla para escribir un folleto, exhortando a los obreros húngaros a ofrecer resistencia a la reacción y a reunir fuerzas para la nueva victoria. Titula el folleto *De una revolución a otra revolución*. Termina el manuscrito para el segundo aniversario de Octubre. Pero transcurren otros dos meses antes de que se logre enviarlo en secreto a una imprenta de Viena.

176

Béla entrega un ejemplar del folleto, publicado en alemán, a Lenin y le ruega que lo lea.

— Lo leeré sin-falta y con mucha atención —le promete Lenin—. Es muy posible que interese a los lectores rusos, a quienes no les son indiferentes los destinos de Hungría... Usted mismo ha podido convencerse de ello —Lenin se refiere a la cordial acogida que han tributado a Béla en Retrogrado y en Moscú.

— He venido aquí a proseguir la causa sagrada para todos nosotros —responde Kun, como si fuera una resolución tomada firmemente desde hace mucho— le ruego, camarada Lenin, que me envíe al Ejército Rojo. Al frente más importante... Quisiera ir donde combaten nuestros internacionalistas.

Poco después Béla es miembro del Consejo Militar Revolucionario de las tropas del Frente Sur, el ayudante más próximo de Frunze. Anima a los combatientes, va con ellos al ataque, participa en el asalto a Perekop e irrumpe con las unidades de vanguardia del Ejército Rojo en Crimea, liberándola de los restos de intervencionistas y guardias blancos.

El día de la liberación de Crimea, el poder pasa a manos de un Comité Revolucionario. Lo encabeza Béla Kun.

Béla Kun es infatigable. Después de Crimea va, enviado por Lenin, a los Urales, donde dirige la secretaría de agitación y propaganda de la organización regional del partido, patrocina el Komsomol y publica a menudo artículos sobre temas de actualidad en el periódico *El Obrero Uraliano*, en *Pravda* y en revistas y sigue atento al desarrollo de la hacienda colectiva de los internacionalistas en el distrito de Oján,

provincia de Perm.

Al mismo tiempo, Béla Kun es miembro del Presídium del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y cumple encargos especiales del Gobierno soviético. Además, trabaja activamente en la Internacional Comunista, donde lo eligen miembro de su Comité Ejecutivo. También se nota mucho su aportación a la Internacional Sindical, a la que ayuda a seleccionar personal para la asamblea internacional de los sindicatos. Además, no se olvida, nunca de su querida Hungría: dirige su Partido Comunista, sumido en la clandestinidad más rigurosa.

177

Cuando va a Moscú, visita sin falta a Lenin. Y Lenin sigue las conversaciones, largas y animadas, “acerca del comunismo y de la revolución comunista que empezó con él durante los primeros meses de la Revolución Socialista de Octubre.

— ¿Qué le ha parecido el folleto que escribí en el castillo de Karlstein? —interroga en una ocasión Béla Kun a Lenin.

— Búsquelo en la estantería, allí, entre los libros en alemán. Mire mis observaciones...

Béla no tarda en encontrar su obra de la cárcel, pues la conoce por las pastas. La hojea y ve que casi todas las páginas están llenas de observaciones y señales de Lenin. Algunas frases están señaladas y subrayadas con lápiz. Y al final, en la parte exterior de la cubierta, un singular resumen: ‘Lo bueno del folleto es la firmeza de las convicciones revolucionarias del autor, su fe inquebrantable en la revolución. Están bien las observaciones acerca de cómo debe ser el partido. Siguen unas palabras duras sobre el “*enorme defecto*”, consistente en que faltan casi por completo los hechos.

Béla quiere objetar: ¡Pero camarada Lenin! ¡Tenga compasión! ¿Dónde iba a reunir el autor los hechos? ¿Bajo la vigilancia en el castillo o en el campo de concentración? Pero se detiene a tiempo. ¿Qué le importan esas causas al lector? Sin hechos, el libro no es convincente y, por lo tanto, no puede dar en el blanco.

Y, en vez de objetar, Béla articula, agradecido:

— Gracias, camarada Lenin.

Comprende una vez más que Lenin tiene razón. Cuanto más lo conoce, tanto mayores verdades va sacando del océano de su sabiduría.

Con la ayuda de Lenin, estudiando cada obra suya y propagándola con pasión, Béla va aprendiendo a analizar profundamente por sí mismo los acontecimientos y trazar, apoyándose siempre en los hechos, la perspectiva atinada para el futuro.

Armas Áikiä

EL PINO ROJO DEL NORTE

179



Jorge Dimilrov y **OTTO KUUSINEN**

En 1926, siendo yo entonces un obrero de 22 años, hube de ver y vivir muchas cosas. Al principio de este año comparecí, con un grupo numeroso de jóvenes de ambos sexos, ante el tribunal provincial de la ciudad de Turku, acusado de pertenecer a la Unión de Juventudes Socialistas de Finlandia. Yo era el presidente de la organización provincial de Nyland. Esta asociación juvenil era legal y había sido fundada, observando totalmente las leyes finlandesas. Sin embargo, cuando empezaron las persecuciones de las organizaciones obreras izquierdistas, la policía política y los órganos judiciales recibieron el orden de disolver también nuestra organización juvenil. A mí, lo mismo que a otros afiliados de la misma, me acusaron de “conato de alta traición”. Mas, como no formaba parte de la dirección central de las Juventudes, mi sentencia fue relativamente suave: año y medio de

cárcel. Según las leyes de Finlandia, los sentenciados a plazos menores de año y medio podían apelar al Tribunal Supremo y permanecer en libertad hasta el fallo definitivo. Recurrí a la casación y, en el verano del mismo año, salí de la cárcel.

180

Mis jueces desconocían que yo era un activista no sólo de la organización juvenil legal, sino también de la Unión de Juventudes Comunistas y del Partido Comunista clandestino de Finlandia. Me daba perfecta cuenta de lo que, en fin de cuentas, me amenazaba, y no me hacía ilusiones respecto a la justicia burguesa. Tampoco me disponía a renunciar a la lucha por los intereses de la clase obrera. Por eso, tan pronto como me vi en libertad, en el verano de 1926 emprendí en secreto el camino a Moscú, donde tenía que celebrarse una conferencia de representantes del Partido Comunista de Finlandia. En un lugar de los alrededores de Moscú se reunieron estos delegados, que luchaban en la ilegalidad. Allí conocí a los fundadores del PCF y a sus dirigentes de entonces. Uno de ellos me produjo profundísima impresión como político y como persona. Fue Otto Kuusinen.

I

Aunque había oído hablar mucho de Kuusinen como dirigente político, no lo había visto nunca. Había hablado con otros de los trabajos impresos de Otto Kuusinen, de su actividad y de su amistad con Lenin. Sabía que en 1905, a los veinticuatro años de edad, había mandado un destacamento de la Guardia Poja finlandesa.

Kuusinen había obrado como pocos lo hubieran hecho. Siendo un joven licenciado en Filosofía, pasó de pronto a participar en el movimiento obrero. En los medios universitarios de entonces se cifraban grandes esperanzas en él, pues era un filósofo de extraordinaria capacidad para las ciencias sociales. Bien es verdad que también empezaba a ganar popularidad en el movimiento obrero, donde estaba considerado como representante de los marxistas llamados a desarrollar la teoría de Marx aplicada a las condiciones de Finlandia y proseguir la obra que en los años 80 comenzara Nils Robert Ursin, el primer propagandista finlandés de las ideas del socialismo.

Pues bien, los que esperaban que Otto Kuusinen fuera un filósofo burgués, se equivocaron de medio a medio. Se hizo un filósofo marxista.

181

En el mismo año de 1905, Kuusinen publicó en la compilación *Ante el umbral del tiempo nuevo* un artículo en defensa de la concepción

socialista del mundo. Este artículo aún no se podía denominar marxista en todos los aspectos, pero las intervenciones de Kuusinen en el Congreso del Partido Socialdemócrata de Finlandia en 1906 constituyeron un gran paso adelante por el camino del marxismo. El mismo año participó en la fundación de la revista teórica socialdemócrata *Sosialistinen Aikakaulehti*, y poco después fue su redactor fundamental.

En Finlandia se dejó sentir a la sazón la influencia del millerandismo, procedente de Francia. Como se sabe, el socialista francés Millerand aceptó a fines del siglo pasado una cartera en el Gobierno burgués, y en 1904 fue expulsado del partido por su “socialismo ministerial”. Eso no impidió que Finlandia tuviese también su propio Millerand, el socialdemócrata Kari, que accedió a entrar en el Senado del Gran Ducado de Finlandia. En el congreso de los socialdemócratas, celebrado en Ouly en 1906, el joven Kuusinen dio la batalla al millerandismo de su país. Rechazó la propia idea de que un miembro del Partido Obrero, que ocupaba las posiciones de la lucha entre las clases, pudiera participar en un Gobierno que no era sino un comité de consejeros del zarismo ruso, que oprimía a Finlandia. El Senado aplicaba una política contraria a los intereses de la nación finesa, política que podía contar con el único apoyo de la reacción burguesa extrema, pero en modo alguno del Partido Obrero. Partiendo de ello, Kuusinen propuso expulsar a Kari del partido.

El congreso aprobó la propuesta, pero la discusión siguió en el partido. El “socialismo ministerial” tuvo un partidario como el veterano del movimiento obrero finlandés Ursin, que contaba con bastante apoyo en las filas de la socialdemocracia: por la entrada en el Gobierno burgués estaba también Taavi Tainio, uno de los propagandistas del partido más conocido de aquel tiempo. Combatiéndolos, Kuusinen publicó en *Sosialistinen Aikakaulehti* una serie de artículos, en los que mostró que el “socialismo ministerial”, basado en la colaboración con la burguesía, causó daño a todo el movimiento obrero. Kuusinen se pronunció asimismo contra las corrientes anarquistas y abogó por los principios de la doctrina marxista de la lucha de clases. A partir de ese momento, Otto Kuusinen se convirtió en el representante más destacado del movimiento socialdemócrata de Finlandia. Dirigió casi diez años seguidos el periódico *Työmies*, órgano central del Partido Socialdemócrata, fue miembro del Comité Ejecutivo del mismo y elegido continuamente diputado al Parlamento.

En el Partido Socialdemócrata de Finlandia había en pugna a la sazón tres tendencias, por lo menos. El grupo derechista lo encabezaba

Váinó Tanner. En el ala izquierda estaba el llamado grupo de los “siltasaavistas” (según el nombre del barrio obrero de Helsinki Siltasaari, donde se encontraba la redacción del periódico *Työmies*, en torno al cual se agrupaba el ala izquierda de los social demócratas). Este grupo luchaba contra los derechistas y recibía a menudo el apoyo de los centristas, que vacilaban entre estas dos corrientes.

Otto Kuusinen formuló con la mayor claridad la política de los izquierdistas. No se limitó a denunciar el “socialismo ministerial” y el anarquismo, sino que fustigó incansablemente el reformismo en el movimiento obrero y la pérdida de la perspectiva revolucionaria. En su artículo *Las tendencias revisionistas de la minoría socialdemócrata del Parlamento* se hablaba precisamente de esos socialdemócratas que aspiran a la colaboración con la burguesía con el fin de conciliar las clases. El Partido Obrero no puede unirse con la burguesía, no puede ir a una colaboración ventajosa para la burguesía. El deber de los socialdemócratas es “sublevarse contra semejante unión”.

Los discursos y escritos políticos del joven Kuusinen se distinguían por la riqueza de imágenes y la claridad de objetivo. Recurría a comparaciones y confrontaciones atrevidas, que no podían menos de atraer la atención general. Las actas de las sesiones parlamentarias de aquellos años abundan en ironías políticas suyas que lo hicieron un orador muy popular.

En el Parlamento de Finlandia se estableció ya entonces la costumbre de reunir a los diputados en la sala únicamente en los casos de votaciones importantes. El resto del tiempo la sala estaba siempre casi vacía. Mientras polemizaban los adversarios, los diputados preferían tomar café o fumar. Pero en cuanto se sabía que iba a hacer uso de la palabra Kuusinen, el café se quedaba en las tazas, y los cigarrillos iban sin terminar a los ceniceros. Ni los amigos ni los enemigos perdían ocasión de escuchar al líder del movimiento revolucionario finlandés.

183

La burguesía finlandesa jamás se distinguió por su independencia. Una parte, deseosa de aplastar las aspiraciones de liberación nacional del pueblo, apoyaba al zarismo. La otra procuraba establecer nexos, y terminó por establecerlos, con la Alemania del Kaiser, preparando para Finlandia el destino de vasallo del imperialismo germano. Kuusinen estigmatizó constantemente este servilismo de la burguesía. Llamó a los obreros a luchar al lado de los revolucionarios de Rusia contra la autocracia rusa y contra la burguesía finlandesa. Al mismo tiempo, denunció y criticó el coqueteo de la burguesía con la Alemania del Kaiser, si bien creía necesaria la colaboración de los revolucionarios

finlandeses y alemanes.

En el Congreso de Oulu, es decir, en el período en el que los líderes burgueses no se atrevían a soñar con algo más que con la “autonomía” de Finlandia bajo la égida del zarismo, Kuusinen planteó la reivindicación de la independencia nacional del pueblo finlandés. Conforme se fue desarrollando el movimiento revolucionario en Rusia, se iba convenciendo más y más de que la libertad de Finlandia podía alcanzarse únicamente después de la victoria de la revolución rusa. La Finlandia libre al lado de la Rusia libre: éste era el sentido fundamental de su política. Es claro que no le satisfacía la Revolución de Febrero en Rusia¹¹. Al hablar en junio de 1917 en el IX Congreso del Partido Socialdemócrata de Finlandia, Kuusinen declaró que el Gobierno Provisional procuraba conservar, si bien de manera velada, una tutela violenta sobre Finlandia. Entretanto, debía tener su propio Gobierno, dependiente del pueblo y responsable ante su Parlamento popular.

184

El congreso aprobó la propuesta de Kuusinen y exhortó al internacionalismo proletario:

“Camaradas, el Partido Obrero de Finlandia desea participar enérgicamente a vuestro lado en la lucha de clase de los obreros de Rusia y de todos los países, sobre la base de las ideas socialdemócratas, por la liberación de los pueblos y de la clase obrera, para que, sobre las ruinas del despotismo burgués, se eleve la fraternidad de los pueblos y la felicidad de los trabajadores”.

En esta idea de Kuusinen se basó también la llamada Ley del Poder Supremo, mediante la cual el Parlamento finlandés asumió el poder supremo en el país. Esta ley, aprobada por la mayoría obrera del Parlamento, no entró en vigor. La burguesía finlandesa, asustada, pidió inmediatamente ayuda al Gobierno Provisional, y éste disolvió el Parlamento. Kuusinen denunció los actos de la burguesía, dirigidos no sólo contra la clase obrera, sino también contra los intereses nacionales de la patria.

¹¹ La Revolución democrático-burguesa de Febrero de 1917 en Rusia fue la segunda revolución democrático-burguesa rusa, que derrocó la autocracia zarista y estableció en el país la dualidad de poderes, representada por el Gobierno Provisional burgués y los Soviets de diputados de los obreros y los soldados.

Tras derrocar el zarismo, la Revolución de Febrero no cumplió las tareas que tenía planteadas, en virtud de lo cual se hizo inevitable una nueva crisis revolucionaria en el país. Dirigido por Lenin, el Partido Bolchevique desplegó la lucha por la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. (*N. de la Edit.*)

II

¡La Gran Revolución Socialista de Octubre triunfó! E influyó de manera decisiva en el destino de Finlandia. Lenin se pronunció reiteradas veces en defensa del derecho de los finlandeses y de todos los demás pueblos a la autodeterminación. En nuestra clase obrera arraigó la aspiración a resolver la cuestión de la independencia del país de acuerdo con el Gobierno revolucionario de Rusia.

Es difícil poner en claro con qué frecuencia se vieron Kuusinen y Lenin en 1917, durante los meses en que Lenin se ocultó de los sabuesos del Gobierno Provisional en Finlandia. Mas tampoco cabe ninguna duda de que Lenin estuvo ligado entonces con Kuusinen y otros representantes del ala revolucionaria de la socialdemocracia finlandesa. Concretamente, en agosto de 1917 Kuusinen e Y. Sirola conversaron con Lenin en torno a la fundación del Partido Comunista de Finlandia. Lenin colaboró estrechamente con el socialdemócrata Kustaa Rovio, que ocupaba un alto puesto en Helsinki. Aproximadamente por entonces, a fines de verano, Lenin estuvo escondido en casa. Luego pasó a la casa del obrero F. Usenius, y más tarde a la del conductor de locomotora A. Blumkvist, en la calle de Toole. Según las memorias de Rovio, una entrevista de Kuusinen y Lenin se celebró precisamente en la casa de Blumkvist. Rovio escribe; “Si mal no recuerdo, el camarada Kuusinen vio a Lenin en casa de Blumkvist, en la calle de Toole el mismo día que Lenin se disponía a partir para Vyborg. La conversación que tuvieron transcurrió, del principio al fin, en alemán, idioma que yo no conozco...”

185

Por las memorias de Rovio se ve que Lenin habló con Kuusinen a mediados de septiembre. Hay fundamento para suponer que se encontraron varias veces antes de octubre, pero se carece de datos exactos. En todo caso, la actividad de Kuusinen en este período muestra que estaba cerca de Lenin y comprendía su política revolucionaria. Las entrevistas con el gran dirigente de la revolución proletaria le produjeron hondísima impresión e imprimieron su sello en toda su vida posterior.

Según recuerda el propio Kuusinen, en la conversación que tuvo con Lenin en Helsinki éste aconsejó a los socialdemócratas de izquierda finlandeses que hablasen con energía en la Dieta en pro de la ruptura de las relaciones con el Gobierno Provisional de Rusia.

— No toleréis a Kerenski y a los mencheviques —les decía— que siembren dudas en vuestras filas respecto a que la lucha contra toda injerencia del Gobierno Provisional en los asuntos de Finlandia es la

única política revolucionaria acertada. Habéis hecho bien de no reconocer, en contra de la orden de Kerenski, la legitimidad de la disolución del Parlamento. Nuestro Partido Bolchevique —confirmó luego Lenin— está por el reconocimiento de la independencia de Finlandia —y agregó—: será fácil ponerse de acuerdo en eso después de que el poder pase en Rusia a manos de la clase obrera revolucionaria.

Al fin de la conversación, Lenin dijo que se proponía ir al otro día a Petrogrado. Kuusinen, que temía por la vida de Lenin, interrogó si no se podía aplazar su marcha. Pero Lenin respondió con energía:

— No, no se puede esperar más, está madurando con enorme rapidez la situación para el choque decisivo en la lucha por el Poder de los Soviets,

186

A fines de 1917 la propia Finlandia marchaba claramente hacia la guerra civil. Bajo la influencia de la Revolución de Octubre, fue incrementándose rápidamente la actividad de la clase obrera finlandesa.

Lenin, que seguía con gran atención desde Petrogrado la lucha de los trabajadores de Finlandia, escribió en noviembre de 1917 a Kuusinen y a otros dirigentes de la socialdemocracia finlandesa de izquierda: “He oído con gran alegría decir a mis amigos finlandeses que usted está a la cabeza del ala revolucionaria del Partido Obrero Socialdemócrata de Finlandia y lucha por la causa de la revolución proletaria, socialista. Puedo declararle con seguridad, en nombre del proletariado revolucionario de Rusia, que el gran talento organizador de los obreros finlandeses, su gran desarrollo y su larga escuela política de instituciones democráticas les ayudará a llevar a cabo con éxito la reorganización socialista de Finlandia. Ciframos nuestras esperanzas en la ayuda fraternal de la socialdemocracia revolucionaria finlandesa”.

Entonces fue cuando Kuusinen escribió el Programa combativo de la socialdemocracia revolucionaria, la declaración *¡Reivindicamos!* He aquí las reivindicaciones que se planteaban: poner en vigor la ley, frustrada por la burguesía, de entrega de la autoridad suprema en el país al Parlamento de Finlandia, refrendar los derechos democráticos, sociales y económicos de la clase obrera y de los arrendatarios y disolver la "guardia blanca. El 14 de noviembre, en el país se declaró una huelga general bajo estas consignas. Asustada, la burguesía recogió velas. Se aprobó la ley de entrega de la autoridad suprema al Parlamento, la ley de la democratización de las elecciones municipales y de la implantación de la jornada laboral de ocho horas. Pero el Partido Socialdemócrata de Finlandia no llevó la obra hasta el fin. Se detuvo a mitad de camino: tras de arrancar a la burguesía concesiones parciales,

llamó a los obreros a reincorporarse al trabajo. Posteriormente Kuusinen calificó de error el cese de la huelga general. A juicio suyo, la clase obrera y los arrendatarios debieron haber empezado en seguida la revolución. Pero las vacilaciones de los socialdemócratas desempeñaron un papel funesto. La burguesía tuvo tiempo para robustecer sus fuerzas armadas. Volvieron al país los cazadores finlandeses, que estaban recibiendo instrucción militar en Alemania, y se invitó, 187 además, a tropas alemanas.

187

A mediados de enero de 1918 la burguesía finlandesa se consideró lo suficiente fuerte para pasar a la ofensiva contra el pueblo. Los destacamentos armados de guardias blancos atacaron descaradamente a los obreros. Los obreros y los arrendatarios respondieron con golpes a los golpes. En el país empezó la revolución, que se transformó rápidamente en guerra civil.

Otto Kuusinen estuvo en las primeras filas de los revolucionarios finlandeses. Participó en la elaboración de un acuerdo sobre la toma del poder de los trabajadores y redactó el proyecto de Constitución, aprobado por el Gobierno revolucionario, constituido por un Consejo de Plenipotenciarios del Pueblo. Y aunque él ocupaba el modesto cargo de plenipotenciario de Instrucción Pública, fue, en realidad, como aseveró posteriormente Y. Sirola, “el alma del Gobierno revolucionario”.

Tres meses duró la guerra civil en Finlandia. Los trabajadores sufrieron una derrota. En el libro *La revolución en Finlandia*, Kuusinen escribió: “En esta ocasión obtuvo la victoria el capitalismo. El imperialismo alemán escuchó las súplicas lastimeras de la burguesía finlandesa y estranguló la joven independencia del país, que acababa de serle concedida, a petición de los socialistas finlandeses, por la República Soviética Federativa de Rusia. La burguesía finlandesa no sintió el menor remordimiento de conciencia por haber preferido el yugo del imperialismo extranjero a la transformación del país en una patria libre de los trabajadores. Por miedo a perder su dominación de clase, la burguesía traicionó al pueblo, entregándolo al arbitrio de los bandidos armados alemanes, soñando meramente para ella con el modesto papel de guardián de los esclavos”.

Únicamente la derrota de Alemania en la guerra evitó la transformación de Finlandia en urja colonia alemana. Pero el terrorismo blanco de las autoridades burguesas restringió la libertad del movimiento obrero. El viejo Partido Socialdemócrata se disolvió. Las fuerzas de izquierda fundaron el Partido Comunista; Tanner y otros como él crearon su partido, que condenó la revolución obrera y marchó

por el camino de la colaboración con la burguesía.

188

Los dirigentes de la revolución obrera finlandesa y miles de guardias rojos de filas encontraron refugio en la Rusia Soviética. Entre ellos estaba Kuusinen.

En sus recuerdos de Lenin, Kullervo Manner cuenta de la primera entrevista de los dirigentes de la revolución finlandesa con Lenin después de la Revolución de Octubre. Se celebró en el Kremlin a principios de mayo de 1918. “Fuimos invitados, con el camarada Kuusinen, a visitar al camarada Lenin”, escribe Manner, agregando que Lenin los recibió en su despacho con los brazos abiertos. “Nos dijo: no hay que perder los ánimos, no hay que amilanarse, la próxima vez hay que prepararse mejor”.

Lenin ayudó a Kuusinen a estudiar una serie de cuestiones programáticas del Partido Comunista de Finlandia, de lo que Kuusinen habló con gratitud en el Congreso Constitutivo del PCF. A la pluma de Kuusinen pertenece el proyecto de Carta Abierta a Lenin, aprobado por este congreso. La doctrina del comunismo, se dice en la carta, há producido en las mentes de los socialdemócratas de izquierda de Finlandia “una revolución socialista”. Bien es verdad que por la misma carta se ve que el autor tenía del leninismo una noción bastante dogmática aún; concretamente, contraponía la dictadura del proletariado a la democracia y subestimaba tanto la actividad sindical como la parlamentaria de los obreros. (Posteriormente, Otto Kuusinen hizo las siguientes observaciones a algunos planteamientos de esta carta: “incomprensión de la posibilidad de aprovechar la democracia (“la democracia popular”) en beneficio de la revolución proletaria, exageración, dictada por el dogmatismo, por la enfermedad infantil del “izquierdismo”). No obstante, el Partido Comunista de Finlandia, dirigido por Otto Kuusinen, empezó a librarse rápidamente de esos errores sectarios. En ello desempeñó un gran papel la obra de Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, que, en general, ocupa un lugar especial en la formación ideológica de Kuusinen como dirigente del movimiento comunista internacional y no sólo finlandés. El conocer personalmente a Lenin y el haber hablado con él contribuyeron a que Kuusinen asimilara bien los principios del marxismo-leninismo.

189

En la primavera de 1919 Kuusinen volvió a Finlandia y encabezó el trabajo clandestino del PCF. Procuraba lograr simultáneamente, pese al terrorismo blanco, el desarrollo de la actividad legal masiva de todas las fuerzas izquierdistas del país. A iniciativa suya se reanudó la edición

de la revista *Sosialistinen Aikakauslehti*, sobre la teoría y la táctica de la revolución en las nuevas condiciones. Por entonces se publicó también la obra de Otto Kuusinen *La doctrina económica para el obrero*, librito popular de Economía Política marxista. Escribió también el programa agrario revolucionario de los izquierdistas, titulado *La nación de los labradores*. Sus artículos aparecían regularmente durante aquellos años en todos los periódicos legales de izquierda.

Comprendiendo perfectamente que un partido clandestino no puede ser de masas, Kuusinen preparó la fundación de un partido obrero legal de izquierda. Animaba y apoyaba a los elementos opositores del Partido Socialdemócrata de Tanner. Bajo su influencia, empezaron a expresarse también en él opiniones marxistas y a escucharse voces en pro de la amistad con la Rusia Soviética. Tanner empezó a perseguir a la oposición, y la cosa terminó en que esta rompió en 1920 con el Partido Socialdemócrata de Finlandia, fundando el Partido Socialista Obrero de Finlandia. Kuusinen escribió el proyecto de su programa. Pero en el país imperaba el terrorismo blanco, y dos años después el nuevo partido fue disuelto. A pesar de todo, su ¿ experiencia dio algo al Partido Comunista de Finlandia. Este observó en mayor o menor grado, a lo largo de todo el período de clandestinidad, los principios de la combinación de la lucha clandestina con la actividad legal entre las masas, sin la que es imposible alzar a la lucha a las vastas masas populares. A propósito, Lenin puso la actividad del Partido Socialista Obrero de Finlandia como un ejemplo de combinación del trabajo legal e ilegal.

La Policía Central (policía política finlandesa de entonces) no tardó en lanzar todas sus fuerzas a la captura de Kuusinen. Pero él, conspirador de experiencia, tenía muchos escondrijos seguros. Merced a su intrepidez y a su sangre fría, encontró más de una vez salida de las situaciones más difíciles. Una vez salió de una casa, rodeada de policías, vestido con uniforme de tranviario. Pasó lentamente por delante del policía que montaba guardia en la puerta y hasta le preguntó la hora. El policía miró el reloj y, al responder, lo saludó militarmente. Cumplidor funcionario, no se le ocurrió siquiera que tenía delante al líder de los comunistas finlandeses.

190

El 17 de febrero de 1920 recorrió el país la noticia de la muerte del incapturable comunista. Los periódicos escribieron que un policía que perseguía a Kuusinen le había pegado un tiro en los hielos del golfo de Botnia. La situación se caldeó tanto que la minoría socialdemócrata del Parlamento estimó necesario pedir aclaraciones sobre las circunstancias en que había muerto Kuusinen. El periódico *Suomen*

sosialidemokraatti, de Tanner, escribió a regañadientes, en una nota necrológica, algunas verdades del dirigente obrero. Por ejemplo: “fue el hombre más capaz que por fortuna militar en el Partido Socialdemócrata de Finlandia... Las ricas dotes naturales, combinadas con energía tan fervorosa como la que distinguía a Otto Kuusinen, contribuyeron a que él hiciera más que nadie para nuestro partido... Poseía tales conocimientos teóricos del socialismo que estaba considerado con pleno fundamento como un teórico destacado...”

Ni que decir tiene que luego los autores de la nota necrológica se mesaron las barbas de rabia. En cambio, todo el pueblo finlandés respiró con alivio cuando el “asesinado” Kuusinen publicó una carta abierta a los líderes de la burguesía finlandesa: “Es un error eso de que yo haya sido detenido y muerto”. En la misma carta, que fue muy pública, examinó profundamente la situación en Finlandia, condenó el rumbo político reaccionario del Gobierno, enfilado contra la clase obrera de su país y contra la Rusia Soviética socialista. Acabó la carta con la misma ironía y el mismo sarcasmo con que la empezó:

“No he querido sacaros de quicio en absoluto. Vosotros y vuestras tropas lleváis ya, sin necesidad de ello, demasiado tiempo en una situación en la que la gente ya no piensa lo que hace. Jamás reconoceré sobre mí vuestra jurisdicción, que niega la administración de la justicia. Soy enemigo vuestro, un enemigo tan declarado como la clase obrera de Finlandia. Si me capturáis, adivino que me mataréis. Si vosotros caéis en mis manos, os haré comparecer ante el tribunal de los obreros organizados. Es muy posible que me capturéis antes que yo a vosotros. Pero eso no tiene tanta importancia...”

191

No lograron capturarlo. Por el contrario, algunos de sus adversarios se vieron en fin de cuentas en el banquillo de los acusados y en la cárcel como criminales de guerra. (En 1946 se celebró en Helsinki un proceso contra los principales culpables finlandeses de la inclusión de Finlandia, en alianza con la Alemania hitleriana, en la guerra contra la URSS. Fueron procesados el presidente Ryti, el primer ministro Rangell y Linkomies y otros ministros, ocho miembros del Gobierno de Finlandia en total.)

III

Es bien conocida la fervorosa actividad de Otto Kuusinen en la Internacional Comunista. Pero quisiera detenerme en el primer período de esta actividad, cuando tuvo que trabajar bajo la dirección directa de Lenin. Pues precisamente por entonces se llevaba a cabo la

transformación del socialdemócrata izquierdista finlandés de ayer en un verdadero comunista, la transformación del dirigente de la revolución en la pequeña Finlandia en uno de los líderes de la III Internacional.

Muchos decenios después, ya en el ocaso de sus días, Otto Kuusinen escribió cuán difícil le fue esa transformación, con la particularidad de que eso no le ocurría sólo a él, sino a muchos comunistas jóvenes más, y el papel que Lenin desempeñó en su formación espiritual e ideológica. En vísperas de la fundación de la Internacional Comunista, en las filas de los partidos comunistas que acababan de aparecer manaba y raudales el entusiasmo revolucionario. Pero muchos miembros y dirigentes de los partidos comunistas, lo mismo que Kuusinen, habían salido de las filas de la socialdemocracia. "Muchos de nosotros veníamos estudiando ya durante años a Marx y a Engels y nos considerábamos marxistas —recuerda Kuusinen—. En realidad, era un marxismo libresco, no vivo. Ahora, bajo la influencia de la gran victoria del proletariado ruso y de la crisis revolucionaria en nuestros países, nosotros, los socialdemócratas de izquierda de ayer, sufrimos un profundo (claro que unos más y otros menos profundo) cambio ideológico: nos convertimos en revolucionarios con claridad de objetivo, que luchábamos bajo la bandera de la dictadura del proletariado. Este era el paso decisivo en nuestra transición al campo del comunismo.

192

Pero eso aún no significaba que nosotros hubiéramos llegado ya hasta las verdaderas posiciones del leninismo. Ni mucho menos. Durante los primeros años de la Internacional Comunista, aparte de la poca comprensión de la cuestión campesina y de la doctrina leninista del partido, muchos de nosotros manifestamos una tendencia evidente a exagerar el carácter revolucionario y una incapacidad por definir bien, basándonos en la apreciación serena de las posibilidades objetivas, las tareas y los métodos necesarios de trabajo del partido. Esta tendencia política es la que Lenin conceptuaba enfermedad del "izquierdismo". Con su gran sagacidad, Lenin veía con asombrosa claridad el peligro del apasionamiento revolucionario".

Aunque Kuusinen, debido a su modestia inherente, no se destacaba a sí mismo de entre los comunistas poco maduros y principiantes apasionados, en realidad Lenin, que poseía el asombroso don de conocer a las personas, se percató en el acto de las excepcionales cualidades del revolucionario finlandés. A él precisamente, ya en el Congreso Constituyente de la Internacional Comunista, le encargaron, a propuesta de Lenin, escribir el proyecto de tesis de las cuestiones de

organización. Lenin se entrevistó con Kuusinen y le dio varios consejos. Luego siguió con atención la marcha del trabajo sobre este documento, al que concedía especial importancia.

Se conservan varias cartas típicas de Lenin. En una de ellas escribía a Kuusinen: “He leído con gran placer su artículo (3 capítulos) y las tesis.

Le adjunto mis observaciones a las tesis... Creo que debe *hacer usted* sin falta el informe en *este* congreso... ¡Mis saludos más cordiales!”

El 11 de junio de 1921 Lenin escribió a un dirigente de la Internacional Comunista que insistía en que se encargase el informe a Kuusinen y a nadie más. Lenin le explicó por qué debía recaer la elección en él precisamente: “Kuusinen sabe y *piensa*... El provecho será gigantesco”.

193

Con el tiempo, Otto Kuusinen llegó a ser uno de los representantes más insignes del pensamiento marxista-leninista en nuestra época. En sus memorias atribuye totalmente los cambios operados en él y en sus camaradas a la influencia de las ideas leninistas. “En 1920 —escribió Kuusinen— salió a la luz el genial libro de Lenin *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*. Fue para nosotros una revelación. Si dos años antes el trabajo de Lenin *El Estado y la Revolución* había sido para nosotros un guía para calaren la esencia revolucionaria del marxismo, ahora el estudio de *La enfermedad infantil* puso al desnudo la sabiduría táctica de Lenin, nos descubrió el arte de la política real que garantiza el *éxito* en la lucha del Partido Comunista...”

El trato con Lenin imprimió un sello indudable a toda la vida de Otto Kuusinen, que fue elegido al Comité Ejecutivo y al Presídium de la Internacional Comunista y llegó a ser uno de sus secretarios. Su nombre va tan ligado a la historia de la Internacional Comunista como los gloriosos nombres de Jorge Dimitrov, Palmiro Togliatti, Guillermo Pieck y otros. Otto Kuusinen guardó durante toda su larga vida el cariño a Lenin, conocía bien las obras de Lenin y no dejaba de estudiarlas, encontrando siempre en ellas más y más riqueza ideológica. La concepción marxista-leninista fue para Kuusinen una fuente de optimismo inagotable.

“Todo aquel que aprenda bien esta concepción del mundo — escribió Kuusinen— se convencerá profundamente no sólo de la justedad de la causa obrera, sino de la necesidad histórica de la futura victoria del socialismo en todo el mundo. Pertrechado con la concepción marxista-leninista, el hombre, incluso el débil, será fuerte, políticamente firme y se atendrá a los principios. Adquirirá una

convicción ideológica tan inquebrantable que le dará fuerzas para soportar cualquier prueba”.

Los colaboradores más próximos de Otto Kuusinen recuerdan con qué emoción empezó a escribir en la primavera de 1960 el informe dedicado al 90 aniversario del nacimiento de Lenin. Parco, por regla general, en la expresión de sus sentimientos, Kuusinen buscó esta vez con singular esmero las palabras que mejor transmitieran todo el calor y el encanto humanos de la figura de Lenin. Estimaba que eso era importante porque, si bien “la grandeza de Lenin y la enorme importancia histórica de la obra de su vida hoy están claros para todos, a las generaciones joven y media quizás les sea difícil imaginarse la atractiva personalidad de este gran dirigente, la excepcional atención que prestaba a las relaciones con los camaradas, a todas las personas honradas procedentes de las entrañas del pueblo”...

194

Ofrecen valor las partes del informe de Kuusinen acerca de Lenin en que caracteriza la personalidad del gran jefe sobre la base de sus impresiones, bien grabadas en la memoria. Aunque en ellas no hay detalles de tales o cuales entrevistas con Lenin, en cambio se crea un cuadro generalizado de lo mucho que daban a la gente las entrevistas con Lenin, del magnánimo don que poseía para inspirar y elevar a sus compañeros de lucha.

Al hablar con Lenin, recordaba Kuusinen, todos notábamos qué bien se combinaban en su persona el cálido humanismo y la poderosa llama de su pasión revolucionaria. No se sentía uno coartado, pues él escuchaba atento, y en su semblante vivo y expresivo, en sus ojos, se veía el rápido fluir de los pensamientos y los sentimientos. Y luego, cuando, con frases breves y exactas, explicaba de manera concreta y profunda las cuestiones que le preocupan a uno, no podía menos de asombrarse ante el vigor de su genio. ¡Todo lo complicado se explicaba con facilidad! Quedaba en seguida claro adónde y con quién ir, qué hacer y dónde estaba el quid de nuestra política en la situación creada. Todo quedaba claro como en un día claro. Y retornaba uno de la charla con Lenin dichoso de estar seguro de la victoria y del hondo cariño que le profesaba a él, a Lenin.

IV

Por supuesto, en aquel lejano año de 1926, nosotros, los discípulos de los cursillos del Partido Comunista clandestino de Finlandia, no sospechábamos siquiera mucho de lo que se ha sabido bastante más

tarde. En espera de la charla de Kuusinen, no sabíamos de él más que la leyenda de su falso “asesinato” y de la famosa respuesta que dio a los líderes de la burguesía finlandesa después de “resucitar”. Sabíamos ya algo de su creciente popularidad en el movimiento comunista mundial. Pero claro, lo principal, lo que alimentaba nuestro interés era su actividad revolucionaria en Finlandia y su colaboración con Lenin, que hicieron famoso el nombre de Kuusinen entre todos los finlandeses. Leíamos casi todos los días en los periódicos burgueses de Finlandia ataques a Kuusinen, y eso acrecentaba, al menos para mí, la curiosidad por saber del hombre que la burguesía odiaba con la misma fuerza que lo estimaban los obreros.

195

No todos saben que este insigne político comunista y revolucionario profesional fue un músico exquisito. No sólo tocaba bien el piano, sino que componía canciones y música para piano. Kuusinen es conocido por sus profundos trabajos de teoría marxista y de ciencias políticas. Pero no todos saben que fue autor de importantes investigaciones literarias. Leía siempre mucho, todo le interesaba, era una persona muy instruida. Y encontraba tiempo para el deporte, patinaba, esquiaba y jugaba a “los palos”, divertido juego que aprendió en la cárcel, en Finlandia. Amaba los animales y los pájaros, y a menudo se guardaba a escondidas en el bolsillo, durante la comida, algún trocho apetitoso para sus amigos cuadrúpedos o plumados.

Otto Kuusinen estudió desde la juventud la filosofía y la estética. Sulo Wuolijoki, uno de los camaradas de la juventud de Kuusinen, cuenta en sus recuerdos de él: “En el dominio de la estética escribí una magnífica investigación acerca de Goethe; y en el de la filosofía, una investigación del monismo de Hegel; además, le interesaba la historia del arte”. De joven, Kuusinen también escribió poesías. La que escribió en 1919 con el título de *El torpedo* fue muy conocida. El torpedo es una alegoría de la revolución que destruye un navío pirata, el capitalismo. Ya avanzada su edad, Kuusinen recordaba con una sonrisa su afición a la poesía. Pero la filosofía y la estética le interesaron hasta los últimos días.

Las opiniones filosóficas de Kuusinen sufrieron un cambio considerable, sobre todo después de estudiar profundamente la doctrina de Marx, Engels y Lenin. En 1905, en la compilación *Ante el umbral del tiempo nuevo*, expresó la opinión de que, desde el punto de vista de la concepción del mundo socialista, no importa tanto la posición ocupada en la eterna discusión entre el materialismo y el idealismo. Pero a principios de los años 20 pisó firmemente el terreno del materialismo dialéctico, conceptuando el materialismo histórico

como parte inseparable suya. Empezó a desarrollar las opiniones filosóficas, expuestas con mayor amplitud más tarde en el libro *Fundamentos de marxismo-leninismo*, escrito bajo su dirección.

196

Casi siempre que me entrevistaba con Kuusinen, hablábamos de poesías. Generalmente le hacía preguntas que nos interesaban en Finlandia, como, por ejemplo, la actitud ante la poesía modernista, cuyos representantes finlandeses sobrestimaban muy a menudo su importancia.

Kuusinen no se satisfacía con examinar una poesía o cualquier otra obra de arte sólo desde el punto de vista de su contenido. Trataba también las cuestiones de la forma y consideraba que tenían verdadero valor únicamente las obras de arte en las que se combinaba la esencia progresista con una magnífica forma artística. Quizás examinara de la manera más concienzuda las cuestiones de la forma poética en su artículo acerca de la compilación de poesías de Kari Almi *Alkukallio*, publicada en julio de 1946 en la revista *Los años 40*.

“El vigor artístico de una poesía, lo mismo que de cualquier obra de arte —escribió Kuusinen—, depende mucho de si sus partes constituyen un todo artístico orgánico. Esta integridad se basa principalmente en la unidad interna del verso y en la comunidad artística del contenido de sus imágenes, sentimientos y pensamientos que la estructura exterior de la poesía sólo refleja y apoya”.

Al criticar desde este punto de vista a los modernistas, Kuusinen notó que tenían razón al propender a renovar la forma del verso, rígida dentro de los viejos cánones, pero, al lograr algunas conquistas en el dominio de la forma, estos poetas se vieron ante el hecho de que, en su poesía, “los detalles empezaron a florecer a cuenta del todo”, y el juego a los jeroglíficos poéticos desplazó toda la claridad de pensamiento.

Al trabajar en la ilegalidad, en Finlandia, Kuusinen firmaba muchos artículos suyos con el seudónimo de “El soldado fiel”. Este seudónimo reflejaba tanto la exigencia a sí mismo como su modestia. Parecía subrayar que, después de la derrota de la revolución, hacía falta, sobre todo, la fidelidad a su causa. Y equiparaba a los dirigentes con los combatientes de filas.

197

Ambos rasgos eran propios de Kuusinen. Era un soldado fiel de la revolución socialista, infinitamente fiel a la idea del socialismo. Claro que comprendía que él era algo más que un soldado raso, pero no le agradaba que otros se lo dijeran. En cierta ocasión escribí para su cumpleaños la poesía *El pino rojo del Norte*. Cuando, a la vez siguiente, me encontré con él, oí una crítica típica en sus labios: “Claro que es

una buena poesía sobre las victorias del movimiento revolucionario socialista, pero has hecho mal en mezclarme a mí en eso”. Le respondí que no había hecho mal del todo e intercambiamos sendas bromas a ese respecto.

Ahora quisiera decir que la figura central de la poesía no era, a pesar de todo, lo suficiente exacta. La comparación era demasiado modesta. Kuusinen era el pino rojo que había soportado todas las tempestades, y no sólo en Finlandia, ni siquiera sólo en el Norte. Era un hombre de la guardia leninista, un portador de las ideas del internacionalismo proletario, su encarnación, una fuerza dinámica y creadora en el movimiento comunista internacional.

Nosotros, los finlandeses, no somos, en general, propensos a las alabanzas rimbombantes, pero de Otto Kuusinen decimos que fue un gran político, un sabio y filósofo marxista de la primera mitad del siglo XX. Entregó la vida para el bien no sólo del pueblo finlandés, sino del soviético, para el bien de todo el movimiento comunista y obrero internacional. No obstante, nosotros, los finlandeses, lo consideramos nuestro, y no nos imaginamos otro camino hacia el futuro que el que nos indicó el leninista Kuusinen. Aun hoy sigue encabezando el movimiento de nuestro pueblo al socialismo.

EPILOGO

Este ensayo, escrito por el conocido poeta comunista finlandés Armas Äikiä, dedica, naturalmente, la mayor atención, al período finlandés de la vida y actividad de Otto Kuusinen. Pero él pertenece en la misma medida al pueblo de Finlandia como a los pueblos de la Unión Soviética, donde tuvo su segunda patria y a la que entregó la segunda mitad de su larga y espléndida vida de comunista-leninista.

198

De 1921 a 1939, este fiel combatiente por la unidad de la clase obrera de todo el mundo trabajó en Moscú, en la Internacional Comunista, siendo uno de los secretarios de su Comité Ejecutivo y miembro de su Presídium. Tras de empezar su actividad en la Internacional Comunista bajo la dirección inmediata de Lenin, Kuusinen entregó muchas fuerzas a la aplicación de la política leninista en el movimiento comunista mundial, a la lucha por su unidad. Al lado de Jorge Dimitrov, Palmiro Togliatti y Dmitri Manuilski, Otto Kuusinen empezó ya en los años 30 la lucha contra el dogmatismo y el sectarismo; tiene grandes méritos personales en la elaboración de la

política del frente único y de importantísimos problemas de estrategia y táctica del movimiento comunista.

Desde comienzos de los años 40, Otto Kuusinen se incluyó activamente en la vida del partido y del Estado del País Soviético. Desde 1940 fue elegido diputado al Soviet Supremo de la URSS de todas las legislaturas, y desde 1941, miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ocupó durante diecisiete años el puesto de Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la RSS Carelo-finesa e hizo una inmensa aportación al desarrollo de la economía y la cultura de la república. Simultáneamente desempeñó un gran trabajo gubernamental como vicepresidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS.

En 1957 Otto Kuusinen fue elegido miembro del Presídium y secretario del Comité Central del PCUS. Participante activo de los Congresos XX y XXII del PCUS, entregó toda su inagotable energía a la lucha por el restablecimiento y la consolidación de las normas leninistas de vida del partido y del Estado. Al mismo tiempo siguió desplegando una gran actividad social y estatal como presidente del Grupo Parlamentario de la Unión Soviética y presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Soviet de las Nacionalidades del Soviet Supremo de la URSS.

En 1958, reconociendo los méritos de Otto Kuusinen en el campo teórico-científico, la asamblea general de la Academia de Ciencias de la URSS lo eligió miembro suyo. El día de su 80 cumpleaños, en octubre de 1961, le fue conferido el título de Héroe del Trabajo Socialista.,

199

Teniendo ya una edad avanzada, Otto Kuusinen 199 no abandonó un solo día la labor científico-literaria y publicística. Desde el otoño de 1943 y hasta mediados de los años 50 participó activamente en la redacción de la revista *Tiempos Nuevos*. Escribió numerosos artículos sobre los problemas más actuales de la política internacional y del movimiento comunista. En los años siguientes, bajo la dirección y la redacción de Otto Kuusinen se escribió una obra tan importante como *Fundamentos de marxismo-leninismo*. Este libro, que sintetizó de manera creadora las ideas de los Congresos XX y XXII y de las Declaraciones de 1957 y 1960 es algo así como un resumen de la variada labor teórica de Otto Kuusinen. Introdujo en él toda su experiencia, experiencia sin par, de uno de los veteranos dirigentes del movimiento comunista internacional.

Transcurrirán los años, pero los soviéticos, lo mismo que los trabajadores de otros países, no olvidarán la figura luminosa de Otto Kuusinen, comunista de la escuela leninista, marxista muy instruido,

Armas Áikiä. *El pino rojo del Norte* (Otto Kuusinen)

internacionalista verdadero, hijo fiel de la Finlandia trabajadora y, al mismo tiempo, ardiente defensor de su segunda patria, de la Patria Soviética.

L. Sedin

Arseni Rutko

UN CORAZON FIEL

201



Hugo Eberlein, Lenin y **FEDERICO PLATTEN** en la presidencia del I Congreso de la Internacional Comunista en el Kremlin. 1910

A comienzos de la primavera de 1919, cuando en el Golfo de Finlandia iban oscureciéndose y rompiéndose los hielos bajo el calor del sol de abril, Federico Platten llevaba tres semanas incomunicado en una mazmorra de la cárcel de Helsingfors, haciendo conjeturas de lo que le podrían hacer.

Lo sometían a interrogatorio dos oficiales ingleses. Querían sacar a este conocido internacionalista qué indicaciones de Lenin llevaba de Rusia a Europa. Y si Federico Platten no hubiera sido súbdito de la neutral Suiza, le habrían dado buen tormento para arrancarle palabra por palabra “confesiones”, cualquier mentira de tipo provocador. Los oficiales consideraban una traición el que Rusia, dirigida por Lenin, hubiera concertado una paz separada con Alemania. Escuchaban las respuestas de Platten, echando espumarajos de odio y rabia incontentida.

— ¿Mister Platten sabrá que Inglaterra no se ha opuesto al regreso de los emigrados a Rusia? Con el permiso de Su Majestad pusimos a disposición de mister Plejánov y de cuarenta amigos suyos un crucero especial con escolta de destróyers para protegerlos contra los ataques de los boches. ¿No lo sabía?

202

— Sí —sonriose Platten—. Porque *mister* Plejánov aboga por la guerra hasta la victoria final. Al lado de ustedes. Bien se dice de la gente así que son una oposición fiel a su majestad el capital... ¿Y qué han hecho con el comunista Brown, que intentó llegar a Rusia en el barco mercante neutral *Sara*? Pues que lo han echado a pique.

— ¡Eso no lo hemos hecho nosotros! ¡El *Sara* lo torpedearon los boches!

— ¡Sí! Pero ustedes hubieran podido proteger ese pequeño barco con los mismos cruceros y destróyers que han puesto a disposición de *mister* Plejánov.

Un coronel del “Intelligence Service” inglés miraba con sus ojos saltones por la ventana enrejada.

— ¡Pero su Lenin es un espía alemán! Si no, ¿cómo la Alemania del Kaiser le hubiera dejado pasar por su territorio en un vagón precintado? ¿Cuánto les ha pagado Alemania a Lenin y a ustedes?

Platten respondía con voz de odio:

— ¡Eso es mentira! ¡Lenin es enemigo de todos los imperialismos, incluido el alemán!

Transcurría el tiempo, sonaban las gotas del deshielo tras la reja.

— ¡Mister Platten! ¿Será posible que usted crea que Lenin construya en ese desierto de barbarie un Estado civilizado?

Platten repuso, riendo:

— Será más civilizado que cualquier otro Estado.

Quién sabe cuánto habría continuado esta discusión inútil si el súbdito suizo Federico Platten, detenido por las autoridades finlandesas como “rehén ruso”, no hubiera sido canjeado a propuesta de Lenin por un encopetado oficial blanco finlandés que había sido hecho prisionero. Poco después Platten retornó a Moscú.

Al cabo de tres meses volvió a verse en la cárcel, pero ya en Rumania. Ocurrió así. El avión en que iba Platten volaba entre densa niebla. El piloto, flaco soldado rojo con unas cicatrices apenas restañadas en la cara, sentado en la cabina delantera, miraba inquieto los amarillentos torbellinos de niebla que pasaban por su lado, pues se había despistado, ¡Ni un punto de orientación a la vista! Una hora antes habían perdido 203 el aeroplano en que retornaba a su patria Tibor Szamuely, uno de los miembros del Gobierno soviético de Hungría, y

precisamente tras ese avión tenía que seguir de cerca el piloto del que llevaba a Platten.

203

Antes del despegue, el jefe del aeródromo, próximo al frente, dijo severo al piloto:

— Muchacho, ten bien presente a quien llevas... Es Federico Platten, miembro del Presídium de nuestra nueva Internacional, de la tercera. ¡Un hombre que ha salvado la vida a Lenin! Tu misión consiste en llevarlo sano y salvo a la República Soviética de Hungría. Desde allí le ayudarán a llegar a Suiza.

Pues bien... la bencina se les iba acabando, y no sabían por dónde volaban.

Y Platten, que iba sentado detrás, miraba sin la menor inquietud la nuca del piloto, cubierta por un casco marrón de cuero. Seguía pensando en la bulliciosa sala de sesiones del Congreso Constituyente de la Internacional Comunista, sentía una sensación de seguridad y alegría y seguía oyendo las distintas lenguas de los delegados y hasta sintiendo la mano cálida, casi caliente, de Lenin, que le dijo, al despedirse:

— Cuídese, Federico. ¡Usted hace mucha falta en Occidente!

Federico esperaba que aterrizarían pronto, y los camaradas del Gobierno soviético de Hungría le ayudarían a llegar a su patria. Le gustaría saber qué ocurría allá, cómo estaban Olga, sus padres y sus amigos. Aún en marzo tenía que celebrarse el juicio sobre los veinte socialdemócratas, incluido Platten, que habían organizado la huelga general de Zurich en noviembre del año anterior, de 1918. Se acordaba perfectamente de aquel sangriento choque. En la calle habían caído huelguistas heridos. Platten, arriesgando la vida, se lanzó hacia los soldados, gritando: “¡Alto! ¡No disparéis contra vuestros hermanos de clase!” Lo declararon criminal de lesa patria y lo procesaron por “instigar al ejército a la sedición”. ¿Qué veredicto le aguardaba en su querida Suiza? Era posible que los camaradas, y entre ellos los dirigentes, que él estimaba mucho, de la juventud suiza, estuvieran ya en la cárcel.

De pronto se percibió un golpe por debajo del fuselaje del avión, el ligero biplano se estremeció, se inclinó a la derecha y dio unos ligeros botes en el suelo,

204

— ¡Hemos llegado! ... —masculló el piloto entre dientes.

El aeroplano había aterrizado en un matorral. A lo lejos amarilleaba un rastrojo. Blandiendo horcas y guadañas, venían del campo, corriendo hacia el avión, gentes. El piloto y Platten los veían venir,

sintiendo al mismo tiempo alarma y esperanza: ¿habrían logrado llegar a la República de Hungría o estaban en la hostil Rumania?

Al día siguiente Platten se vio ya en una oscura y húmeda mazmorra de la fortaleza de Jilava, cerca de Bucarest. Más tarde dio testimonio: “Tuve la posibilidad de conocer el régimen carcelario de varios países, pero debo decir que la fortaleza de Jilava deja chicas en crueldad e infame trato a todas las demás cárceles”.

Ya en 1907, cuando estuvo por primera vez en la cárcel, en Riga, Platten, que tenía a la sazón veinticinco años, pensó que en la vida de un revolucionario profesional cada reclusión es algo así como el resumen de un período determinado de vida, hace mirar el camino recorrido y decidir para el futuro de uno mismo lo esencial. Entonces le sonrió la suerte: estuvo en una misma celda con comunistas rusos y letones, que ya habían pasado por trabajos forzados y deportaciones y le enseñaron mucho. Un año después, los revolucionarios letones que seguían en libertad pagaron por él una elevada fianza y, tras de sacarlo del presidio, le ayudaron a evadirse a Suiza. Platten volvió a Zurich y comprendió qué escalón insustituible era para él el tiempo pasado en la ciudadela de Riga. Allí se templó y definió mucho en él para toda la vida.

En Jilava había sido mucho más difícil. Deprimía la incomunicación, el no saber nada. Al caminar por la mazmorra, Platten sentía que iba perdiendo fuerzas de día en día. Claro que ninguno de los amigos, ni en Rusia, ni en Suiza, ni en Hungría, sabía dónde estaba él ni qué le hacían los sicarios de la policía política rumana.

Más tarde, en Moscú, contaron a Federico que el avión en que él volara, se había dado, efectivamente, por perdido, y el periódico suizo *Berner Tagwacht* había impreso incluso un suelto de duelo.

Los días se prolongaban insoportablemente. A Platten no lo sacaban a interrogatorios. En el transcurso de un mes declaró cuatro huelgas de hambre. Arrojaba tras el carcelero, cuando éste salía de la celda, el duro pan de maíz. En el sopor del hambre, evocaba remotas escenas de la infancia y la juventud. Susurraba el cepillo del viejo carpintero Peter, padre de Federico, y caían al suelo las rizosas virtudes del tilo, que olían a miel. La docena de críos nacidos después de Federico armaba trapisonda en torno al banco de carpintero. Luego oía el estruendo de los tornos en la fábrica metalúrgica *Esher Weis y Cía.*, y de nuevo as férreas mandíbulas de la máquina volvían a morder implacables la mano de Federico, y él gritaba, dolorido, despertándose bañado en sudor. Y se enrojecían de sangre las calles de Zurich, y Lenin volvía a

subir a la tribuna de la Casa del Pueblo de Zurich para leer su conferencia *La guerra y la socialdemocracia*. Aquella noche Federico vio y oyó por primera vez al hombre que luego entró para siempre en su vida, llenándola de luz y sentido.

Entonces, en octubre de 1914, al escuchar a Lenin, Platten se asombraba de la exactitud y claridad de sus definiciones.

Por supuesto, al principio no se percató de que Lenin sintió en seguida interés por su persona impulsiva, de vivo carácter, con manos grandes de obrero de abolengo, brillantes ojos castaños y expresión de convencimiento y fe en el semblante. La segunda tarde, después de terminada la discusión que había motivado la conferencia de Lenin, fueron a acompañarle a éste desde la Casa del Pueblo hasta la estación el emigrado ruso Jaritónov, el polaco Bronski y Platten.

Caminaron por callejas apacibles y acogedoras. A lo lejos, entre las oscuras casas, refulgían como espejos los hielos de los Alpes.

Bronski y Platten, discutiendo de algo, se adelantaron unos pasos. Aprovechando la ocasión, Lenin interrogó acerca de Platten: ¿es seguro, se puede confiar en él?

— ¡Es un camarada que vale mucho! —respondió Jaritónov—. Pero ocupa una posición un tanto peculiar en la socialdemocracia suiza. No es del tipo ordinario de bonzos del partido, es decir, de burócratas del partido que se venden con harta facilidad por puestos lucrativos, por cargos jerárquicos o por otros bienes de la vida. No, el camarada Federico no es de éstos.

206

— Bien, bien...

— En el Partido Socialdemócrata de Suiza es secretario, puesto bastante alto, pero difícil cuando el presidente es muy derechista. Le cierran el camino a la carrera parlamentaria, corriente aquí.

— ¿No vale para ella? —interrogó Lenin, entornando los ojos.

— ¡Ahí está la cuestión! A los ojos de los burgueses, Federico es algo así como un lumpenproletario que no se ha elevado a comprender “las tareas generales del Estado”, por lo que, para él, no hay sitio en el Parlamento. Y en el partido no presentan su candidatura para el Parlamento por temor, según dicen, a que fracase, pues los elementos simpatizantes e intermedios se asustarán... En cambio, los obreros suizos lo estiman y tienen confianza en él —en ese momento Jaritónov y Lenin alcanzaron a sus acompañantes.

Lenin estrechó fuertemente la mano a Platten.

Ya en el andén, en espera del tren, Lenin dijo, pensativo:

— No está excluido, amigos míos, que me tenga que venir una o dos semanas a Zurich a trabajar en la biblioteca de aquí.

Efectivamente, en febrero de 1916 Lenin se trasladó de Berna a Zurich, y entonces se entabló una verdadera amistad entre Lenin y Platten. Se veían bastante a menudo. La petición por escrito, que Lenin presentó al consejo municipal para que le dieran permiso de residencia en Zurich, no fue suficiente! El inflado funcionario leyó y releyó la solicitud y, devolviéndosela, farfulló por debajo de los bigotes engomados:

— Hace falta el aval de cualquier organización local, señor Uliánov. De lo contrario, no se puede.

Lenin recabó la ayuda de Platten. Hacía ya año y medio que se conocían, y en ese tiempo se habían visto en la Conferencia de Zimmerwald de los socialistas internacionalistas y más tarde. Antes de que se inaugurase la conferencia, Lenin tenía que dar a imprimir el folleto *El socialismo y la guerra*. Platten logró hacerlo: el folleto salió en alemán y en ruso y lo repartieron entre los participantes en la conferencia antes de que ésta empezase.

207

Con la instancia devuelta, Lenin se encaminó desde el consejo municipal a casa de Platten, que residía en la calle de Spiegel.

Platten recibió a Lenin con afabilidad y lo invitó a comer; pero Lenin tenía prisa por terminar sus asuntos. Y fueron de nuevo los dos al consejo municipal, donde, merced al aval de Platten, Lenin obtuvo permiso para vivir en Zurich.

Lenin y Nadiezhda Krúpskaya¹² llegaron a Zurich en febrero, pensando que no estarían mucho tiempo allí. Pero el trabajo quedó terminado, el manuscrito de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, preparado para la imprenta, estaba encima de la minúscula mesa de escritorio de Lenin, hecha de una mesa de cocina, y la marcha se iba aplazando de semana en semana. Así se quedaron en Zurich hasta la propia Revolución de Febrero de 1917 en Rusia. Platten vivía casi al lado, dos casas más allá.

Acostado en la oscura mazmorra de Jilava, Platten evocaba muchos recuerdos, que le daban calor y le devolvían las fuerzas. Terminó la huelga de hambre: tenía que vivir. ¡Aún no le había llegado la hora de la muerte!

Lo sometió a interrogatorio un coronel de pelo rizado e incipiente calvicie. Platten tomó de la mesa una cuartilla en blanco y escupió en

¹² *Nadiezhda Krúpskaya* (1869-1939): estadista soviética y destacada pedagoga; esposa y colaboradora de Lenin. (*N. de la Edit.*)

ella un coágulo de sangre.

— ¿Por qué delito ha decidido dejarme morir en su maldita mazmorra? —inquirió—. Soy ciudadano de un país neutral y nadie le ha otorgado el derecho a hacer escarnio de mí. ¡Presento una protesta!

El coronel esbozó una lenta y burlona sonrisa.

— No se esfuerce por testificar su persona. Estoy enterado de todo por sus documentos. Usted es el secretario del Partido Socialdemócrata de Suiza, concejal de Zurich, delegado al Congreso Constituyente de la Internacional Comunista... —escrutó con ojos penetrantes y entornados a Platten.

— ¡Protesto! —indignose Platten.

— No se moleste. Hemos adoptado la resolución de entregarlo a Rusia.

Faltó poco para que la alegría le hiciera perder el aliento. ¡Iban a volverlo a Rusia, a ponerlo en libertad! El coronel tornó a mirarlo con la misma sonrisa burlona e incomprensible de antes. Platten no entendió el sentido de aquella jesuítica sonrisa hasta un día después. Dos oficiales rumanos llevaron a Platten a Kámenets-Podolsk, donde se encontraba a la sazón el cuartel general de Petliura, y entregaron al cautivo al atamán ebrio de vodka y sangre.

208

Si la fortuna militar hubiera sonreído algo más al atamán, si aún le hubiera quedado la menor esperanza de vencer, Federico Platten hubiera pendido de una de las acacias seculares de la plaza, en la que corrían sus juergas, entre combate y combate, los bandidos de Petliura. Pero ya entonces, a escondidas de sus amigos, Petliura resolvió ponerse de acuerdo con el Poder soviético y conseguir que le perdonaran la vida.

¿En qué confiaba el sanguinario atamán, que había mandado marcar a cuchillo estrellas de cinco puntas en las espaldas de los soldados rojos y crucificar a los comunistas en las puertas de los comités revolucionarios?’

Platten se pasó dos días en un frío granero de ladrillo, que había en el patio del Estado Mayor, con activistas soviéticos que esperaban la muerte. Lo mismo que en la mazmorra de Jilava, lo atormentaron las pesadillas. Veía todas las noches el puente de Simcónovski sobre el Fontanka, envuelto en la niebla de Petrogrado, los disparos que sonaron detrás de su automóvil y el silbar de la bala que pasó por encima de un hombro de Lenin.

Acostado en un manojito de paja en un rincón del granero, Platten evocaba los acontecimientos que habían precedido a aquella inolvidable jornada. Le parecía que había pasado mucho tiempo. ¡Y había pasado tan poco!

... Un día soleado de marzo. Un periódico reciente con telegramas sobre la revolución rusa. Platten asió el periódico y se puso en pie de un salto: había que comunicar a Lenin cuanto antes de la asombrosa noticia. Olvidándose el sombrero y agitando el número de *Züricher Post*, corrió por la calle de Spiegel hacia la casa de los Cammerer, subió en pocos saltos al segundo piso y preguntó a voces a la bondadosa y gruesa ama de la casa:

— ¿Está el señor Uliánov?

Retirando del hornillo la cafetera hirviente, la señora Cammerer se sonrió, comprendiendo:

— Ya lo sabe, señor Platten. Hace media hora, cuando se iba a la biblioteca, entró corriendo, lo mismo que sabe usted nada? ¡En Rusia ha estallado la revolución!” Y lloraba de alegría, se marchó corriendo otra vez, a ver a Jaritónov. El señor Uliánov también se fue, y la señora Nadia se fue con él. ¿A dónde? Pues al lago, ¡a leer los periódicos!

209

Platten encontró a Lenin y a Krúpskaya en la orilla del lago de Zurich, donde, bajo un toldo, se colocaban los periódicos recientes y los números extraordinarios de telegramas. Lenin estaba muy excitado. Platten, abriéndose paso a duras penas entre el gentío de emigrados, llegó a su lado.

— ¡Vladímir Ilich!

Lenin miró a Platten con ojos resplandecientes que en ese momento sólo veían los telegramas, y se puso a releerlos. Tenía las mejillas encendidas. Se apartó de la vitrina cuando se los hubo aprendido de memoria.

¡Sí, en Rusia había empezado la revolución!

Al volver del lago, Lenin caminaba entre los emigrados rusos; todos se saludaban mutuamente, riendo y alegrándose: no tardarían mucho en volver a la patria.

Lenin y Krúpskaya entraron en Correos con Platten. Lenin llevaba en la mano una carta preparada para enviársela a Inés Armand, que estaba en Clarens. Rompió el sobre y añadió: “En Zurich hoy estamos agitados. En el *Züricher Post* y en el *Neue Züricher Zeitung* hay un telegrama del 15.III en el que se dice que el 14.III en Rusia *ha triunfado* la revolución en Petrogrado después de tres días de lucha...

“Si los alemanes no mienten, será verdad.

“De que Rusia estaba los últimos días *en víspera* de la revolución, no cabe duda.

“¡Me *exaspero* de no poder ir a Escandinavia! ¡No puedo perdonarme el no haberme atrevido a ir en 1915!”

Allí mismo escribió una breve nota a Mija Tsjakaya: “...Le felicito

con motivo de la revolución en Rusia. No ha tardado en verse el fundamento de su optimismo. Estoy haciendo las maletas. Y usted, ¿qué hace?”

No eran momentos para ir a la biblioteca. Los emigrados caminaron todo el día en agitados grupos por las calles en espera de que la noticia se confirmase o se desmintiera. Ya tarde, Platten y Lenin permanecieron largo rato ante la puerta iluminada de la redacción de *Neue Züricher Zeitung* en espera de los telegramas vespertinos. Haciendo valer sus derechos de miembro del gran consejo de la ciudad de Zurich, Platten entró dos veces en la redacción, pero aún no había novedad. Al despedirse de su acompañante, Lenin articuló con vehemencia:

210

— ¡Empieza una nueva era de revoluciones, querido Federico!

Fueron pocos los emigrados rusos que durmieron aquella noche. Tampoco durmió Platten, que presentía su próxima separación de Lenin, y caminaba por la habitación en espera del amanecer. Si la revolución triunfaba en Rusia, soñaba él despierto, me iré allá con la familia, estaré al lado de Lenin y seré su ayudante. Sí, y Olga, mi esposa, se alegrará de regresar a su patria. Por bonita que sea Suiza, a Olga le tira la patria.

Los días siguientes se confirmó que en Rusia había triunfado la revolución. Lenin estaba más impaciente cada día por volver a Rusia.

El 18 de marzo de 1917 Lenin escribió a Armand: “Quisiera encargarle encarecidamente que se entere en Inglaterra con cautela y exactitud si me dejarían pasar por su territorio”.

En la carta, escrita en la segunda mitad de marzo, dirigida a Ganetski, Lenin decía: “Le ruego que me comunique con detalle, a ser posible, primero, si el Gobierno inglés accede a dejarme pasar, camino a Rusia, a mí y a varios miembros de nuestro POSDR¹³...”

Lenin buscó la posibilidad de pasar por Inglaterra, pero no tardó en enterarse de que el Gobierno inglés no dejaría pasar a los bolcheviques.

Entonces volvió a escribir a Estocolmo, a Ganetski, que no podía imaginarse qué tormento era para él permanecer en Zurich en aquellos momentos. Suiza, que hasta entonces había parecido a Lenin el país más cómodo para trabajar, en medio de Europa, envuelta en las llamas

¹³ En 1898 se proclamó en el I Congreso la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), y en 1912, después de haber sido expulsados los mencheviques, se conservó el nombre del partido, pero agregando entre paréntesis la palabra “bolchevique”. Así: POSDR(b) de Rusia. En 1918 se acordó denominarlo Partido Comunista (bolchevique) de Rusia; a partir de 1925. Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, y desde 1952, Partido Comunista de la Unión Soviética. (*N. de la Edit.*)

de la guerra, se le hizo odiosa.

211

Lenin recibió un telegrama de Mija Tsjakaya: “Tengo la maleta hecha desde el año pasado”. Las cartas de Inés Armand y de Kollontái incitaron más aún a Lenin. ¡Su mayor deseo era ponerse en marcha cuanto antes!

Alguien propuso aprovechar la experiencia y las relaciones con los contrabandistas. El plan era fantástico a todas luces y podía fracasar. Había que cruzar tres fronteras: la de Alemania, la de Suecia y la de Rusia. El camino más seguro era gestionar cerca del Gobierno alemán el paso de los emigrados rusos. Este Gobierno conocía la posición de Lenin y de sus correligionarios y podía permitir el paso de los bolcheviques a Rusia para socavar con ello las pretensiones militares de Rusia. El 30 de marzo Lenin telegrafió a Ganetski, a Estocolmo: “Inglaterra jamás me dará paso, antes me internaría. Miliukov nos engañará”.

Quiso hacer las gestiones en favor de los emigrados el socialchovinista Parvus, que se había enriquecido con pedidos de guerra; pero Lenin escribió a Ganetski: “Querido camarada: le estoy agradecido de todo corazón por las gestiones y la ayuda. Pero yo, claro, no puedo aceptar los servicios de gente que tenga algo que ver con la edición de *Kólokol* (esta revista la publica Parvus. •— A. R.). Hoy Je he telegrafiado, para decirle que la única esperanza de salir de aquí es el canje de los emigrados en Suiza por los internados alemanes”.

Las negociaciones con el enviado alemán en Berna las llevó Robert Grimm, quien empezó, a instancias de los mencheviques, a dar largas al asunto, cosa que indignó hasta el extremo a Lenin. Entonces Lenin recurrió a la ayuda de Platten. Tras breve reflexión, Platten aceptó la propuesta de ser el apoderado del grupo de los emigrados políticos rusos y pidió al doctor Cloty, presidente del Partido Socialdemócrata de Suiza, un permiso de tres semanas y empezó en seguida, con energía, las gestiones.

Poco después Platten obtuvo el permiso del Gobierno alemán para dejar pasar a los emigrados. Había que conseguir dinero y víveres para el camino. Platten conocía mejor que nadie la escasez en que vivían sus protegidos.

Las cajas de emigrados prestaron a los revolucionarios rusos una ayuda inestimable. ¡Cuántos conciertos, veladas benéficas, informes y conferencias organizó Platten por aquel tiempo! En año y medio, desde fines del año doce hasta marzo del catorce, él dio personalmente gran número de conferencias en decenas de ciudades.

212

Platten sacó, bajo fianza suya, un préstamo de tres mil francos de la caja de la directiva del Partido Socialdemócrata de Suiza y compró comida para los diez días que duraría el viaje.

Platten hizo con Lenin el viaje. Atravesaron Alemania, que parecía, sin gente, tétrica y hambrienta. En el vagón, Lenin interrogó un día a Federico:

— ¿Qué opinión tiene usted de nuestra revolución?

— Comparto íntegramente sus opiniones respecto a los métodos y fines de la revolución, pero, como luchadores, ustedes se me figuran algo así como los gladiadores de la antigua Roma, que salían impávidos a la arena, alta la cabeza, al encuentro de la muerte.

Lenin se sonrió en respuesta a esas palabras, si bien parecía aún temprano para sonreír. Aún en el camino entre Berna y Zurich los emigrados hubieron de firmar una declaración:

“Confirмо:

1) que conozco las conversaciones celebradas entre Platten y la embajada alemana;

2) que me supedito a todas las disposiciones del jefe del viaje, Platten;

3) que conozco el comunicado de *Le Petit Parisiën* acerca de que el Gobierno Provisional ruso amenaza con declarar traidores a la patria a todos los que crucen Alemania;

4) que toda la responsabilidad política por este viaje la asumo yo solo;

5) que Platten me ha garantizado el viaje sólo hasta Estocolmo. Berna-Zurich.

9 de abril de 1917”.

En Torneo, un oficial inglés cacheó a Platten y le interrogó:

— ¿Qué motivos tiene para ir a Petrogrado y a Moscú?

Platten respondió:

— Voy a apoyar en el ministerio mi gestión de que me paguen la fianza que deposité en 1908 en el tribunal de Riga. Además, por asuntos privados, a visitar en Moscú a los padres de mi esposa.

213

El oficial tamboreó con los largos y huesudos dedos en la mesa.

— No le aconsejo que vaya. Lo volverán a detener, lo mismo que en 1907.

— ¡Eso no me hará cambiar de propósito! —cortóle secamente Platten.

El oficial se puso en pie tras de pensarlo un instante.

— No —denegó rotundamente—. Se necesita un permiso especial de Petersburgo.

Platten volvía de Torneo con una congoja en el corazón. Durante las entrevistas, casi diarias, que había tenido con Lenin a lo largo de estos años, había llegado a apreciarlo con toda el alma y no se imaginaba a Zurich sin Lenin, sin verlo y hablar con él. Rusia lo llamaba, lo atraía.

E iba en la dirección opuesta.

Sólo al cabo de ocho meses pudo llegar Platten a Petrogrado con el último grupo de emigrados. Lenin lo visitó en el vagón de los emigrados y se lo llevó en el automóvil al Smolny: tenía muchos deseos de hablar con él, quería enterarse de lo que pasaba en Suiza y Alemania...

Lenin soñaba con el tiempo en que por los míseros campos de Rusia atronasen los motores de miles de tractores y en que el campesino ruso comprendiera de verdad que su dicha futura era imposible sin el Poder soviético.

— A propósito, querido Federico —dijo Lenin pensativo, mirando a la ventana, blanca por el encaje de la helada—. No estaría mal que especialistas extranjeros como Federico Platten, a quien usted conoce bien, vinieran a nuestro país a organizar una comuna agrícola ejemplar. Que trajeran tractores, sembradoras, trilladoras, y mostrasen los métodos avanzados de llevar la hacienda. Pues este arado de madera de nuestros tatarabuelos quita al campesino media vida. Y además, no le da para comer... ¿Qué le parece la propuesta? ¿Eh? No, no, Federico, no me conteste ahora. Sé que en Suiza tiene montones de cosas que hacer... Con sus Grimm y Pflüger tienen que reñir aún sañuda batalla. ¡Sí, sí! Y aun con todo, piense en lo que le he dicho, camarada Federico, cuando se retire a descansar. ¿Eh?

214

Posteriormente, cuando Platten volvió a Rusia, el Gobierno soviético se había trasladado ya a Moscú. Camino a la nueva capital, Platten escuchó con el corazón en vilo los relatos acerca de la Rusia Soviética.

En Moscú se estaba preparando el I Congreso de la III Internacional, de la Internacional Comunista. El bloqueo impedía el paso de las noticias de Rusia a Suiza; por eso Platten tampoco sabía nada de la vida de la joven República Soviética excepto que, hambrienta y sangrando, rechazaba a los intervencionistas y a los contrarrevolucionarios sublevados.

Moscú lo recibió como a un invitado de honor. El mismo se sentía como si hubiese venido a parar a una gran fiesta. Tanto el Congreso de la Internacional Comunista como el VIII Congreso de los Soviets, al que Platten asistió como invitado de honor, infundían seguridad en la

victoria de las fuerzas luminosas sobre todo lo horrendo y tenebroso que molestaba a la gente.

El congreso lo dirigió Lenin; Federico Platten lo veía a menudo y no acababa de maravillarse de su energía y de sus fuerzas...

En el congreso, Platten conoció al comunista húngaro Tibor Szamuely. Y precisamente allí, durante el descanso entre dos sesiones, decidieron que en esta ocasión Platten intentaría llegar a Suiza por el Sur, volando con Tibor a Hungría.

Pues bien, como veníamos diciendo, en el verano de 1919, el “independiente” atamán Petliura no ahorcó ni fusiló en Kámenets-Podolsk al revolucionario suizo. El propio Platten se extrañó de que al final del segundo día le hicieran comparecer de nuevo ante el atamán, quien le interrogó largo rato y muchas cosas de Lenin. Al terminar, Petliura le dijo:

— No estoy acostumbrado a soltar vivos, de mis manos, a los comunistas; pero a ti te dejaré marchar. Sí, te dejaré. Si llevas una carta mía a tu Lenin y se la entregas en mano. ¿Estás de acuerdo?

— ¡Pues claro! —no pudo menos de exclamar Platten.

— ¡No corras tanto! —lo detuvo el atamán—. Me has de dar palabra de honor de que me traerás tú, personalmente, la respuesta. Si me das palabra, te llevaré yo mismo a la línea del frente. Y esperaré tu retorno con la respuesta de Lenin. Si me engañas, mi gente te encontrará dondequiera que te escondas y te estrangulará. ¡Ve y piénsalo!

215

¿Qué podía pensar Platten? Se le ofrecía la posibilidad de ver otra vez a Lenin y de hablar con él, de respirar el aire de la Rusia libre. Así, la fortuna volvió a llevar a Federico a Moscú. ¡Cuál no sería el asombro de Lenin cuando se enteró de que Platten, tras de estar en el nido de víboras de Petliura, dio palabra de volver allá y se proponía cumplirla! Al ver que Federico estaba enfermo, Lenin mandó que lo instalasen en uno de los mejores hospitales de Moscú. Cuando sanó, Platten llevó a Ucrania la respuesta: Lenin no renunciaba al armisticio con Petliura, pero le imponía la condición indispensable de hacer pública la transacción.

Platten estuvo varias semanas en el Estado Mayor del “independiente” atamán, que iba de ciudad en ciudad, hasta que acechó el momento oportuno para, engañando la vigilancia de los guardianes que le habían puesto, evadirse y cruzar la línea del frente hacia los suyos. Platten llegó de nuevo a Moscú. En el despacho de Lenin, en el Kremlin, recibió la noticia de las primeras victorias importantes del Ejército Rojo y se alegró de ellas.

Platten no podía estar inactivo, en Moscú. Quería retornar cuanto

antes a su patria y ponerse manos a la obra de fundar el Partido Comunista de Suiza. Lenin aprobó su resolución.

En un avión alemán de trofeo se intentó llevar a Federico a Alemania. Al sobrevolar Vilna, los antiaéreos lituanos dispararon contra el aeroplano. Perforado el depósito de la gasolina, apenas logró llegar a Kovno. Otra vez fue Platten a parar a la cárcel, lo incomunicaron y lo sometieron a interrogatorios. Siguió el más absoluto desconocimiento de lo que le esperaba. A los tres meses, los gobernantes lituanos entregaron a Platten a Alemania. Un mes después, Federico volvió a ver su calle de Spiegel.

Pero incluso en su país esperaba a Federico la cárcel. En la comisaría de policía le comunicaron que tenía una deuda pendiente: que aún no había cumplido la condena de seis meses por haber dirigido la huelga general de noviembre de 1918 y haber intentado sublevar las tropas.

216

De camino para la mazmorra de turno, Platten se reía amargamente de si no eran ya demasiados encarcelamientos para un año: en Finlandia, en Rumania, en Lituania y Alemania, la detención por Petliura y, para colmo, la reclusión bajo el cielo azul de su patria. ¡Sí, era demasiado para una sola persona!

En presidio, Platten leyó todos los libros de Lenin que Olga y sus camaradas lograron llevarle a la celda. Al leer con atención los trabajos de Lenin, fue comprendiendo con más claridad cuán nocivo era el socialchovinismo, si bien antes combatió asimismo sin tregua a los derechistas dentro de la socialdemocracia suiza.

Platten recordaba a menudo en la cárcel sus encuentros con Lenin. En Zurich se veían casi todos los días: bien en las reuniones de la internacionalista “Eintracht”, bien en las reuniones del Partido Socialdemócrata, bien en las reuniones de las organizaciones juveniles, por cuya actividad se interesaba vivamente Lenin.

Al discutir en una reunión de la organización del partido de Zurich, los acuerdos de la Conferencia de Zimmerwald, Platten lanzó la consigna: “Con los líderes, si ellos quieren; sin ellos, si no quieren; contra ellos, si se hace necesario”. Lenin apoyó fervorosamente a Platten.

En el congreso ordinario del partido, celebrado en noviembre de 1916, Lenin fue el representante oficial de los bolcheviques, y su proximidad, su aprobación, animaban a Platten. Entró en la comisión redactora de la resolución sobre la cuestión militar y escribió unas tesis, que cayeron en seguida en manos de Lenin.

Platten había escrito: “La guerra mundial contemporánea es una contienda por las esferas económicas de influencia y por la hegemonía

política. Es una guerra imperialista que se despliega por la explotación política y económica del mundo. .

Entrada ya la noche, sentado a su mesita de escritorio, en la pequeña habitación de la calle de Spiegel, Lenin subrayaba los pasajes que más le habían gustado y escribía en los márgenes con su fugaz letra: “¡Muy bien!”, llamaba a Krúpskaya y, leyéndole en voz alta lo que había subrayado, interrogaba, entornando los ojos, satisfecho:

— Cómo es, ¿eh? Ha dado en el mismísimo clavo.

Es archiexacto.

217

... No hay palabras suficiente para explicar la impaciencia que embargaba a Platten, que iba de un extremo a otro de su celda de la cárcel de Zurich, cuando de la calle le llegaban noticias emocionantes. Los camaradas que lo visitaban le decían cuánta falta hacía él en libertad. Los obreros lo esperaban. En agosto de 1919, en el congreso extraordinario del Partido Socialdemócrata de Suiza, celebrado en Basilea, se tomó el acuerdo de adherirse a la III Internacional, a la Internacional Comunista. Pero el referéndum general, en el que insistieron los derechistas, y durante el cual pusieron en juego toda su demagogia, desaprobó el acuerdo del congreso. Estaba claro que los líderes derechistas del Partido Socialdemócrata fueron a un conciliábulo con la burguesía.

Nada más salir de la cárcel, Platten abordó la fundación del Partido Comunista de Suiza. A principios de marzo de 1921 se anunció oficialmente su fundación. Para presidente eligieron a Franz Velti, y a Platten para secretario.

Platten vivió los últimos años en la Unión Soviética, adonde vino a cumplir un deseo de Lenin: fundar una comuna agrícola modelo. Con él vinieron varias decenas de obreros de Zurich: metalúrgicos, ebanistas y maestros de otras profesiones.

Cuando interrogaron a Platten en el Comisariado del Pueblo de Agricultura dónde quería fundar la comuna, él eligió la provincia de Simbirsk, tierra chica de Lenin. Allí, precisamente, en la aldea de Nóvaya Lava, distrito de Sysran, en una finca abandonada de un terrateniente se organizó la comuna “Solidaridad”. Esta comuna mostró a los campesinos cuánto podía darles el trabajo colectivo, sin explotación y sin miseria. Los suizos trajeron un tractor y aperos agrícolas, con los que en el campo ruso no se podía sino soñar por entonces.

Más tarde Platten dirigió otra comuna de este tipo, pero ya cerca de Moscú. Fue también subdirector de un sovjós, trabajó en la Internacional Sindical, en el Socorro Obrero Internacional y escribió un

Arseni Rutko. *Un corazón fiel* (Federico Platten)

libro sobre la repatriación de los emigrados rusos.

Federico Platten tuvo una vida larga y luminosa, llena de las grandes alegrías que le daba el saber que tenía razón, el saberse participante en una causa acertada, en una causa justa.

Elizaveta Drábkina. *Un poeta y cronista de la revolución de Octubre* (John Reed)

Elizaveta Drábkina

UN POETA Y CRONISTA DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

219



JOHN REED

Esta bochornosa noche de agosto de 1917, Petrogrado no dormía. La anterior tampoco durmió. No dormía la Avenida de Nevski, en cada esquina de la cual brotaban mítines por sí mismos. No dormían los barrios burgueses ni los hoteles de las embajadas extranjeras. No dormía el Palacio de Invierno, donde estaba en reunión permanente el Gobierno Provisional. No dormían las barriadas obreras.

En las ventanas se veían luces. En las calles se apiñaba gente, que escuchaba atenta si se oían cañonazos.

Hacía unos días que se habían corrido por Petrogrado, con la celeridad de la pólvora, rumores acerca de que los bolcheviques estaban preparando una acción armada. El Comité Central del Partido Bolchevique refutó enérgicamente estos rumores. Pero los bulos no se lanzaban por casualidad: so pretexto de que en Petrogrado se estaba preparando una acción bolchevique, el general Kornílov, jefe supremo, se puso de acuerdo con el Gobierno Provisional, retiró del frente varios cuerpos de ejército de caballería y la denominada “división salvaje” y los enfiló contra Petrogrado. Y cuando estas unidades estaban ya en marcha hacia la capital, Kornílov presentó a Kerenski, jefe del Gobierno Provisional, un ultimátum para que le entregara todos los poderes y lo proclamasen dictador llamado a poner fin a la “anarquía revolucionaria”.

220

Kornílov lanzó el ultimátum el 27 de agosto, el mismo día, pero seis meses después de la caída de la autocracia zarista. A lo largo de este medio año, el bloque menchevique- eserista gobernante no dejaba de gritar que la revolución estaba amenazada por un peligro mortal desde la “izquierda”, por parte de los bolcheviques. Y gritando contra el peligro “de la izquierda”, animaba y fomentaba la contrarrevolución burgues-terrateniente. Ahora había promovido una sedición con el propósito de implantar una dictadura militar y volver al viejo régimen.

Por eso Petrogrado no dormía. En los barrios burgueses y en los hoteles de las embajadas se captaban con ansiedad los ruidos de la noche y se escuchaba si al fin abrirían fuego los cañones de Kornílov. Y él Petrogrado de los obreros forjaba sin fatiga armas y enviaba en defensa de la revolución a un destacamento tras otro contra Kornílov.

Sólo en la noche del 30 de agosto¹⁴ se supo que la sublevación de Kornílov había sido aplastada. Bajo el efecto de la propaganda revolucionaria, en las unidades que avanzaban hacia Petrogrado empezó la efervescencia. Se negaron a atacar a Petrogrado y depusieron a sus jefes y oficiales. Kornílov y su Estado Mayor fueron detenidos, y la maniobra contrarrevolucionaria quedó frustrada.

Pero la agitación que había puesto en pie a la capital no se aplacó. Las calles seguían llenas de gente.

Precisamente en esas jornadas apareció una figura nueva en Petrogrado. Su aspecto era tan extraordinario, que incluso en aquellos tumultuosos días llamaba la atención.

221

Alto, grandes y claros los ojos, llevaba una camisa de franela con el

¹⁴ Las fechas en lodo el relato se dan según el viejo calendario.

cuello siempre desabrochado y pantalones de montar color caqui. El sombrero, echado con descuido hacia la nuca; y los indómitos cabellos, ligeramente rizados, en desorden. Sus movimientos eran ágiles, caminaba a largos pasos. Pero, a mitad del más raudo movimiento, se detenía de pronto y escrutaba y escuchaba con cara llena de atención e interés, lo que sucedía en derredor.

En un mismo día lo veían en el Estado Mayor de la revolución y en el de la contrarrevolución, en el bullente Smolny y en el ceremonioso Palacio de Invierno, sede del Gobierno Provisional; en un mitin de los obreros de la fábrica de Obújov y en el hotel del rey del petróleo Lianózov, el “Rockefeller. ruso”; junto a una hoguera, a la que se calentaban los soldados de la Guardia Roja, y en el Teatro de Alejandro, inundado de luz y oro, donde ante el vacío palco real, seguían montando guardia los cadetes del Cuerpo de los Pajes.

Cuando preguntaban a este desconocido quién era, respondía, primero en inglés, luego en francés, si no lo comprendían, y por último en mal ruso, si seguían sin comprenderlo, que era un representante de la prensa socialista norteamericana. ¿Cómo se llamaba? Reed, John Reed...

Nadie, ni él mismo, suponía que era él precisamente quien tenía predestinado ser el primer bardo y cronista de los grandes acontecimientos históricos, en vísperas de los cuales se encontraba la Rusia revolucionaria a la sazón.

Las revoluciones llevan a menudo los destinos humanos a los virajes más inesperados. Pero el viraje que la Gran Revolución Socialista de Octubre dio a la suerte de John Reed fue único y sin par.

John Reed había nacido en el Lejano Oeste de los Estados Unidos de Norteamérica, pero se descubrió a sí mismo en verdad y encontró su concepción del mundo y su derrotero en la Rusia revolucionaria. Sus padres pertenecían a la aristocracia burguesa. Su padre era un hombre de negocios que prosperaba y mariscal de los Estados Unidos¹⁵, y él se había hecho un revolucionario proletario. La Norteamérica capitalista le ofrecía todas las posibilidades de prosperidad burguesa, y él se convirtió en uno de los organizadores del Partido Comunista de los EE.UU., en bardo de las sublevaciones de los pueblos.

222

¿Cómo y por qué ocurrió eso? Para responder a esta pregunta hay que repasar, aunque sea someramente, su biografía.

¹⁵ Mariscal de los EE.UU. es un representante de la administración y de la policía en las zonas alejadas del país.

Elizaveta Drábkina. *Un poeta y cronista de la revolución de Octubre* (John Reed)

John Reed nació el 22 de octubre de 1887 en Portland (Estado de Oregón) de una familia aristocrática. La casa de su abuela, en la que creció, fue denominada, y no por casualidad, “Château” (El castillo). Era, efectivamente, un edificio construido al estilo de los castillos medievales franceses, rodeado de un parque, en el que pastaban ciervos domesticados. La infancia de John transcurrió en medio de una abundancia y bienestar completos. Cuando terminó la Academia de Portland, en la que estudiaban los hijos de los ricos de la ciudad, ingresó en un colegio aristocrático y luego en la Universidad Harvard, establecimiento donde se preparaba a los futuros hombres de negocios, banqueros, abogados, directores de “trusts de cerebros”, secretarios de Estado, jefes de partidos políticos e incluso presidentes de la República estadounidense. La fortuna hizo cuanto pudo por que Reed figurase entre los más prometedores: rico, apuesto, inteligente, talentado, sabía hacer todo lo que se requería de un joven, del que se espera mucho, de aquel medio, desde jugar al béisbol hasta pronunciar discursos sobre cualquier tema. E incluso las líneas de su mano formaban la letra “M”, lo que, según los indicios norteamericanos, le prometía, “money”, dinero.

No obstante, durante la adolescencia Reed ya se sintió a menudo un extraño, un *outsider* entre sus coetáneos. Le eran ajenos los sueños de éstos en un bienestar mercantil. Tenía el alma llena de visiones poéticas. Escuchaba con avidez las leyendas, compuestas en su tierra, sobre el Impávido Paul Benyan, poderoso protector de los leñadores, y de su compañero Johnny, alias Alma de Tinta. Siendo aún pequeño, Reed definió su vocación de poeta.

Empezó a escribir poesías y poemas ya en el colegio. Colaboró en revistas estudiantiles. Cuando terminó la Universidad Harvard, hizo un viaje por Europa y, al regresar, se instaló en Nueva York, alquiló con un amigo un piso en el barrio de los artistas, Greenwich-Village, y se entregó a la literatura.

223

Vivió varios años entre bohemios, contrayendo todas las enfermedades infantiles propias de estas gentes: la marcha al mundo de los libros, las discusiones en torno a “la torre de marfil”, a los “ismos” de toda clase, las búsquedas de formas en detrimento del contenido y el rápido cambio de ídolos: Keats, Tennyson, Walt Whitman, Apollinaire, etc. Pero tuvo una inmunidad absoluta para un tipo de estas enfermedades: el hastío y el esnobismo. Amaba la vida con pasión, tenía siempre el alma abierta de par en par para recibir las impresiones del ser, todo le preocupaba, todo lo emocionaba.

Precisamente durante aquellos años conoció John Reed a Lincoln

Steffens, uno de los mejores periodistas norteamericanos de su tiempo.

Cuando Reed fue a ver a Steffens, éste sintió que por primera vez en su larga vida veía un haz tan prieto de jovialidad pura. Ni el rayo del sol, ni el batir de la ola, ni un animalito, ni un pajarillo, ni un pez juguetero en el agua, ni una estrella rutilante en el cielo rebosaban tanta felicidad como él.

Reed y Steffens se hicieron amigos en seguida. Reed entraba a menudo, en medio de la noche, en la habitación de Steffens para hablarle de la “cosa más maravillosa del mundo” que acababa de ver, oír o hacer. Todo cobraba vida en sus narraciones: cualquier persona, cualquier idea. Todo le parecía lo “más maravilloso del mundo”.

Al mirarlo, Lincoln Steffens se decía: “Si John es siempre como ahora, se hará un poeta que verá y cantará únicamente la alegría”.

Pero no ocurrió así.

Al verse frente a frente con la vida, Reed no pudo ser artista nada más, no pudo ser poeta que cantase únicamente la alegría y no viese las horribles contradicciones de la realidad capitalista.

“Nueva York y sus habitantes —escribió luego— fueron un libro abierto para mí; todo tenía su historia, dramática, llena de irónica tragedia y terrible humorismo. Allí vi por primera vez que la realidad rebasa las más fogosas fantasías poéticas de los rebuscados novelistas medievales...”

224

Procuró pintar en sus obras el mundo que lo rodeaba. Escribía y rompía lo escrito. Buscaba pinceladas exactas y bruscas. Y volvía a romper las cuartillas y escribir otras.

Las poesías, narraciones y ensayos de John Reed, escritas durante los primeros años de su labor literaria, si bien constituyen un testimonio del indudable talento de su autor, no son obras excepcionales. Al leerlas, parece que uno ve plata cambiada por calderilla. Falta un estilo formado, falta un teína determinado propio. Y cuando Reed se dirige al pueblo, los héroes de sus obras son personas de los bajos fondos de Nueva York, quebrantadas por la vida.

Lo mismo que Anteo cobraba fuerza, tocando la tierra, el talento de Reed tenía que estar impregnado de la savia de la vida auténtica.

Y en eso, como suele decirse, Reed tuvo suerte. Le ayudaba la propia vida.

En febrero de 1913 se declararon en huelga veinticinco mil obreros de las hilanderías de seda de la ciudad de Paterson, cerca de Nueva York.

La casualidad presentó a John Reed a uno de los dirigentes de la huelga, Bill Haywood, dirigente obrero conocido en toda Norteamérica.

Primero el famoso Bill el Grande despertó en Reed un interés puramente periodístico. Pero cuando le contó la marcha de la huelga y la carga de la policía contra los huelguistas y le propuso ir a Paterson para que viera con sus propios ojos lo que ocurría allí, Reed acudió en el acto.

Dos días después Reed caminaba por las calles de Paterson, ciudad que parecía un conglomerado sombrío de tintorerías, fábricas textiles de seda y casas como cuartelones para los obreros. Vio personalmente por primera vez en forma materializada, y no deductiva, el mundo de la explotación capitalista, en el que, hablando con palabras de Bárbara Hummond, todo gira y da vueltas en aras de la ganancia, donde, el sudor, la sangre, las lágrimas de los niños, el polvo, el humo, la ignorancia y la desesperación, todo, es objeto de ganancia; donde la ciudad no es más que un lugar para que la gente trabaje y duerma, donde el hombre no es más que una ruedecita de la gigantesca máquina de explotar dinero, donde toda la sociedad, toda la vida de la sociedad lleva la maldición de Midas, que convertía en oro frío y muerto lo que tocaba.

225

Reed tomó el bando de los huelguistas. En un choque con la policía, fue detenido. Compareció ante los tribunales. Lo condenaron a veinte días de reclusión, que pasó en una celda con otros huelguistas, escuchando sus relatos y cantando con ellos canciones combativas.

Cuando volvió a Nueva York, Reed se puso a escribir, sin pérdida del tiempo, un artículo que tituló: *La guerra de Paterson*. “En Paterson, Estado de Nueva Jersey, se ha desencadenado una guerra. Pero es una guerra curiosa —empezaba el artículo—. Toda la violencia está de un lado, del lado de los propietarios de las fábricas. La policía, servidora suya, aporrea a los hombres y mujeres indefensos...”

Reed contó con exactitud, laconismo y riqueza de metáforas lo que vio y comprendió en Paterson. Pero un artículo no podía englobar todos los sentimientos que se acumularon en su conciencia. A Reed lo perseguía el pensamiento de que había hecho muy poco para los huelguistas. Aún tenía que encontrar algo más. Pero, ¿qué?

¿Escribir un artículo más? ¡No!

Haría otra cosa: escribiría y pondría en escena un drama en el que hablaría de la huelga, ¡y los actores de este excepcional espectáculo serían los propios huelguistas !

Tras de alquilar la sala de Madison Square Carden, la mayor de Nueva York, Reed presentó en su escenario *La lucha del proletariado de Paterson contra el capital*. El autor y director de escena fue él; de actores hicieron los huelguistas y sus dirigentes Bill Haywood y

Elizabeth Gurley Flynn, futura presidente del Partido Comunista de los EE.UU. El éxito del espectáculo fue asombroso.

Con ese espectáculo y con el ensayo acerca de la huelga en las hilanderías de seda, Reed pronunció su primera palabra auténtica en el arte. Por primera vez sonó potente su voz, inimitable y completamente distinta de las demás, voz que no se dirigía a los salones literarios (ni aún al más izquierdista, al de tendencia más modernista), sino a todo el país.

226

Poco después Reed fue a México, donde había estallado una insurrección campesina. Fue como corresponsal del periódico *Metropolitan*, uno de los mayores de Nueva York. Pero llevaba al hombro un Winchester, que ponía en juego durante los combates contra las tropas gubernamentales. Y la pluma, con la que escribía la verdad del México sublevado, podíase equiparar con pleno fundamento a una bayoneta, pues la verdad de México era un combate por la libertad de México.

Reed tenía tan buena puntería como buena pluma. Cuesta trabajo creer que escribía sobre la marcha sus brillantes artículos, impregnados de los aromas de las planicies mexicanas y teñidos de todos los colores de la tierra mexicana, que tratan de las gentes de un país sublevado, de sus ideales, de su vigor y su debilidad, de su fisonomía y su vida espiritual, en un campamento militar a la luz de las estrellas o al borde de una mesa coja en cualquier ruidosa taberna.

Las correspondencias del México sublevado dieron fama a Reed. Llegó a ser uno de los periodistas mejor pagados de los EE.UU., lo llamaron “el Kipling norteamericano”. Ante él volvieron a encenderse las luces verdes de la llana vía de la prosperidad burguesa.

¡Cuánta gente ha habido en el mundo que no pudo resistir esa tentación! Pero Reed no figuró entre ella...

El bolchevique ruso B. Reinstein, que lo conoció en la intimidad y participó muchos años en el movimiento obrero norteamericano, señaló con gran exactitud que los rasgos principales de Reed fueron el amor a la Verdadera libertad y una audacia sin límite de pensamiento y acción. Una persona de ese carácter no podía estar bien avenida con la Norteamérica capitalista, tenía que entrar en conflicto con ella.

Al retornar a los Estados Unidos, Reed publicó una serie de artículos consagrados a México. Denunció la intervención que los EE.UU. preparaban contra el México revolucionario y demostró que la política exterior de los EE.UU. estaba dirigida por los reyes del petróleo del trust “Standard Oil”, perteneciente a Rockefeller.

Luego Reed fue a Ludlow (Estado de Colorado), donde estaban en

huelga los mineros del mismo Rockefeller. El resultado del viaje fue el violento reportaje *La guerra en el Colorado*. Reed contó cómo los mercenarios de Rockefeller pegaron fuego a un campamento de los mineros en huelga y cómo sucumbieron entre las llamas hombres, mujeres y niños...

227

Todo eso ocurrió en vísperas de la primera conflagración mundial. En cuanto empezó la contienda, Reed se fue a Europa como corresponsal de guerra.

Estuvo en el Frente Occidental, visitó Italia, Francia, Suiza, Alemania y Bélgica. Vio los trenes de reclutas, la juventud de Europa enviada al frente como carne de cañón. Vio también otros trenes, los que volvían del frente. De sus vagones salían gemidos y el siniestro olor del yodoformo. Permaneció varios días en París, que parecía muerto. No se veía un alma en el laberinto de tortuosas y angostas callejas. Únicamente los largos haces blancos de luz de los reflectores que escrutaban el cielo nocturno, y el acompasado pisar de los soldados que marchaban al frente rompían la oscuridad y el inquieto silencio.

Tras de vencer mil dificultades, Reed logró presenciar el campo de batalla del Mame, la mayor batalla que se riñó a la sazón. Vio horrorizado los largos montones amarillos de tierra con restos de cal viva por los bordes: allí habían apilado los cadáveres de alemanes y franceses para darles sepultura.

¿En aras de qué se mataban los unos a los otros?

Reed vio a mujeres con ojos demenciales. Y a mutilados, sin piernas. Y a gente que había perdido el juicio bajo el fuego de la artillería. Y a ricos que despilfarraban en juergas nocturnas las ganancias que les reportaba la guerra.

En Alemania, Reed visitó a Carlos Liebknecht que, sentado a su lado, razonaba en voz alta qué debía hacer, como socialista, en aquellos momentos trágicos para la humanidad.

Más tarde Liebknecht respondió a esa pregunta, votando en el Reichstag contra los créditos de guerra.

Pero, ¿en qué consistía el deber de Reed?

Reed decidió mostrar a la gente la faz auténtica de la guerra.

Por entonces, cuando en torno a él habíase desencadenado la sicosis de la guerra y los periódicos de las partes beligerantes gritaban a los cuatro vientos que la guerra se hacía en aras de sus ideales “sagrados”, “nobles”, “desinteresados” y “emancipadores”, Reed publicó unos artículos llenos de ira y pasión. En ellos procuraba demostrar que todas las guerras de las denominadas grandes potencias, a lo largo del último

siglo, no habían sido otra cosa que episodios de la “guerra de los comerciantes”.

228

Reed fue el primero en mostrar a Norteamérica cuán repugnante e inhumana es la guerra. Sus ensayos eran una demoledora acusación de esta contienda. Con ellos Reed se granjeó el cariño y la simpatía de millones de gentes sencillas. Pero hicieronlo asimismo objeto del odio de quienes se habían llenado los bolsillos merced a la guerra.

Los periódicos viperinos empezaron a atacar a Reed. Le volcaron encima un alud de falsedades, calumnias, infamias e hipocresías.

Cuando quiso volver a Europa, para escribir una y otra vez la verdad de aquella maldita conflagración, el Gobierno francés le negó el visado.

Entonces Reed decidió ir con el dibujante Robinson a los Balkanes y a Rusia.

Reed y Robinson visitaron en Servia el “valle de los cadáveres”, como se empezó a llamar el antes florido valle que se extiende al pie de la montaña de Guchevo. Después de la batalla, toda la tierra estaba removida y se veían por doquier cráneos y huesos humanos.

La guerra y la “fiebre manchada” (como llamaban por aquellos lugares al tifus exantemático), que le pisaba los talones, habían devastado los pueblos. En las bateas de los trenes militares yacían soldados extenuados. Algunos temblaban de fiebre.

Una noche oscura de 1915 Reed y Robinson cruzaron el río Prut en una barca grande de fondo plano, llena de agua hasta la mitad, y se vieron en Rusia. No tenían permiso oficial de entrada, se metieron “polla puerta falsa”.

Los periódicos estaban llenos de patrañas sobre la situación en los frentes. Reed y Robinson suponían que las tropas rusas entrarían de un momento a otro en Berlín. Y en realidad, seguían retrocediendo, llenas de pánico, de la Galicia rutena Oriental.

Hubiérase dicho que la historia se preocupaba de que Reed viera con sus propios ojos la monstruosa, faz de la Rusia zarista. Como en un caleidoscopio, pasaban ante él cerriles generales que daban órdenes más cerriles aún; estados mayores que iban atolondradamente de un lado a otro; borrachos y merodeadores, que se enriquecían con los pedidos militares, “capturadores de espías” que ahorcaban a hebreos y polacos; oficiales sin entrañas, que enviaban a los soldados a una muerte absurda.

229

De nuevo vías llenas de trenes, hospitales en las estaciones. De nuevo lamentos de heridos y fetidez cadavérica. E interminables trenes mercantes llenos de soldados.

Unos cernícalos “cazadores de espías” tomaron a Reed y a Robinson por sospechosos y los registraron. Les encontraron cartas dirigidas a hebreos, ciudadanos de Rusia. Eso fue suficiente para que los detuvieran y los culparan de espionaje militar. Pese a sus protestas, Reed y Robinson fueron recluidos. Les amenazaba la pena de muerte. Les costó muchísimo lograr que se notificara su detención a las embajadas inglesa y norteamericana. Al fin los pusieron en libertad. Reanudaron su camino, sin pérdida de tiempo, en dirección a Retrogrado. En la embajada norteamericana, Reed fue recibido con frialdad y le recomendaron que regresara a su casa cuanto antes. El hotel “Astoria”, en el que se había alojado, estaba lleno de sabuesos de la policía. Le seguían los pasos. Reed procuraba despistarlos para reunir la mayor cantidad posible de impresiones de Rusia.

Luego de muchas peripecias, la cosa terminó en la expulsión de Reed y Robinson de Rusia en julio de 1915. Pero incluso esa breve estancia en Rusia fue suficiente para que Reed sintiera cierta atracción por ella. Rusia le pareció severa, magnífica, inabarcable, desconcertante e incomprensible para sí mismo. Con la sagacidad que le era propia, no dejó de ver la huelga de los treinta mil obreros de la fábrica de Putílov, ni la repulsa del pueblo a la guerra, ni que el “Gobierno zarista —la burocracia— no infundía confianza a las masas; era algo así como otra nación que se había montado encima del pueblo ruso”.

¿Acaso podía pensar que este país y su pueblo iban a desempeñar un papel tan decisivo en su suerte?

Reed volvió a Nueva York. El militarismo y el chovinismo, alentados por los magnates de los monopolios, prosperaban a más y mejor. La guerra había reportado a los capitalistas estadounidenses ganancias inauditas. Los traficantes con la muerte se enriquecían sin pudor, vendiendo armas a ambos campos beligerantes. Pero no les bastaba con eso. Empujaban a la guerra a la propia Norteamérica.

230

“¡A la República la agarran por el gaznate!” —escribió Reed, llamando a su pueblo a que no tolerase que lo arrastraran a la sangrienta matanza.

Escribía, hablaba, gritaba para que la gente comprendiese qué era la guerra, para que odiase la guerra como la odiaba él.

Los enemigos de Reed le iban estrechando el cerco. Querían vengarse de él por todo lo que había hecho durante los últimos años, por haber apoyado a los huelguistas de Puterson y Colorado, por haber participado en la revolución mexicana y por los reportajes de la guerra en Europa.

Sin temer nada ni a nadie, Reed siguió en su puesto, luchando

contra la guerra. Pero llevaba un peso en el alma: eran demasiadas las ignominias y traiciones en derredor. A veces se desesperaba. Pero de la muerte no habló en toda su vida literaria más que una vez, en la poesía *Niebla* que escribió por entonces. Ni siquiera su amor y matrimonio feliz con Luisa Bryant le devolvieron la jovialidad.

Le faltaba ya poco para cumplir los treinta años. En el esbozo de autobiografía, que parece una confesión, habló de que ya había pasado su juventud.

Notaba que aún no había dado con el camino certero, que no sabía cómo ayudar de verdad a la gente.

“Lo único que sé —escribió— es que mi felicidad se eleva sobre la miseria de otros, que yo como bien porque otros pasan hambre, que voy vestido porque otros caminan casi desnudos en invierno por las ciudades heladas. Y eso me envenena, me quita la tranquilidad...”

Reed se asfixiaba en Norteamérica, no podía soportar aquel ambiente. Pero no veía ninguna salida.

¡De pronto le llegó la noticia de la revolución en Rusia!

Primero la presentaban en la prensa norteamericana como si toda ella se redujera a un cambio de Gobierno. En vez del Gobierno que llevaba mal la “guerra de los comerciantes” había venido otro que la llevaría mejor.

231

En los EE.UU., al otro lado del océano, no se oyó en seguida la voz de la revolución rusa, la voz del pueblo, la voz de los bolcheviques.; Pero de pronto sonó un nombre nuevo, el nombre del hombre en quien se concentraba el odio mortal de las clases dominantes:

¡Lenin!

Reed comprendió que la revolución rusa no era un pequeño golpe palaciego, sino una gran revolución popular. Que daba aún los primeros pasos. Y, al comprenderlo, decidió que su lugar estaba allí, en Rusia.

Reed arrancó literalmente a las autoridades el permiso para ir a Rusia.

Con cuánta lentitud transcurrió el tiempo hasta que se terminaron todos los trámites. Al fin se vieron él y Luisa Bryant a bordo de un trasatlántico que cruzaba el océano.

Siguiendo una costumbre dilecta, Reed se pasaba todo el tiempo en la cubierta de arriba. Caminaba por ella, de extremo a extremo, a largos pasos, escuchando el ruido de las olas y recitando en voz alta sus poesías preferidas, sobre todo el *Poema a la libertad de Asia, África, Europa, América, Australia, Cuba y los archipiélagos*, de Walt Whitman, en el que se ensalza a todos los rebeldes de todos los tiempos

y pueblos, el poema que más gustaba por entonces a Reed. "

Así era el hombre que llegó a Retrogrado al día siguiente del aplastamiento de la sublevación de Kornílov.

Tras de aceptar en el hotel la primera habitación que había libre, Reed se lanzó sin pérdida de tiempo al torbellino de la vida política.

Iba de un extremo de la ciudad al otro, hiciera frío o calor, ya caminando por el escurridizo barro otoñal, ya colgando del estribo de un tranvía lleno hasta los topes. Entabló relaciones con extraordinaria rapidez en los medios más distintos de la sociedad de entonces, tomaba interviús a los políticos y a los soldados rasos, charlaba con catedráticos demócratas constitucionalistas y con los obreros del barrio de Vyborg, con diplomáticos y con especuladores, con gentes que sustentaban diversos puntos de vista, hasta los diametralmente opuestos. Escuchaba a la revolución y a la contrarrevolución, leía decenas de periódicos y recordaba, con el agudo carácter observador del verdadero artista, a centenares de personas, sus costumbres, su manera de hablar, sus opiniones.

232

Reed conocía quince o veinte palabras en ruso, las pronunciaba mal, con acento inglés. Mas, cosa extraña, sin necesidad de intérprete, comprendía a su interlocutor incluso si se trataba de un campesino o un soldado totalmente analfabeto. Al mismo tiempo, se hacía entender por su interlocutor. Le era propia la inequívoca sensación de la entonación, del gesto, del ademán, a los que él traducía con exactitud y donaire la lengua de las palabras y los conceptos.

Le interesaba todo lo de la revolución, los acontecimientos y los hombres. Pero había una persona, de la que quería saber más que de todos los demás: Lenin.

Albert Rhys Williams, periodista norteamericano, con quien Reed trabó amistad en Petrogrado, contó en sus memorias:

"Por las noches, cuando, al fin, llegábamos muertos de cansancio a nuestras habitaciones del hotel, hablábamos a menudo de esta persona, que aún no habíamos visto. Procurábamos imaginarnos qué aspecto tenía, en qué consistía la fuerza de su encanto, por qué atraía tanto los corazones de todos estos obreros hambrientos, de todos estos soldados y marineros andrajosos...

"Lenin, el enigmático Lenin, a quien unos maldecían y declaraban espía alemán, incluso anticristo, y otros ensalzaban, lo consideraban auténtico genio revolucionario, a quien atacan furiosos los periódicos de casi todos los partidos, cuyo propio nombre despierta simplemente el odio feroz de los oficiales y llena de entusiasmo los ojos de los

obreros, de los soldados y los marinos, ese Lenin, a quien aún no hemos visto, excita más y más nuestra imaginación... liemos preguntado por él a nuestros conocidos entre los emigrados revolucionarios rusos que han vivido en los Estados Unidos y han regresado a Rusia. Algunos lo conocen, otros no conocen de él más que sus obras. Pero todos hablan entusiasmados de él. Y, cosa típica, nadie ha logrado pintarnos su retrato. Nuestra impaciencia por verlo es mayor cada día, y él, mientras tanto, se ve obligado a esconderse de los sabuesos del Gobierno Provisional...”

233

Reed, con su fantástica imaginación se figuraba a Lenin un hombre de altura gigantesca, de robustas manos y puños de una arroba cada uno, un hércules como el bogatyr ruso Iliá Múromets.

Al caminar a largos pasos por la habitación, sacudiendo sus indómitos cabellos, Reed repetía con tesón:

— ¡Tengo que ver a Lenin! ¡Y lo veré!

El sueño de Reed se cumplió, pero no en seguida. Lo precedió una larga serie de dramáticos acontecimientos, de los que estaba lleno el otoño del sin par año diecisiete.

Reed tenía tiempo para ir a todas partes. Presenció la disolución del anteparlamento y el levantamiento de las barricadas, asistió a las sesiones del Soviet de la República y a los mítines de las fábricas y de los cuarteles de los soldados. Sus cuadernos de notas se iban llenando: “He ido al Palacio de Invierno...” “Me he pasado todo el día en el Smolny...” “He estado en esta habitación mirando a los nuevos diputados al Soviet...” “Me he encaminado al río, al circo “Modern”, a uno de los mítines monumentales del pueblo que se han celebrado por toda la ciudad...”

Por un afortunado capricho del destino, en uno de esos mítines del circo “Modern” John Reed se sentó a mi lado, la autora de estas líneas. Distinguí en seguida al desconocido por su aspecto poco frecuente y su porte; pero tal vez lo hubiera olvidado si no lo hubiera vuelto a ver luego en el Smolny, entre el bullicioso torrente de obreros, soldados y guardias rojos; alto, rubio, con los ojos muy abiertos, escrutaba con ansiedad el mundo que lo rodeaba.

Reed no se limitaba a observar: sopesaba, valoraba, comparaba y analizaba. Comprendía que la revolución rusa se desarrollaba “según las leyes de la lucha entre las clases, descubiertas por Marx”. Vio la traición de los mencheviques y los eseristas, la infamia de la burguesía, la traición y las confabulaciones de los generales que soñaban con aplastar la revolución a sangre y fuego y estaban dispuestos a entregar el país a los alemanes con tal de no consentir la victoria del pueblo, la

victoria de los bolcheviques. Miraba al futuro sin miedo. Estimaba que el aumento de la influencia bolchevique era lo más importante que ocurría en Rusia “sobre el fondo de las tempestades y de la rápida sucesión de los acontecimientos”. Comparaba el incremento de las fuerzas bolcheviques con la salida del sol.

234

Desde los primeros días que llegó a Rusia, no tuvo duda de cuál de los bandos contendientes era el suyo. Escuchaba con impaciencia el ruido de la tempestad creciente. Pero ¿cuándo se levantaría, para barrer todos los obstáculos, la ola mayor? Como escribiera luego en broma Williams, Reed “saltaba todas las mañanas de la cama y se asomaba a la puerta para cerciorarse de si había empezado la revolución...”

La aparición en Petrogrado de un periodista norteamericano que no ocultaba sus simpatías por los bolcheviques no podía pasar inadvertida a la vigilante atención de la embajada estadounidense, la cual se había formado, además, una opinión muy poco favorable de Reed después de su llegada a esta capital en el verano del año quince.

D. R. Francis, el embajador norteamericano en Rusia, puso a Reed un agente particular para que lo vigilase. Pasado cierto tiempo, a Reed le faltó la cartera. Creyó que la había perdido. Pero se la había robado el agente de míster Francis para entregársela a su jefe. Al día siguiente, el embajador envió a Washington un cablegrama cifrado: en la cartera de Reed se hallaron cartas y recomendaciones, de las que se desprendía que Reed era socialista y miembro de la redacción del periódico socialista *Ney York Call*, que “había sido cordialmente recibido por los bolcheviques, f con los que, por lo visto, había concertado previamente su viaje”. En las memorias que Francis publicó posteriormente confesó que, después del “desenmascaramiento” que había hecho, “empezó a considerar a Reed, por supuesto, una persona sospechosa y mandó que le vigilaran todos los pasos”.

En las mismas memorias se aduce el parte del agente que seguía los pasos a Reed y hasta llegó a conversar bastante tiempo con él.

Con el lacónico estilo de las denuncias, el agente escribió de Reed: “Dice que es socialista. Ha dicho: los obreros pueden dirigir solos las fábricas. En algunas fábricas ya han empezado, y con éxito total... Sólo los bolcheviques tienen un programa verdadero...”

“Ha dicho: si a los obreros les pagaran todo su trabajo, recibirían toda la ganancia...”

“Ha mencionado la teoría de Marx. Por lo visto, está enterado de todo lo que ocurre en los partidos socialistas...”

235

Reed empezaba el día leyendo el periódico bolchevique *Rabochi put* ("El camino del obrero"). Buscaba los artículos de Lenin y los encontraba.

Lenin procuraba demostrar de número en número y de artículo en artículo la necesidad de la insurrección armada y de la conquista del poder político por el proletariado. A Zinóviev y Kámenev, que estimaban que la sublevación estaba condenada al fracaso, los criticaba con ira, desprecio y sarcasmo. La idea que presidía en todos sus artículos era: "La tardanza equivale a la muerte". A fines de octubre, en el periódico *Rabochi put* apareció un fragmento de la *Carta a los camaradas* de Lenin, que John Reed calificó de "una de las acciones políticas más intrépidas y audaces que el mundo ha visto".

Reed no sabía que Lenin había vuelto en secreto a Petrogrado. No estaba enterado de las reuniones que Lenin había tenido con los camaradas en medio de la mayor conspiración. No tenía idea de las reuniones del Comité Central del Partido, en las que se rechazó la posición capituladora de Zinóviev y Kámenev y se aprobó el punto de vista de Lenin, que llamaba al partido a aplicar la política más enérgica y audaz, "que sólo puede ser la insurrección armada".

¡Atacar con todas las fuerzas y triunfaremos por completo en unos cuantos días!" —escribía entonces Lenin.

Reed no sabía todo eso. Pero lo presentía, lo adivinaba. Comprendía que la insurrección era cosa de los próximos días y aun quizás horas.

Pero, al fin, los acontecimientos llegaron a su punto culminante. El Gobierno Provisional hizo una tentativa para librarse de los proletarios de Petrogrado.

Quiso evacuar las mayores fábricas y sacar de la ciudad las unidades militares revolucionarias. Los obreros respondieron constituyendo el Comité Militar Revolucionario y pasando a la preparación directa de la insurrección.

Tanto la revolución como la contrarrevolución reunían fuerzas para el choque decisivo. Los días siguientes decidirían de quién sería la victoria.

236

Reed vivía al máximo de tensión. No dormía más de tres o cuatro horas al día. Se olvidaba a menudo de comer. Llevaba los bolsillos de la cazadora llenos de cuadernos de notas y octavillas, que se repartían profusamente a la sazón, y de carteles, que él arrancaba a veces de las paredes. Procuraba recoger con la mayor exactitud y profundidad, con todas las fuerzas, los extraordinarios acontecimientos de aquellos días, ide aquellos diez días que estremecieron el mundo!

Reed empezó la cuenta de aquellos días desde el 21 de octubre. Por

la mañana temprano se encaminó al Smolny, que parecía un hervidero. Ya se había constituido el Comité Militar Revolucionario. El Comité Central del Partido de los bolcheviques determinó el plan y los plazos de la insurrección. Se daban las primeras órdenes del Estado Mayor de la revolución.

El domingo, 22 de octubre, Reed anotó:

“En los cuarteles y en las barriadas obreras los bolcheviques propagan su consigna: “¡Todo el poder a los Soviets!”... Agentes de las fuerzas tenebrosas instigaban al pueblo a acuchillar a los hebreos, a los tenderos y a los dirigentes socialdemócratas...

Por una parte, artículos pogromistas de la prensa monárquica; por otra, la voz atronadora de Lenin, llamando a la insurrección, pues no se podía esperar más.

Reed estaba en lo más peliagudo de los acontecimientos. Observaba lo que ocurría en el Smolny, en el Palacio de Mariinski, en las calles y en las plazas. Fue uno de los primeros en irrumpir en el Palacio de Invierno con los destacamentos de obreros, soldados y guardias rojos y entró en la sala en la que acababa de celebrarse la última reunión del Gobierno Provisional.

Vio muchas cosas, una infinidad de cosas. Pero no lo abandonaba un instante la idea de cuándo se entrevistaría con Lenin.

La entrevista se celebró el 26 de octubre, durante la histórica reunión del II Congreso de los Soviets de toda Rusia, en el que se aprobaron los primeros decretos soviéticos de la tierra y la paz.

La reunión empezó a eso de las nueve de la noche. Reed estaba sentado a la mesa de los periodistas. De pronto se oyó un griterío de vivas y aplausos. Lenin pasó a la presidencia. Reed se puso en pie de súbito para ver mejor a la persona con quien tanto soñaba entrevistarse.

237

¡Qué poco se parecía Lenin al gigante ruso que Reed se había forjado en su imaginación!

Reed tuvo la suerte y la dicha de ser el primer periodista del mundo que creó el retrato literario de Lenin. Este retrato está lejos de la perfección, pero Reed transmitió muy bien la impresión que le produjo el aspecto de Lenin, su baja estatura y su robusta complexión, su cabeza grande y vigorosa, su faz sencilla y noble.

Hay que decir que el mayor acierto de Reed fue la descripción de la fisonomía espiritual de Lenin:

“En él no hay nada que recuerde al ídolo de la muchedumbre — escribió Reed—; es un dirigente sencillo, estimado y respetado como tal vez se ha estimado y respetado a pocos dirigentes en la historia. Es un extraordinario dirigente popular, dirigente exclusivamente merced

a su intelecto; no conoce la menor afectación, no se deja llevar por el estado de ánimo; es firme e inflexible, sin pasiones efectistas, pero posee la gran habilidad de dar a conocer las ideas más complejas con las palabras más sencillas y analizar profundamente la situación concreta, y todo esto lo combina con una sagaz flexibilidad y una osadía ilimitada de pensamiento”.

Reed comprendió en el acto cuán irreal era la imagen que se había forjado de Lenin. En efecto, Lenin tenía que ser precisamente como era. Ni más ni menos que una persona que asaltaba los cielos y, al propio tiempo, veía todas las pequeñeces de esta tierra. Así precisamente tenía que ser el jefe de la revolución más popular que había conocido la historia.

Cautivado por el encanto de la persona que estaba en la tribuna del II Congreso de los Soviets, Reed escuchaba con qué tranquilidad y sencillez pronunciaba Lenin las electrizantes palabras: “¡Ahora hay que poner manos a la obra del orden socialista!”

“Un espontáneo y súbito arrebató nos hizo ponernos en pie — recordaba luego Reed—, y nuestra unanimidad se expresó en los acordes armoniosos y emocionantes de *La Internacional*. Un soldado provento y canoso se echó a llorar como un niño... El potente himno llenó la sala, salía por las ventanas y las puertas y se elevaba al cielo en calma”.

238

A partir de aquel momento, Reed empezó a dividir su vida en dos períodos: antes de ver a Lenin y la Revolución de Octubre y después de verlos.

El difuso socialismo a que se reducían las concepciones ideológicas de Reed, dieron paso a una clara concepción proletaria del mundo. Las embrolladas y semianarquistas opiniones del papel del Estado en la Revolución, subrayadas por Reed en los dirigentes de la organización “Los Obreros Industriales del Mundo”, dieron paso a una comprensión genuina del papel del Estado y de las tareas de la revolución socialista. Su comprensión del carácter de la primera guerra mundial como “guerra de los comerciantes”, tanteada justamente, pero no meditada hasta el fin, fue más profunda, exacta y consecuente después de haber conocido los trabajos de Lenin acerca del imperialismo.

Para comprender hasta el fin a Reed no era suficiente con saber sólo cómo pensaba, había que llegar a conocer también sus sentimientos, pues Reed jamás se limitaba a ser un pensador, ya que, ante todo, era un poeta. Lenin y su doctrina lo llenaron en gran medida porque en aquel alimento espiritual que él ingería, lo racional estaba indisolublemente unido con lo emocional.

Los acontecimientos se sucedían en fugaz torrente. Cada día traía una riqueza de nuevos acontecimientos e impresiones. Reed vio a Petrogrado durante las jornadas de Octubre. Lo vio también durante los días de la ofensiva de Kerenski, cuando miles de hombres, mujeres y adolescentes fueron con fusiles, barras de hierro, picos y rollos de alambre entre las compañías de soldados, entre los cañones y los camiones, a los accesos de la capital por la carretera de Moscú. El proletariado revolucionario defendía con su pecho la capital de la República obrera y campesina.

Reed fue de Petrogrado a Moscú, donde, de pie junto a la muralla del Kremlin, vio el entierro de las víctimas de la victoria de Octubre.

Reed contó luego en su libro *Diez días que estremecieron el mundo* todo lo que vio, oyó y llegó a conocer durante aquellas magnas jornadas históricas. Lenin lo leyó “con enorme interés y sostenida atención” y expresó su deseo de verlo difundido en millones de ejemplares y traducido a todos los idiomas “ya que ofrece una exposición veraz y extraordinariamente viva de acontecimientos muy importantes para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado”. N. K. Krúpskaya, en una charla con Luisa Bryant, la esposa de Reed, dijo: “Parece casi un milagro que un extranjero haya podido escribir un libro que transmita con vigor de verdadero embrujo el espíritu íntimo de la revolución”.

239

En ese libro Reed refirió lo que había visto y hecho durante los diez primeros días de la Revolución de Octubre. Pero no habló de lo que vio e hizo el undécimo, el duodécimo, el vigésimo, el trigésimo quinto día, y así sucesivamente hasta el nonagésimo, en que se marchó de la Rusia Soviética rumbo a los Estados Unidos.

Reed colaboraba en la sección de propaganda internacional del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros; pasaba mucho tiempo en las imprentas para escribir, imprimir y sacar a la luz octavillas dirigidas a los soldados de ambos bandos beligerantes, exhortándolos a concluir inmediatamente la paz; publicaba con Albert Rhys Williams una revista. Y cuando el día de la convocatoria de la Asamblea Constituyente se esperaba en Petrogrado una acción armada de las fuerzas contrarrevolucionarias, Reed guardó con un fusil en las manos el edificio del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros.

En enero en 1918 Reed se enteró de que los colaboradores, incluido él, de la revista *Masas*, que se publicaba en Nueva York, habían sido encartados en un proceso judicial, acusados de propaganda antimilitar. Decidió retornar inmediatamente a los Estados Unidos y comparecer

ante los tribunales, pese a la dura sentencia que le amenazaba. Pero antes de marcharse de la Rusia Soviética, habló en el III Congreso de los diputados de los obreros, soldados y campesinos.

En su discurso habló de la honda satisfacción y grandes esperanzas que le infundía el saber que la victoria del proletariado en uno de los países poderosos del mundo, Rusia, no era un sueño, sino una realidad. Dijo que la Revolución de Octubre había mostrado toda la fuerza, y todo el vigor y la invencibilidad de la revolución, que no sería derrotada aunque sus enemigos recurriesen a cualesquiera violencias y crueldades.

240

— Ahora yo rae embarcaré para el país de la reacción más recalcitrante —prosiguió Reed—. Os prometo que contaré al proletariado norteamericano todo lo que ocurre en la Rusia revolucionaria. Estoy profundamente convencido de que la verdad de Rusia hallará eco en los corazones de las masas oprimidas y explotadas y os juro solemnemente que entregaré todas mis fuerzas a la lucha por el socialismo en Norteamérica, por la revolución en todo el mundo...

Juro...

John Reed cumplió su juramento. Cuando volvió a los Estados Unidos, viajó por el país, de océano a océano, hablando en mítines y reuniones. A unas reuniones asistían centenares, a otras millares. Reed contaba la verdad de la primera República de los obreros y los campesinos, la verdad de Lenin. La policía disolvió muchas veces estas reuniones, y Reed era detenido y procesado.

Pero incluso ante los tribunales, sabiendo que le amenazaba la cárcel, decía sin miedo la verdad de la Rusia Soviética. Y estigmatizaba la guerra. Exigía al Gobierno estadounidense transformaciones verdaderamente democráticas. Exigía que Norteamérica dejara de participar en la guerra y retirase sus tropas intervencionistas de la Rusia Soviética.

Cuando Reed llegó a Nueva York, lo detuvieron al punto unos agentes de la policía federal. Luego lo pusieron en libertad bajo fianza, pero le quitaron la maleta con los manuscritos, cuadernos de notas, recortes de periódicos, octavillas y llamamientos, que había reunido en Retrogrado para escribir un libro sobre la revolución rusa. Necesitó cerca de medio año para lograr que le devolvieran todos esos papeles.

Cuando los recuperó, se encerró en su habitación y trabajó los días y las noches para escribir el libro, que ha entrado en la historia, *Diez días que estremecieron el mundo*.

Este libro es una inspirada narración de un testigo de la revolución

proletaria en Rusia. Cuando lo lee uno, le saltan a la vista jornadas inolvidables. Por supuesto, no todo es exacto en él, pues Reed desconocía muchas cosas, y a veces se equivocaba al enjuiciar a algunas personas y el papel que desempeñaron en la historia. Pero lo principal —la grandeza de la revolución rusa, su carácter popular e invencible— lo transmitió con una exactitud verdaderamente asombrosa.

241

¿Cómo pudo ver y comprender todo eso él, que apenas sabía el ruso? Pues merced a que era un revolucionario: eso le dio audacia y claridad de pensamiento. Además, porque era un poeta, gracias a lo cual hizo un análisis profundo y fidedigno de aquel período extraordinario.

Día tras día fue narrando la historia de la Gran Revolución Socialista de Octubre. No se inventó nada. Su verídica narración sonó como un himno que afirmaba la fe en el Hombre, la fe en que el Hombre es capaz de crear una nueva sociedad y poner fin para siempre a la guerra, a la desigualdad social, a la explotación.

Llegó el día en que el libro quedó terminado, fue impreso y salió a la luz. Reed no cabía en sí de júbilo. Para que la dicha fuese completa no le faltaba más que una cosa: entregar un ejemplar de los *Diez días...* a Lenin.

Mas, ¿cómo? Reed decidió llevar su libro al primer embajador de la Rusia Soviética en los EE.UU, que era Ludwig Martens.

Reed tomó la pluma y escribió en la portada con su letra redonda y extendida:

“Al camarada Martens, representante del país de mi corazón”.

“En el otoño del año dieciocho llegó de Moscú a Nueva York el marinero ruso Piotr Travin, bolchevique, y trajo, con gran dificultad y corriendo mucho riesgo, la carta de Lenin a los obreros norteamericanos, la Constitución de la República Federativa Rusa y el texto de la nota del Gobierno Soviético al presidente de los EE.UU. Wilson, en la que se exigía el cese en la intervención.

Había que hacer conocer todos los documentos a los obreros y al pueblo norteamericano. Mas ¿cómo?

Cuando Travin trató con los camaradas todas las variantes posibles, alguien exclamó:

— El único que puede hacerlo es John Reed.

Reed aceptó el encargo con toda la energía y pasión que le eran propios. Y logró que todos los documentos que trajo Travin no solo fueran publicados en los periódicos y en ediciones aparte, sino incluso leídos parcialmente desde la tribuna del Congreso.

242

En su *Carta a los obreros norteamericanos*, Lenin estigmatizó con fuerza enorme el imperialismo norteamericano, que había convertido la guerra en un negocio sangriento: “Cada dólar lleva salpicaduras del lodo de los “ventajosos” suministros militares, que en cada país enriquecían aún más a los ricos y arruinaban aún más a los pobres. En cada dólar hay manchas de sangre, de la sangre que vertieron a mares los 10.000.000 de muertos y los 20.000.000 de mutilados. .Esta carta desempeñó gran papel en el desarrollo del movimiento obrero y comunista de los Estados Unidos, así como en otros países. Los obreros norteamericanos se enteraron de la actitud de los bolcheviques ante el terrorismo, la guerra civil, la paz de Brest y todo lo que la burguesía internacional, calumniando a la joven República Soviética, se esforzaba por mostrar desfigurado.

Lenin no embellecía la realidad. Hablaba sin rodeos de los errores en que se incurría durante el proceso de la revolución. “No tenemos miedo a nuestras faltas —escribía—. Los hombres no se han vuelto santos por el hecho de que haya comenzado la revolución”. Y al mismo tiempo subrayó que “sólo *a través* de esas faltas *aprenderán* los obreros y campesinos a crear una vida nueva, aprenderán a *prescindir* de los capitalistas; sólo así se abrirán camino, a través de miles de obstáculos, hacia el socialismo victorioso”.

Con profundo cariño y respeto al proletariado norteamericano, Lenin expresó la convicción de que “los obreros norteamericanos no seguirán a la burguesía. Estarán a nuestro lado, al lado de la guerra civil contra la burguesía. Me afirma en esta convicción toda la historia del movimiento obrero norteamericano y mundial”.

Además, Lenin no creía que el apoyo de los obreros norteamericanos fuese obra de un futuro lejano. “Sabemos —escribió—, camaradas obreros norteamericanos, que vuestra ayuda tal vez tarde aún en llegar, pues el desarrollo de la revolución en los diversos países se produce en formas distintas, con ritmo diferente... Nosotros contamos con la inevitabilidad de la revolución mundial, pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que contemos como unos simples con la inevitabilidad de la revolución en breve y *determinado* plazo”. Lenin expresaba en el mismo instante su seguridad en que “a pesar de ello, sabemos firmemente que somos invencibles... pues es invencible la revolución proletaria mundial...”

243

La carta de Lenin conmovió a vastos círculos de obreros norteamericanos.

Y claro, a John Reed también, pues concepto la alocución de Lenin como un llamamiento a la lucha.

Poco después se inauguraron las sesiones del denominado Comité de Overman, farsa judicial del Senado norteamericano. En el banquillo de los acusados estaba... La Gran Revolución Socialista de Octubre. De fiscal, hacía, como lo determinó el senador Overman, presidente del tribunal, “la sociedad, basada en la propiedad y en el orden jurídico”.

Reed exigió que el Comité escuchara sus testimonios.

— ¿Es usted partidario de que en los Estados Unidos haya una revolución como la de Rusia? —interrogaron a Reed.

— Sí, soy partidario de la revolución —respondió—. Pero yo entiendo por revolución un proceso de hondas transformaciones sociales, y no sé cuánto tiempo durará.

—Siguiendo el ejemplo de muchos revolucionarios, Reed utilizó el juicio como tribuna para hacer propaganda de las ideas de la revolución socialista. En vano intentaron los jueces doblegar su voluntad, pues era indoblegable. Lanzó a la cara de los jueces palabras de ira, llenas de odio a la guerra y a la explotación capitalista. Denunció las maquinaciones judiciales. Los jueces fueron impotentes contra él.

Al estudiar la historia del movimiento obrero y relacionarse con los camaradas de trabajo y lucha, Reed se fue convenciendo más y más de que era necesario fundar un Partido Comunista en los Estados Unidos.

Estudió una y otra vez la carta de Lenin a los obreros norteamericanos, leyó y releyó *El Estado y la Revolución* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Cada día era más claro para él que sin su partido de clase, los obreros norteamericanos no podrían alcanzar la victoria.

244

Las organizaciones comunistas, que surgían espontáneamente en diversos confines del país merced a los enérgicos esfuerzos de Reed y otros camaradas, fueron agrupándose en un partido comunista. No obstante, entre los fundadores hubo ciertas divergencias de tipo táctico. Y, como resultado, se fundaron dos partidos comunistas, en vez de uno.

Al no encontrar forma de reconciliación, Reed decidió ir a Moscú a pedir consejo a Lenin; Mas, como estaba procesado, no podía recibir pasaporte extranjero. Por eso se vio obligado a salir ilegalmente, con otro nombre, de los Estados Unidos.

El egresado de la aristocrática Universidad de Harvard, se puso el nombre de Jim Hormley, y se enroló como fogonero en un barco sueco. Luego de un viaje de casi dos meses, lleno de peligros, llegó a Rusia, y a fines de 1919 estaba ya en Moscú. Le ofrecieron una habitación en un hotel para extranjeros, en el que calentaba algo la calefacción y daban algo de comer. Pero Reed renunció, alquiló una habitación en casa de una familia obrera, en las afueras de la capital, y fue directamente a

Elizaveta Drábkina. *Un poeta y cronista de la revolución de Octubre* (John Reed)

visitar a Lenin, a su despacho del Kremlin y a su casa. Hablaron de las cosas más variadas, entre otras, del Partido Comunista de los EE.UU. y de la lucha por su unificación. Reed regaló a Lenin un ejemplar de los *Diez días...* Y Lenin, luego de leerlo, dio de él una opinión entusiástica.

Reed concibió en este viaje otro libro sobre Rusia en el año 1920, sobre la revolución rusa, el heroísmo del pueblo ruso y la sabiduría del Partido Bolchevique y de su gran dirigente.

Para escribirlo, fue a las fábricas, talleres, escuelas, casas-cuna y jardines de la infancia. Habló con mucha gente, les preguntó cómo vivían y luchaban, qué dificultades y esperanzas tenían. En las duras condiciones de aquel tiempo, viajó por Rusia y fue llenando páginas de sus cuadernos de apuntes.

Estudió con especial esmero la vida y la actividad de Lenin. No era nada fácil hacerlo, pues las obras completas de Lenin aún no habían empezado a publicarse; los libros y artículos suyos que se habían publicado antes de la revolución eran rarezas bibliográficas. Además, Reed sabía aún poco ruso. Pero decía que precisamente leyendo a Lenin aprendería el idioma, y leía y releía los párrafos de una edición vieja de antes de la revolución, de *¿Qué hacer?*

Aquel invierno vi varias veces a Reed. Lo conocí antes aún, en Retrogrado, poco después de las jornadas de Octubre. Vino una vez a nuestro club juvenil, donde un círculo de jóvenes ponía un drama acerca de la Comuna París, y de entonces data su amistad con los fundadores de la futura Unión de Juventudes Comunistas. Nuestra amistad fue más fuerte en Moscú.

Solíamos ir a visitar a Reed por las tardes. Encendíamos la estufilla de hojalata, cocíamos patatas heladas, cantábamos y nos estábamos de tertulia hasta casi el amanecer. ¿De qué hablábamos? De todo. Pero, con mayor frecuencia, de lo que habíamos visto y vivido. De nuestros planes y sueños.

Recuerdo una tarde en la habitacioncita de Reed. La estufilla estaba ya apagándose. La mecha del quinqué chisporroteaba levemente. A un lado de la mesa estaba sentado Reed, y al otro, el magnífico camarada finlandés Yrjö Sirola, ambos parecidos en la unidad de valentía c ironía, en el afán de bondad, intrepidez y ternura, tan típicos de los comunistas que han recorrido un espinoso camino de lucha. Al mismo tiempo, eran muy distintos: Reed era impulsivo, emocional, dispuesto siempre a ponerse en pie para caminar por la habitación y lanzar sobre el interlocutor un montón de observaciones, características y relatos de distintos episodios; Sirola era pensativo, callado, articulaba lentamente

las palabras.

Hacia ya mucho que se conocían: en el año dieciocho, cuando el camarada Sirola fue miembro del Gobierno obrero de Finlandia, Reed estuvo allí. Se hicieron amigos entonces, y participaron juntos en un choque con guardias blancos finlandeses...

Reed estaba lleno de ideas sobre el libro dedicado a Lenin.

— En este tiempo —dijo— hablé de Lenin con gente de lo más distinta, y cada cual me contó de él alguna impresión muy personal. Lenin es demasiado grande para que una persona pueda abarcarlo por completo con su inteligencia. Por eso cada cual lo ve y estima a su manera. Cuando yo misino pienso en él, me dan ganas de decir, modificando las palabras de Marx: “Lenin es la locomotora de la historia”.

246

Nadie desempeñó en mi vida un papel tan importante como él. Y tú, camarada Sirola, dime, ¿qué es Lenin para ti, qué es lo que más ha dado a tus sentimientos íntimos, en qué has recibido más de él?

— Me has hecho una pregunta difícil, y no me es fácil responder — empezaba Sirola—. Cuando me interrogas en qué sentido yo, personalmente yo, he recibido más de Lenin, lo primero que deseo decir es que, para lo que más me ha dado, ha sido para la inteligencia, pues ningún otro me ha demostrado con tanta claridad que la revolución socialista es inevitable, nadie ha definido con tanto tino el camino revolucionario del proletariado. Pero, al responderte así, debería interrogarme en el acto a mí mismo: “Bueno, ¿y qué influencia ha ejercido el camarada Lenin en tus sentimientos?” Y responder: “Mayor que la de cualquier poeta”. Cuando en los artículos, escritos hace casi veinte años, habla de las tareas del revolucionario, de la vocación del tribuno del pueblo, se eleva en mi pecho hasta el punto más alto lo que se ha dado en llamar inspiración.

Al decirte todo esto, aún no he mencionado la influencia principal que el camarada Lenin ha ejercido en mí. Se trata de la conciencia. ¿Corresponden tus obras a tus palabras?

Quien haya sentido la necesidad de confesar su conciencia ante esta pregunta, comprenderá que para un revolucionario es una cuestión de vida o muerte.

¡Y a cuántos de nosotros ha obligado precisamente el camarada Lenin a trasponer estas puertas únicas al comunismo!...

Reed escuchaba con la respiración entrecortada a Sirola. Y cuando éste calló, le tendió la mano y articuló, como si prestara juramento:

— Si me encierran en una cárcel, condenado a trabajos forzados, si no tengo a mi disposición más que un clavo, arañaré con él mi libro

sobre Rusia, sobre Lenin, en las paredes de la celda.

En la primavera del año veinte Reed intentó marchar a los Estados Unidos. Por el camino lo detuvo la policía finlandesa y lo encarceló. Lenin, muy preocupado por su suerte, dijo que había que hacer cualquier canje de presos políticos con tal de sacar a Reed. Y Reed volvió a la Unión Soviética, canjeado por dos profesores finlandeses.

247

Eso fue a principios del verano. Reed envió varias correspondencias a revistas de los EE.UU., en las que describió a Rusia tal y como era en aquellos meses.

Poco después, en Retrogrado se inauguró el II Congreso de la Internacional Comunista, que luego pasó a Moscú. Reed era delegado del Partido Comunista Obrero de Norteamérica. Durante el congreso se llevó a buen término la obra a la que él dedicara tantas energías: los dos partidos comunistas de los EE.UU. se unieron, formando un solo partido. Como representante de este partido, Reed fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Poco después del II Congreso de la Internacional Comunista, Reed fue a Bakú, al I Congreso de los Pueblos de Oriente. Representó en él a la Internacional Comunista, y la elección no recayó casualmente en él: En el congreso Reed había figurado en la comisión para la cuestión nacional y colonial y había pronunciado un fogoso discurso, en el que exigió que los Estados Unidos pusieran fin a su vergüenza nacional, a la desigualdad y segregación de los negros.

En Bakú Reed se sintió como si se hubiera sumido de nuevo en el elemento de la revolución mexicana. Participó activamente en el trabajo del congreso y habló en nombre de los obreros revolucionarios de Norteamérica.

— ¡No creáis las promesas de los capitalistas!

—exclamó en su discurso—. Mirad la suerte de las Filipinas, América Central, Cuba y las restantes islas del mar Caribe. En todos estos países florecientes el pueblo vive al borde de la miseria, pues los norteamericanos se han apoderado allí de las mejores tierras. La riqueza nacional pertenece a los millonarios norteamericanos, excepto las pequeñas dádivas que conceden a los capitalistas y terratenientes locales para que cumplan la voluntad de la Wall-Street. Mas no olvidéis que la burguesía norteamericana jamás empezará atacando de frente al país que quiere supeditar a su dominio; comienza su penetración en los países atrasados, poniendo por delante la hipócrita palabra de “ayuda”. Con el mismo éxito podría el verdugo declarar a los condenados a muerte que les “ayuda” a subir al patíbulo,,.

Tras de aguardar que se aplacaran los aplausos con que el público aprobó sus palabras, Reed terminó su discurso llamando a la solidaridad de todos los pueblos oprimidos y trabajadores del mundo bajo la dirección de los comunistas.

— No hay más que un camino a la victoria

—dijo—. ¡Uníos a los obreros y a los campesinos rusos, que han derrocado a sus capitalistas, y cuyo Ejército Rojo ha vencido a los intervencionalistas extranjeros! ¡Seguid tras la estrella roja!

Estas palabras fogosas fueron las últimas que pronunció Reed desde la tribuna de una gran asamblea. De regreso a Moscú, el tren en el que viajaban él y otros camaradas fue atacado por los bandidos blancos. Reed participó en la escaramuza. Sudoroso, bebió agua de un arroyo junto a la vía. Y cuando llegó a Moscú, enfermó. Al principio los médicos creyeron que tenía gripe, pero luego se supo que era tifus abdominal. Lo hospitalizaron. Sus sufrimientos fueron horribles, pero procuraba tranquilizar a su esposa, que hacía guardia junto a su cabecera, y él le narraba bonitos cuentos fantásticos.

Reed fallecía. Tal vez hubiera sido posible salvarlo, pero en Moscú no había medicinas.

En la noche del 17 de octubre expiró.

Un día encapotado de otoño Moscú enterró a Reed. El acompañamiento pasó por la Plaza de la Revolución de camino a la Plaza Roja. Al son de una marcha fúnebre, se hizo descender el ataúd a la tumba junto a la muralla del Kremlin. Sobre el fresco túmulo de tierra se depositaron coronas en cuyas cintas había inscritas palabras de dolor con las que el pueblo soviético y los comunistas de todo el mundo se despedían de John Reed.

Tres años antes Reed había visto allí, en la Plaza Roja, el entierro de los quinientos proletarios que cayeron por la sagrada causa de la Revolución de Octubre. En octubre de 1920, lo mismo que en 1917, acudieron a la Plaza Roja miles de personas. Ahora se despedían de Reed. Una banda militar tocó *La Internacional*, y todos los presentes cantaron el himno con lentitud y solemnidad. Lo mismo que entonces, de las almenas de la muralla del Kremlin pendían enormes banderas rojas con inscripciones blancas y doradas: “A los mártires de la vanguardia de la revolución socialista mundial”, “¡Viva la fraternidad de los obreros de todo el mundo!” Pero entre estas banderas había también otras enlutadas con el nombre de Reed.

Y si Reed pudiera resucitar y hablar, pronunciaría, lo mismo que

Elizaveta Drábkina. *Un poeta y cronista de la revolución de
Octubre* (John Reed)

entonces hizo, las siguientes palabras ante las tumbas de las víctimas de la revolución:

“El pueblo ruso construye en la Tierra un reino luminoso que no se encuentra en ningún cielo, un reino por el que se siente uno feliz de morir”.

Evgueni Ríábchikov

SIMBOLO DE VICTORIA

251



ERNESTO THAELMANN en un mitin con motivo de su llegada a Leningrado.
1929

Con un impermeable de lona, bizarramente echado sobre los anchos hombros, el joven Teddy caminaba por las soñolientas calles adoquinadas de Hamburgo.

Cada mañana, apenas amanecía, de los portales de las casas salían con él otros obreros portuarios, gente ya de edad. Teddy los conocía, y ellos lo conocían a él, muy joven aún, que acababa de empezar a trabajar en el muelle del carbón. El cuello nervudo y rojo del sol, las manos robustas y los hombros cuadrados daban una engañosa impresión de la edad de Teddy: pudiérase creer que ya pasaba de los dieciocho, pero

aún no había cumplido dieciséis abril.

El oscuro Elba envolvía en niebla a los portuarios. El ruido de las olas y las sirenas, los chirridos de las gaviotas y el olor a humo llenaban la atmósfera. Por muy enfrascado que Teddy estuviera en las conversaciones con los cargadores y los marineros, por mucho que le preocupase lo que pasara en la vida obrera de Hamburgo, al entrar en el puerto siempre acortaba el paso. ¡Cómo no iba a abarcar con la vista, al amanecer, la rápida corriente del río, las moles de los barcos y las pétreas columnas de los faros! Y le entraban inmensos deseos de aspirar a pleno pulmón el aire salado, impregnado del mar del Norte y del humo de los barcos.

252

Entornando los grandes ojos, oteaba los contornos y se encaminaba a las montañas de lignito, donde lo esperaban la pala y la carretilla.

Pasados varios decenios, sigo el rastro de Teddy, de Ernesto Thaelmann. Camino por las calles de Hamburgo en los años sesenta. Me acompañan unos obreros comunistas, que viven como vivió Thaelmann.

El puerto. Multitud de embarcaciones con banderas de distintos países. Humeantes y ágiles ferryboats cruzan el espumoso Elba, llevando a turistas y obreros. Las gasolineras se deslizan con acostumbrada habilidad cotidiana entre las aglomeraciones de motonaves grandes y pequeñas, de balandros, de yates como cisnes y de inmensos barcos cisternas. Saltamos a la cubierta de una manejable lancha y avanzamos raudos por la superficie del agua.

— Teddy nació en Hamburgo —grita el guía voluntario, procurando hacerse oír por encima del ruido de los motores y de las sirenas de las moles marinas—. ¡En Hamburgo! —repite, temeroso de que no lo hayamos oído.

Sí, Thaelmann pasó la universidad de la vida y conoció las leyes de la lucha revolucionaria, llegando a ser un dirigente proletario, allí, en Hamburgo.

El timonel del ferryboat, un viejo marinero con gorra negra e insignia dorada, alto y tostado, que no se quita de la boca una larga pipa, nos mira atento a mí y al guía. Con un leve movimiento de cabeza, llama a uno de los acompañantes y le pregunta quiénes somos y a qué venimos. En su cara morena y curtida por el sol y el viento salado se dibuja algo parecido a una sonrisa. ¿Qué significa su curiosidad? ¿No se propondrá llevarnos a la policía?

Tras de soltar de improviso la rueda, el timonel se saca la chamuscada pipa de la boca y señala con ella, como si fuera un puntero, el muelle gris, lleno de manchas negras.

— ¡Allí! —grita—. ¡Allí!

Adivino lo que quiere decir: que allí, en aquel muelle negro-grisáceo, trabajó Teddy.

253

El ferryboat se mete entre los barcos para recoger a más pasajeros o dejar en ellos a los marineros que ya han pasado el tiempo que tenían libre en Hamburgo. De pronto, nuestro timonel retiene el motor, vira en redondo y se aproxima a otro ferryboat. Ambos timoneles se hacen señas y me invitan a que pase al segundo. Resulta que es precisamente en éste en el que se puede llegar hasta “el muelle de Thaelmann”, donde a principios de siglo hubo una base de carbón. El cargador Teddy conoció allí, por su padre, al camarada Juan, a los miembros del Partido Socialdemócrata, se incorporó al movimiento sindical y organizó la sección juvenil del transporte.

El ferryboat se aproxima con cuidado al muro de granito, reforzado con pilotes de hormigón. Subimos al pretil. Me enseñan los depósitos, las vías férreas, las grúas y los cobertizos, allí donde se alzaban las montañas de carbón. Ahora, claro, todo ha cambiado, todo está desconocido: no ha quedado ni huella del carbón, de las palas ni de las carretillas (antes todo se hacía a mano). Teddy conoció por experiencia propia lo que significaba cargar rápidamente de carbón los transatlánticos.

Remontémonos someramente a la historia de la familia de Ernesto Thaelmann. Retornemos al siglo pasado. Por la ruta militar que lleva a la ciudad de Hamburgo, capital mercantil de Alemania que se enriquece fabulosamente, camina Juan Thaelmann, joven obrero agrícola de Holstein.

En la ciudad libre se va caldeando el ambiente. El capitalismo se desarrolla impetuoso, los patronos explotan sin piedad a los obreros en el puerto, en los barcos, en los talleres y en las fábricas. Por eso tienen tanta repercusión en las masas las ideas del Partido Socialdemócrata, en el que ingresa también el peón de Holstein Juan Thaelmann.

Cumpliendo un encargo del partido, el camarada Juan y su mujer, una obrera de Hamburgo, tornan en arriendo una taberna y un pequeño trozo de tierra que hay al lado. Así, se hace con un “negocio”. La taberna permite al camarada Juan organizar entrevistas de socialdemócratas, repartir propaganda escrita, avisar a la gente; en suma, la taberna de Juan se convierte en casa conspirativa de la organización socialdemócrata.

El 16 de abril de 1886 en la familia de los Thaelmann nace Ernesto. La policía no tarda en descubrir el cariz de la taberna de Juan; a él lo acusan de repartir propaganda ilegal y de ocultar a delincuentes

políticos. Lo meten en la cárcel...

254

La madre de Ernesto es valiente y decidida. No se arredra, y con sus escasos jornales ayuda a su marido en la difícil situación en que se encuentra y cría al niño. A Juan no lo ponen en libertad hasta la caída de Bismarck, cuando se inicia un cierto alivio en la situación política. Pero queda incluido en la “lista negra”, y no le dan trabajo en ningún sitio por ser rojo. No describiremos todos los sinsabores del ex obrero agrícola de Holstein. Casi por milagro, su hijo termina la escuela nacional; después, echándose por encima de los hombros el impermeable de lona de portuario y encasquetándose la gorra de marinero, Teddy va al puerto a cargar carbón.

Teddy ingresa en los sindicatos, se hace agitador y agrupa en una sección independiente a los jóvenes obreros del transporte. Ya lo conocen y respetan hasta los viejos obreros portuarios.

Cuando en el Hamburgo proletario se extiende una oleada de huelgas y mítines, motivados por la revolución de 1905 en Rusia, Teddy, que ya tiene veinte años, habla en los mítines y forma parte del comité de huelga. El terrorismo de la policía y la traición de los bonzos sindicales y de los dirigentes socialdemócratas sofocan el fervor revolucionario de las masas.

Los veteranos recuerdan cómo era Teddy entonces: de estatura media, ancho de hombros, fornido y vestido con mono azul, que era la ropa habitual de muchos obreros de Hamburgo. ,

Estalló la primera guerra mundial. La ponzoña chovinista se apoderó del país. Los líderes derechistas de los socialdemócratas se humillaron ante los reyes de los cañones. La prensa ensalzaba a los prusianos, repitiendo los aforismos del Kaiser sobre la conquista del mundo entero. Thaelmann comprendía quién necesitaba aquella guerra y hablaba con valentía en las reuniones, desenmascarando la política belicista del Partido Socialdemócrata. Los que abogaban por la guerra se apresuraron a enviarlo al frente antes de que se llamara a filas su quinta.

Teddy siguió siendo un infatigable dirigente proletario en el frente. Hacía propaganda entre los sol dados, repartía octavillas y estigmatizaba a los “pequeños cabos” que hacían escarnio de los soldados.

255

Ernesto llegó a conocerlo todo: las trincheras de Champaña, las batallas de artillería a las orillas del Somme y el Ene, el barro de la vida en las trincheras, la sangre y la muerte. Lo hirieron dos veces. Pero, a pesar de ello, una vez restablecido, no lo licenciaban.

Cruzando trincheras, alambradas y cortinas de fuego de artillería, llegaron a Thaelmann las ideas de Lenin, la condena por Lenin de la matanza imperialista y de la política traicionera de los socialchovinistas, así como el llamamiento a la guerra civil.

En mayo de 1915 Thaelmann recibió las octavillas de la “Liga de Espartaco”, en las que Carlos Liebknecht señalaba con fuerza de convicción y claridad: “El enemigo principal está en nuestro propio país”. Ese era el criterio de Lenin: los enemigos de la clase obrera, de los trabajadores de cualquier país, eran los capitalistas, los explotadores, los que desencadenaban las guerras en aras de su propio enriquecimiento y de una mayor opresión del pueblo trabajador.

Ernesto se encontraba en el centro de los sucesos revolucionarios. Se enteró de que iba en aumento la lucha revolucionaria al otro lado de la línea del frente, en el ejército ruso, e intensificó la propaganda en su batería. Acogió la Revolución de Octubre con singular júbilo.

El escritor alemán Willi Bredel ha escrito, emitiendo un juicio de aquel período de la vida de Ernesto Thaelmann:

“Ernesto Thaelmann salió de la escuela de los duros años de la guerra hecho un revolucionario cabal. La brillante victoria del proletariado ruso bajo la dirección del partido de Lenin le dio, lo mismo que a muchos miles de obreros alemanes, nueva seguridad en sus fuerzas y robusteció su voluntad de lucha.

“Durante los años de postguerra, Ernesto Thaelmann, simple obrero, salió de la masa proletaria anónima para elevarse a la altura de dirigente revolucionario de la clase obrera de Alemania”.

Hoy, al revisar la biografía de Ernesto Thaelmann, queda uno maravillado de ver con qué claridad eligió su derrotero político. En 1917 pasó al Partido Socialdemócrata Independiente y encabezó la organización de Hamburgo del mismo. Después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre luchó activamente en defensa del Estado soviético. Comprendía cuán magna era la importancia histórica del propio hecho de que hubiera aparecido el primer Estado de los obreros y los campesinos en el mundo, y en 1918 exhortó a los obreros de Hamburgo a paralizar con huelgas masivas las acciones de la Alemania imperialista, que se había internado en el País de los Soviets.

En marzo de 1919 Thaelmann, que gozaba de inmensa confianza y del amor de los obreros, fue elegido presidente de la organización de Hamburgo del Partido Socialdemócrata Independiente. Al siguiente año ingresó personalmente y logró que ingresaran casi todos los miembros del Partido Socialdemócrata Independiente de Hamburgo en

el Partido Comunista de Alemania, lo que contribuyó en medida considerable a convertir el PCA en un partido proletario de masas.

Entonces precisamente, pensando en la unidad y en la fuerza del PCA, Ernesto Thaelmann abrió con más frecuencia cada día sus obras de Lenin. Lo subyugaban los claros pensamientos y la fidelidad de Lenin a los principios. En estas obras encontró todo lo que buscaba: claridad de ideas, exactitud de principios, firmeza, amor a las personas y odio a los enemigos del comunismo.

No tardó en celebrarse una entrevista de Thaelmann con Lenin. Thaelmann fue elegido al Comité Central del Partido Comunista de Alemania y enviado a Moscú como delegado al III Congreso de la Internacional Comunista. Cruzó el territorio del país, arruinado por las guerras, y habló con la gente de la nueva Rusia, con los dueños de su país. Lo que cautivó a Thaelmann del joven País de los Soviets fue el patetismo de la lucha y de la creación revolucionarias. En cada obrero y en cada campesino, en cada soldado y en cada ingeniero ruso, Thaelmann veía el mundo del hombre nuevo.

Llegó el crudo verano de 1921. Al congreso acudieron representantes de cuarenta y ocho partidos comunistas, socialistas de izquierda y socialistas a secas y delegados de las uniones internacionales de la juventud y de las mujeres. Entre ellos había quien quería aprovechar el congreso para amalgamar bloques oportunistas, había también enemigos declarados de la política leninista en el movimiento comunista internacional. Thaelmann no tardó en ver las maniobras de los fraccionalistas y dio a entender a todos que él compartía la política leninista.

257

Entre las delegaciones al congreso había 72 delegados del PC(b) de Rusia, encabezados por Lenin. Todos los demás aspiraban a aprender de ellos el máximo posible de la actividad práctica del joven Estado soviético, a reunir experiencia de la lucha, a comprender las nuevas leyes y la estructura del país del proletariado triunfante. Era natural que Thaelmann entablase inmediatamente amistad con los bolcheviques rusos, y éstos, por su parte, se interesaban vivamente por la situación existente en Alemania.

Lenin elaboró las *“Tesis del informe sobre la táctica del PC de Rusia”* para el III Congreso de la Internacional Comunista. Luego pronunció discursos sobre la cuestión italiana, en defensa de la táctica de la Internacional Comunista y un informe de la táctica del PC de Rusia en una reunión con representantes de algunas delegaciones al congreso. Lenin habló en ruso, alemán y francés, asombrando a los delegados por la amplitud de problemas que le interesaban, por su erudición y su

fenomenal memoria. Tuvo extraordinaria importancia para todos los delegados la denuncia que hizo Lenin de los trucos mencheviques de Lazzari.

Lenin habló de los asuntos de Italia, y Thaelmann vio en todo lo que analizaba Lenin mucho que conocía por Alemania, y aplicaba mentalmente en el acto las resoluciones a las condiciones de Alemania, deduciendo y reflexionando cómo obraría él si tuviera que resolver por su cuenta semejantes problemas complicados.

Los delegados estaban encantados de la sinceridad de Lenin cuando describió la difícil situación de Rusia, arruinada por las guerras, el hambre, las epidemias y los inauditos sufrimientos y torturas pasados. Los delegados escuchaban absortos el “ensueño eléctrico” de Lenin, ensueño que conmovió al insigne escritor inglés Wells. Lenin habló, dirigiéndose a los delegados al congreso, de los primeros pasos en la esfera de la electrificación en el País de los Soviets. Y pasó en el acto al análisis de la táctica de los bolcheviques, al desenmascaramiento del menchevismo internacional, que se había convertido en lacayo de la burguesía.

258

Lenin se remitió reiteradas veces a los sucesos de Alemania. Al denunciar la táctica del italiano Terracini, Lenin afirmó que era necesario saber y decir la verdad. Y adujo acto continuo el ejemplo: “Ni siquiera el partido alemán —uno de los mejores— cuenta con la mayoría de la clase obrera. Esto es un hecho. Nosotros, que tenemos por delante la lucha más dura, no tememos proclamar esta verdad, pero aquí hay tres delegaciones que quieren comenzar polla que no es verdad...”

Día tras día, Thaelmann encontraba en los discursos de Lenin ante el congreso respuestas muy importantes a las cuestiones que le preocupaban de la estrategia y la táctica, templaba su voluntad y se convencía de la necesidad de llevar la lucha más implacable contra los desviacionistas, los mencheviques y los charlatanes, contra todos los que encubrían su traición.

Y a Lenin le interesaba extraordinariamente la situación en Alemania. Por eso encontró tiempo para entrevistarse con Thaelmann y los otros delegados alemanes. Les hizo muchas preguntas, escuchó atento las respuestas, entornando algo sus inteligentes ojos. Thaelmann notaba en sí la mirada inquisitiva de Lenin, que se complacía en contemplar la robusta y fornida complexión de obrero que había llegado a ser un destacado dirigente del partido, lo escuchó, aprobando y apoyando lo que decía, se reía alegremente y se ponía de pronto serio cuando se hablaba de las arbitrariedades de la policía y de

la traición de los colaboradores de Kautsky.

Lenin reparó en el obrero de Hamburgo, le dirigía frecuentes miradas, como si quisiera imaginarse a Thaelmann en el futuro, y sus ojos brillaban con cariño.

Las breves entrevistas y conversaciones íntimas con Lenin y la sensación de proximidad a él imprimieron a los días que Thaelmann pasó en Moscú cierta importancia, cierto sentido muy profundo. Thaelmann recibió una carga espiritual de ánimos y reafirmó su fe en la victoria.

Al volver de Moscú, Thaelmann habló en una reunión de los activistas del partido de lo que había visto en la Unión Soviética, de la entrevista con Lenin y de la victoria de la política leninista en el movimiento revolucionario internacional. No ocultó a los obreros de Hamburgo la difícil situación por la que estaba pasando la joven República de los Soviets. Pero hablaba en el acto, entusiasmado de Lenin, contaba que estaba lleno de fe en la victoria y refería sus grandiosos planes de transformación de Rusia. Y claro, comunicó especialmente sus impresiones del plan leninista de electrificación de Rusia, de la Rusia que entonces se alumbraba por las noches con teas y lámparas de petróleo.

259

Los acuerdos del Congreso de la Internacional Comunista fueron para Thaelmann una ley en la vida del partido y de la lucha.

El 8 de agosto de 1923, los obreros de los astilleros de Hamburgo se declararon en huelga. Los dueños de los astilleros recurrieron a un cierre en masa. En señal de protesta, se sumaron a los huelguistas los obreros de las fábricas y talleres: la huelga fue general.

El senado de Hamburgo se puso al lado de los patronos, y en la ciudad se declaró el estado de sitio. Se empezaron las arbitrariedades sin freno de la policía. Los socialdemócratas de derecha, que estaban en el poder, traicionaron los intereses de la clase obrera.

Thaelmann tenía que decidir qué hacer en lo sucesivo. Organizó destacamentos de obreros inermes en los suburbios de Hamburgo. Estos destacamentos se apoderaron por sorpresa de los cuartelillos de la policía y, con las armas que capturaron, empezaron a controlar todos los distritos. Se levantaron barricadas. Thaelmann elaboró la táctica de los combates de calle y dirigió la lucha.

A Hamburgo llegaron tropas. Un barco de guerra recibió la orden de entrar en combate. Sólo entonces dio Thaelmann la orden de cesar en el combate. La orden mandaba replegarse con calma, conservando todas las fuerzas, sin entregar al enemigo ni un fusil.

El senado de Hamburgo volvió a horrorizarse cuando, al enterarse

de que los destacamentos obreros habían desaparecido inesperadamente, como si no hubiera habido barricadas, ni combates en las calles, ni patrullas nocturnas, ni choques sangrientos.

La insurrección de los proletarios de Hamburgo ha entrado en la historia del movimiento revolucionario mundial como ejemplo brillante de la valentía e intrepidez de los destacamentos obreros armados, como ejemplo de nueva táctica de los combates de calle.

260

El Partido Comunista pasó a la clandestinidad. Los lacayos socialdemócratas lo declararon fuera de la ley. Fueron asaltados todos los locales e imprentas del partido, confiscados sus bienes y libros. Pero los comunistas siguieron actuando. Se acrecentó notablemente la afluencia de obreros a su partido y aumentó su prestigio. La Alemania de los trabajadores vio quiénes defendían a los obreros y quiénes eran sus enemigos.

La muerte de Lenin fue una gran pérdida para Ernesto Thaelmann y todas las personas honestas del mundo. El carácter de Thaelmann se endureció. Hamburgo, la ciudad de las barricadas y las insurrecciones, pasaba por un período difícil, pero expresó su dolor con las sirenas de los barcos y las fábricas y con cintas de luto en los retratos de Lenin. Thaelmann contó en reuniones y asambleas conspirativas sus recuerdos de Lenin, releyó y recordó a otros la carta de Lenin a los comunistas alemanes. Esta carta había sido escrita después del III Congreso de la Internacional Comunista, y en ella Lenin examinaba en todos los aspectos la historia de la revolución en Alemania, ponía al desnudo los errores y persuadía: “No perder la serenidad y la firmeza; corregir sistemáticamente los errores del pasado; conquistar indeclinablemente la mayoría entre las masas obreras dentro y fuera de los sindicatos; formar pacientemente un Partido Comunista vigoroso e inteligente, capaz de dirigir de verdad a las masas en cualquier cambio de la situación; elaborar una estrategia que esté al nivel de la mejor estrategia internacional de la burguesía más avanzada e “instruida” (por la experiencia secular, en general, y por “la experiencia rusa”, en particular): eso es lo que debe hacer y lo que hará el proletariado alemán, eso es lo que le garantizará la victoria”.

El VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista se celebró sin Lenin. Pero todos los delegados pudieron ver qué resultados tan asombrosos había alcanzado el país que avanzaba por la senda de Lenin. Moscú estaba más bonito, y los soviéticos vivían ya mejor.

261

Thaelmann enseñaba a los comunistas alemanes, a todos los obreros a defender contra viento y marea a la Unión Soviética. Esta

defensa, decía él, "debía ser el eje de la política revolucionaria de los obreros de todos los países". Thaelmann analizaba la situación en el partido y en el movimiento obrero y señaló: "...el imperialismo divide a la clase obrera en capa superior sobornada por la burguesía y en capa inferior, propiamente proletaria, como Lenin llama a las capas más explotadas y depauperadas del proletariado".

Cuando los comunistas de Alemania resolvieron la cuestión de las huelgas políticas de masas, Thaelmann volvió a recurrir a Lenin y adujo sus palabras: "La verdadera educación de las masas no puede ir nunca separada de la lucha política independiente, y sobre todo, de la lucha revolucionaria de las propias masas. Sólo la lucha educa a la clase explotada, sólo la lucha le descubre la magnitud de su fuerza, amplía sus horizontes, eleva su capacidad, aclara su inteligencia y forja su voluntad".

— Esta expresión de Lenin, subrayó Thaelmann, es muy aplicable a los procesos que llevan a la huelga política de masas o, mejor dicho, al entrelazamiento y combinación de las manifestaciones económicas con las políticas, a toda una serie de nuevas huelgas revolucionarias de masas que se extienden por oleadas a todo el país...

Thaelmann recurrió a Lenin cuando abogó con toda energía por la más rigurosa disciplina de hierro en el partido:

— Lenin dijo en cierta ocasión que la disciplina del partido se basa en dos condiciones: primero, en la confianza que los miembros del partido tienen en la dirección y, segundo, en la confianza que las masas tienen en el partido. Estas son las condiciones indispensables de la disciplina revolucionaria.

Thaelmann llegó a una deducción muy de principio, verdaderamente leninista:

— En el Partido Bolchevique no puede haber dos tendencias ni dos fracciones. El Partido Comunista no es una mezcla de distintas tendencias, sino un partido unido, con principios únicos y una táctica y una organización únicas.

Thaelmann vio sagazmente el terrible peligro fascista y exhortó al pueblo a cerrar filas contra la peste parda que se avecinaba. Puso valientemente en la picota a la camarilla hitleriana. Y fue una de las primeras víctimas del terrorismo fascista. El 3 de marzo de 1933 los sabuesos de la policía dieron con el rastro de] entrañable dirigente de los obreros alemanes. y toda una banda de matones fascistas se arrojó sobre él.

Cuando recluyeron a Thaelmann en la cárcel, el conocido escritor alemán Heinrich Mann dijo:

— Thaglman, encarcelado, es muy fuerte, incomparablemente más fuerte que sus carceleros, quienes sin duda están dispuestos a asesinarlo, pero no se atreven. Thaelmann es un obrero de verdad, con fuerte puño y clara inteligencia. Su enemigo, en cuyas manos se encuentra ahora, es su antípoda en todo... Precisamente la reclusión de Thaelmann ha convencido a muchos, que aún lo dudaban, de que su causa es justa.

Y era verdad. Los enemigos de Thaelmann lo temían. Lo trasladaban de una cárcel a otra, de mazmorra en mazmorra.

Su último presidio fue la cárcel de Moabit. Torturas, sufrimientos, escarnios e interrogatorios de diez horas sin interrupción, de día y de noche.

Al aplicar a Thaelmann los tormentos medievales, los fascistas creían que doblegarían su voluntad, que le harían claudicar y traicionar. Pero él tuvo una gran fuerza de espíritu, una entereza extraordinaria. Nada pudo quebrantar su firme fe en el hundimiento inevitable de la Alemania hitleriana, en la victoria del socialismo. Desde la cárcel exhortó a los trabajadores a la lucha y denunció las sangrientas atrocidades del fascismo. Su voz la oyeron pueblos y países enteros. En defensa de Thaelmann se formaron comités, se celebraron mítines y reuniones de masas. El 16 de abril de 1936, el día del 50 aniversario de Thaelmann, llegaron a la cárcel, a su nombre, sacas con cartas y telegramas de felicitación.

“Querido camarada Thaelmann —escribió Romain Rolland—: Mis setenta años saludan respetuosamente a sus cincuenta años...

“En estos días, en vísperas de su cincuentenario, las miradas de todos los amantes de la paz y de los obreros del mundo entero están puestas en su celda... Que no se crean los enemigos de usted, pues son también enemigos nuestros, que han logrado arrebatarse la libertad de acción. Sólo la permanencia de usted en la cárcel, su inflexible resistencia, constituyen una eficaz protesta que se oye muy lejos, una exhortación a la unidad, una señal para el combate, un llamamiento a la defensa de nuestra gran causa internacionalista...”

263

Sí, Thaelmann el indoblegable llenó de miedo y horror a sus verdugos. La fuerza vivificante de su impavidez era el leninismo victorioso.

El pensar en Lenin, que no había perdido la serenidad ni en las cárceles ni en el exilio, daba a Thaelmann nuevas fuerzas y firmeza en su terrible situación.

Thaelmann fue asesinado... El 16 de agosto de 1944, cuando estaba ya claro que el fascismo sufriría una derrota mortal en la guerra contra

la Unión Soviética, cuando las hordas hitlerianas estaban ya condenadas, los verdugos que venían torturando tanto tiempo a Thaelmann lo asesinaron en secreto en Buchenwald.

Fue un asesinato cobarde y vil. El escritor comunista danés Martin Andersen-Nexö, cuando se enteró del monstruoso crimen de los fascistas, expresó el dolor y la indignación de las personas honestas del mundo entero:

“En la bicha entre la cultura y la barbarie Ernesto Thaelmann fue un símbolo de las fuerzas morales de la humanidad. Ninguna otra víctima de las fieras fascistas despertó un dolor tan grande en los corazones de las vastas masas. Y aun muerto, Thaelmann sigue inspirando con su poderosa fuerza de convicción: su imagen nos sirve de garantía de la liberación de la humanidad, que hoy aún sufre, pero que mañana vencerá. Como representante del proletariado, que personifica nuestro futuro, Thaelmann combinaba en su persona las mejores cualidades físicas y espirituales. Su inmenso encanto personal y su prestigio, que tanto nos inspiraban a nosotros, no consistían en determinados rasgos o acciones cualesquiera, sino en toda su fisonomía intelectual y política”.

Thaelmann ya no vive, pero subsiste su causa victoriosa, existe la nueva Alemania, la RDA, en la que están plasmadas las ideas de Thaelmann, su lucha, su vida, su fe en el triunfo del leninismo.

Thaelmann será siempre un símbolo de victoria.

Alexandr Golemba

TENEMOS UN MISMO CORAZON

265



PALMIRO TOGLIATTI disertando desde la tribuna del Teatro Smeraldo de Milán sobre el tema *Italia y la crisis de la política atlántica*. 1959

Palmiro Togliatti, comunista italiano a quien el destino deparó muchos años de emigración, durante los cuales cobró fama con el nombre de Mario Ercoli, llegó la primera vez a Moscú en el verano de 1924. Lenin había fallecido ya.

Pero vivían las ideas de Lenin, vivía el país, que él había renovado; y lo nuevo, que había brotado a la vida por obra de Lenin, cobraba fuerzas y se consolidaba. El joven italiano caminaba por las calles de Moscú y veía en torno bullir la gigantesca ciudad, en la que aún había mucho de pobreza y de contraste y mucho que aún no había prendido: pero una cosa estaba clara: en Rusia venció lo nuevo, y esta victoria era decisiva y firme, definitiva e irreversible.

El joven italiano prestaba oído al habla rusa, que aún no entendía; se fijaba en la vida del pueblo, de aspecto muy distinto del italiano, y,

aun con todo, muy parecido en algo: en la bondad, en lo comunicativo y, a veces, en lo parlanchín; esto parecía familiarizar a los moscovitas con sus lejanos coterráneos.

266

La Rusia Soviética no era exactamente tal y como él se la había figurado: más severa y ordinaria en algo, y mucho más interesante y rica en alguna otra cosa. Era el gran pueblo que había dado al mundo a Lenin. A Lenin cada cual acude a su manera, y a su manera acudía a él Palmiro Togliatti.

...Italia entró en la guerra después que los otros países europeos: el 23 de mayo de 1915. El mismo año Palmiro terminó los estudios y defendió unas tesis doctorales sobre el régimen aduanero en las colonias, obteniendo la máxima calificación.

El punto de vista oficial de los dirigentes del Partido Socialista ante la guerra era bastante confuso: ni apoyarla ni sabotearla. Ya a fines de 1914 Benito Mussolini, redactor a la sazón de *L'Avanti*, órgano central de los socialistas, se había pronunciado por la participación en la guerra y había sido expulsado del Partido Socialista. La burguesía italiana de aquellos tiempos no estaba unida en la cuestión de la guerra. Y entre la intelectualidad —incluidos los estudiantes— estaban muy arraigados los sentimientos defensistas. Antonio Gramsci expresó en un artículo, publicado en el semanario *II Grido del popolo* (“La voz del pueblo”) la opinión de que, al definir la actitud de Italia ante la guerra, no había que olvidar el elemento nacional. Togliatti leyó este artículo y manifestó su acuerdo con todos los planteamientos.

Palmiro estimaba que la guerra daría fin al prolongado proceso de resurgir nacional. Claro que se equivocaba. No tardaron en llamarlo a filas. Pero los médicos lo dieron por inútil para el servicio militar. Entonces ingresó voluntario.

Fue sanitario en un hospital de retaguardia, luego en un hospital de sangre, en la zona de Isonzo. Un año después era ya soldado raso del 54 Regimiento de infantería y del 2º Regimiento de tiradores alpinos. Pasado otro año, el soldado con instrucción universitaria Palmiro Togliatti fue ascendido a oficial. Pero no tuvo ocasión de mandar, pues se le agravó una vieja enfermedad pulmonar.

Togliatti volvió a Turín, ciudad con la que se había, familiarizado hacía mucho tiempo (aunque: había nacido en Génova y estudiado en un liceo de Cerdeña). En Turín vivía también Antonio Gramsci, el secretario de la organización local del Partido Socialista y director de *II Grido del popolo*.

267

Togliatti, lo mismo que Gramsci, se hizo socialista cuando era

estudiante aún. La guerra los separó por algún tiempo. Encuadrado en el ejército, Palmiro no escribía a Gramsci, pues no quería comprometerlo ni comprometerse él mismo. Pues semejante correspondencia podía ser fácilmente considerada como ‘subversiva’. Pero solía ocurrir que Togliatti fuera a pasar unos días a Turín. Y entonces iba a la redacción del periódico a ver a Gramsci, recibía información de lo que ocurría y, a veces, pronósticos de lo que maduraba. Así se enteró de las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal, de los manifiestos de la izquierda de Zimmerwald y de Kienthal. Entonces fue cuando hasta Palmiro llegaron las palabras de Lenin, de los bolcheviques rusos. (Interesante pormenor: muchos jóvenes socialistas de Turín llevaban a la sazón insignias con tres siglas: FAZ, que significaban Federación Alpina de Zimmerwald. Pero el alpinismo no tenía nada que ver en eso. La juventud demostraba de manera palpable, si bien ingenua, su fidelidad a las ideas de Zimmerwald.)

En la primavera del año diecisiete la prensa burguesa de Rusia y de los países aliados estigmatizaba cuanto podía a Lenin. Antonio Gramsci tuvo el valor suficiente para oponerse a toda aquella infame barabunda. Escribió con energía que veía precisamente en Lenin el futuro de todo el movimiento de liberación mundial. El teniente retirado Togliatti opinaba lo mismo. Traducía los artículos de Lenin de periódicos ingleses y suizos. Se enteró de muchas cosas interesantes y emocionantes de la revolución rusa por la revista progresiva norteamericana *Liberator* cuya mayor parte estaba dedicada a informaciones de Rusia y Lenin.

No tardaron en oír hablar de Lenin las más vastas masas populares de Italia. Confirmación de ello es un episodio característico: en el verano de 1917 hicieron un viaje por la península italiana unos representantes del Soviet de Retrogrado, dos mencheviques. Defensistas recalcitrantes, hacían propaganda en pro de la continuación de la guerra hasta la victoria final. Pero, respondiendo a sus fogosos discursos, los obreros gritaban: “¡Viva Lenin!” La extraordinaria popularidad de Lenin hirió en lo más hondo a los emisarios de los conciliadores rusos. Y poco después, los visitantes, a quien nadie había invitado, hubieron de marcharse por donde habían venido...

La senda que Togliatti recorrió hacia los buenos resultados quedará claro si se muestran las pruebas por las que pasó antes de ser tal y como lo conocemos, estimamos y respetamos. Escribió mucho, pero no todo estaba bien escrito del principio al fin. En los artículos y discursos de esta persona de audaz y clara inteligencia está señalado el complejo

camino que recorrió.

Pero sigamos, no obstante, narrando la vida corriente de Palmito. Volvió a su casa y, ante todo, necesitaba ganarse el sustento. Se puso a dar clases de Economía y Política en un liceo' particular. Al notar la insuficiencia y unilateralidad de su propia instrucción, antes aún de tomar el retiro se preparó para ingresar en la Facultad de Filosofía y aprobó los exámenes. Leyó *El Capital* de Marx, la *Ética* de Espinosa y los *Diálogos* de Giordano Bruno.

Avanzaba el año dieciocho. Ya no se podía quedar uno en la esfera de las reflexiones meramente teóricas, en la esfera de la rebeldía palabrera. Había que pasar a las acciones concretas. Togliatti comprendió que el socialismo tenía que alcanzar una perspectiva revolucionaria, bolchevique. Y avanzó por el único camino justo, leninista, se hizo uno de los primeros comunistas de Italia, y luego dirigente del Partido Comunista Italiano.

En la lucha de los comunistas de Italia hubo fracasos y desatinos. No es posible abarcar en un breve ensayo todas las peripecias de esta lucha difícil y larga. Pero la doctrina de Lenin ha sido siempre la estrella polar que ha guiado al Partido Comunista Italiano y a sus dirigentes. Los comunistas italianos se granjearon el amor y la confianza del pueblo, y su partido ha llegado a ser un partido de masas.

Y ello no ocurrió en seguida. Terminada la guerra, en Turín regocijábanse, llenos de júbilo con motivo de la victoria, los plumíferos de la burguesía. En un principio, preferían callar a cuánto ascendía el tributo de sangre que se había pagado por ella.

269

El joven Togliatti se entrevistaba a menudo con viejos compañeros de estudios de la Universidad. La mayoría de ellos había perdido el ardor de antes, se había moderado. Les interesaba una buena carrera, un cargo vistoso y lucrativo. Palmiro se entregó en cuerpo y alma a la revolución, se hizo un hombre de acción, un funcionario del partido. Abandonó sus aficiones puramente académicas y perfeccionó su concepción del mundo. Asumió la publicación del semanario *Ordine nuovo* ("Nuevo orden").

El primer número de esta revista se publicó en Turín el 1 de mayo de 1919. En torno a ella se congregó un grupo de jóvenes socialistas que no tardó en afiliarse al Partido Comunista, fundado en 1921 después de la escisión del Partido Socialista en el Congreso de Livorno.

Precedieron a la escisión tremendas tempestades. Los socialistas de derecha confiaban en que, después de la victoria en la guerra, Italia gozaría de la paz civil más completa. Pero ocurrió todo lo contrario. En menos de dos semanas, antes de que apareciese *Ordine nuovo*, una

banda de fascistas asaltó e incendió en Milán el edificio de la redacción del periódico socialista *L'Avanti*.

Y en Génova, unos días antes del asalto del periódico socialista de Milán, las asociaciones de los grandes industriales y los agrarios llegaron a un acuerdo: concertaron una alianza contra lo que ellos dieron en llamar “marea roja”.

En Italia, las ideas revolucionarias se extendieron mucho. Empezó un auge del movimiento socialista y obrero. La clase obrera obtuvo las primeras victorias de postguerra. Los metalúrgicos lograron que se pusiera en práctica la jornada laboral de ocho horas. Venían luchando tres decenios hasta que arrancaron esta concesión a los patronos. ¡Al fin sonaba la hora de que los patronos retrocedieran!

Pero los problemas que tenía planteado el pueblo de Italia eran más vastos e importantes. Los trabajadores querían transformar de raíz la vida social, el régimen social.

Por entonces, en Italia se destacó claramente de los otros grupos reaccionarios el de extrema derecha, el grupo fascista encabezado por Mussolini. En un principio, los partidarios de Mussolini no escatimaron grandilocuentes promesas políticas de lo más radicales. Y hay que decir que conquistaron muchos adeptos, sobre Lodo entre los soldados desmovilizados que no siempre encontraban trabajo. La gente buscaba una salida, y las recetas de “salvación milagrosa” que ofrecían Mussolini y sus bravucones parecieron aceptables a muchos.

270

Aquí convendría decir algunas palabras de Benito Mussolini. Para él todos los medios eran buenos con tal de llegar a ser el dueño y señor de los italianos. En fin de cuentas, lo consiguió. Bien es verdad que la carrera del duce, tras dos decenios de triunfos dudosos, terminó de manera muy lamentable: fue ejecutado con otros fascistas por los guerrilleros. Pero eso sucedió muchos años después.

En el IV Congreso de la Internacional Comunista, dirigiéndose a los representantes del proletariado internacional, Lenin dijo:

“Lo que necesitan es asimilar parte de la experiencia rusa. No sé cómo lo harán. Puede que los fascistas de Italia, por ejemplo, nos presten un buen servicio explicando a los italianos que no son todavía bastante cultos y que su país no está garantizado aún contra las centurias negras. Quizá esto sea muy útil”.

Eso lo dijo Lenin en noviembre de 1922, dos semanas después de la famosa “marcha a Roma”, es decir, después de que el rey de Italia entregara con sumo gozo las riendas del poder a los camisas negras.

En las palabras de Lenin no suena sólo un deje de amargura. De ellas se desprende la fe en las fuerzas del proletariado italiano, que al

pasar por las pruebas del ignominioso fascismo, encontraría las vías para librarse del dominio de la variante apenina de la “centuria negra” y desterrarla de Italia.

Togliatti repitió muchas veces esta previsión de Lenin. En una compilación dedicada al treinta aniversario del Partido Comunista Italiano que se publicó bajo la dirección de Palmiro, se da una interpretación inspirada de las palabras de Lenin. Así se comentan las palabras de Lenin en uno de los artículos de esta compilación: “Efectivamente, teníamos que aprender, y bajo el fascismo empezamos a recibir la lección de cómo debe ser el partido revolucionario de la clase obrera, de cómo se debe fundar y de cómo debe templarse en el proceso de la actividad práctica”.

271

El año diecinueve iba avanzando. La Rusia Soviética repelía los ataques de los enemigos del exterior y del interior. En toda Europa había disturbios revolucionarios. Bullían Alemania y Austria. En Berlín, la clase obrera implantó el Poder soviético. Todo eso no podía menos de encontrar eco en los corazones de los proletarios italianos, que lanzaron la consigna: “¡Haremos lo mismo que en Rusia!” El héroe de las masas obreras de Italia fue Lenin.

Las masas populares necesitaban una nueva dirección. Y no sólo los proletarios, sino también los campesinos e incluso las clases medias. Sonó la hora de crear un movimiento revolucionario de verdad, de transformar todo el país, toda Italia, sobre una base nueva. La vieja dirección del Partido Socialista sufrió una bancarrota política. En Mayo de 1919, unos jóvenes socialistas de Turín fundaron el grupo “Ordine nuovo”.

Togliatti traducía y publicaba entonces todo lo que contribuía a estudiar las ideas y la obra de Lenin. Y con esas publicaciones iban él y sus correligionarios a los círculos de obreros, a las fábricas y a las barriadas donde residían. Con la particularidad de que la inspiradora influencia no la ejercían con frases vehementes, pues los obreros italianos estaban hasta la coronilla de discursos; les interesaban las cifras a secas, querían saber, y no a grandes rasgos, no de manera superficial, sino hasta el fondo, con lujo de detalles, cómo vivía el primer Estado de los obreros y los campesinos en el mundo, cómo era la Rusia Soviética, en la que veían el prototipo de su porvenir socialista. El socialismo se iba haciendo una realidad, y eso ya no se podía borrar de la cuenta.

Los últimos meses, mejor dicho, a comienzos de noviembre, del año diecinueve, Palmiro Togliatti publicó un artículo de fondo, en el que proponía crear una escuela de propagandistas para los obreros de las

fábricas de Turín. ¿Cuál sería el tema de las clases? Fue algo imprevisto: el Estado de los Soviets.

La escuela se fundó. Los profesores fueron los redactores de *Ordine nuovo*. Hicieron su aportación asimismo los respetables profesores socialistas Gino Gini y Balzamo Crivelli. Pero el conferenciante más apasionado fue el propio Palmiro. Dio cuatro clases, en las que trató los temas de mayor enjundia: *Economía Política y Socialismo, Origen y desarrollo del capitalismo, El Estado soviético y La escuela*.

272

La labor de Palmiro y sus correligionarios no se limitó al auditorio obrero. Se hicieron asimismo tentativas de atraer a estudiantes. Turín es una ciudad universitaria, y los estudiantes italianos eran demócratas en gran medida aunque sólo fuese porque las barreras -de origen social y propiedad para ingresar en los establecimientos de enseñanza de Italia ya no eran tan insorteables desde los tiempos de la unificación como en algunos otros países de Europa.

En febrero de 1920 apareció un manifiesto a los estudiantes, escrito por Palmiro Togliatti. Atrajo a muchos jóvenes y los hizo partidarios fervientes de *Ordine nuovo*. Entre ellos estaban Luidgi Longo, Felice Platone y Umberto Terracini, posteriormente destacados dirigentes del Partido Comunista Italiano y colaboradores próximos de Gramsci y Togliatti.

La popularidad de Gramsci y Togliatti se acrecentaba con rapidez. Aún no eran más que redactores de un modesto semanario provincial, pero la juventud veía que les pertenecía el futuro. Hay testigos que recuerdan los primeros mítines, el discurso apresurado de Antonio Gramsci, que era un torrente de relatos, una multitud de hechos e historias, que atraían y no podían menos de atraer al auditorio. Togliatti tenía una oratoria de un estilo completamente distinto. Hablaba pausado y tranquilo, desarrollando poco a poco la idea fundamental. Su mesura y su calma hacían las deducciones más convincentes aún.

Podíase encontrar a los redactores de *Ordine nuovo* en los lugares más inesperados, no sólo en la redacción y la imprenta, sino también en el club del distrito y en el territorio de la fábrica. Gramsci y Togliatti trabajaban en lo más denso de las masas.

A fines del verano de 1920 los obreros ocuparon por la fuerza las fábricas. Es una página heroica de la historia de la lucha de la clase obrera italiana. Los primeros fueron los obreros metalúrgicos. Empezaron a ocupar las fábricas como respuesta al cierre de las mismas por los patronos. En consecuencia, algunas industrias quedaron en manos de los obreros. Las fábricas siguieron funcionando. Las de

automóviles de la FIAT daban el 70% de la producción ordinaria. Los automóviles seguían saliendo de los talleres, pero con la estrella rosa de cinco puntas y el emblema de la hoz y el martillo en la carrocería.

273

El Gobierno, encabezado por Giolitti se puso a la espera. No tenía prisa por emplear la fuerza o tal vez no se atrevía.

Entretanto, los problemas que surgieron durante la ocupación de las fábricas fueron muy complejos. Había que resolverlos de prisa y bien. En ello fueron particularmente grandes los méritos del grupo de Turín del Partido Socialista de entonces. En primer lugar, del propio Togliatti. ¿Quién supo, después de ocupadas las fábricas, no interrumpir su trabajo? Los consejos fabriles. Los encabezaban obreros organizadores. Existía también un grupo de iniciativa de organizadores, cuya dirección general estaba en manos de la sección socialista. Y Palmiro Togliatti era un miembro activo de la sección socialista de Turín.

De esa manera, todos los hilos iban a parar a él. Se trataba de un brusco tránsito de los artículos e informes a la lucha abierta. Las fábricas estuvieron un mes entero en manos de los obreros. La experiencia adquirida en ese mes dio mucho a Togliatti. Los obreros mostraron la mayor economía en el gasto de materiales y el mayor desinterés. Los valores materiales de los talleres quedaron intactos. Las tentativas de algunos elementos desclasados de sacar tajada a cuenta del bien público eran enérgicamente castigadas. Las fábricas de automóviles pasaron a manos de los obreros, pero los dirigentes de éstos no se permitían utilizar los coches gratuitos, iban en tranvía o a pie.

A fines de septiembre de 1920, unidades de policía, reforzadas con carros blindados ligeros, tomaron el puente sobre el Dora y las fábricas de Giliardini. Pero no pudieron avanzar un paso más.

Desde una de las fábricas de la metalurgia pesada, en la que se hallaba Togliatti, salió un pesado carro blindado, que habían construido los propios obreros, y cerró el paso a la policía.

La cosa terminó en que los patronos subieron los salarios a los obreros y anularon el cierre de las fábricas. Bien es verdad que, pasados unos meses, en Turín hubo despidos en masa, y los dueños de las fábricas se resarcieron de las pérdidas sufridas por la subida temporal de los salarios.

274

Poco después de los acontecimientos de septiembre, Togliatti estuvo en Milán. Los reformistas de esta ciudad, haciendo valer sus derechos de dirigentes, le dieron una buena reprimenda por lo de

Turín. Consideraban que los de Turín habían sido unos aventureros y decían, ironizando: “¡Empezad vosotros el ataque en Turín, ya que estáis armados y sois tan valientes!” Como quiera que fuese, la ocupación de las fábricas dio a Togliatti una lección práctica de acción verdaderamente revolucionaria. Una lección provechosa.

Togliatti recibió el bautismo de fuego y entró en lo más denso de la lucha por los intereses de la clase obrera italiana, de todo el pueblo trabajador.

Ordine nuovo siguió existiendo. Los fascistas deambulaban en torno al edificio en que se encontraba la redacción del semanario. ¿Quién podía dar al fascismo la réplica que se merecía? Se fueron formando destacamentos antifascistas, denominados “Los valientes del pueblo”. Después ya de haberse fundado el Partido Comunista Italiano, Amadeo Bordiga proponía formar grupos comunistas especiales, propios, y de ninguna manera unidos con otras fuerzas antifascistas. Fue una manifestación de sectarismo que influyó de manera fatal en el desarrollo del Partido Comunista Italiano durante los primeros años de su existencia.

Togliatti y Gramsci se pronunciaron contra Bordiga. Se atenían a la línea política leninista. En el III Congreso de la Internacional Comunista Lenin condenó los planteamientos sectarios de Bordiga.

“...Para la victoria —dijo Lenin— es preciso contar con las simpatías de las masas. No siempre es necesaria la mayoría absoluta; mas para la victoria, para mantener el poder, es necesaria no sólo la mayoría de la clase obrera... sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora... Por eso debemos atraer a nuestro lado no sólo a la mayoría de la clase obrera, sino también a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada. ¿Habéis preparado esto? En casi ningún país”.

Y el III Congreso hizo constar que en Italia, en comparación con los años anteriores, se asistía a un descenso de la oleada revolucionaria y a una ofensiva de la burguesía. Aun con todo, el congreso explicó que si se hubiera formado un frente único de las masas trabajadoras, la ofensiva de la burguesía hubiera podido ser rechazada.

275

Después de la epopeya de Turín, Togliatti pasó a Roma, donde debía comenzarse la edición del diario *11 Comunista*, órgano central del partido. Él fue nombrado su director.

La redacción se instaló en varias habitaciones de una esquina de la calle de Scrofa. El periódico se imprimía en una vieja imprenta de la calle de Guardiola, cerca del edificio del Parlamento. Togliatti logró reunir a un grupo de excelentes y abnegados colaboradores. Entre ellos

estaba Felice Platone, Hugo Arcuno, el profesor Verdaro y Arturo Kappa. La sección de Crónica la llevaba D'Amato, maestro de escuela que conocía perfectamente la vida de Roma, todos sus intrínquilis, y suponía un peligro para los enemigos, pues denunciaba la corrupción y los escándalos de intrigantes sospechosos. El periódico era ameno, pero no tenía gran propagación. Su tirada se compraba principalmente en Roma. A las provincias llegaba un reducido número de ejemplares, pero allí los quemaban los fascistas, que se preocupaban bien de que no cayeran en manos de los lectores provinciales.

En el II Congreso del Partido Comunista Italiano Togliatti fue elegido al Comité Central. Unos meses después Antonio Gramsci fue a Moscú. Togliatti tenía que cumplir la difícil tarea de empezar una seria crítica de los izquierdistas sectarios. Y el tiempo era muy alarmante. En el barrio de San Lorenzo de Roma los obreros tuvieron que empuñar las armas. Levantaron barricadas delante de los locales de sus organizaciones, para defenderlas, y respondieron con fuego a las provocaciones de los fascistas. Al segundo día de la “marcha a Roma”, los fascistas atacaron la imprenta de *Il Comunista*. Eran las cinco de la mañana. El número ya estaba compuesto y lo iban a imprimir de un momento a otro. En la imprenta entró un destacamento de camisas negras armados con fusiles, pistolas, porras y bombas. Los fascistas deshicieron la composición y provocaron una riña.

Il Comunista fue suspendido. No se consiguió organizar su publicación ilegal en la capital. Se decidió organizarla en Turín, adonde fue Palmiro. El 7 de noviembre Palmiro habló en el club de Vittoria, suburbio de Turín, ante numerosos obreros reunidos para conmemorar el quinto aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia.

276

Poco después empezó para Palmiro la vida clandestina que, según los esposos Ferrara, sus biógrafos, “tenía que ser la vida cotidiana, durante veinte años, de los dirigentes comunistas que se encontraban en Italia o en la emigración: vivir con nombre y documentos falsos, un control minucioso, diario y a cada momento, de todas las relaciones con el mundo exterior y, ante el menor indicio de una vigilancia sospechosa o después de haber cometido alguna falta, cambiar inmediatamente de domicilio, de lugares de cita, de ciudad y de género de vida. Y todo eso con fondos limitados, a veces muy escasos, que había que gastar con gran economía para poder subsistir, seguir adelante y afrontar prevenido, cualquier acontecimiento y cualquier sorpresa. En esas condiciones, la vida de Togliatti era completamente distinta de la de otras personas. El adquiría costumbres severas,

hábitos de combatiente”.

...A Moscú Palmiro llegó como delegado al V Congreso de la Internacional Comunista, en representación de la mayoría del Centro dirigente del Partido Comunista Italiano.

En el Congreso, Togliatti sometió las condiciones del movimiento proletario en Italia a un análisis verdaderamente leninista. Dijo:

— Aún no tenemos un ascenso revolucionario, la clase obrera aún no se ha hecho tan fuerte como para desempeñar un papel decisivo en la vida política del país; pero vivimos un momento, en el que el proceso de la disgregación y dispersión de sus fuerzas ha terminado. ¿Qué meta nos debemos fijar en estas condiciones?... El partido ha conquistado ya posiciones incommovibles en la conciencia de la mejor parte de la clase obrera. ¿Qué debe hacer ahora? Debe convertirse en un partido de masas, en un partido de vastas masas obreras y vastas masas campesinas.

Así, pues, Palmiro Togliatti aprendió los principios básicos de la táctica leninista. Fue elegido al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Después de la detención de Gramsci y otros comunistas, Togliatti encabezó el partido. Fue ya fuera de Italia, desde París. Reorganizó toda la labor del mismo sobre una base nueva. Ante todo, fundó la revista teórica *Il Stato Operario* (“La clase Obrera”) y cohesionó en torno a ella a los comunistas italianos en la clandestinidad y en la emigración.

277

Este es un resultado significativo de la vida de todo el partido y del propio Togliatti.

A fines de julio de 1985 se inauguró en Moscú el VII Congreso de la Internacional Comunista. En él se leyeron dos informes fundamentales: Dimitrov habló del frente único de lucha contra el fascismo, y Togliatti de las tareas de la Internacional Comunista ante la preparación de la segunda guerra mundial por los imperialistas.

Togliatti arrancaba de la ley del desarrollo desigual, a saltos, de los países capitalistas en la época del imperialismo, ley que descubrió Lenin.

Los tiempos eran difíciles, se estaba formando el “eje” fascista Roma-Berlín-Takio. Los fascistas italianos aliados con los nazis de Alemania y los cabecillas militaristas del Japón, se proponían provocar una nueva guerra. Ante la organización, que agrupaba a los mejores hijos del proletariado mundial, se alzó una tarea impostergable: lanzar la consigna central, y la formuló Togliatti: la lucha por la paz.

Transcurrió casi un año. Empezó la guerra civil en España. Y Togliatti fue al Madrid en llamas a prestar ayuda política a la lucha del

Partido Comunista de España.

Togliatti también se dedicó a organizar las brigadas internacionales. Propuso considerarlas parte inseparable del ejército español. Y los comunistas que peleaban en estas brigadas ingresaban en el Partido Comunista de España y se sometían a su Comité Central. Sin duda alguna, esta resolución desempeñó un papel positivo en aquellas condiciones.

A Togliatti le agradaba el que muchos compatriotas suyos formasen bajo las banderas de la España republicana y luchasen por ella. Más de la mitad de los voluntarios italianos eran comunistas. Togliatti vio entre ellos a sus viejos amigos Luigi Longo, Giuseppe di Vittorio, D'Onofrio, Felice Platone y otros. A algunos los conocía bien desde los tiempos de Turín.

Togliatti trabajó sin descanso en España. Participaba en los congresos del partido y en las reuniones de las organizaciones de base. Escribía como periódica combatiente. Ocupó puestos de mando en el frente.

278

Además de Madrid, estuvo en Barcelona y Valencia. Y fue uno de los últimos en abandonar el país; como suele decirse, salió de España delante de las narices de los fascistas.

“...Si este primer bastión hubiera caído sin combate, la suerte del mundo y de nuestro país hubiera sido completamente distinta. En el mismo campo de batalla conocimos a nuestros amigos y a nuestros enemigos, conocimos los peligros y las tareas, comunes para todos los demócratas sinceros; en aquel campo de batalla surgió la unidad antifascista como una realidad y como una escuela concreta de guerra y política, de escuela para los pueblos, para las clases, para los partidos, para los estadistas sagaces”. Así escribió Togliatti unos años después. Estalló la segunda guerra mundial. Togliatti estaba en la Unión Soviética. Desde fines de junio del año cuarenta y uno hablaba a los italianos tres veces a la semana por radio Moscú Mario Correnti. Era el nuevo seudónimo combativo de Palmiro Togliatti. Seguía la lucha. Y aspiraba con toda el alma a volver a la patria. Pero no pudo emprender el vuelo hacia ella hasta fines de febrero del año cuarenta y cuatro.

El avión en que voló Togliatti pasó por Bakú, Teherán y El Cairo. En Argelia tomó un barco que iba en caravana militar a Nápoles. Palmiro vio ya desde el mar sus costas natales y las densas columnas de humo y la llama sobre el cráter del Vesubio.

...En los últimos días de marzo de 1944 se reunió en la calle de Medina, de Nápoles, el Consejo Nacional del Partido Comunista Italiano. La cuestión más candente era la de la forma de Estado:

¿Monarquía o República? La mayoría de los asistentes no dudaba de que Togliatti exigiría la supresión inmediata de la monarquía y la proclamación de la república. No obstante, Palmiro propuso aplazar la cuestión de la forma estatal hasta que fuese posible convocar la Asamblea Constituyente. Dijo que era mucho más importante la unidad de todas las tendencias para hacer la guerra al hitlerismo. Debía formarse inmediatamente un Gobierno de unidad nacional.

El Consejo Nacional lo aceptó. Se formó un Gobierno democrático con participación de comunistas, que se mantuvo en el poder hasta la liberación de Roma,

279

Merced a la táctica acertada del Partido Comunista 279 y al cuidado de Togliatti, merced a las hábiles relaciones con los otros partidos, se logró abolir la monarquía.

Togliatti logró hacer también su aportación a la Constitución democrática. Por eso, en nuestros días, los comunistas de Italia se pronuncian, apoyándose en la ley, y exigen que se cumplan los principios constitucionales.

“Nuestro rumbo político —escribió Togliatti en el prólogo a una compilación de discursos políticos suyos en *Il Constituan*— estribaba en que afirmábamos que en Italia, después de liberarnos del fascismo, se había de establecer un régimen democrático de nuevo tipo que hemos denominado “democracia progresiva”. En la práctica eso significaba que debían restablecerse todas las anteriores libertades democráticas (de palabra, de organización, de huelga, de reunión, de prensa, etc.) y constituirse un régimen parlamentario representativo. No obstante, había que realizar al mismo tiempo —por la vía democrática— una serie de reformas cardinales de carácter político y económico; estas reformas debían golpear a las clases capitalistas conservadoras y reaccionarias que habían engendrado el fascismo y con cuyo apoyo se mantuvieron los fascistas veinte años en el poder. Por consiguiente, estas reformas debían hacer imposible el retorno al régimen fascista, extirpar de raíz incluso la mera posibilidad. Al mismo tiempo, debían contribuir a cambiar la estructura económica de Italia, a liquidar las reminiscencias feudales en el campo, poner comienzo a la nacionalización de las ramas fundamentales de la economía y, de esa manera, preparar condiciones más propicias para la subsiguiente transición a la sociedad socialista”.

He aquí lo que dijo Palmiro Togliatti, que ya había adquirido gran experiencia y sabiduría en los largos decenios de lucha política: “...en Gramática, cada verbo tiene un solo tiempo presente, pero en la vida, una organización de masas tan amplia y combativa como es nuestro

partido, tiene tres tiempos presentes, y no sólo uno: el presente en el pasado, puesto que nuestro pasado está siempre vivo, no lo rechazamos, merced a él hemos llegado a ser quienes somos, ese pasado vive dentro de nosotros y nos impulsa adelante: hay un presente en el futuro, ya que, mirando al futuro, comprendemos y procuramos llegar a conocer cómo debe ser, y atisbar el porvenir nos sirve de guía para la acción hoy; luego existe el presente en el presente. Tales son los tres tiempos presentes en la actividad de nuestro partido: en el pasado, en el futuro y en el presente.

280

“Ese es el gran fin que nos proponemos: actividad, movimiento, lucha que parten del pasado y de las actuales condiciones y nos abren el camino al porvenir”.

Y agregó: .

“Debemos estar siempre enterados de las condiciones de existencia en Italia —pido perdón por emplear esta expresión—, es decir, cuáles son las condiciones de existencia del ciudadano, las condiciones de trabajo y de vida del obrero, cómo se respeta su dignidad, cuáles son las condiciones de vida de los campesinos y en qué condiciones desenvuelve su actividad la intelectualidad progresista.

“Esa relación con las masas da vida al partido, lo impulsa adelante y le abre nuevos caminos”.

Cuando regresó a Italia, al caer el fascismo (mejor dicho, en plena lucha contra el fascismo, pues la agonía de Mussolini se prolongó mucho), Palmiro Togliatti encabezó el Partido Comunista, que salió acrecentado y robustecido de la clandestinidad. Togliatti gozaba de gran cariño entre las masas populares. Y, al mismo tiempo, lo odiaban a muerte los reaccionarios, a manos de los cuales faltó poco para que cayera víctima de un atentado en el año cuarenta y ocho. El pueblo italiano respondió a ese atentado con manifestaciones multitudinarias de protesta y con una poderosa oleada de indignación.

Curadas las heridas y restablecido, Palmiro volvió a dirigir el partido. Aún laboró dieciséis años para bien del pueblo trabajador de Italia...

Mario Montagnana, uno de los colaboradores de Palmiro Togliatti, escribió, caracterizando al dirigente de los comunistas de Italia, de su grandísima serenidad, impassibilidad y seguridad en sí mismo. Donde estaba Togliatti, escribió Montagnana, no había lugar para el pánico, el titubeo y las dudas...

Mario visitó a Palmiro en el verano del año treinta y ocho en Barcelona, donde éste encabezaba la delegación de la Internacional Comunista en España. Palmiro estaba estudiando un manual de

catalán.

281

— Es muy importante —le dijo, al ver el asombro que le producía la “pérdida de tiempo” en estudiar una lengua tan poco extendida—, saber hablar con los catalanes en su propia lengua: esa es la demostración práctica más eficaz de la enorme importancia que concedemos a su problema nacional; además, eso es una demostración de nuestro deseo de no dirigir de una manera mecánica, basándonos en fórmulas y conceptos creados de una vez y para siempre en todos los lugares, sino basándonos en el estudio y comprensión de las particularidades típicas de cada país.

Transcurrieron los años. Y en el declive de su vida, Palmiro Togliatti, hombre que había visto mucho, conocido mucho y hecho mucho, se dirigió a los pioneros, a la joven generación, a los que aún tendrían que trabajar para el bien de su patria y de su pueblo:

— Tenemos, un mismo corazón. Vuestro corazón y el mío encierran los mismos pensamientos, los mismos ideales. Entre nosotros no hay .diferencias, porque luchamos por los mismos ideales. Vosotros y nosotros luchamos por los mismos fines

Palmiro Togliatti íes habló de la lucha por la felicidad de los pueblos, por la fraternidad entre los pueblos, por el progreso y el socialismo. No se limitó a pronunciar un discurso, pues entregaba el testigo de la carrera de relevos a los jóvenes leninistas:

— ¡Tenemos un mismo corazón!

Alexandr Isbaj

HIJO DEL PUEBLO

283



MAURICE THOREZ en la tribuna del VII Congreso de la Internacional Comunista. 1935

Encima de la cama de Clement Baudry, viejo minero de abolengo, abuelo de Maurice Thorez, pendía un cuadro de chillones colores con marco barato. Unos soldados, vestidos con el llamativo uniforme azul y rojo, disparaban contra una multitud de mineros. Las bayonetas emitían opacos reflejos. En los monos negros de los mineros caídos, rojas manchas de sangre.

Era un cuadro histórico. En 1891 las tropas abrieron fuego en Fourmies (departamento del Norte) contra la manifestación del Primero de Mayo.

El pequeño Maurice contemplaba a menudo el cuadro. Conocía ya todas las caras. Un minero de largos bigotes, que amenazaba a los gendarmes con su nudoso y duro puño, se parecía a su abuelo. Y un -

soldado se parecía al jefe de la patrulla de la policía del pueblo. Al abuelo le agradaba contar a Maurice los sucesos de aquellos años. Y el nieto, conforme iba creciendo, los iba comprendiendo de distinta manera cada vez, penetrando en el complicado sentido de la cruel lucha que veía no sólo en el cuadro, sino al lado suyo, en la vida real.

284

La infancia de Maurice no fue de rosas. Tuvo “muchas penas y pocas alegrías”, como solía decir él posteriormente.

Un tenebroso poblado minero con las negras fauces de las minas, que evocaban el tétrico Voreux de la novela *Germinal* de Emilio Zola.

Maurice, que nació a principios de siglo, aún no había cumplido seis años cuando se produjo la horrenda explosión de la mina de Méricourt. Entre la multitud excitada, entre los ancianos, mujeres y niños corrió siete kilómetros desde la aldea natal de Noyelles-Godault hasta el poblado de Méricourt. Los gendarmes a caballo, lo mismo que en el cuadro de marras, interceptaron el paso a la gente, pisoteándola con las caballerías. Pero la multitud fue creciendo. Era ya todo un ejército de gente indignada, enfurecida, pero impotente aún.

En cada uno de las decenas de poblados mineros hubo luto, y en centenares de casas había ataúdes... Maurice jamás pudo olvidar aquellas jornadas.

Siguió una huelga que duró cincuenta y dos días. Uno de los dirigentes de los huelguistas fue su abuelo Clement Baudry. Fue la primera huelga que recordaba Maurice. El muchacho empezaba a comprender qué significaba la fidelidad y la abnegación a la causa de la clase obrera.

El padre de Maurice también era minero. Para eludir los peligros del trabajo subterráneo, se fue a una fábrica. Evitó la intoxicación del grisú. Pero se intoxicó en el taller de plomo.

Maurice se incluyó en la vida laboral de la familia desde los diez años. Cada céntimo tenía su valor en el presupuesto familiar. Maurice entró a trabajar de peón agrícola. Y dos años después, de minero.

Sonó el fatídico disparo de Sarajevo. Empezó la primera guerra mundial. Las tropas alemanas avanzaron rápidamente hacia Occidente. No tardó en oírse el estruendo de los cañones en la aldea natal de Thorez. El trabajo en la mina se interrumpió. Maurice y su abuelo huyeron de la aldea horas antes de que la ocuparan los alemanes.

285

El anciano y el jovenzuelo recorrieron los caminos, viendo y compartiendo el dolor del pueblo, contemplando las ciudades y aldeas de su patria arrasadas por la guerra. Al fin se detuvieron en el pueblo de Clugnat, departamento del Creuse. El joven minero Maurice volvió

a trabajar de jornalero agrícola. Su patrón, el albañil Menagier, se consideraba socialista. Leía incluso *L'Humanité*, odiaba la guerra y hablaba de las conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Una vez mencionó el nombre del revolucionario ruso Lenin. Pero no pudo contar mucho de este hombre ni de sus amigos, los bolcheviques.

Maurice empezó a leer también *L'Humanité* y tomó afición a los libros. Le produjo honda impresión *El fuego*, de Barbusse. ¿Hubiera podido pensar entonces, el joven Thorez que el ilustre escritor llegaría a ser colaborador y amigo suyo?

La guerra tocaba a su fin. En la primavera de 1917 el abuelo y el nieto se fueron a Amiens, pasando por París. Se abrió una página nueva en el destino de Thorez. Se puso a trabajar en una serrería y a transportar madera en una gabarra denominada *Francia*.

Conoció a los cargadores y los tejedores, el trabajo agobiador en asfixiantes talleres y los salarios de miseria. Maurice se convenció de que la vida de los obreros de las fábricas no era mucho mejor que la de los mineros.

Y de pronto... Pareció verse el lejano resplandor del primer relámpago. La revolución en el Este. Y de nuevo el nombre que ya había oído: Lenin.

La gabarra navegaba entre Corbie y Abbeville, Somme arriba y abajo. Pero en cada parada, Maurice sacaba los periódicos y revistas y leía febrilmente, sobre todo, lo concerniente a la revolución rusa.

Cuando empezó la ofensiva alemana sobre el Somme, se evacuó a todos los jóvenes de la zona próxima al frente.

De nuevo andanzas y cambios de profesión. Apenas cumplió 18 años, Maurice había sido ya minero, jornalero agrícola, marinero fluvial e incluso panadero. Era ya militante activo del Partido Socialista, en el que había muchos obreros.

Thorez ingresó en el Partido Socialista en marzo de 1919 y se hizo en seguida un combativo propagandista del ala izquierda. No sólo hacía propaganda en pro de la salida de la II Internacional, sino de adhesión a la III, a la leninista.

286

La lucha contra los oportunistas estaba en pleno apogeo. Thorez, vestido de uniforme —pues era soldado y estaba disfrutando un permiso— habló en un gran mitin y defendió con vehemencia las tesis de la III Internacional, las tesis de Lenin. Los mineros tributaron ovaciones a su paisano, a su “peque”, a su Maurice. En el regimiento, Maurice no conocía el sosiego. *L'Humanité* publicó una carta colectiva de soldados en pro de la adhesión a la III Internacional. La había escrito Thorez.

...Por último, la ola arrolladora: el Congreso de Tours. El fogoso discurso de Marcel Cachin (Thorez lo había oído hablar por primera vez en Amiens, aún durante la guerra, y ya entonces le subyugaron el vigor y la pasión de sus palabras... Pocos años después se volverían a ver y recorrerían el uno al lado del otro, codo con codo, los intrincados y heroicos caminos de la lucha...) Y el apasionado discurso de Clara Zetkin, que se abrió camino al congreso a través de todas las barreras y obstáculos.

El congreso de Tours decidió, por inmensa mayoría de votos, adherirse a la III Internacional, a la Internacional Comunista.

Ese día nació el Partido Comunista Francés, partido al que Maurice Thorez entregó toda la vida.

Cuando el revoltoso Maurice volvió del ejército, no quisieron admitirlo en la mina. Tuvo que trabajar de peón de albañil. Luego, lo mismo que su hermano Luis, a quien quería mucho, fue “pintor de brocha gorda”. Pero eso no le impidió trabajar activamente en el Sindicato Unitario de los mineros y entre la juventud. Iba todos los días de pueblo en pueblo en su “probada” bicicleta. Hablaba en las reuniones, daba charlas y repartía folletos propagandísticos. Hoy aquí y mañana allá, fueron declarándose huelgas.

El III Congreso de la Internacional Comunista lanzó la consigna: “¡Id a las masas! ¡Formad el frente único!” Y aunque muchos comunistas aún se oponían al frente único, Maurice Thorez, delegado de la federación del Paso de Calais, votó ya en pro de la unidad en el Congreso de París, en octubre de 1922.

Llegó el duro año de 1923, con la ocupación del Ruhr. El joven Partido Comunista llamó a la unidad con los obreros alemanes, a la confraternización. En la región del Ruhr, los soldados franceses se negaron a disparar contra los parados y encabezaron las manifestaciones revolucionarias, cantando *La Internacional*.

287

Siguieron las represiones, las detenciones y las acusaciones de confabulación. Cachin, Monmousseau, Sémard y Péri fueron a la cárcel. Gabriel Péri declaró la huelga del hambre.

Los más débiles abandonaron el partido, que, libre de desertores, se fortaleció. En esos duros días Maurice Thorez estuvo en su puesto de combate de secretario de la federación del Paso de Calais. Se convirtió en revolucionario profesional. En el Congreso de Lyon fue elegido miembro del Comité Central.

Thorez se pasaba las noches leyendo libros de Marx, Engels y Lenin. Leyó todos los de Lenin traducidos al francés. Le agradaron, sobre todo,

los consejos de Lenin de preocuparse siempre de la cohesión de las masas, de la unidad de la clase obrera. Gabriel Péri, joven literato comunista que había hecho amistad con Thorez, le habló de la entrevista que había tenido Lenin con los dirigentes de los sindicatos revolucionarios de Francia Pierre Sémard y Gastón Monmousseau. Lenin enseñó a los comunistas franceses a luchar contra el oportunismo, el conciliacionismo y el sectarismo “de izquierda”. No hay que ir a la zaga de la clase obrera, decía Lenin. Hay que ir delante, pero sólo un paso.

Thorez leía a menudo, entusiasmado, a sus camaradas capítulos del libro *El Estado y la Revolución* y *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*. Las obras de Lenin llegaban al corazón de los oyentes, les ayudaban a vivir y luchar. ¡Y cuántas veces se refirió Lenin directamente a los obreros franceses! Los conocía bien. Había vivido años en París. Había escrito a menudo de los comuneros de París. ¡Y con qué claridad habló en la carta en que analizó el programa agrario del joven Partido Comunista Francés de la alianza con los campesinos y jalonó el camino de la clase obrera hacia la victoria!

La noticia de la muerte de Lenin llegó en pleno Congreso de Lyon. Thorez contó de esos días: “Un dolor inmenso se apoderó de nosotros. El proletariado internacional y sus luchadores quedamos de pronto huérfanos... Pero la revolución continúa. La poderosa clase, a la que pertenece el futuro, ha adoptado la doctrina de Lenin. Lenin ha muerto, pero el leninismo vive y triunfa!”

288

En febrero de 1925 Maurice fue por primera vez a la URSS. Tuvo entrevistas con los dirigentes del primer Estado Socialista y habló en fábricas. Recorrió el Donbás y descendió a muchas minas. Visitó poblados, clubes, escuelas y guarderías infantiles.

¡Cuánto se distinguía la nueva vida de los obreros de la región del Donetz de la dura vida de los mineros, entre los que él había pasado la infancia! ¡Y cómo soñaba él, minero, con hacer tan libre como en el Donbás la vida de los mineros del Norte!

Estalló la guerra en Marruecos. Los colonialistas franceses ahogaron en un mar de sangre el movimiento de liberación nacional de los árabes. La clase obrera de Francia apoyó a los marroquíes. La vasta campaña de protesta contra la guerra en Marruecos la dirigió un comité de acción presidido por Thorez. Tenía a la sazón veinticinco años nada. más. Pero los comunistas de Francia lo eligieron miembro del Buró Político y secretario del CC. Brillante organizador y propagandista, viajó por todo el país. A la tribuna de los congresos obreros de París, Lille, Lyon,

Marsella, Burdeos, Estrasburgo y Beziers subía siempre el joven, fogoso y airado Maurice.

¡Thorez era demasiado peligroso para los gobernantes burgueses! Lo detuvieron y encarcelaron. Se pasó catorce meses recluido. ¡Y no lo apaciguaron! Tan pronto como salió de la celda, reanudó la lucha. El mundo capitalista se preparaba para la guerra contra la Unión Soviética. El mariscal Foch afirmaba que era necesario. Thorez se pronunció bruscamente contra todos los intentos de intervención. Volvieron a procesarlo por “instigar a los soldados a la desobediencia con fines de propaganda anarquista”. La sentencia fue de seis meses de cárcel y una multa. Tuvo que pasar a la clandestinidad.

A pesar de todo, al cabo de varios años la policía logró dar con la pista de Thorez y acordonar la casa en la que estaba reunido el Comité Central. Thorez consiguió huir, pero un traidor lo delató. De nuevo fue a la cárcel. Lo recluyeron en una sucia y pestilente cámara para incomunicados. Tuvo una serie de ininterrumpidos encontronazos con los gendarmes, los jueces de instrucción y los abogados. Por último, lo pasaron a una celda ordinaria. La infatigable energía no lo abandonaba. En la cárcel fundó una escuela, explicó a sus “estudiantes” un cursillo de Economía Política y les dio a conocer los principios de organización del Partido Comunista. Enseñaba y aprendía él mismo.

289

Los amigos esperaban con impaciencia a Maurice Thorez. Para la lucha contra los fraccionalistas hacía falta un dirigente enérgico que tuviese influencia en las masas. De nuevo ocupó Thorez su puesto de combate. Su lema era: No quedar indiferente a nada de lo que atañese a los obreros. ¡Contra los sectarios!

¡Contra los charlatanes y vocingleros! ¡Por la democracia en el partido! Sus artículos eran leídos con emoción. Lo apreciaban. Tenían fe en él. En julio de 1930 lo eligieron secretario general del Partido Comunista Francés. Y dos años después, diputado a la Asamblea Nacional por el distrito obrero de Ivry.

Se avecinaba una tormenta. Los fascistas pretendían, rabiosos, al poder en Alemania. Ernesto Thaelmann, el dirigente de los comunistas alemanes, habló en París, en la sala de Bullier, ante los obreros franceses. Maurice Thorez dio un abrazo fraternal al obrero del puerto de Hamburgo. Estaban los dos en la tribuna como un símbolo de la unidad de la clase obrera. Y un mes después, en esta misma sala, Maurice declaró solemnemente, en nombre del partido de los comunistas: “El proletariado exige la unidad. Los comunistas tienden fraternalmente la mano a todos los proletarios”. Fue a Alemania, y en Berlín, ante la tumba de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo,

estrechó simbólica y fraternalmente la mano a Guillermo Pieck.

En la capital alemana redoblaban los tambores fascistas. El diputado Thorez declaró desde la tribuna del Parlamento: “Nadie puede negar la realidad ni la amplitud del rearme de la Alemania hitleriana, y nosotros menos que los demás, porque nuestros camaradas, los comunistas alemanes, pese al peligro que corren sus vidas, han sido los primeros en denunciar las sospechosas maquinaciones de los generales del *Reichswehr*. El dirigente del Partido Comunista de Alemania, nuestro querido camarada Thaelmann, ha sido encarcelado, acusado de alta traición, por la misma acusación que *L’Echo de París* nos lanza aquí a nosotros. Mas ¿quién ha rearmado a Alemania? ¿Quién le ha concedido el rearme?...”

290

El discurso de Thorez sonó con el mismo vigor que el *Yo acuso* de Emilio Zola:

— La causa por la que lucha el País de los Soviets es la causa de la paz. Por eso declaramos a plena voz que estamos dispuestos a defender con todos los medios y contra todos los agresores posibles a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, patria de todos los trabajadores del mundo.

Cuando los fascistas franceses decidieron seguir el ejemplo de sus maestros alemanes, y las bandas de “las cruces de combate” y de los bravucones “reales” se sublevaron y atacaron el Palacio de los Borbones, el pueblo francés mostró de hecho que aún estaban vivas las tradiciones de la Comuna de París. Los nietos y biznietos de los comuneros dieron réplica contundente a los fascistas.

Al primer llamamiento del Partido Comunista, se echó a la calle todo el París obrero. Se declaró la huelga general. No salieron al trabajo cuatro millones y medio de huelguistas. Se fundó un amplio frente popular contra el fascismo, contra los monopolios, contra las “200 familias” que gobernaban a Francia. ¡Y los fascistas no pasaron!

En el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú, la delegación francesa fue acogida con entusiasmo. Dirigido por Maurice Thorez, el partido supo librarse de la limitación sectaria, reforzó los vínculos con las masas y logró grandes victorias.

— El proletariado francés —dijo en el informe de balance del Comité Ejecutivo el camarada Guillermo Pieck—, ante la primera acción de masas de las bandas fascistas en las calles de París, no se dejó adormecer con la teoría del mal menor ni con la charlatanería en torno a la democracia formal... El proletariado francés ha rechazado el primer ataque serió de los fascistas.

De eso mismo habló Jorge Dimitrov. Puso a Francia como ejemplo a todo el proletariado internacional. He ahí un país en el que la clase obrera ha mostrado cómo hay que luchar contra el fascismo.

Los fascistas fueron derrotados en combate abierto. El Frente Popular cuajó. El número de diputados democráticos (y ante todo comunistas) tanto en el Parlamento como en los municipios aumentó considerablemente.

291

El Partido Comunista Francés logró grandes éxitos. En muchos municipios obreros la mayoría la obtuvieron los comunistas, que hicieron en Ivry y Saint Denis, en Malakoff y Vitry, en Villejuif y Montret, en todo el territorio del “cinturón rojo” que ciñe a París, todo lo que pudieron para mejorar la situación de los trabajadores y construir para los obreros casas nuevas, clínicas, comedores, bibliotecas y guarderías infantiles.

Pero el Estado seguían dirigiéndolo los testaferros de las “200 familias”, y cada éxito había que arrancarlo en sañuda batalla.

El 5 de diciembre de 1936, hablando en el Parlamento contra la política de la No-Intervención, el diputado Thorez adujo en su discurso fragmentos del programa de Hitler, en el que se afirmaba que Francia seguía siendo un enemigo mortal de los alemanes, que Alemania exigía la destrucción de Francia. Fue una señal de alarma, que ponía en guardia. Pero los ministros franceses hicieron oídos sordos. Apoyados por los socialistas, concertaron el vergonzoso tratado de Munich. Ese fue el principio del fin del Frente Popular, el comienzo de la futura derrota de Francia.

En España estalló la sublevación fascista. Los comunistas franceses exigían a su Gobierno aviones y armas para los republicanos españoles. Thorez fue a España. Visitó a los defensores de Madrid. Habló en mítines en Barcelona. Estuvo en Albacete y Murcia. Luego contaba con dolor cómo las mujeres y los niños de Valencia y Madrid le preguntaban: “¿Toleraréis que nos maten? ¿Será posible que los obreros franceses lo toleren? ¡No, eso no es posible!”

Muchos obreros, revolucionarios y comunistas franceses, lucharon en las filas de las brigadas internacionales. En las trincheras de Madrid estuvieron también los tres cuñados de Maurice. Uno de ellos murió en los combates del Ebro. Tres mil franceses entregaron la vida por la libertad de España. Y eso fue, según afirmación de Thorez, cumplir un legado de Lenin, cumplir con el deber internacionalista.

Comenzó la segunda guerra mundial. El Partido Comunista Francés jamás inclinó la cabeza ante el enemigo. Después de que el mariscal Petain refrendara oficialmente servilismo ante Hitler, *VHumanité*

publicó un llamamiento del CC del PCF al pueblo francés, firmado por Maurice Thorez y Jacques Ducloux:

292

“Francia aún está anegada en sangre, pero quiere vivir libre e independiente. Jamás pueblo tan glorioso como el nuestro será un pueblo de esclavos... Francia, con su glorioso pasado, no se postrará ante un puñado de lacayos, dispuestos a cualquier cochinado...”

En condiciones difíciles, inhumanas, Thorez dirigía la lucha de los comunistas franceses. "El país derramaba sangre. Menudeaban las detenciones, los fusilamientos, las torturas y las redadas de activistas del Partido Comunista. Las ejecuciones en Nantes e Ivry. La destrucción de Oradour. Los fusilamientos en Mont Valerien y en Chateaubriant. La muerte heroica del joven comunista Guy Moquet. Al Partido Comunista empezaron a llamarlo el partido de los fusilados. Pero demostró en la práctica, luchando, que vivía y viviría siempre. Estallaban fábricas y volaban trenes. La tierra ardía bajo las plantas de los invasores fascistas.

Thorez y sus compañeros de lucha inspiraban y dirigían el movimiento de la Resistencia. El periódico

L'Humanité, que salía regularmente en la clandestinidad, encendía los corazones de los guerrilleros. En la más profunda clandestinidad escribían poesías Louis Aragón y Paul Eluard. Desde Moscú hablaba por radio a los franceses Jean Richard Bloch, contándoles de la heroica lucha del pueblo soviético.

La Gestapo redobló las represiones. El diputado comunista Jean Cautlar, amigo de Thorez, fue ejecutado. Cerca de Mont Valerien fusilaron también a otro buen amigo suyo, a Gabriel Péri, redactor de *L'Humanité*. Perecieron Lucien Sampaix, Paul Sémard, Daniel Casanova, Georges Politzer, Jacques Solomon, Jacques Decour, Fierre Rigault, secretario de Thorez, y la hija de Jean Richard Bloch. Fue muerto, al intentar evadirse del campo de concentración, Louis Thorez, el hermano de Maurice.

Y la lucha proseguía. Maurice Thorez seguía en su puesto de combate, La Gestapo y los sabuesos de Vichy lo buscaban por todo el país. Pero él, viejo y probado conspirador, era incapturable. El indómito pueblo francés no entregaría a su dirigente a los nazis.

Pese al peligro de muerte que ello suponía, muchos franceses conservaban el libro de Thorez *Hijo del pueblo* con sus autografías. En 1949 el autor ponía el autógrafo en los ejemplares de la segunda edición, los comunistas le tendían a menudo el viejo ejemplar, editado en 1937, que habían podido salvar después de todos los registros y redadas.

La victoria de las tropas soviéticas en Stalingrado inspiró a los guerrilleros franceses a nuevas hazañas. Volaban trenes. Iban cayendo, segados por las balas de los francotiradores, los *Gauleiters* y los *Sturmabannführers* hitlerianos. En mayo de 1943 Thorez participó, en Moscú, en las reuniones de la Internacional Comunista. En Moscú cobró nuevas fuerzas para los largos y duros combates que le esperaban.

En agosto del año 1944 el pueblo de París se sublevó contra sus opresores. Las tropas de los aliados aún estaban ante sus accesos, y la capital de Francia ya había sido liberada. El coronel Rol Tanguy, comunista, jefe de las fuerzas interiores de la Resistencia, aceptó, junto con el general Leclairque, la capitulación de von Holtitz. Los sublevados, los miembros del “partido de los fusilados”, salvaron la capital francesa de las voladuras y la destrucción.

“¡Ha sonado la hora del desquite!” —exclamó Thorez en su saludo al París liberado. Las masas populares recibieron con entusiasmo al dirigente de los comunistas en el aeródromo de Bourget. Romain Rolland, viejo amigo de Maurice, le escribió: “A París le faltaba la voz de usted. Mientras no la oiga, no se sentirá libre del todo”.

Y París oyó la voz de Maurice Thorez. Apenas bajó del avión, pronunció un discurso en el Velódromo de Invierno ante los miles de personas que llenaban el recinto, y exhortó a los franceses a culminar la derrota de los nazis, castigar a los traidores, fortalecer la amistad con la Unión Soviética y hacer renacer la Francia democrática, libre e independiente.

Cuando Thorez habló en París, en la sala Pleyel, el 21 de enero de 1946, recordó a todo el partido los legados de Lenin. Ante todo, amar al pueblo, amar a la clase obrera, tener fe inquebrantable en las masas. Atenerse firmemente a los principios fundamentales del marxismo. Desarrollar el marxismo en lucha contra los revisionistas y los dogmáticos de todo tipo. “Nuestra teoría no es un dogma, sino *una guía para la acción*”. Reforzar el partido proletario de nuevo tipo, con un programa y una táctica claros, con una sola voluntad de sus militantes.

Thorez leyó a los reunidos la carta del Presídium de la Internacional Comunista, firmada por Lenin en 1920 y dirigida a los proletarios de Francia:

“...No puede ser que la clase obrera revolucionaria de Francia, con las maravillosas tradiciones obreras, con la cultura, con la disposición al sacrificio y con el magnífico temperamento combativo que tiene, no

Cree un poderoso partido comunista que continúe las mejores tradiciones de los comuneros de París y esté dispuesto a ir al asalto de la fortaleza del capitalismo...”

...Maurice Thorez se mantuvo en su puesto de combate hasta los últimos días de su vida. Contaba con el profundo cariño de los obreros franceses. Le unía una fuerte amistad a los mejores maestros de la cultura francesa: Langevin, Vaillant-Couturier, Rolland, Barbusse, Joliot-Curie, Picasso, Léger, Aragón...

Cuando en octubre de 1949 se cumplieron diecisiete años de la muerte de Pierre Degeyter, autor de la música de *La Internacional*, con letra de Eugéne Pottier. Y él pronunció un discurso, dedicado a este obrero de Flandes que inmortalizó su nombre, al componer el gran himno de los trabajadores.

— Degaiter cantó por primera vez *La Internacional* a los obreros de Lille, en un modesto bar de la calle de Vignette —evocó Thorez—, y poco después se oía ya en todas las reuniones, en todos los congresos del viejo Partido Obrero Francés, y a los delegados de los partidos de otros países les emocionaba el vigor de esta combativa canción.

Luego Maurice Thorez habló de su entrevista con Degeyter en Moscú, en la Plaza Roja, junto al Mausoleo de Lenin. Y de que el compositor y él evocaron las inspiradas palabras de reconocimiento que Lenin dedicó a Eugéne Pottier, autor de la letra de *La Internacional*. Fue sobre todo amplia y variada la actividad de Maurice Thorez en la segunda mitad de los años 50. Dijérase que había recuperado la juventud. Creyérase que se había olvidado por completo de la peligrosa enfermedad que acababa de padecer, aplacada, pero no curada definitivamente.

295

Maurice empezó a publicar muchos artículos en *L'Humanité*. Los más brillantes se titulaban *Bajo la bandera del inmortal Lenin y Jamás la doctrina de Lenin ha sido tan eficaz y vital como en nuestro tiempo*. Este último artículo terminaba en la rotunda afirmación: “El Partido Comunista Francés se mantendrá fiel a la gran bandera de Lenin”. De ello, en el fondo, trató en el mitin de Ivry con motivo del veinticinco aniversario de haber sido elegido diputado al Parlamento, en el discurso que pronunció en la reunión plenaria de CC en Arques, en el que pronunció en el Circo de invierno contra la guerra de Argelia y en el que pronunció en Moscú durante los festejos del cuarenta aniversario de la Revolución de Octubre. Thorez habló en la Conferencia de Moscú de los partidos comunistas y llamó a la unidad en la lucha común contra el imperialismo, al internacionalismo proletario, a la lucha contra el revisionismo, el dogmatismo y el sectarismo; el sectarismo

representaba un verdadero peligro en las condiciones en que se encontraba el Partido Comunista Francés.

A la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas siguió la Conferencia de todos los partidos hermanos, en la que se aprobó el Manifiesto de la Paz.

— En todos los campos se manifiesta la fuerza invencible de las ideas de Lenin, se consolida la capacidad, típica del socialismo científico, para transformar el mundo, y se consolida el papel dirigente del glorioso partido de los bolcheviques en el movimiento obrero internacional.

Estas palabras de Thorez sonaron con fuerza de convicción y vehemencia en una entrevista que tuvo con trabajadores de Moscú durante la conferencia.

Maurice Thorez murió en 1964. Hasta el fin de su vida fue fiel a los legados de Lenin.

Thorez, minero del departamento del Norte que llegó a ser el dirigente de los proletarios de Francia, visitó muchas veces a la Unión Soviética. Le agradaba entrevistarse con los obreros de Moscú, con los científicos y los maestros de la cultura soviética. Estuvo invitado al XXII Congreso del PCUS. Y siempre decía que Lenin le había iluminado a él, joven minero, todo el camino que recorrió hacia la revolución.

Karl Nepómniachi

UNA LADY OBRERA

297



Hubert Harrison, sentado a la izquierda, y los líderes de los Trabajadores Industriales del Mundo, **ELIZABETH GURLEY FLYNN** y Bill Haywood, sentado a la derecha, organizaron la huelga de la seda de Paterson en 1913. (Museo Americano del Trabajo)

Elizabeth Gurley Flynn se pasó casi toda la vida en los barrios pobres de Nueva York entre la humilde población obrera. Su abuelo, Tom Flynn, cruzó, acuciado no sólo por la miseria, el océano: en Irlanda quedaban sus enemigos políticos. La aspiración a la independencia y la intolerancia ante la violencia se transmitían en esta familia de generación en generación. El padre de Elizabeth, Tom Flynn hijo, también se enorgullecía de su amor a la libertad. Era muy sagaz y comprendía perfectamente no sólo cuanto pasaba en América, sino en su vieja patria. Su espíritu progresista le llevó a pecar más de una vez de excesivo optimismo...

Camino por la calle 134 del Este de Nueva York, buscando la casa N. 511, en la que Elizabeth residió muchos años. ¡Inútil empresa! El barrio está tan cambiado que no se parece nada al de comienzos de siglo. Aun con todo, cuando uno piensa en personas como Elizabeth,

se percibe algo emocionante en estas vetustas piedras y en la propia atmósfera del Nueva York obrero. Elizabeth Gurley Flynn era una mujer que sabía combinar la fidelidad al deber con el amor al trabajo. Viajó desde joven por todo el país, participando en el movimiento obrero por encargo de “Los Trabajadores Industriales del Mundo (gran organización sindical que se fundó en 1905 y desempeñó inmenso papel en la historia del movimiento obrero de los EE.UU.). Dondequiera que se declarase una huelga y ocurriera lo que fuese en las fábricas de Detroit o en las tejedurías de Patterson, si se trataba de los derechos de los trabajadores, Elizabeth sentíase obligada a intervenir.

298

Elizabeth Gurley Flynn estuvo varios años en presidio y más de cincuenta vigilada por el FBI o policía secreta. La policía escuchaba todas sus conversaciones, ya fueran con su hijo, a quien adoraba y perdió pronto, con su hermana o con sus amigos (tenía muchísimos), escuchaba todas sus conversaciones, hasta las más corrientes, como en torno a ir o no al campo, a la quinta de Gus Hall, quien, tras una cacería afortunada, la invitaba a comer carne fresca de ciervo. Los agentes de Edgar Hoover le seguían cada paso.

La batalla de Elizabeth Gurley Flynn, líder del Partido Comunista de los EE.UU., escritora y filósofo de talento y una de las oradoras más brillantes de la Norteamérica contemporánea, contra el FBI duró desde los años veinte, cuando el oficial de policía Edgar Hoover, joven a la sazón, hacía, por orden de Palmer, ministro de Justicia entonces, redadas de rojos, con perros lobos, porras y gases lacrimógenos, hasta casi los últimos días de la vida de ella.

Creyérase que Edgar Hoover contaba con todo lo que necesitaba para ganar esta batalla, para intimidar o doblegar a Elizabeth Gurley Flynn. Un sabueso profesional de la policía tan conocido en Norteamérica como él claro que disponía de todo lo que pudiera necesitar, tanto de dinero como de agentes, micrófonos... Abría impunemente las cartas y leía los artículos de ella antes de que se imprimieran en *The Worker* o los textos de sus discursos antes de que los pronunciase en los mítines, hojeaba sus libros preferidos y fotografiaba las páginas en que ella había hecho acotaciones. Hoover se introducía descaradamente en su vida privada, haciendo sentir en todo momento su existencia. Dijérase que este provocador de varias caras era ubicuo y omnipotente, que oía y 299 sabía todo lo que ocurría en casa de Elizabeth. ¡Y él perdió la batalla! Y no sólo porque ella jamás se sintió sola, pues siempre estuvo rodeada de personas que la estimaban, la protegían y admiraban sus múltiples aptitudes. Edgar

Hoover perdió la batalla porque Elizabeth era una persona de férrea voluntad y una gran patriota de Estados Unidos, cualidades que conservó hasta el último suspiro.

299

— Nosotros, los comunistas, amamos nuestro país y nuestro pueblo, pero, igual que Carlos Marx, odiamos el capitalismo —decía con vehemencia Elizabeth.

RELATO DE BOB THOMPSON ACERCA DE ELIZABETH

Conocí a Bob Thompson en Nueva York en 1961, en el Karnegui Hall, durante un gran mitin que dio el Instituto Norteamericano-ruso. Nos pusimos de acuerdo en vernos días después, pero algo lo impidió y no volví a entrevistarme con el dirigente de los comunistas de Nueva York hasta pasados cuatro años, en Moscú. Thompson vino a Moscú, invitado por el Comité Soviético de veteranos de la segunda guerra mundial a festejar con ellos el veinte aniversario de la victoria sobre el fascismo alemán. Nos visitó en la Agencia de Prensa “Nóvosti”, y, tomando café, le conté cómo se imprimió el último artículo de Elizabeth *Nuestras ideas vencen*, publicado en *Pravda* y en centenares de periódicos de distintos países. Thompson puso una cara radiante y animada y dijo:

— La queríamos mucho, como a una hermana mayor o a una madre.

Noté que sólo personas como él podrían reconstituir, con sus narraciones, la atmósfera de lucha en que vivió y peleó Elizabeth. ¿Quién mejor que sus amigos y camaradas podrían ayudarnos a comprender el carácter y la hazaña de ella?

— Tengo que ordenar un poco los recuerdos —me respondió.

Mientras Thompson calla, les hablaré de él mismo. Frisaba los cincuenta. Alto, grande la cabeza y despejada la frente, parecía un deportista. En todo su porte se notaba esa seguridad y esa fuerza que hace pensar a uno en que no vendría mal tener al lado a una persona como él en momentos de apuro.

300

Thomson era hijo de un hojalatero, pasó la infancia en los suburbios de Washington y, a los doce años de edad, se fue a las talas de Santa Fe, donde trabajó cuatro años. Aun con todo, terminó siete grados de la “escuela elemental”, y se fue a Richmond a trabajar en el depósito de locomotoras.

Para muchos obreros norteamericanos, el ingreso en el Partido Comunista es un paso de valentía, pues se condenan a grandes pruebas,

pueden verse privados del pan y quedan bajo la vigilancia del ojo avizor de la policía secreta. Pero la gente como Thompson sabe perfectamente a lo que se expone cuando ingresa en el partido.

En Richmond tuvo Thompson las primeras escaramuzas con la policía y recibió la primera lección de solidaridad. De allí pasó a San Francisco para ponerse en relación con los obreros portuarios, que lo recibieron como a uno de los suyos. Poco después volvió a verse entre huelguistas. Al cabo de un año, a las barriadas obreras de San Francisco llegó la noticia de la sublevación de Franco y el llamamiento de acudir en ayuda de la República española. Se formó el batallón Lincoln, y el joven comunista se vio en Barcelona castigada por los bombardeos. Combatió en los frentes, fue herido de gravedad y lo evacuaron a Francia. Sin haberse restablecido del todo, lo montaron a la fuerza en un barco y lo llevaron de nuevo a las costas de América.

— Allá sabrán qué hacer contigo, muchacho —le dijo el cónsul, sonriendo irónico.

En un mitin de Nueva York oyó por primera vez a Elizabeth Gurley Flynn. Esta explicaba lo que se escondía tras las palabras de paz de Chamberlain. Tan pronto hablaba con calma, pausada, como se enardecía y ensartaba palabras de fuego. Todo lo que ella decía quedaba claro, aunque los tiempos, idiantre, qué embrollados eran! ¿En qué pensarían esos Chamberlaines? Ya se había derramado demasiada sangre... Thompson evocó los incendios de Barcelona, bombardeada, cerró un instante los ojos y se imaginó que Elizabeth, tras de terminar su discurso, cruzaba la sala, se encaminaba hacia él y, poniéndole su pequeña mano en el hombro, le decía: “No se aflija, Bob, por no haber podido volver a España. Aquí también tenemos jornadas peliagudas...”

301

Pero Elizabeth no sabía que él estaba en la sala. Después del discurso, él tuvo la intención de acercarse a ella, pero no se atrevió. Y ahora, al recordar este encuentro, Thompson dijo al fin, quedo:

— Entonces aún no la conocía personalmente. Yo aún era muy joven y no podía más que soñar con tener ese honor. Me presentaron a ella después de la segunda guerra mundial. Trabajamos juntos en el partido. Congeniamos y nos mostramos confianza mutua desde el primer momento. Era de la opinión de que no se logra nada sin sacrificios y pérdidas, y nos preparaba para las dificultades, si bien el partido pasaba ya bastantes aprietos a la sazón. Nos predicaba con el ejemplo a ser firmes en las situaciones apuradas y, a veces, muy complicadas. Decía a los jóvenes que se hacían acreedores de su confianza: “Hay que aprender a amar más que a nosotros mismos, la causa a la que servimos, hay que aprender a no escatimar esfuerzos,

como no los escatimaba Lenin para la causa del partido”. Me pregunta usted cómo era Elizabeth. Tal y como yo la recuerdo, era una persona de gran fuerza de voluntad y, al mismo tiempo, flexible cuando las circunstancias lo exigían. Cuando, en cierta ocasión, hablamos en Nueva York de las cualidades que debe tener un dirigente del partido y recurrimos, como siempre, al ejemplo de Lenin, Elizabeth destacó, ante todo, la asombrosa energía espiritual, la solidez de las convicciones y, claro, el humanismo de Lenin, que tanta impresión le habían producido. Pues precisamente el humanismo era también un rasgo peculiar de ella misma.

Thompson hablaba despacio, con calma, de las entrevistas que tuvo con Flynn, de que el Partido Comunista de los EE.UU. había reunido gran experiencia de lucha de clase merced a dirigentes como Elizabeth, que eran luchadores de verdadera devoción.

— Sin ceder un paso en las cuestiones de principio —decía Thompson—, sin añadir nada, cuando se trataba de personas, de su actitud, de sus simpatías o antipatías, nos hablaba a menudo de la importancia que tenía la amistad para el trabajo en nuestro partido y de que Lenin sabía apreciar a sus amigos. Le agradaba repetir la conocida frase de Lenin... ¿recuerda, cuando dijo que somos comunistas que pensamos de la misma manera y que avanzamos fuertemente asidos de la mano?... Tal vez Elizabeth fuera tan atenta con los camaradas porque siempre tenía delante la imagen de Lenin... En los discursos, artículos y libros que nos ha dejado no se ven muchas citas de las obras de Lenin —dijo Thomson para terminar—, pero ¡qué profundo conocimiento del leninismo emana de ellos! Conozco a mucha gente que, después de leer libros de Elizabeth, ingresó en nuestro partido en los momentos más difíciles. Recuerdo los sucesos de 1956 en Hungría. Cuando leyó los telegramas de Budapest y Moscú, captó en el acto el sentido, la esencia objetiva de estos acontecimientos, y, en el primer discurso que pronunció a continuación, criticó enérgicamente a los que habían traicionado la revolución.

EL CONVENCIMIENTO, MANANTIAL DE FUERZA

- ¿Qué pruebas presentan contra usted?
- Dicen que libros.
- ¿Lo cual quiere decir que tendré que leer libros?
- ¡Oh, sí! Varios centenares de política, economía e historia

universal.

— ¿Y de Marx y Lenin?

— Por supuesto.

— Muchísimas gracias, no soy aficionado a la lee; tura, Prefiero pescar...

Este diálogo transcurrió en Nueva York entre un famoso abogado y Elizabeth Gurley Flynn en vísperas del proceso que le estaba instruyendo la reacción norteamericana con el propósito de declarar el Partido Comunista fuera de la ley.

Elizabeth Gurley Flynn me contó este episodio la última vez que vino a Moscú, en el otoño de 1964. Estábamos sentados en el jardincillo del hotel, resguardado del ruido de la calle, y Elizabeth, con un modesto vestido oscuro y un ramo de flores encima de las rodillas, conversaba con la naturalidad y el humorismo que, según palabras de su amigo Henry Winston, hacía más luminosa y jovial la vida de quienes la rodeaban. Me miraban por encima de los lentes sus bondadosos y alegres ojos azules. Me acordé de lo que dijo dos años antes: “Para mí es siempre una fiesta venir a Moscú”. Su llegada a Moscú fue posible tras larga lucha de los comunistas y de todas las fuerzas democráticas de los EE.UU. El Tribunal Supremo estadounidense anuló la 303 prohibición de dar pasaporte para el extranjero a los comunistas. Con este motivo recordó Elizabeth su conversación con el abogado y me la contó, gesticulando, con lo que pude hacerme una idea no sólo de la confusión del abogado, cuando se enteró del número y la clase de libros que debía leer, sino del ambiente en que transcurrió la entrevista y de la dignidad con que se mantuvieron, como siempre, los comunistas. Mientras escuchaba a Elizabeth, me acordé de que, en su juventud, le habían propuesto ser actriz, pero ella se negó, explicando: “No quiero hablar con palabras de otros. Quiero hablar con mis palabras”.

303

Con mis palabras, así mismo se titula el libro que ella escribió. Mas tornemos a nuestra conversación.

— ¿Logró, al fin, encontrar abogado entonces?

— Sí, encontramos un abogado honrado —respondió Flynn—. Antes del juicio encargó las obras de Marx y Lenin, las leyó y se hizo gran amigo nuestro. Era Frank Surry, de Brooklyn.

Los comunistas siguen planteando hoy la cuestión como la planteaba hace diez y quince años Elizabeth Gurley Flynn:

— ¿Por qué no se procesa en nuestro país a los ultraderechistas? ¿Por qué no se procesa a los racistas de los estados del Sur? ¿Por qué no se procesa, en fin, a los fascistas, que van levantando cabeza, y se quiere condenar a un partido avanzado que ha reunido en sus filas a los

mejores hombres de Norteamérica? ¿Por qué? Pues porque luchamos por la paz y por la seguridad de Norteamérica.

En los discursos de Elizabeth, llenos de idea y pasión, de verdadero ardor, no sólo se percibía la solidez de su fe. Muchos veían en ellos el origen del encanto de esta mujer y la explicación de su popularidad. Ni siquiera los enemigos del Partido Comunista, ciegos de odio, podían menos de hablar con respeto de ella y de sus camaradas.

El conocido anticomunista George Cannan dijo, reflexionando en torno a la lucha ideológica:

— Ningún movimiento de nuestro tiempo ha tenido ni tiene adeptos tan fieles, laboriosos y dispuestos al sacrificio como el marxista-leninista. Cuando hablamos del Partido Comunista de los EE.UU., esto no hay que olvidarlo...

304

Cada día aparecen más confesiones forzadas de este tipo en la prensa norteamericana. La gente se detiene a pensar en su sentido y se pregunta de dónde surge la fuerza de este partido que, desde el primer día de su nacimiento, se ha visto obligada a rechazar los ataques de la reacción y a pelear contra sus enemigos en las Audiencias y en las líneas de piquetes. Sí, ¿de dónde surge esta magna fuerza de convicción y de convencimiento de los comunistas?

Pues de su amor a Norteamérica. Los acusan de traición, pero su fuerza está en su fidelidad abnegada a la clase obrera, en la claridad de sus fines, en su amor al pueblo y, naturalmente, en su valentía.

LAS PRIMERAS TEMPESTADES

Jovial y bondadosa, Elizabeth fue inconciliable con los enemigos. Salió a la palestra de la vida social en 1906. Apenas había cumplido dieciséis años, cuando habló por primera vez en un mitin celebrado en Harlem. Eligió el tema “Qué dará el socialismo a la mujer”, que le inspiró la obra de Augusto Bebel *La mujer y el socialismo*. Luego, pasados muchos años, se llevó una gran alegría al enterarse de que Lenin tenía muy buena opinión de este libro de Bebel, en el que se denunciaban con vigor y agudeza las lacras de la sociedad burguesa.

— ¿No habrá elegido esta jovencita el tema con demasiada autosuficiencia? —se interrogaban unos a otros, camino de Harlem, los que iban a aquella extraordinaria conferencia.

— Vamos a divertirnos un rato —oyose una irónica voz en la sala cuando Elizabeth puso sus pequeñas manos en el borde de la tribuna.

El comienzo no era nada alentador. Pero la joven Elizabeth, movilizando todo el valor que pudo, venció su timidez. Y poco después supo ganar la atención del auditorio. Descubrió su asombroso don para encender los corazones. Empezaron a invitarla a reuniones y mítines, y ella aceptaba de buen grado, porque, al hablar en los mítines o conversar simplemente con la gente, notaba que le hacía falta, que la gente necesitaba su inteligencia, sus pensamientos, su trabajo, sus ideas... En aquellos momentos sentía la peculiar y única sensación que puede hacer feliz a la persona.

305

Elizabeth estaba profundamente convencida de que la felicidad consiste en ser uno necesario al pueblo.

Los discursos de Elizabeth atraían a masas de gente. Cada día su oratoria era más y más impresionante. Elizabeth aprendió a hablar no sólo de prisa y con sonora voz, sino con suavidad y, si hacía falta, con violencia; aprendió también a escuchar con tranquilidad las preguntas y responder inmediatamente. Elegía para sus discursos los temas de más actualidad. Eso la gente sabe apreciarlo siempre. Se empezó a escribir de ella en la prensa; los dirigentes destacados del movimiento obrero y los maestros de la literatura y el arte comenzaron a buscar entrevistas con ella.

El joven Teodoro Dreiser, que dirigía la revista *Broadway Magazine* (posteriormente compañero de partido de Elizabeth y gran novelista, pero poco conocido a la sazón en Nueva York), oyó de los éxitos de la joven oradora y le solicitó una entrevista. Poco después apareció en su revista el artículo *La Juana de Arco de East-Side*. He aquí dos breves fragmentos de este artículo: “Creció al amparo de la bandera roja del proletariado; su propensión al socialismo es hereditaria”; “No sólo tiene dieciséis años; es oradora y pensadora y está persuadida de que se puede hacer algo para aliviar la situación de los pobres. Por su inteligencia, es una de las jóvenes más insignes que ha tenido ocasión de ver nuestra ciudad”.

El artículo de Dreiser contribuyó a la popularidad de la joven rebelde, como la llamó luego Joe Hill. Elizabeth se tomaba muy a pecho las inquietudes del obrero norteamericano, leía mucho y seguía hablando en mítines. Por entonces se desplegaron extenuadoras luchas huelguísticas, se fundaron los primeros sindicatos norteamericanos y se emprendieron los primeros contraataques contra el capital.

El Manifiesto del Partido Comunista, que publicó en Chicago con pequeña tirada la compañía de Ch. H. Kerr, pasaba de mano en mano y fue a parar a casa de los Flynn. El padre lo leyó en voz alta a su familia, contentísimo del gran descubrimiento que había hecho, pues opinaba

que el sistema capitalista no había caído de los cielos a Norteamérica. ¿No significaría eso que vendría a sustituirlo un régimen nuevo y que este régimen pondría fin a la explotación, al paro, a la riqueza de unos y a la pobreza de otros? Estas ideas se adueñaron de la mente de la joven Elizabeth, que se consagró a la lucha por la felicidad de la clase obrera.

306

En el domicilio de Flynn, sito en la East-street 134, en Bronx, junto a los retratos de Marat y Byron pende el de Máximo Gorki, de joven. Eran pocos los que conocían al gran escritor ruso a comienzos de siglo en Norteamérica, pero el eco de la primera revolución rusa cruzó el océano, y Máximo Gorki fue a Nueva York y abrió una colecta en beneficio de la revolución. Envío un telegrama a la cárcel a nombre de William Haywood, líder de los mineros de las Montañas Roqueñas, falsamente acusado de delito común. Elizabeth tuvo que pelear luego muchas veces en mítines callejeros y audiencias por el justo veredicto en la “causa de Haywood”. Peleó en defensa de Haywood con todo el ardor del combatiente, lo mismo que luego batalló por las vidas de Joe Hill, Sacco y Vanzetti y defendió a muchos otros activistas del movimiento obrero perseguidos por la reacción. La lucha por Haywood fue el bautismo de fuego de Elizabeth Flynn, y el telegrama de Gorki, la primera lección, el primer ejemplo de solidaridad, en cuya fuerza puso ella fe. El tribunal tuvo que absolver a Haywood, que se convirtió en el héroe preferido de la clase obrera norteamericana.

El caso de Joe Hill tomó otro sesgo. Lo acusaron también de un crimen que no había cometido y lo condenaron a muerte. Elizabeth — tenía veinticuatro años a la sazón— empezó la lucha por salvarlo. Fue a la cárcel a ver al poeta obrero condenado a muerte, le infundió ánimos y le contó que eran muchos los que solicitaban la revisión de su causa y del injusto fallo. He aquí cómo describió ella misma sus sentimientos después de la entrevista:

“Joe compone canciones que todos cantan, que alegran, hacen reír y encienden el fuego de la indignación en las almas decaídas, excitando el deseo de una vida más intensa en los corazones de los esclavos más sumisos... Ha expresado el espíritu de nuestra organización en formas inmortales, en canciones populares... Los patronos, que consideran a sus obreros “bestias mudas”, sienten intuitivamente el peligro que suponen para ellos los huelguistas, que no se unen en una apatía silenciosa, sino riendo y cantando... Odian las canciones y las temen, ¡con qué gusto las ahogarían! Por eso han encerrado a nuestro valiente Joe Hill en la cárcel”.

307

A Joe lo fusilaron el 19 de noviembre de 1915. Unas horas antes de la ejecución escribió una carta de despedida, en la que dirigió unas líneas a Elizabeth:

“No puedo contenerme y le dirijo unas líneas más, pues usted ha sido para mí más que una camarada en la lucha común. Usted ha sido mi inspiración. Cuando escribí *La muchacha rebelde*, usted estaba a mi lado y me ayudaba sin cesar. Como concebí la idea merced a usted, le paso ahora, cuando ya no existo, todos los derechos a esta canción, y busque sin falta a otras jóvenes rebeldes como usted, pues son necesarias, muy necesarias...”

Elizabeth encontró muchas jóvenes rebeldes como ella. Por entonces era ya una dirigente reconocida de la organización “Los Trabajadores Industriales del Mundo”, y sus palabras las recogían miles y miles de muchachas. Participaba en las reuniones de los comités de huelga; formaba en los piquetes, delante de las fábricas, para que no entrasen los esquiroles; hablaba en mítines; llevaba a los hijos de los huelguistas a donde no corrieran peligro, les daba de comer y volvía donde más enconadas eran las batallas de clase.

En torno a ella siempre había gente de alma hermosa. Claro que solía suceder que, algunos, asustados por las dificultades y las privaciones, no cumplían con su deber y se encerraban en los gabinetes científicos o en los bufetes de abogado. “Ha ocurrido en ciertas ocasiones que, al topar con la cruda realidad de la vida, algunos se han apartado a otro mundo —escribió—. Pero los obreros se han mantenido a nuestro lado”. Al lado de Elizabeth siempre hubo gente de la que ella se enorgullecía. Así fueron Haywood, Joe Hill, Charles Rutenberg, uno de los fundadores del Partido Comunista, Benjamín Davis, Gus Hall, Eugenie Dennis, Henry Winston, John Reed...

Elizabeth conoció a John Reed durante la huelga de los obreros textiles de Patterson. Fue una de las primeras tempestades revolucionarias que se desencadenó en el continente americano. Elizabeth, Haywood y Reed fueron el alma de esta famosa huelga. Ella trabajaba día y noche, mientras le quedaban fuerzas, para que la huelga no fracasara y para contraatacar a la policía, que recibió la orden de practicar detenciones. Organizó con Reed una gran representación teatral, que ellos titularon *La batalla del proletariado de Patterson contra el capital*.

De Patterson fueron a Nueva York doscientos obreros textiles para representarse a sí mismos. Durante la preparación del espectáculo Elizabeth y Reed se hicieron muy amigos. Elizabeth opinaba que John Reed había dado al partido una valiosísima arma para conquistar las

mentes de los norteamericanos. Me dijo con apasionamiento:

— ¿Quién, de los norteamericanos de tendencias progresistas, no aspiraba en 1919 a escuchar a Reed o a Williams? Estos habían vuelto de Rusia entusiasmados y enamorados de Lenin, y sus relatos y conferencias las escuchaban muchos miles, incluida yo, como es natural. Entonces sabíamos muy poco de Lenin. Para la Norteamérica de los obreros, lo mismo que, a propósito sea dicho, para todo el mundo, Lenin era un enigma. John Reed y Albert Rhys Williams nos dieron a conocer a Lenin y su filosofía del mundo nuevo, y eso no se olvidará jamás... Albert Rhys Williams nos trajo una carta de Lenin, que copiábamos a mano y nos pasábamos unos a otros. En esta carta nos saludaba a los socialistas norteamericanos y nos expresaba su seguridad en que la revolución social triunfaría en fin de cuentas en todo el mundo...

— Es un dirigente extraordinario, la historia no ha conocido otro igual —contaba Reed de Lenin.

— Dime, pues, ¿qué ha sido lo principal que le ha dado ese éxito? ¿Cómo explicas tú la enorme influencia que ejerce en la gente?

— A mi manera de ver, las causas son varias. Primero, la valentía y la profundidad de su pensamiento. Su enorme inteligencia. Luego, su asombrosa habilidad para explicar las ideas más complicadas con las palabras más sencillas. He traído artículos suyos y cuadernos de notas de discursos suyos, pronunciados con las palabras más simples, comprensibles para el pueblo. Por último, la combinación de un hondo análisis de la situación concreta con la flexibilidad y la sagacidad. Para ser más exacto, el saber ver el porvenir y, por tanto, el saber ganarse a la gente. Sin duda, Lenin se había adueñado ya de las mentes del pueblo ruso antes aún de la revolución.

309

— Pero, ¿cómo?

— Recogió los anhelos más simples de los obreros y de los campesinos y elaboró con ellos un programa de acción del partido. Ahí está el secreto, si es que existe algún secreto en torno a él.

Elizabeth recordó esta entrevista con John Reed, y luego otra más, que tuvo con él en Filadelfia. La policía había cerrado la sala en que, en 1919, Reed tenía que hablar de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia. Había recibido la orden de detenerlo. Pero eso no era tan fácil. El enorme gentío que acudió a escuchar a Reed no se marchaba. No sé cómo, aparecieron cajones de jabón vacíos. John Reed se subió a ellos y empezó su discurso...

Elizabeth, lo mismo que los otros comunistas estadounidenses, opinaba que Reed dio a la clase obrera una valiosísima arma para

ganarse las mentes de los norteamericanos. Y opinaba así no sólo porque el libro de Reed era, como le agradaba decir al propio autor, “un manojo de historia”, sino porque este libro atraía al comunismo a más y más gente, al descubrirles el sentido de los acontecimientos que determinaron el desarrollo de la humanidad.

CABALLEROS DE LA GRAN ESPERANZA

Elizabeth empezó a escribir sus notas, conocidas con el título de *En la cárcel de Olderson*, ya en presidio. Son tan entretenidas, que se leen de un tirón. Sin duda alguna, son una de las obras más vigorosas de la literatura norteamericana contemporánea. El verdadero fondo de este libro es el humanismo de Flynn, que no sólo narra las costumbres de la cárcel y espeluznantes tragedias humanas, sino que habla también de la magna fuerza del convencimiento comunista.

El mundo conoce cómo se humilla y veja al hombre en los presidios norteamericanos. Recordemos a Henry Winston. Cuando le dieron, en la cárcel, unos horribles dolores de cabeza y pidió que llamaran al médico, los carceleros le espetaron en las barbas, riendo: “¡Simulador, los comunistas no necesitan médicos!” Después de la operación cerebral, cuando Henry se hallaba entre la vida y la muerte, las autoridades mandaron crear en el hospital un ambiente carcelario, y junto a su lecho se puso a policías. También intentaron humillar a Elizabeth. Pero ni ella, ni Henry, ni muchos comunistas más claudicaron. He aquí cómo describió ella sus sentimientos, en la cárcel: “Lo que sea sonará, pensé. Pero soy una presa política y me enorgullezco de serlo, estoy con las personas más nobles, que han sufrido mucho pero que jamás han aceptado ningún compromiso con su conciencia”.

310

Dondequiera que se encontrase, Elizabeth escribía todos los días cartas a sus amigos. A los Estados Unidos, si se encontraba en el extranjero, y a decenas de países, si se hallaba en su patria. Henry Winston, cuando estuvo en Moscú para que lo trataran los médicos, recibía regularmente cariñosas esquelas de ella.

— Lo más asombroso de todo —me decía él— es que Elizabeth puede contar en una carta muchísimo. Elizabeth escribe siempre a sus camaradas a mano. Le interrogué en cierta ocasión: “¿De dónde sacas tanta energía, Elizabeth?” Y ella me respondió con un fulgor en los ojos “Conozco el secreto del *perpetuum mobile*”.

Henry me contó cuánto debía él movimiento de la población de color a Elizabeth. Ella consideró siempre que la lucha del pueblo de color de los EE.UU. había enriquecido la doctrina revolucionaria y luchó infatigable por la abolición del racismo. Muchos dirigentes del movimiento de los negros encontraban en los artículos que ella publicaba todas las semanas en *The Worker* respuestas a las preguntas que más les preocupaban, y a muchos de ellos las cartas, artículos y discursos de Elizabeth les ayudaron a encontrar el camino acertado en la lucha. Elizabeth dirigió las siguientes palabras a los camaradas soviéticos: “Pueden estar seguros de que defenderemos nuestros derechos como comunistas y como continuadores de las grandes tradiciones democráticas de Jefferson, Lincoln y Haywood, de nuestros queridos e inolvidables camaradas Dennis y Foster”.

Ella misma fue una creadora y guardiana de esas tradiciones, las mejores tradiciones. Y podía afirmar con pleno fundamento: “Nosotros, los comunistas, sabemos que, al defender nuestros derechos, defendemos los intereses de todo el pueblo norteamericano”.

311

En una reunión que se celebró en Nueva York, uno de los camaradas que hacía uso de la palabra dijo, lamentándolo, que el Partido Comunista de los EE.UU. era pequeño. “Pero es valiente y debemos ayudarlo”, profirió el orador. Elizabeth Gurley Flynn pidió la palabra tras él y, subiendo a la tribuna, empezó su discurso con la pregunta: “¿Por qué es pequeño? ¿Por qué dice usted que nuestro partido es pequeño? Si en las condiciones actuales de nuestro país todos pudieran decir abiertamente lo que piensan sin temor de ser perseguidos, serían muchísimos los que se adherirían al Partido Comunista. Usted sabe porqué esas personas no lo pueden hacer hoy legalmente. Pero ¿es que desconoce que decenas de miles de obreros, muchísimos miles y miles de negros y estudiantes que piensan en el futuro de los Estados Unidos, están de todo corazón con nosotros y desean ser comunistas? ¿Es que no lo sabe, no le ve, no lo oye?”

La Norteamérica de los trabajadores ha visto siempre en el Partido Comunista el partido de los defensores de los intereses del pueblo, el partido de los patriotas de verdad, de los valientes luchadores por la paz y la amistad de los pueblos, y no un instrumento de una fuerza exterior cualquiera.

“¡Nada ni nadie me puede privar de mi patria! —escribió Elizabeth a su hermana Katie—. Estoy en la cárcel y pienso en mi pueblo, en la belleza y extensión de mi país. Sentada al anochecer junto a la ventana, me deleito contemplando la puesta del sol y me imagino a mi patria...”

“He viajado más de cincuenta años por todos los confines de nuestro

país con el propósito de hacerlo más feliz, pacífico y próspero, de hacer que sea para nuestro pueblo... para todos los norteamericanos, independientemente de su raza, del color de su piel, de sus creencias religiosas y de su origen...”

No nos extrañemos, pues, de que Henry Winston, cuando pensaba en voz alta en los destinos del partido, hablase de Elizabeth Gurley Flynn, de Gus Hall y de Benjamin Jackson como de caballeros de la gran esperanza ni de que cuando Elisabeth escribía o hablaba de las tradiciones del partido, encontraba palabras emotivas para valorar la proeza de los comunistas norteamericanos que luchan en condiciones muy difíciles.

Galina Serebriakova

POR EL DERECHO DE DIPUTADO DE MAS EDAD

313



CLARA ZETKIN y Henri Barbusse conversando durante un Congreso de Amigos de la Unión Soviética. 1927

Yo he tenido la suerte de conocer a Clara Zetkin. Aún sigo viendo su luminoso semblante encuadrado en su espesa cabellera plateada tras la mesa de la presidencia de los congresos de la Internacional Comunista. La vejez puede ser majestuosa y bella. Así era. la de Clara

Zetkin.

La conocí en el balneario de Sheleznovodsk en los años 20, donde recibía tratamiento médico al mismo tiempo que Nadiezhda Krúpskaya, esposa de Lenin, y María Uliánova, hermana del mismo. Zetkin estaba ya grave y se pasaba la mayor parte del tiempo en cama. Caminaba sólo apoyándose en los brazos de su hijo y de su nuera, que siempre estaban a su lado. Era asombrosa la fuerza de espíritu de esta débil mujer. Le agradaban las bromas y se reía a carcajadas, de manera contagiosa, como una joven. Su rostro lo animaba con frecuencia una sonrisa. Noté que mostraba vivo interés por las personas, que fijaba en ellas la mirada y escuchaba atenta sus relatos.

314

Encima de la mesa, arrimada a su cama, había siempre montones de libros, periódicos y papel. El hijo y la nuera le ayudaban, cumplían sus encargos y escribían lo que ella les dictaba. Le hacían también de traductores. Además de alemán, su lengua materna, Clara hablaba con soltura en francés y dominaba el inglés. De ruso sabía muy poco. Evitaba hablar de sí misma, pues consideraba que eso no tenía interés. La modestia y la sencillez en su vida particular eran rasgos típicos de ella. Encamino, cuando se trataba de otros, era porfiada y exigente y no escatimaba tuerzas para averiguar la verdad, defender la justicia y ayudar a un enmarada,

Nadiezhda Krúpskaya y María Uliánova querían mucho a Clara Zetkin, y ella les pagaba en la misma moneda. Conversaban largo y tendido en el jardín del sanatorio.

La imagen de esta romántica revolucionaria y combatiente se me quedó grabada para siempre en la memoria. Toda su vida fue armónica, maravillosa. Y siempre que pienso en las mejores personalidades de nuestra época, no puedo menos de acordarme de “nuestra Clara”, como la llamaban sus compañeros alemanes de lucha.

Las salidas del sol en los Alpes son espléndidas. Los rayos grana de luz corren por las montañas, tiñendo de carmesí las virginales nieves, los acerados glaciares, la densa hierba de los prados y las blancas flores alpinas, suaves como el fieltro.

En la primavera de 1882, cuando en los valles de las montañas florecieron los narcisos, llenando el aire de embriagadora fragancia, salió de Zurich —vetusta ciudad que guarda respetuosa el recuerdo de los pasados siglos en las angostas casas de puntiagudos tejados góticos, erigidos en derredor de un lago—, detrás de una muía cargada de bártulos, una monjita. En la mano llevaba una cestita llena hasta los bordes de rosarios, imágenes de la Virgen María y libritos ilustrados de

vidas de santos editados en Roma.

La agraciada novia de Dios recogía dádivas para un convento católico.

Los carabineros de las montañas no le ponían ningún impedimento, y ella no escatimaba bendiciones y modestos regalos. Ya muy entrada la noche, la muía y su singular y jovial arriera cruzaron la frontera, y en una aldea perdida, dos mozos alemanes con ropa de campesinos quitaron en un cobertizo la carga de la bestia.

315

— Gracias, camarada. Es usted una contrabandista insustituible. Hace poco, en este mismo camino atraparon al zapatero Beli, que ha ido a parar a la cárcel para unos cuantos años. Era un conspirador excelente, y las hubiera espichado si el tiro de un carabinero le llega a dar en la cabeza y no en una pierna. Fue una pena que los números del *Sozialdemokrat* cayeran en manos de la policía de Bismarck.

La conversación no duró mucho, pues la “monjita”, tras de cambiar el hábito por ropa de aldeana, emprendió el camino de regreso. Era la joven socialista Clara Zetkin que, exponiéndose, llevaba el periódico *Sozialdemokrat*, órgano del Partido Socialdemócrata en la clandestinidad, de Zurich, donde se imprimía, a Alemania, donde estaba prohibido. Desde que Bismarck promulgó la ley draconiana de excepción contra los socialistas, la frontera entre Suiza y Alemania estaba muy vigilada.

Clara Zetkin, la intrépida ayudante del “correo rojo” Julio Motteler, nació en el pueblo de Wideray, en Sajonia, el 5 de julio de 1857. Su padre, Godofredo Eisner, era maestro rural. Clara tuvo una infancia afortunada, Su padre, hombre instruido, tocaba el órgano en la iglesia y enseñó temprano a su hijita las obras inmortales de Bach, Mozart y Beethoven. La madre de Clara, medio francesa, era librepensadora y, como había recibido magnífica educación en una acomodada familia amante de la libertad, se desvivía por los libros. La biblioteca de los Eisner aumentaba continuamente, y Clara se aficionó pronto a la lectura. Ya en la escuela rural, maravillaba a todos por su comprensión y su inteligencia analítica. Conocía bien las obras de Goethe, Schiller, Homero, Shakespeare, Byron, Schelley y Dickens. Pero lo que más atraía era la historia. El abuelo materno de Clara había participado en la campaña de Napoleón en Italia. Clara leyó un montón de libros sobre la Revolución francesa. Soñadora exaltada, se veía en las barricadas de la justicia y la libertad.

316

La aldea donde residían los Eisner ofrecía muchos elementos para meditar y hacer preguntas embarazosas. A la vista de Clara no escapaba

ni la miseria de los agricultores y de los pequeños artesanos ni las ganancias y la riqueza de los comerciantes y de los terratenientes. Su corazón albergó un sentimiento de compasión por los niños descalzos y medio desnudos, con los que jugaba en las praderas.

En 1871 los Eisner se trasladaron a Leipzig. La populosa y activa ciudad transformó el mundo espiritual de la niña, que se aficionó al teatro. La madre solía llevarla a las reuniones de la Unión General de Mujeres Alemanas. Sin llegar a comprender hasta el fin el fondo de la tragedia universal que había ocurrido, oyó hablar de la Comuna de París y de su caída, cosas que le dieron que pensar.

Poco después, Clara ingresó en la Escuela Normal. Su capacidad para las lenguas extranjeras, su manera propia de escribir y la lógica y originalidad de sus composiciones llamaban la atención hasta de los pedagogos más indiferentes. Clara era demasiado inteligente para engreírse. El sentido del humorismo le permitía ver todo lo ridículo que pudieran tener ella misma y los demás. La sencillez —cualidad de los mejores— era un rasgo inherente de ella y le granjeaba la simpatía de cuantos la rodeaban. Clara hizo muchas amistades. Al cabo de cuatro años, tras de recibir sobresaliente en los exámenes de reválida, obtuvo el título de maestra. Creyérase que ya tenía el futuro predeterminado. Daría clases primero y luego sería directora de un establecimiento de enseñanza para niñas. Más no le deseaban los padres. Pero no era eso lo que depararía el destino a la jovial muchacha.

Apenas cumplidos los veinte años, Clara decidió que necesitaban sus conocimientos los obreros y los campesinos, aquellos a quienes debía pertenecer la tierra, a quienes pertenecía el futuro. Leía asiduamente el mordaz periódico *Sozialdemokrat* y los folletos de Bebel y Liebknecht. Si bien no todo lo de la doctrina de los socialistas le quedaba completamente claro, pugnaba por luchar desde sus filas. Una estudiante rusa, amiga íntima de Clara, la presentó a sus compatriotas emigrados. Y todos juntos se presentaron a una reunión del Partido Socialdemócrata de Alemania.

317

Aquella tarde, pasada entre los obreros, durante la cual se mencionaron a menudo las obras de Marx y Engels, fue para Clara un jalón que pareció infundirle fuerzas de luchadora. Clara sumiose en el mundo de las ideas y pensamientos sobre la humanidad, su pasado y su presente, en la ciencia de la igualdad y la fraternidad de los seres humanos. Para empezar, se aprendió bien el *Manifiesto del Partido Comunista*. Su ingreso en el Partido Socialdemócrata llevó a la desesperación a sus padres. La tirantez en casa la apenaba, pero no la desarmaba. Aun no era una coraza para ella la teoría del socialismo

gentílico, pero el corazón la llevaba imperioso a la lucha. Se apartó de sus padres y de las amigas que no compartían sus convicciones.

Sacudiéndose de encima, como quien se sacude el polvo de la falda, las murmuraciones y calumnias, la joven maestra abandonó la casa paterna, sin dejar entrever cuánto echaba de menos a los seres queridos y cuánto sufría la separación y la soledad. Coincidió eso con días aciagos para Alemania. El Reichstag aprobó la “ley de excepción contra los socialistas” que presentó Bismarck, el “canciller de hierro”. El Partido Socialdemócrata, los sindicatos y todas sus publicaciones fueron prohibidas.

Clara creía que había sonado la hora de actuar. Hubiera deseado una insurrección armada de protesta, pero otros socialdemócratas de más experiencia calmaron sus ímpetus: el combate sería desigual y no se podría evitar la derrota. Clara tuvo que apaciguarse y limitarse a recaudar dinero en beneficio de los perjudicados por la “ley de excepción”, que eran más cada día. Las cárceles estaban llenas. Muchos socialistas fueron deportados. Sus familias quedaron sin medios de vida. Acentuando el terror, Bismarck declaró en Berlín el estado preventivo. Clara iba a los domicilios de los simpatizantes y reunía cuanto podía para los que participaban en el movimiento. En una ocasión vio en casa de unos amigos rusos a un emigrado que estudiaba hasta el mediodía obras político-sociales y trabajaba de ayudante de carpintero por la tarde.

— Los conocimientos y el oficio me valdrán en Rusia, cuando vuelva —le dijo aquel joven.

318

Era Osip Zetkin, revolucionario ruso profesional, miembro del Partido Socialdemócrata de Alemania, hombre de extraordinaria inteligencia, conocimientos y claridad de objetivo. Opinaba que la profesión de revolucionario era la de mayor responsabilidad del mundo. Una profesión que no sólo requiere fuerte voluntad, desinterés, valentía y perspicacia, sino enormes conocimientos de distintos dominios. Osip quería conocer por completo la doctrina de Marx y Engels y las de sus predecesores, pues consideraba que éstos eran unos pertrechos indispensables para el batallar que le esperaba. Todos los rasgos de Zetkin infundieron respeto y admiración en Clara. Aún no había conocido ella a nadie tan íntegro y de convicciones tan firmes como él. Influida por Zetkin, Clara empezó a estudiar profundamente el marxismo, que le iluminó, cual, brillante faro, hasta el último instante todo el camino de su vida.

Sólo el hombre con alma de animal indiferente puede de vivir en paz donde abunda tanto el mal y la opresión y no aspira a transformar

cuanto le rodea, no pretende conquistar la felicidad para los réprobos y los oprimidos —pensaba Clara—. Pero no basta con padecer, hay que actuar sobre seguro, hay que triunfar, y ya existe esta ciencia”.

Cuando rompió con sus padres, Clara quedó sin medios de subsistencia. Primero se colocó de institutriz en casa de un rico fabricante. Allí la esperaban infinitas humillaciones. Sólo el amor a la pedagogía le hacía educar y enseñar a los jóvenes vástagos del burgués. La consolaban las palabras que Prometeo lanzó a los dioses: “Hago el hombre a mi semejanza”.

Los chiquillos querían mucho a su educadora y se sometían de buen grado a su bienhechora influencia. Eso fue lo suficiente para indisponer a los padres contra Clara. Y la despidieron.

Clara empezó una difícil lucha por la existencia. Osip Zetkin la confortaba con buenos consejos y se preocupaba de ella.

Cada día era más grave la situación de los socialistas en Leipzig. Esta ciudad, bastión de la clase obrera, no doblaba el testuz, y Bismarck declaró asimismo en ella el estado preventivo. Empezaron las detenciones. Zetkin fue uno de los primeros en ir a presidio. Lo pusieron en libertad con la orden de abandonar inmediatamente Alemania. El peligro, la lucha común y la separación obran a veces como el viento sobre el rescoldo, que aviva el fuego y enciende una inmensa fogarata. Eso mismo les pasó a Clara y Osip.

319

Los jóvenes comprendieron que se amaban fuertemente y deseaban unir sus vidas. Al despedirse, se declararon su amor y se pusieron de acuerdo en reunirse. Los dos buscaban un amor verdadero y querían someterlo a prueba. Las dificultades no los asustaban. Se alegraban de cada obstáculo, dificultades no los asustaban. Se alegraban de cada obstáculo, pues éste hacía de fuego donde se templaba el acero de su amor. Zetkin se fue a París. Clara corría peligro de ser detenida y tuvo que abandonar su patria. De Austria e Italia, donde trabajó

breve tiempo de educadora, se fue a Zurich. Allí conoció a Eduardo Bernstein, redactor del órgano central del Partido Socialdemócrata de Alemania, y a Julio Motteler, el “correo rojo”, que era un conspirador insuperable.

Cuando el zapatero Beli, que llevaba el *Sozialdemokrat* al otro lado de la frontera, cayó en manos de los carabineros, el correo rojo quedó interrumpido.

Hacía falta gente de fuerte voluntad, comprobada, hábil y muy serena. Clara Eisner, aunque aún era muy joven y no estaba fogueada, reunía esas cualidades. Los sabuesos del Kaiser rondaban en derredor de la imprenta en que se publicaba el *Sozialdemokrat*. Para vigilar el

envío del periódico, Motteler se alojó en un piso, desde donde se veían bien los almacenes y la estafeta de la imprenta. Todos los obreros militaban en el partido y eran muy cautos. En vano intentaban diversos individuos sospechosos ganarse su confianza para luego traicionar. Motteler transmitió a Clara mucho de su experiencia. Y ella, ágil, sufrida, paciente, intrépida y capaz de interpretar cualquier papel, no sólo valía igual para un barrido que para un fregado en la estafeta, sino que colaboraba en el paso del periódico por la frontera. Cada vez que subía a las montañas con su carga de combate, disfrazada de señorita cursi, aldeana de rompe y rasga, beata monja u ociosa turista, corría el riesgo de ser detenida o recibir un balazo. Era la vida del explorador, llena de peligros y sobresaltos. Clara salió airoso de esa prueba sin perder nunca su jovialidad, rayana en la travesura, ni la solicitud, lindante con la abnegación, si había que ayudar a un camarada.

Nadie podía rivalizar con ella en las danzas, juegos y chanzas de los saraos en el “Club de los moros”, como los socialdemócratas de Zurich llamaban su círculo en honor a Marx.

320

Pero el amor a Osip Zetkin, que llamó a Clara a reunirse con él en París, la hizo marcharse de Zurich.

París no era un hospitalario albergue para los extranjeros exilados. Costaba inmenso trabajo obtener cada franco. Clara, lo mismo que su marido, se ganaba el sustento dando lecciones.

La familia de los Zetkin fue aumentando. No tardaron en tener dos hijos. La miseria y la escasa alimentación, daban duro tormento a los padres, que apenas si podían salir adelante. El único alivio que tenían Osip y Clara era la actividad en el partido y el trato con los socialistas emigrados y los miembros del Partido Obrero Francés. Clara, más fuerte que Osip, llevaba la carga fundamental. Tenía que dar de comer a los hijos, lavarles la ropa, criarlos, dar lecciones y participar continuamente en las actividades del partido. Ordenada y limpia y enemiga de perder un minuto, vivía por riguroso horario. A menudo hasta de noche traducía o escribía artículos. Con los años íbase manifestando más y más su don publicístico.

La ejemplar laboriosidad de Clara y Osip no bastaba para salir de la pobreza. Los jornales apenas llegaban para mantener a los hijos. Ellos vivían medio hambrientos, contentándose las más de las veces con una taza de café y bocadillos.

No sólo el hambre perseguía a estos dos infatigables revolucionarios. Una noche como no podían pagar el alquiler, los echó a la calle con hijos y todo, el dueño de la casa. La policía inventarió los modestos enseres de los Zetkin, y ellos se quedaron sin techo y

desnudos. Afligidos por el dolor, los Zetkin se sentaron en una glorieta, con los hijos en los brazos y sin saber qué hacer. Menos mal que por allí pasó casualmente una socialista rusa que se había evadido de la deportación y, al reconocer a Zetkin, camarada y compatriota suyo, les cedió su habitación.

En París Clara probó en su propia carne todas las privaciones y sufrimientos de la mujer proletaria. Ello reforzó su conciencia. Ya no había nada que pudiera desviar a Clara de la lucha de clase. El trajín de las lecciones y el ajetreo doméstico no distraían los pensamientos de Clara del fin principal, no la aplanaban, no la mutilaban. Por el contrario. Cumplía con su marido distintos encargos de la agrupación de socialistas alemanes en París, iba a los arrabales, hablaba en las reuniones y escribía artículos para los obreros.

321

Zetkin colaboraba en los periódicos socialistas de Viena y Berlín. Clara escribía a menudo con él, si bien firmaban los artículos sólo con el nombre de Osip, pues las redacciones pagaban mal el trabajo femenino.

Clara se hizo amiga de Laura Lafargue, la hija de Carlos Marx, y del marido de ésta, Paul Lafargue, uno de los insignes dirigentes del Partido Obrero Francés.

Laura y Clara procuraron juntas incorporar a las mujeres en la lucha política, dándoles a conocer las ideas de Marx y Engels. Eran las ideas que propugnaba el ala izquierda del Partido Obrero Francés.

Clara hizo mucho con los Lafargue para difundir entre la gente del pueblo el periódico socialista fundado en París. Visitaba talleres de costura y a mujeres de obreros para enseñarles.

Ensombrecía los días de Clara la grave enfermedad de Osip, cuya salud habían quebrantado las privaciones. Una tisis galopante se lo llevaba a la tumba. Clara lo amaba fielmente, con pasión. Su matrimonio había sido muy feliz y pensaba con horror en el futuro. Al enterarse de la trágica situación de su hija, los padres de Clara le enviaron dinero y la invitación de ir a Alemania. Tras largos titubeos, Clara internó a Osip en una clínica y se puso en camino, con los hijos, a Leipzig. Allí vio por primera vez a Liebknecht y obtuvo el bautismo de fuego como oradora de extraordinario vigor.

De vuelta en París, Clara se dedicó a cuidar a su agonizante marido que no pudieron salvar ni su amor ni el de sus hijos, ni las atenciones de los numerosos amigos, ni los desvelos de los médicos. La muerte de Osip Zetkin fue una pérdida irreparable para Clara. Para sobreponerse y dominar su dolor, Clara se lanzó al torbellino de la propaganda del partido, se privó del descanso y llenó todo su tiempo con algún

quehacer. El trabajo restañaba las heridas.

Clara entregó muchas fuerzas a la preparación del Congreso Internacional de los Socialistas, que fue la cuna de la-II Internacional. Escribió de la solidaridad de los proletarios de distinta nacionalidad, de las mujeres trabajadoras y de sus destinos.

322

En 1889, durante la Exposición Mundial se reunieron en París representantes de los obreros de todas las partes del mundo. Clara era delegada al congreso. Conocía los anhelos y las necesidades de los obreros portuarios y de los metalúrgicos, de los peones y de los tejedores reunidos allí, que exigían la jornada laboral de ocho horas y un aumento de los salarios. Habló por primera vez desde una tribuna internacional tan importante. Consagró el discurso a las obreras.

— Los proletarios que luchan por la emancipación de la humanidad no deben tolerar la dependencia económica de la mujer, pues con ella se condena a la esclavitud a la mitad del género humano.

La voz de Clara Zetkin, sonora, conmovedora y persuasiva, resonaba en la sala del congreso. Por primera vez en la historia exigía la mujer proletaria, por boca de Clara, la igualdad de derechos en la vida, en el trabajo y en la lucha política. En el congreso aún no había unanimidad en la cuestión femenina, pero los marxistas más perspicaces: Lafargue, Guesde y Bebel, compañeros de lucha de Clara, la apoyaron.

En 1890 el Reichstag alemán abolió la “ley de excepción contra los socialistas”. Clara se repatrió, recuperó la nacionalidad alemana, perdida por el matrimonio con un súbdito ruso, y empezó a trabajar en una editorial progresista y en el sindicato de los encuadernadores.

Simultáneamente se puso a redactar con entusiasmo y sin desmayo, cualidades propias de ella, el periódico femenino *La Igualdad*. Logró hacer este periódico una escuela combativa de revolucionarias, una escuela para las mujeres abrumadas por un trabajo superior a sus fuerzas. La firmeza en la defensa de las ideas marxistas granjeó a Clara la simpatía de Federico Engels, cuyo genio, poseedor de una vista y un oído inequívocos, supo descubrir en la aguerrida socialista a una digna luchadora revolucionaria. Engels conoció a Clara en el Congreso Internacional de Zurich, oyó su discurso y leyó sus inspirados artículos.

“Bravo, Clara” —le escribió poco antes de fallecer él, saludando a la correligionaria e impávida combatiente.

Las obras de Marx y Engels determinaron el derrotero de Clara y le descubrieron el sentido del ser. Estos genios le proporcionaron la felicidad de tener un objetivo claro y preciso. La afinidad espiritual e ideológica es más entrañable que la del parentesco. La defunción de Engels hizo lamentar a Clara el no haber tenido nunca ocasión de ver a

Marx en vida. La consoló la idea de haber conocido al segundo de los grandes fundadores del comunismo científico y guardaba como una reliquia sagrada la foto que le había sacado en Zurich al lado de él.

323

Clara Zetkin, águila de la revolución proletaria, rara vez se desviaba, no la asustaban los obstáculos que pudieran interponerse en su camino y no retrocedió, como otro? socialdemócratas alemanes que ella conoció personalmente —Bernstein, Kautski e incluso Bebel—, en ciertas encrucijadas. Avanzaba derecha y porfiada. Siguiendo el ejemplo de Marx y Engels, llevaba una lucha implacable contra los discursistas peligrosos que encubrían con frases elocuentes la apostasía y la escisión, contra los pusilánimes y los ambiciosos impacientes, dispuestos a inútiles derramamientos de sangre y aventuras. El conocer la teoría marxista y la vida ayudaba a Clara a encontrar la única verdad que garantizaba la victoria del movimiento obrero. El corazón de Clara pertenecía a aquellos por quienes ella luchaba sin temer las mazmorras ni las balas del enemigo.

En 1893, en Zurich, Clara tuvo una alegría más. Se hizo amiga, para toda la vida, de una mujer de su misma talla. Era la doctora Rosa Luxemburgo, joven representante de Polonia. Unas semanas después. Rosa Luxemburgo fue la primera directora del *Periódico del Pueblo de Sajonia*, lo mismo que Clara Zetkin lo fue de *La igualdad*. Ambas socialistas fueron compañeras de lucha hasta la muerte, y cada una de ellas ha ocupado un puesto de honor en la historia de la humanidad.

Tanto Clara Zetkin como Rosa Luxemburgo tenían fama de buenas oradoras y polemistas. Rosa poseía profunda inteligencia analítica de teórica y científica. Se había aprendido al dedillo las tesis más complicadas de Marx, conocía de memoria muchas páginas de *El Capital*, y le gustaban las matemáticas, pensar en abstracto y resolver problemas difíciles. Clara, que también se había aprendido bien las obras de Marx y Engels, era más romántica e improvisadora y se dejaba llevar de los impulsos afectivos.

Los discursos de Rosa Luxemburgo eran acometedores e irrefutables por la férrea lógica de los hechos y la experiencia, eran un alud de conocimientos, una síntesis de pensamientos. Las apasionadas diatribas de Zetkin enardecían, convencían y se desencadenaban espontáneamente como el fuego o la tempestad.

324

Clara Zetkin llevó desde fines del siglo XIX la vida de una campeadora. Enarboló la bandera de la igualdad de la mujer, que llevaba inscrito el lema: “Lucha de clases y no lucha de sexos”.

Clara llamaba con vehemencia "y rigor a poner fin al militarismo.

Alerta guardián del partido, desplegó una desesperada lucha contra los reformistas y los anarquizantes, pues veía que unos y otros llevaban el movimiento obrero al abismo.

Dondequiera que se encendiese la llama de la lucha, Clara Zetkin se arrojaba a ella sin escatimar fuerzas. Participó en todos los congresos del Partido Socialdemócrata de Alemania. Sus discursos se oyeron en los congresos de la Internacional.

El periódico *La Igualdad*, que tuvo, con los años, muchos suscriptores, se hacía eco de todos los pesares e inquietudes de las proletarias de Alemania. A principios del siglo XX encareció mucho el pan. Clara, que comprendía lo que eso suponía para las mujeres, que apenas si podían arreglárselas, publicó un artículo de protesta. “¿Sobre quién abruma más, si no es sobre la mujer del obrero, el peso de la preocupación por el pan de cada día?...” escribió.

Clara Zetkin viajó a todas las ciudades de Alemania para hablar a las trabajadoras y explicarles el quid de las inhumanas leyes promulgadas por el Gobierno. Llamaba al pueblo a ofrecer resistencia. La lucha por los derechos de las trabajadoras implicaba asimismo la defensa de sus hijos. En Alemania aún no estaba prohibido el trabajo de los niños, y los pequeños esclavos asalariados se pasaban doce horas al día delante de las máquinas en vez de ir a la escuela. Aún era más triste la suerte de las mujeres y los menores en los talleres de artesanos. Las costureras, las ojaladoras, las sastresas, las camiseras y las modistas eran víctimas de la tuberculosis y de otras enfermedades graves a causa de la subalimentación y el cansancio.

A Clara Zetkin no se le escapaba ningún dolor humano. Conocía desde la infancia la vida de los jornaleros en los pueblos y la explotación de los obreros calificados, que reportan garantías de ... a los patrones. Si no hubiera poseído el convencimiento de marxista en la victoria final del bien sobre el mal, todo lo que veía, al estudiar la vida, hubiera podido quebrantarla de dolor por los seres humanos y desengañarla de todo lo del mundo. Pero ella tenía fe, había probado la fuerza del arma que poseía, y su espíritu no decaía; por el contrario, cobraba vigor.

325

Desde que conoció a Osip, Clara tuvo amor a Rusia y estuvo siempre atenta a cuanto ocurría en este inmenso país que encerraba una gran potencia. Contó siempre con muchos amigos rusos. Aprendió a comprender las complicadas relaciones entre los distintos grupos y partidos que se formaron en Rusia en el siglo XIX y sus programas y objetivos. Cuando en 1902 hubo grandes disturbios estudiantiles en Rusia, Clara, llena de júbilo, los llamó “relámpagos de la revolución”.

Un año después declaró en el congreso del partido, celebrado en

Desde, que se consideraba partidaria del movimiento revolucionario, en rápido auge, de Rusia.

La revolución rusa de 1905 tuvo a dos intrépidas defensoras en Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo, que encabezaron manifestaciones en apoyo del insurrecto pueblo ruso.

La policía intentó poner coto a la actividad de Clara y le instruyó un proceso judicial, acusándola de instigar el odio de clase. Mas eso no intimidó a la directora de *La Igualdad*. Este periódico siguió insertando artículo tras artículo sobre los acontecimientos de Rusia.

Para asegurar la victoria de los obreros, Clara Zetkin batallaba tenazmente por una vasta instrucción pública. Sí, somos pobres, escribía ella, cuando se trata de hacer desembolsos en la enseñanza. Pero somos muy ricos y podemos invertir más de mil millones de marcos al año en humo de pólvora y arrojarlos al agua cuando se trata de aprender a la perfección el arte de exterminar a los hombres en masa.

El año de 1907 fue un acontecimiento en la vida de Clara Zetkin y no sólo porque ella cumplió cincuenta años, y los socialistas de varios países festejaron su natalicio como una gran fiesta. En agosto de este año Clara vio en el Congreso de Stuttgart de la II Internacional a Lenin, a quien ya conocía desde hacía mucho tiempo por su actividad por los relatos de sus adeptos.

326

En una sesión del congreso, Rosa Luxemburgo dirigió la atención de Clara a uno de los delegados.

— Mira bien a ese delegado —le dijo Rosa.— Es Lenin.

En el congreso empezaron violentas discusiones entre los oportunistas y los verdaderos marxistas. Clara se convenció, horrorizada y dolorida, de la apostasía de muchos que hasta hacía poco habían caminado en la misma fila que ella. Lenin y Rosa Luxemburgo abrieron el purulento grano ideológico de los falsos socialdemócratas. Clara se puso al lado de quienes guardaban fidelidad a la bandera de Marx y Engels.

La tenacidad y claridad de argumentos, con los que Clara Zetkin defendía la táctica combativa del partido, desarmaban a sus adversarios y conquistaban el aplauso de los amigos. Lenin hizo notar lo atinado de los razonamientos de Clara y citaba sus artículos sobre el antimilitarismo.

Clara quedó contenta, en general, del Congreso de Stuttgart. En *La Igualdad*, periódico de las trabajadoras alemanas que ella dirigía, se emite, como señaló Lenin, un juicio aprobatorio del congreso, en el que “las distintas desviaciones de algunos partidos socialistas en todas las

cuestiones hacia el oportunismo fueron corregidas en el sentido revolucionario merced a la colaboración de los socialistas de todos los países”. Pero la indignó la conducta de los oportunistas. Siempre honesta y veraz sin miramientos, Clara dijo con valentía que, desde aquel instante, la socialdemocracia alemana había perdido el derecho a encabezar el movimiento obrero internacional.

El peligro de la guerra era mayor cada día en el mundo. Clara escribía de las “ígneas señales” de la sarracina que se aproximaba, de las crisis económicas que sacudían, cual terremotos, el planeta, y del aumento del paro. Veía, igual que muchos otros, que los Balcanes eran un barril de pólvora pronto a estallar. Los militaristas exhortaban a armarse. Las madres lloraban la suerte de sus hijos.

En 1910 se reunió en Copenhague la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. Clara Zetkin propuso en ella declarar el 8 de marzo el Día Internacional de la Mujer. El acuerdo, aprobado con emoción por todas las reunidas, fue precedido de una tenaz labor entre las delegadas.

327

El planeta avanzaba raudo hacia la catástrofe. Estalló la guerra mundial. Clara Zetkin estigmatizó públicamente, con Rosa Luxemburgo, Carlos Liebknecht y Franz Mehring, la política que aplicaba la Alemania del Kaiser. Dispuesta a ofrendarse en holocausto, se puso en contacto con socialistas destacadas de Francia, Inglaterra, Rusia, Italia y Suiza. Poco después logró convocar en Berna una Conferencia Internacional de Mujeres que exigió la paz. Bien es verdad que, lo mismo que otros revolucionarios alemanes, por entonces ella aún no había entendido la consigna leninista de la derrota del propio Gobierno de cada país beligerante y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil.

Apenas Clara volvió a su patria, fue detenida, acusada de alta traición. La delataron sus ex camaradas, convertidos en chovinistas furibundos. Fue recluida en la prisión de Karlsruhe, donde enfermó de gravedad. Sólo la libertad bajo fianza, que le consiguieron sus compañeros, le salvó la vida.

Por esos días en Zimmerwald, y un año después en Kienthal, se reunieron los representantes avanzados del movimiento obrero mundial. Querían encontrar medios de lucha por el cese de la guerra imperialista. Lenin les enseñó el camino que seguían con éxito los bolcheviques de Rusia. Al año siguiente, un grupo de internacionalistas alemanes, en cuya fundación participó activamente Clara Zetkin, tomó la denominación de “Liga de Espartaco” y, más tarde, se transformó en Partido Comunista de Alemania.

A sus sesenta años, Clara Zetkin luchaba infatigable con todos los medios posibles, y a menudo con medios que parecían imposibles, contra la vesania de la guerra. Su actividad cobró fama mundial. Los chovinistas la expulsaron del periódico *La Igualdad*, que había sido tribuna de ella durante muchos años. Clara soportó también este rudo golpe. Y acogió la Revolución de Octubre como una victoria ansiada.

“La revolución en Petersburgo y su victoria —escribió— es el triunfo de los principios y planteamientos tácticos consecuentemente sustentados y puestos en práctica por los bolcheviques”.

328

Clara Zetkin estaba con toda el alma y toda su inteligencia al lado del heroico pueblo ruso, al lado de Lenin. En una carta, que le escribió por entonces, dio fe a los bolcheviques de su total solidaridad con ellos. Y Lenin le respondió que sus camaradas estaban muy orgullosos del apoyo de ella y seguros de que “los mejores elementos de la clase obrera europeo-occidental acudirán en nuestra ayuda a pesar de todas las dificultades”.

Poco después estalló la revolución en Alemania también. Se vieron realizados los sueños de Clara, que firmó con Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht un llamamiento a los proletarios de todos los países. Pero una grave dolencia repentina la postró en la cama. Los médicos casi la desahuciaban.

La tragedia de la revolución alemana y la traición de los socialistas se produjeron cuando Clara yacía sin sentido en cama. La contrarrevolución pasó a la ofensiva. Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht fueron asesinados. Entre las víctimas que los reaccionarios habían señalado figuraba también Clara. La salvó la enfermedad. Los sicarios anduvieron en vano por las cercanías del domicilio de Clara. En marzo de 1919, tan pronto como se repuso de la enfermedad, Clara rompió enérgicamente con la social-democracia alemana.

He aquí unas líneas de su declaración pública:

“...Declaro públicamente que me es imposible seguir militando con los derechistas en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania... Llevo casi cuarenta años luchando por la plasmación de las ideas socialistas. Por anciana que sea —probablemente me queda ya poco de vida—, quiero luchar el tiempo que me reste, y mientras no me abandonen las fuerzas, en el bando en que palpita la vida y, no allí donde me miran la impotencia y la descomposición. No quiero que, mientras yo viva, me eche el aliento la muerte política”.

Clara Zetkin ingresó en el Partido Comunista de Alemania, fue elegida miembro de su Comité Central y ocupó un puesto eminente en la Internacional Comunista. Como miembro del Comité Central del

PCA, asumió un arduo y abrumador trabajo. Cuanto peor era la situación política y económica en el país, tanto mayores podían ser las discrepancias que surgieran incluso entre camaradas de partido.

329

El desbarajuste reconocido de ... en Alemania, la lucha entre lo viejo y lo nuevo y las dificultades en todas las esferas de la vida social originaban choques y discusiones. Clara Zetkin era, por naturaleza, serena y comedida en el mismo grado que intolerante e impulsiva. Defendía con tenacidad sus opiniones en el trabajo práctico del Comité Central. Experta propagandista y valerosa combatiente, no temía las discusiones y consideraba que así nacía la verdad. Jamás exigía la supeditación ciega ni daba su brazo a torcer cuando creía tener la razón. Una vez, tras de haber querido ganar a la mayoría durante la discusión de un importante problema en el seno del Comité Central y enardecida por las discrepancias surgidas, se determinó a lo que antes ella misma condenara. Infringió la disciplina, alegando que no quería asumir ninguna responsabilidad por la política, que creía nociva, del organismo supremo del partido, y dimitió ostentativamente el cargo que ocupaba en él.

Posteriormente escribió de este paso, que dejó atónitos a sus amigos: “Me anonadaba muchísimo el saber que, con aquella “infracción de la disciplina”, yo quedaba en diametral oposición a los que estaban más cerca de mí, tanto en el aspecto político como personal, es decir, a los amigos rusos. Sabía que me esperaban sañudos combates y me resolví firmemente a hacerles frente, sin importarme si vencería o sería derrotada”.

En el verano de 1921, Clara Zetkin vino a Moscú al III Congreso de la Internacional Comunista, pero enfermó en seguida. Hasta que no se restableció, Lenin no sacó a colación la salida de ella del Comité Central.

“Lenin me visitó —escribió ella en sus memorias—. Atento, cual amorosa madre, indagó si tenía la debida asistencia médica, si recibía la alimentación adecuada, me preguntó si necesitaba algo... Lo exasperó el que me hubieran instalado en el cuarto piso de una casa soviética en la que, bien es verdad, había ascensor, pero en teoría, pues en la práctica no funcionaba: “Lo mismito que el amor y las aspiraciones de los partidarios de Kautsky a la revolución” —objetó con sarcasmo...”

Tan pronto como Clara se repuso, Lenin la invitó al Kremlin para charlar. Cuando hubo escuchado la extensa narración de Clara sobre la situación en Alemania y en el partido, Lenin le dijo sinceramente, sin circunloquios, lo que opinaba del paso que ella había dado, totalmente

inadmisible a su parecer, si bien estuvo de acuerdo con ella en que sus adversarios habían incurrido en un error. Esbozando una triste sonrisa, Clara replicó que eso no la justificaba.

330

— No necesito ningún bálsamo —concluyó ella.

— No, no —objetó Lenin—, no era ésa mi intención. Para demostrárselo, ahora le voy a dar una buena jabonadura. Dígame, ¿cómo pudo hacer usted la fenomenal tontería, así como suena, la fenomenal tontería de abandonar el Comité Central? ¿Dónde tenía la cabeza? Yo estaba indignado, indignadísimo. ¿Es que se podía obrar de manera tan descabellada, sin tener en cuenta las consecuencias que podría tener?

Clara intentó objetar algo, pero Lenin no quiso escuchar sus argumentos. Alzó, en señal de protesta, la mano y agregó vivamente:

— Y además, no tenía derecho a rehusar la confianza que habían depositado en usted.

Pese a las copiosas y severas palabras que Lenin dijo a Zetkin y a la terquedad de ella, no rompieron la amistad. Pero aquello no fue más que el prólogo de lo que Clara escucharía en el III Congreso de la Internacional Comunista, que se inauguró a los pocos días. Los delegados criticaron varias veces a Clara su salida del Comité Central y algunas opiniones erróneas. Fueron unas jornadas de amargura para esta probada y vieja combatiente; pero en el corazón de Clara no hurgó un instante el gusanillo del amor propio humillado.

Clara recibió la implacable crítica sin ira ni soberbia. ¿Acaso no había luchado ella con frecuencia por que los comunistas se criticaran mutuamente sin acrimonia, como amigos? Comprendía que la lucha no iba dirigida contra ella, sino en favor de ella. Lo que deseaban los que hablaban no era perder a una camarada, sino volverla a filas. Y Clara no se enfadó, por el contrario, su corazón se ablandó. Aprobó los acuerdos del congreso y prometió solemnemente contribuir a que se cumplieran.

El día de su cumpleaños Clara acudió, como siempre, a la sesión ordinaria del congreso. ¡Cuál no sería su emoción, al ver por la mañana su butaca inundada de flores! En la misma sala, donde el día anterior fue el blanco de tantas críticas, todos los delegados le aplaudieron al siguiente. La mesa de la presidencia, desde la que le rendían homenaje, estaba llena de ramos de flores, y los oradores tributaron merecidos elogios a esta veterana que se batía contra los apóstatas y los oportunistas, a esta celosa defensora de las conquistas de la Revolución de Octubre.

331

— Cuando me dicen palabras de reconocimiento y elogio, me

desarman —articuló Clara en respuesta a los saludos—. Cuando me critican, me siento muy bien. Pues me consuela la idea de que hasta con eso soy útil, pues coadyuvo a que haya claridad para seguir desplegando la revolución. Pero cuando me alaban, me siento abatida: me viene a la memoria todo lo que he querido alcanzar y no he podido; pienso en todo lo que me han dado la vida y la idea de la revolución y reconozco que, por desgracia, me quedaré en deuda ante la revolución, pues mis fuerzas son limitadas.

Cuando se clausuró el congreso, Lenin aconsejó a Clara:

— Aunque ni quiere ni le agrada, debe entrar incondicionalmente en el CC del partido... En tiempos difíciles, usted no tiene otro derecho que el de servir al partido y al proletariado.

Clara ya no objetó nada.

Por aquellos años Clara intimó con toda la familia de Lenin. A Nadiezhda Krúpskaya la conocía desde 1915, pues se habían visto y hecho amigas en la conferencia de Berna. Tenían mucho de común: una fe infinita en su ideal, completa abnegación en aras de la revolución, admirable modestia, profundidad de pensamiento, amplitud de opiniones y un corazón muy grande. Las dos eran maestras, conocían la fuerza de la instrucción para el pueblo, les gustaba la pedagogía y apreciaban el arte. Clara Zetkin tenía a Nadiezhda Krúpskaya por su mejor amiga, y a ésta le pasaba otro tanto. En cierta ocasión, al volver a casa, Lenin vio a Clara Zetkin conversando animadamente con su hermana María y con su esposa. Y se sumó en el acto a la tertulia.

— El despertar de nuevas fuerzas y su trabajo para crear en la Rusia Soviética un arte y una cultura nuevas son cosas buenas, pero muy requetebuenas —recordaba Clara las palabras de Lenin.

Como siempre, Lenin hablaba con completo conocimiento de causa. Como sólo él sabía hacerlo y, al mismo tiempo, con sencillez y lógica irrefutable. Entre las muchas ideas que entusiasmaron a Clara, Lenin expresó la siguiente:

332

— Somos demasiado “demoledores en la pintura”. Lo hermoso hay que conservarlo, tomarlo como modelo y partir de él, aunque sea “viejo”. ¿Por qué hemos de volver la espalda a lo verdaderamente bello y rechazarlo como punto de partida para el subsiguiente desarrollo por el mero hecho de que sea “viejo”? ¿Por qué hay que postrarse ante lo nuevo como si fuera una deidad?... ¡Es absurdo, totalmente absurdo! En eso hay mucha hipocresía y, sin duda, inconsciente veneración de la moda artística que impera en Occidente. Somos buenos revolucionarios, pero, no sé por qué, nos sentimos obligados a demostrar que también estamos “a la altura de la cultura moderna”.

Me atrevo a declararme “bárbaro”. No me siento con fuerzas para considerar las obras del expresionismo, del futurismo, del cubismo y demás “ismos” manifestaciones supremas del genio artístico. No las entiendo. No me causan ninguna alegría.

Clara Zetkin confesó que su sensación era la misma.

Lenin se rio, alegre.

— Sí, querida Clara, qué le vamos a hacer, los dos somos viejos. Tenemos bastante con seguir siendo jóvenes, al menos en la revolución, y formar en las primeras filas... —Lenin le rememoró que el arte pertenece al pueblo—. El arte debe calar con sus raíces más profundas en lo más denso de las amplias masas trabajadoras. Estas masas deben comprenderlo y amarlo... Por eso planteamos primero la instrucción pública y la educación más amplias, pues crean una base para la cultura... Sobre estorbase debe brotar un arte verdaderamente nuevo, un gran arte comunista, que, tomara la forma que corresponda a su contenido?

La conversación se prolongó. Era ya tarde cuando clara Zetkin se recogió, excitada la mente y palpitante el corazón. Había tenido la dicha de conocer a dos magnos genios de su época: a Engels y a Lenin. Al pensar en Lenin, no podía menos de repetir: ¡Con cuánta sinceridad y vehemencia ama a los trabajadores!

Cuando llegó a su alojamiento, Clara anotó sin dilación en su diario, palabra por palabra, todo lo que había oído en el pequeño apartamento del Kremlin. Clara, la dirigente, reconocida por todos, de los comunistas de Alemania, tuvo muchas entrevistas con el gran fundador del Estado soviético. Discutieron animadamente todas las cuestiones candentes de la política: las vías de la Internacional y de los partidos comunistas de los distintos países, los errores de algunos dirigentes del movimiento obrero y los modos de subsanarlos y cuestiones de la educación, de la ética, de la moral y del movimiento femenino. Dialogaron en las salas de las conferencias, en sus domicilios y en el despacho de Lenin. Su amistad era mayor aún después de cada entrevista.

333

El trato con Lenin, el vuelo de la imaginación y el don de Lenin de calar en el fondo de los acontecimientos asombraban siempre a Clara y le causaban gran alegría. Lenin no sólo hablaba en confianza largo y tendido con ella, sino que le escribía con sus habituales buena fe y respeto.

El fallecimiento de Lenin fue una desgracia para la mayoría de la humanidad. Clara Zetkin también sintió que le caía encima una mole de dolor. Vivió ocho años más que él, y en ese tiempo hizo muchas

cosas de valor. Cuando salió elegida al Reichstag alemán, tenía que inaugurar, como diputado de más edad, las sesiones con un discurso de apertura. Recibió la noticia en Rusia, donde estaba tratándose de una enfermedad incurable. Reunió el resto de sus fuerzas, se levantó de la cama, fue a su patria e inauguró el Reichstag con magníficas palabras dirigidas a sus compatriotas trabajadores. Los exhortó a la lucha por la revolución socialista y habló del heroico país de los Soviets. Concluyó su brillante discurso con las palabras:

— Al cumplir con mi obligación de diputado de más edad al Reichstag, inauguro sus sesiones y expreso la esperanza de que inauguraré también, pese a mi invalidez actual, el I Congreso de los Soviets de Alemania.

Cuando retornó a Rusia, Clara siguió trabajando, a pesar de la dolencia, más grave cada día, y le dio tiempo a dictar el folleto *Los legados de Lenin a las mujeres de todo el mundo*, en el que llamó con su sonora voz de siempre a las trabajadoras a superar la estrechez de miras femenina, a salir al vasto campo de la acción revolucionaria y a luchar y vencer, cumpliendo los legados de Lenin.

334

Clara Zetkin estuvo siempre rodeada del conmovedor cariño no sólo de sus compatriotas y de los rusos, sino de muchos miles de mujeres de distintos países. Le escribían constantemente desde todos los confines del orbe y esperaban con impaciencia cada palabra oral o escrita de ella.

Clara maravilló hasta los últimos días de su vida por su asombrosa memoria. Postrada en el lecho, podía recitar horas y horas inmortales producciones de Shakespeare, Goethe, Schiller, Voltaire y Byron.

Le interesaba profundamente cuanto sucedía en el mundo, sobre todo la marcha de las cosas en el Partido Comunista de Alemania. No podía soportar la inactividad y, poco antes de morir, dictó un mensaje, exigiendo la libertad de Ernesto Thaelmann.

El 19 de junio de 1933 Clara Zetkin se sintió muy mal. Al despuntar el alba del día siguiente falleció.

Los restos de Clara Zetkin descansan en Moscú, en la muralla del Kremlin, cerca de Lenin, cuya amistad iluminó su heroica y gloriosa vida de batalladora.

INDICE

LA GUARDIA LENINISTA DEL PLANETA

- 5 A los lectores.
- 8 **PAUL VAILLANT-COUTURIER**
Soy un racimo de su cepa. Por LIDIA FOMENKO
- 29 **WILLIAM GALLACHER**
Un escocés combativo. "Por LIUBOV ZHAK
- 52 **ANTONIO GRAMSCI**
No se llora a los combatientes. Por RAFAIL JIGUEROV
- 72 **DAVID IVON JONES**
Un delegado del Transvaal. Por ATOLON DAVIDSON
- 92 **GEORGY DIMITROV**
Sobre terreno duro como el granito. Por BORIS KOSTIUKOVSKI
- 110 **SEN KATAYAMA**
Katayama nos exhorta. Por NIKOLAI VELENGURIN
- 128 **MARCEL CACHIN**
La recompensa de toda la vida. Por GUEORGUI MIRONOV
- 146 **BÉLA KUN**
Un excelente y leal revolucionario. Por LIEV DAVYDOV
- 178 **OTTO KUUSINEN**
El pino rojo del Norte. Por ARMAS ÁIKIÄ
- 200 **FEDERICO PLATTEN**
Un corazón fiel. Por ARSENI RUTKO
- 218 **JOHN REED**
Un poeta y cronista de la revolución de Octubre. Por ELIZAVETA DRABKINA
- 250 **ERNESTO THAELMAN**
Símbolo de victoria. Por EVGUENI RIABCHIKOV
- 264 **PALMIRO TOGLIATTI**
Tenemos un mismo corazón. Por ALEXANDR GOLEMBÄ
- 282 **MAURICE THOREZ**
Hijo del pueblo. Por ALEXANDR ISBAJ
- 296 **ELIZABETH GURLEY FLYNN**
Una lady obrera. Por KARL NEPOMNIASCHI
- 312 **CLARA ZETKIN**
Por el derecho de diputado de más edad. Por CALINA SEREBRIAKOVA